



Aviso Legal

Revista

Título de la obra: *Cuadernos Americanos*

Director: Silva Herzog, Jesús

Forma sugerida de citar: *Cuadernos Americanos. Primera época (1942-1985). México.*
<https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>

Datos de la revista:

Año I, Vol. VI, Núm. 6 (noviembre-diciembre de 1942).

Los derechos patrimoniales de esta revista pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0Internacional).
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 1987 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/> Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUADERNOS

AMERICANOS

M E X I C O

6

CUADERNOS

AMERICANOS

(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO)

PUBLICACION BIMESTRAL

Av. Rep. de Guatemala N° 43
Apartado Postal 905
Teléfono 12-81-66

DIRECTOR-GERENTE:

JESUS SILVA HERZOG

SECRETARIO:

JUAN LARREA

6

NOVIEMBRE - DICIEMBRE

1 9 4 2

INDICE

Pág. V



Q U E R E T A R O

EL trazado de sus calles, sus mansiones, las fuentes que adornan sus parques y jardines, sus magníficos edificios, su viejo acueducto y el ambiente todo dan a esta ciudad un intenso sabor colonial que se traduce en un tesoro de incalculable valor y en un relicario para los devotos de la tradición y del arte.

Los Ferrocarriles Nacionales de México corren diariamente diez trenes de pasajeros que conectan Querétaro con la Capital de la República.

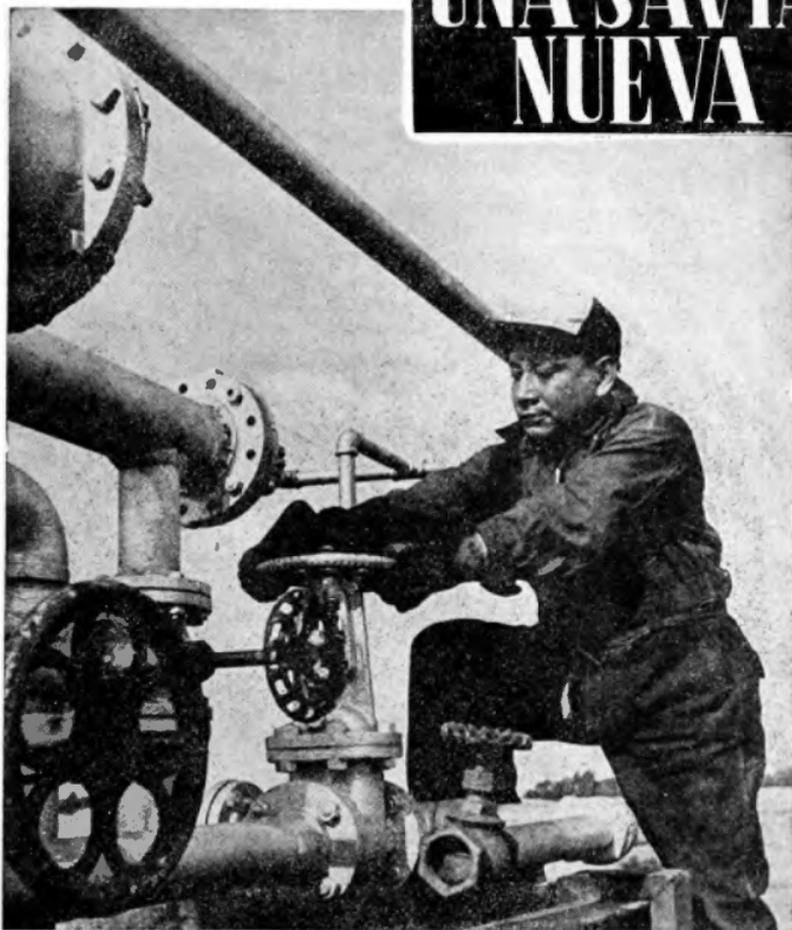
*Si Ud. desea establecer una
industria nueva y útil
a México,*

**NACIONAL FINANCIERA,
S. A.**

**VENUSTIANO CARRANZA 45
MEXICO, D. F.**

lo ayudará a realizar
su proyecto.

UNA SAVIA NUEVA



La savia del petróleo es la savia que nutre la industria • Y no es nueva • Hace más de treinta años que vino a revolucionar la técnica industrial • Desde el punto de vista de México, la savia del petróleo, en un sentido económico y nacionalista, sí es una manifestación progresista joven, porque hace sólo cuatro años que la industria petrolera comenzó su política industrial y social dentro del marco exclusivo de los intereses de México • La reivindicación del petróleo y la consolidación de los derechos que sobre él tiene la Nación, constituyen uno de los más indiscutibles conquistas que nuestro pueblo y nuestro Gobierno han logrado en el tenaz mesal y económico • **POR ESO, CUALQUIER CONTRIBUCION QUE LOS MEXICANOS HAGAN POR CONSOLIDAR ESTA CONQUISTA Y FOMENTAR SU EXITO DEFINITIVO, ES UN ACTO DE SOLIDARIDAD QUE LA NACION TIENE DERECHO A ESPERAR DE SUS HIJOS**

PETROLEOS MEXICANOS

- LOS IRRESPONSABLES**, por Archibald MacLeish..... \$ 3.50
¿Son o no irresponsables los intelectuales? He aquí el libro que plantea esta cuestión, la más debatida en los últimos tiempos, origen de numerosas polémicas. Una obra apasionante.
- EL CABALLERO DE EL DORADO**, Vida del Conquistador Jiménez de Quesada, por Germán Arciniegas..... \$ 2.00
El gran escritor colombiano ha acertado a dar una nueva visión de la historia de América, infundiéndola una vida y una amenidad muy singulares.
- ESPAÑOLES DE TRES MUNDOS**, por Juan Ramón Jiménez..... \$ 4.00
Becquer, Rosalía de Castro, Dario, Giner, Unamuno, Rodó, Falla, Ortega y Gasset y numerosos escritores y artistas jóvenes de tres mundos—España, América, La muerte—aparecen retratados líricamente en este libro.
- AZORIN**, por Rafael Gómez de la Serna..... \$ 2.50
Un libro que es no sólo la biografía de este gran escritor, sino también la historia de toda una época literaria y, particularmente, de la famosa generación de 1898.
- USTEDES Y NOSOTROS (NUEVO MENSAJE A IBERO-AMERICA)**, por Waldo Frank..... \$ 3.50
Ante la inminencia del riesgo común, el gran ensayista norteamericano, cuya opinión posee tanto crédito en toda Hispanoamérica, formula normas de acción.
- FORTUNATA Y JACINTA**, por Benito Pérez Galdós. (4 volúmenes) cada uno..... \$ 2.50
La mejor obra del gran novelista español cuyo primer centenario de su nacimiento se cumple próximamente.
- POESIA JUNTA**, por Pedro Salinas..... \$ 6.00
Toda la obra del gran poeta español, una de las figuras más representativas de la lírica contemporánea en nuestro idioma.
- PLATERO Y YO**, por Juan Ramón Jiménez..... \$ 8.00
Edición completa de esta obra maestra con ilustraciones y viñetas de Norah Borges. Un volumen encuadernado en tela.
- AL MARGEN DE LOS CLASICOS**, por Azorín..... \$ 2.00
Sutilísimas interpretaciones de las obras maestras de la literatura castellana desde el Poema del Cid hasta Becquer.
- LA VORAGINE**, por José Eustasio Rivera..... \$ 2.50
La novela de la selva. Una obra maestra de la novelística americana.

EDITORIAL LOSADA, S. A.

Alsina 1131

Buenos Aires

CUADERNOS AMERICANOS

No. 6 Noviembre-Diciembre de 1942 Vol. VI

I N D I C E

	Págs.
NUESTRO TIEMPO	
JOSÉ E. ITURRIAGA y JUAN LARREA. Hacia una definición de América. Dos cartas	7
MIGUEL O. DE MENDIZÁBAL. El problema de las nacionalidades oprimidas y su resolución en la U. R. S. S.	34
<i>Doce de Octubre y nublado. Franco contesta a Roosevelt</i> , por JOSÉ I. MANTECÓN	46
<i>La unión de las Américas</i> , por SALOMÓN DE LA SELVA	50
<i>Rectificación</i> , por PEDRO BOSCH GIMPERA	53
 AVENTURA DEL PENSAMIENTO	
JOSÉ GAOS. Caracterización formal y material del pensamiento hispanoamericano	59
JUAN ROURA-PARELLA. La construcción de las ciencias del espíritu	89
<i>El espejo de Husserl</i> , por ALFONSO REYES	110
<i>Estudio del hombre</i> , por EUGENIO IMAZ	114
<i>La materialidad de los ojos</i> , por M. PUIG SOLANES	120
 PRESENCIA DEL PASADO	
ALFONSO CASO. El paraíso terrenal en Teotihuacán	127
JAVIER MÁRQUEZ. Saavedra Fajardo: un político economista	137

	Pags.
WALTER PACH. Descubrimiento de un pintor americano	152
<i>Martí, utopía y realidad de América</i> , por AUGUSTO MIJARES	164
<i>Una lección de literatura</i> , por ERMILO ABREU GÓMEZ	169

DIMENSION IMAGINARIA

JORGE CARRERA ANDRADE. Octubre y otros poemas	175
FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS. Miguel Hernández	178
JUAN MARINELLO. Picasso sin tiempo	182
J. L. Y en el tiempo. Metamorfosis	190
F. COSSÍO DEL POMAR. Proceso social del arte pictórico ruso	193
<i>Línea poética de San Juan de la Cruz y carácter de sus palabras</i> , por JOSÉ MORENO VILLA	224
<i>John Dos Passos, ensayista</i> , por LUIS ALBERTO SÁNCHEZ	230
<i>En torno a la "Séptima Sinfonía" de Shostakovich</i> , por OTTO MAYER-SERRA	234

NOTA.—El artículo *Descubrimiento de un pintor americano*, de WALTER PACH, que aparece en este número, se publicará también, con algunas variaciones, en la importante revista norteamericana ART IN AMERICA.

LA ERA DEL TURISMO

Entre las grandes industrias mexicanas ninguna ostenta un carácter nacional y un interés tan pronunciados como la incomparable del turismo. Sus materias primas son nuestro clima, nuestros paisajes, nuestras costumbres típicas, nuestros monumentos, esa suma de atractivos que nos prestan particular fisonomía y subyugan la ilusión del visitante. En ella, además, directa o indirectamente, participamos todos.

Mas por desgracia, esta industria no ha mucho floreciente, atravesada circunstancias anormales que entorpecen su marcha y, sobre todo, su crecimiento. Los días trágicos que vivimos exigen de ella una adaptación. Dos son las tareas en este punto principales. Favorecer, por una parte, el aprovechamiento de nuevas fuentes turísticas sin perder de vista, por otra, las conveniencias de un cercano porvenir.

En cuanto a lo primero existen índices alentadores. En el interior de la República se está intensificando notablemente el trasiego entre las diversas ciudades. América Central manifiesta asimismo una gran regularidad en el aumento del flujo turístico que nos despacha. El prestigio de México es grande y no parece difícil acrecentarlo.

Cierto es, empero, que la corriente turística norteamericana ha mermado considerablemente su caudal. No podría ser de otro modo. Mas si sabemos mantener vivo en la mente de nuestros vecinos el recuerdo de México, si no permitimos con nuestra falta de visión que otros países de publicidad más alerta logren en la curiosidad y en la simpatía de los norteamericanos una atención superior a la de nuestro país, tan pronto como se restañen las heridas bélicas y dé comienzo la era que con toda propiedad podrá seguramente ser llamada *era del turismo*, México se convertirá en un centro privilegiado en este orden de riqueza.

Fuera erróneo no entenderlo así. Nos consta por fortuna que los encargados de fomentar nuestro turismo no se dejan engañar por un mal entendido y nefasto espíritu de economía. Merecen, pues, muy sinceros plácemes.

F. L. S.

Para informes sobre cuanto se refiere al turismo nacional y extranjero dirigirse a:

ASOCIACION  MEXICANA
DE TURISMO
AVENIDA JUAREZ 76
MEXICO, D. F.

TRABAJE USTED
POR LA PATRIA

Ayude a la

LOTERIA
NACIONAL

a sostener la Asistencia Pública
y obtenga los

Lunes \$ 25,000.00

Miércoles 12,000.00

Viernes 100,000.00

INVIERTALOS Y PRODUZCA
LO QUE MEXICO NECESITA



Belmont

... PARA LOS FUMADORES DIFICILES

Tras las fatigas del trabajo diario . . . músculos cansados y mentes fatigadas.. nada hay más agradable en las horas de descanso, que un vaso de cerveza.

Ninguna bebida reúne las cualidades excelsas de un vaso de cerveza. Además de ser sabrosa y sana, así como ligeramente estimulante, la cerveza tiene bien conocidas propiedades nutritivas. Su beneficio es permanente.

**¡NO HAY BEBIDA QUE
LA IGUALE!**



*Asociación Nacional de
Fabricantes de Cerveza*

Revista Hispánica Moderna

Publicación trimestral dedicada al estudio y difusión de la cultura hispánica. Contiene artículos literarios, reseñas de libros; una bibliografía hispanoamericana; noticias acerca del hispanismo en América; y una sección escolar dedicada a los estudiantes de español.

DIRECTOR: FEDERICO DE ONIS.

Casa de las Españas, Columbia University
435 West 117th Street, NEW YORK City.

C I E N C I A

REVISTA HISPANOAMERICANA
DE CIENCIAS PURAS Y APLICADAS

DE APARICIÓN MENSUAL

DIRIGIDA POR EL

PROF. IGNACIO BOLIVAR URRUTIA

Comprende trabajos de información sobre puntos diversos de la Ciencia, comunicaciones originales, novedades técnicas, estudios de ciencia aplicada, reseñas de nuevos libros y revista de revistas. En ella colaboran investigadores de todas las nacionalidades americanas y españoles.

EDITORIAL ATLANTE

CALLE DE ALTAMIRANO, 127.

México, D. F.

ESPAÑA PEREGRINA

JUNTA DE CULTURA ESPAÑOLA

Colección completa, núms. 1 a 9. (Quedan 50
colecciones) \$ 15.00

Colección completa, edición de lujo. (Quedan 70
colecciones) \$ 25.00

Diríjanse los pedidos a la Administración de
CUADERNOS AMERICANOS

Rep. Guatemala, 42.

México, D. F.

ACADEMIA HISPANO MEXICANA



SECUNDARIA, PREPARA-
TORIA Y COMERCIO

*Internado - Medio Internado
Externos*

PASEO DE LA REFORMA 80

TELS. 13-03-52 L-51-95

KINDER - PRIMARIA

*Internado - Medio Internado
Externos*

REFORMA 835 (LOMAS)

TEL. 15-82-97

MEXICO, D. F.

LETRAS DE MEXICO

GACETA LITERARIA Y ARTISTICA
MENSUAL.

EDITADA POR:
OCTAVIO G. BARREDA

Avenida Sierra Nevada, N° 425
Lomas de Chapultepec.
Apartado Postal 1994
MEXICO, D. F.

Revista de Economía

PUBLICACION MENSUAL

PALMA 308 - DESPACHO 509 - MEXICO, D. F.

Director: *Gustavo Martínez Cabañas*

Número suelto \$ 0.50
Suscripción anual (12 números) en México 5.00
en el Extranjero Dls. 1.50

CUADERNOS
AMERICANOS

AÑO I

VOL. VI

6

NOVIEMBRE-DICIEMBRE

1942

MÉXICO, 1º DE NOVIEMBRE DE 1942.

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN
LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F.
CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

JUNTA DE GOBIERNO

Pedro BOSCH GIMPERA, ex Rector de la Universidad de Barcelona;
Alfonso CASO, Director del Instituto Nacional de Antropología e
Historia, de México;
Daniel COSIO VILLEGAS, Director General de Fondo de Cultura
Económica;
Mario DE LA CUEVA, ex Rector de la Universidad Nacional de Mé-
xico;
Eugenio IMAZ, Profesor de la Universidad de México;
Juan LARREA, ex Secretario del Archivo Histórico Nacional de
Madrid;
Manuel MARQUEZ, ex Decano de la Universidad de Madrid, Aca-
démico;
Manuel MARTINEZ BAEZ, Presidente de la Academia de Medicina
de México;
Agustín MILLARES, Catedrático de la Universidad de Madrid, Aca-
démico;
Alfonso REYES, Presidente del Colegio de México, Académico.
Jesús SILVA HERZOG, ex Director de la Escuela Nacional de Eco-
nomía, de México.

Director-Gerente
JESUS SILVA HERZOG.

Secretario
JUAN LARREA.

Se prohíbe reproducir los artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia.

S U M A R I O

N U E S T R O T I E M P O

- José E. Iturriaga y Juan Larrea* Hacia una definición de América.
Dos cartas.
Miguel O. de Mendi-zábal El problema de las nacionalidades oprimidas y la U. R. S. S.

Notas por José I. Mantecón, Salomón de la Selva y
Pedro Bosch-Gimpera

A V E N T U R A D E L P E N S A M I E N T O

- José Gaos* Caracterización del pensamiento hispanoamericano.
Juan Roura-Parella La construcción de las ciencias del espíritu.

Notas por Alfonso Reyes, Eugenio Imaz y
M. Puig Solanes.

P R E S E N C I A D E L P A S A D O

- Alfonso Caso* El paraíso terrenal en Teotihuacán.
Javier Márquez Saavedra Fajardo: un político economista.
Walter Pach Descubrimiento de un pintor americano.

Notas por Augusto Mijares y Ermilo Abreu Gómez.

D I M E N S I O N I M A G I N A R I A

- Jorge Carrera Andrade* Octubre y otros poemas.
F. Giner de los Ríos Miguel Hernández. . .
Juan Marinello Picasso sin tiempo.
F. Cossío del Pomar Proceso social del arte ruso.

Notas por J. L., José Moreno Villa, Luis Alberto
Sánchez y Otto Mayer-Sierra.

INDICE DE ILUSTRACIONES

	Frente a la pág.
Ultima máscara. (<i>Dibujo sobre fotografía</i> , J. L.)	20
LIPCHITZ: Rapto de Europa. <i>Bronce</i> . 1941	21
LIPCHITZ: La madre y el hijo. <i>Bronce</i> . 1941	48
DESASTRES DE LA GUERRA: Fiesta de la raza. <i>Fotografía</i>	49
Fresco de Tepantitla representando el TLALOCAN o paraíso de TLALOC.	132
Dibujo de TLALOC de los frescos de Tepantitla	134
BUSTOS: Retrato de un sacerdote. <i>Oleo</i> . (Col. Orozco Muñoz)	156
BUSTOS: La dama en blanco. <i>Oleo</i> . (Col. Orozco Muñoz)	157
BUSTOS: Autorretrato. <i>Oleo</i> . (Col. Orozco Muñoz)	160
BUSTOS: Naturaleza muerta. <i>Oleo</i> . (Col. Orozco Muñoz)	„
BUSTOS: La China. <i>Oleo</i> . (Col. Orozco Muñoz)	„
BUSTOS: <i>Dibujo</i> . (Col. Orozco Muñoz)	161
PICASSO: Boceto para "Guernica". <i>Dibujo</i> . (Pert. al autor)	192
RAFAEL: San Lucas pintando a la virgen. <i>Oleo</i> .	„
PICASSO: Litografía. 1930	„
PICASSO: Pintura. 6 de junio de 1933. <i>Oleo</i> . (Pert. al autor)	„
PICASSO: Minotauro maquia. <i>Grabado</i> . 1935	„
PICASSO: Guernica. 1937. <i>Pintura</i> . (Pert. al autor)	„
PICASSO: Naturaleza muerta. 15 de enero de 1939. <i>Oleo</i>	„
VIRGEN DE GUADALUPE, Patrona de América	193
ALEXEI VENETSIA NOV (1780-1847): Segadores. <i>Oleo</i>	202
ILYA REPIN (1844-1930): Cosacos respondiendo con burlas a un decreto de Mahomet IV. <i>Oleo</i>	203
ALEXANDER GERASINOV: Stalin y Voroshilov en el Kremlin. <i>Oleo</i> . 1938	220
ISAAC BRODSKY: Máximo Gorky. <i>Oleo</i>	221

Fotografiados de
FOTOGRAFADORES Y FOTOGRAFADORES UNIDOS, S. C. L.
Iturbide 16. - México, D. F.

Nuestro Tiempo

HACIA UNA DEFINICION DE AMERICA

DOS CARTAS

Por José E. ITURRIAGA
y Juan LARREA

I

Sr. don Juan Larrea,
CUADERNOS AMERICANOS.

DISTINGUIDO AMIGO:

Nunca como esta vez desearía poseer un lenguaje dócil a mis exigencias expresivas; y es que no quisiera decirle más, pero tampoco menos de lo que me propongo.

Antes de insinuar el motivo de mi carta debo hacerle una advertencia que seguramente me pondrá a salvo de cualquier imputación injusta. Sabida es, dentro del modesto círculo en que me muevo, la clase de ideario que sustento desde hace casi diez años, lo cual significa que no soy un advenedizo del antifascismo; y, puntualmente, gracias al grupo de ideas sobre las cuales gira mi vida, puedo permitirme el lujo de hacer, de cuando en vez, una que otra crítica sin aparecer sospechoso de falangismo. En este caso sobre el rumbo que puede tomar América si no permanecemos vigilantes sobre todo aquello que contribuya a frustrar su destino.

Hecha esta prevención, puedo ya decirle concretamente lo que deseo. Con gran insistencia he observado que a través de los artículos de los brillantes colaboradores de CUADERNOS AMERICANOS se encuentran afirmaciones imprecisas sobre la trayectoria futura de nuestro continente. En casi todas esas afirmaciones se da como un hecho sabido y averiguado el eclipse definitivo o total de la cultura europea; se habla de la incapacidad de Europa para recrear sus valores culturales una vez que salga de esta terrible

prueba, que yo calificaría de aséptica. Porque todo el morbo que en los últimos ochenta años se ha estado acumulando no sólo dentro de la vida europea, sino bajo los senos profundos de la sociedad contemporánea está siendo expulsado por Europa, con todas las trágicas implicaciones que ello trae y que se resumen en una palabra: la Guerra. Yo no sé por qué nosotros los americanos no sentimos admiración ante el derroche de virtudes que supone el decidirse a curar ese latente mal, que durante casi un siglo, larvadamente, mantiene insano al mundo moderno; y en lugar de sentir reverencia y gratitud por tal decisión, proclamamos, con una suerte de vanidad provinciana, que somos, de ahora en adelante, los depositarios de la cultura universal.

El esfuerzo europeo es todavía una deuda que tenemos con Europa no sólo los americanos, sino todos los habitantes de los otros continentes. Porque lo que surja de allí, una vez que sean derrotadas las fuerzas que habian acen tuado en los últimos años el malestar del mundo, será, por lo menos, una sociedad con una organización racionalizada, purificada, sana, ascendente. Y esa faena se la deberemos a Europa. América, como el resto del planeta, será decisivamente influida por el resultado de la contienda europea, a tal punto que ya se encarará América a la ingente necesidad de reformar sus instituciones, no de acuerdo con el "molde" europeo sino de acuerdo con esa racional—y por tanto válida universalmente—organización social descubierta dolorosamente por Europa.

Si la política es una dimensión de la cultura, Europa seguirá influyendo notablemente en el futuro inmediato de América. Pues la doctrina social y política hallada por Europa, primero en la Revolución de 1917 y depurada sin duda después de esta guerra, será instaurada en lo sustancial o con variaciones de detalle en todo el mundo, si el mundo quiere sobrevivir. Por fortuna, mi querido amigo Larrea, estas afirmaciones no constituyen dogmáticas posturas partidaristas sino algo que está ya claro en todo hombre que viva alerta a nuestro tiempo.

Conste que yo no he querido decir que América esté condenada inapelablemente a ser, por siempre, una colonia cultural de Europa. Si alguien desea con profundidad la expresión de la voz auténtica de América en el ámbito del

mundo, soy yo; somos los que hemos recogido lo más acendrado de la tradición liberal y empleamos la táctica socialista para la realización del viejo ideal de la libertad. De la libertad del hombre de carne y hueso y de todas las naciones del orbe. Pero ello atendiendo al grado de descomposición a que ha llegado el sistema social y económico vigente, para luchar contra él.

Así, pues, digo que sólo en una dimensión cultural —en lo político— seguirá teniendo ascendencia Europa en América, por lo menos durante un tiempo cuyo término no se puede precisar exactamente. Por fortuna a América le quedará un gran margen de autonomía y originalidad cultural: puede hallar una ética muy suya que suavice al máximo la convivencia social; puede pensar por su cuenta, fiel a su perspectiva incanjeable, los viejos temas de la filosofía.

Pero para que este opimo panorama se realice, mi querido amigo Larrea, hace falta la presencia de un requisito previo: la independencia económica de toda América. Porque si sólo una porción de nuestro continente posee autonomía económica, quedará comprometida la libre expresión espiritual y cultural en el resto. Insisto que estas afirmaciones deben partir de nosotros para no hacerse sospechosas de intentar romper la necesaria unidad continental; de nosotros que de una manera u otra nos hemos significado como enemigos de credos hispanizantes trasnochados. El propio vicepresidente de la gran nación del Norte lo expresó así en su notable discurso de ocho de mayo último al hablar de que este continente renunciará a cualquier forma de imperialismo: al pacífico o al agresivo; al económico o al militar.

La envergadura de estos temas no permite el laconismo con que los he apuntado; pero espero me ofrezca una coyuntura para ampliarlos en aquello que sea pertinente.

Sobre el último punto de mi carta, a mi juicio, hace falta insistir y creo que con ello CUADERNOS AMERICANOS no perdería las excelentes calidades literarias que lo distinguen, ni se podrían suscitar suspicacias en torno a su credo libertario y americanista.

Su amigo que lo estima

José ITURRIAGA.

II

Señor José E. Iturriaga,
Presente.

MI ESTIMADO AMIGO:

No puedo compartir la admiración que en usted promueven los sucesos del Viejo Mundo. Cuando la barbarie se inviste de protagonismo es porque, roto el equilibrio orgánico, lo irreparable viene a consumir la decadencia de los imperios. En la complejísima convulsión actual puede haber otras muchas cosas; y entiendo que las hay. Pero también, sin duda, esta magna decadencia y este punto final del verdugo. ¿O existe acaso memoria de un vejamen tan extremo, tan mortal, de los valores específicamente humanos como el que prevalece en la presente crisis transformativa de la faz del orbe?

No, Europa no ha tenido el valor de aplicarse la cirugía salvadora, como usted pretende. Muy a la inversa, cuanto ocurre es consecuencia de esa falta de generosa razón. Frente a los principios morales de que se ufana su cultura, no conocen sus dominios mayor ley que la del egoísmo ciego, resultando imposible cualquier solución racional basada en la no-satisfacción de un instinto particular en aras del bien común. Otro es el orden allí imperante, el sombrío —se diría— de aquellos a quienes Júpiter se propone perder. Así se ha fomentado el crecimiento del monstruo, alimentando su voracidad con los pequeños y medianos países. Así, para ignominia de todos, fué sacrificada España —clave material y moral del edificio civil de Occidente— en quien se encarnaba no sólo la justicia de las naciones que en ella, al condenarla, se condenaron, sino la posibilidad de un tránsito evolutivo de Europa hacia el futuro. La frustración de tal posibilidad trajo el cataclismo, la ejecución de la sentencia. Cuanto está sobreviniendo no ha modificado todavía en nada fundamental —a qué engañarnos— el sentido del proceso. Persisten en funciones los egoísmos inmediatos y sólo los egoísmos. La diferencia es que esta vez, amenazados directamente, fluctuando entre el ser y el no-ser, se han visto envueltos en la refriega los instintos de conservación de los jayanes

del bosque. Peripecias, en el mundo de los organismos colectivos, del tránsito de lo terciario a lo cuaternario, de la edad del reptil a la del homo sapiens.

Así, en virtud de las circunstancias, se ha producido el caso tragicómico de que se encuentren hoy combatiendo en una misma trinchera, por una misma causa, frente al mismo feroz enemigo, los dos términos que no ha mucho se proclamaban excluyentes: el capitalismo británico y el socialismo soviético; los dos elementos cuya enemistad y recíproca malevolencia han desempeñado papel tan insustituible en la incubación, en la modalidad y en el curso de la catástrofe. Con asombrosa justeza, el juego dialéctico de la historia ha polarizado el elemento antitético que los reduce a su verdadera condición de sub-términos de una dualidad más vasta y compleja dentro de una figura universal de síntesis. Porque ni sólo para la economía vive el hombre ni la monstruosa Alemania actual hubiera podido ser si no hubieran todos dado lugar para que fuese.

No se escandalice de mi lenguaje rudo y sin contemplaciones. Comprendo que ha de parecerle inconveniente, peligroso. Mas por mi parte pienso que, por muy clara que sea nuestra posición en la actual contienda, por muy comprometidos que estemos, como estamos, con los ejércitos de la libertad y en particular con los luchadores soviéticos, nuestros puntos de vista no pueden ya pecar de parcialismo, en el sentido estricto del vocablo, sin comprometer la verdadera causa del hombre; que sólo nuestro deseo de encarnarnos íntegramente con la Realidad, la cual no es parte sino todo, es decir, que sólo nuestra aptitud para identificarnos con lo verdadero puede generar la energía necesaria para salvar lo que debe ser salvado. Así como para perder a tiempo lo que debe perderse. Días son los actuales de poda y purga, de soltar lastre a fin de ganar elevación, más que de condescendencia con el equívoco. Días en que deja de ser humanamente admisible, sobre todo en el orden intelectual, cuanto no dimane de un heroísmo sin restricciones.

Sólo examinados con entera independencia, desde sus múltiples ángulos, pueden los acontecimientos rendir la virtualidad que atesoran. Y por lo que toca al panorama actual, entiendo que el aspecto monstruoso que contem-

plado desde esta orilla arroja Occidente, corresponde, en la dinámica del complejo creador, a la necesidad de diferenciarse, como del padre ha de diferenciarse el hijo, que hoy pesa sobre el destino americano. El horror que inspira aquel espectáculo se ordena, sin duda, al quebranto del mimetismo a que es tan sensible la plasticidad juvenil del Nuevo Mundo, de manera que, por fuerza de aquel horror, no pueda suceder aquí nada parecido a lo que está ocurriendo tras los mares. La oposición existente entre occidentalismo y universalidad debe hacerse ostensible, como realidad histórica, sobre todo en el tiempo y en el solar adecuados para fundar una sociedad sobre principios más justos, humanos y universales que los del Viejo Mundo donde no se da crisis de crecimiento sin conceder la palabra decisiva al bestiarío. *Panem et circenses*; el romanismo sigue fiel a sus principios. De este modo sí puede servir de ejemplo el caso de Europa; ejemplaridad negativa, repelente —como la de las ejecuciones— mostrando al desnudo la verdadera sustancia de su cultura, hasta el punto de que sea preciso detenerse, en un crispado esfuerzo, al borde de la sima y bifurcar los rumbos. No se olvide que durante la pasada guerra europea se proclamaba último a aquel conflicto armado. ¿Y ahora? Diríase que son ya contados los que se atreven a poner en duda las tesis carniceras del fascismo, para cuya sanguinaria avidez la guerra es inherente a la naturaleza humana. A la naturaleza del hombre occidental que vive en el seno de una dualidad molturadora, puntualizaré por mi parte. Nunca a la del verdadero hombre americano, en vías de formación, quien por hallarse más cerca de una síntesis universal, se mueve ya en las inmediaciones del Hombre.

Tampoco me es dado compartir con usted otra tesis cuya evidencia le parece absoluta. No creo, ay, que, tal como se han ido colocando las fichas en el tablero, la actual contienda origine en Europa una generalización revolucionaria comparable a la bolchevique del año 17. La historia, a semejanza de los sueños, puede definirse, tal vez, como realización de deseos, teniendo sobre todo en cuenta que éstos son los principales motores del sistema. Pero no de deseos tan parciales, a mi juicio, como los que cristalizan su personal evidencia, los cuales me parecen correr a cargo más

bien de la historia fallida. Más aún; estimo que uno de los gravísimos aspectos de la actual crisis es la limitación ya patente y sea cual fuere el resultado de la guerra, de lo que pudiera llamarse revolución positiva; su fracaso, si se atiende a la letra de sus ofrecimientos. Durante las últimas décadas, la Tercera Internacional, en su afán de acopiar energías para una prueba de fuerza que sentía ineluctable, se ha atribuido el monopolio revolucionario y con él el del porvenir del hombre. Por grande que sea nuestra simpatía hacia la U. R. S. S., repito, no podemos ocultarnos que al hacer causa común con los países llamados democráticos, verdaderos baluartes del capitalismo, se ha visto obligada a orillar sus postulados capitales y a hacer un llamamiento a virtudes más modestas y primitivas. No le es dado invocar en público la revolución, ni la lucha de clases, ni sacar a relucir la teoría del inevitable dominio universal del proletariado, dogma de sus dogmas. Las circunstancias vigentes la han obligado a hacer, por razones de táctica, aquello mismo que condenaba en los demás, cosa que no deja de tener significación, sobre todo para el pensamiento marxista. El desconcierto que tales circunstancias han sembrado entre las clases trabajadoras del mundo entero, parece difícilmente superable. Por otra parte, los partidos comunistas del exterior han patentizado su miopía acumulando errores sin cuento. Así, al tiempo que han contribuido copiosamente, a la confusión que nos envuelve, han puesto en evidencia los fallos de un sistema de propaganda cuyo prestigio procedía en buena parte de su pretendido conocimiento de la maquinaria histórica. Toda esta sarta de circunstancias adversas, con la desmoralización que implican, sería alarmante, como digo, para el inmediato porvenir de la especie, significaría la pérdida de la esperanza en el tan apetecido más allá, sobre todo en un plazo valeadero para los vivientes de hoy y para sus inmediatos sucesores, si no existiera América, entidad que, a mi entender, ofrece una razón de espacio y tiempo adecuados para la verificación de la decisiva etapa superadora. No ya una fase de violencia y ruptura, esencialmente inhumana, como es ésta de finales del mundo, en que forcejean el individualismo feroz y, enfurecida, la elephantiasis de las masas, sino la etapa correspondiente al fra-

guado de un libre y pacífico mundo nuevo cuyo centro de gravedad sólo puede afianzarse en la síntesis superadora de ambos extremos, en el punto cúspide que establece un equilibrio por elevación entre lo individual y lo colectivo según una fórmula dinámica susceptible de progresar indefinidamente, por su propia función, en horizonte abierto.

Bien sé, y me complazco en reconocerlo, que entre su posición de usted y la mía no existe diferencia alguna esencial en cuanto a la naturaleza y perfección de los fines perseguidos. Nuestro sano horror al naciismo, fascismo, falangismo y demás fauna reaccionaria, no se halla amordazado por ningún género de componendas. Nuestro desacuerdo se limita, pues, a los itinerarios conducentes a tales fines, es decir, proviene de nuestra diferente comprensión del fenómeno histórico. Creo, por tanto, que así que se aclaren las hoy turbias perspectivas, hemos de coincidir plenamente en el discernimiento del camino que conduce a las claras viviendas del hombre. En este sentido, la amable invitación de su carta, me anima a exponerle, siquiera a grandes rasgos, algunas de las razones que han contribuido a forjar las certezas que me mueven en lo tocante a la realidad americana y a su cometido histórico. Para evitar equívocos he de advertirle que las ideas que siguen, lo mismo que las anteriores, no comprometen más responsabilidad que la mía personal. CUADERNOS AMERICANOS tienen una posición claramente orientada, pero no postulan todavía doctrinas concretas.

El Viejo Mundo Occidental, término por definición de un dualismo no resuelto, es un complejo estructurado sobre una representación multiforme de su misma dualidad esencial. Su sistema motor que, por tomar cuerpo en uno de los aspectos de la referida dualidad, empieza por oponerse a un ideal estático, antihistórico, se logra mediante la contradicción y lucha entre los dos polos adversos. Entre ambas mandíbulas se sitúa la vida y la paciencia del ser humano. La guerra es natural a ese complejo en cuanto manifestación aguda de dicha oposición básica con su implícita voluntad de dominio. Aunque se logre en él concebir como posible la instauración de un pacífico ultramundo en el que el hombre deje de ser lobo para el hombre, su categoría esencial, su principio y fundamento, es

la fuerza en sus diferentes estados y manifestaciones. En vano se pretende formular un sistema superior —*civitas Dei*— cuyo dinamismo se resuelva por medio de un elemento supremo que, al cerrar el círculo inconsciente y establecer una rotación equilibrada, haga innecesaria la contribución dolorosa. En términos teológicos —ciencia de especulación que permitió formular durante la Edad Media un cuerpo de intuiciones que hoy, maravillosamente, empieza a mostrar correspondencias materiales tan concretas como inesperadas— pudiera decirse que la oposición entre el Padre y el Hijo, entre la conciencia indiferenciada, cósmica, y la conciencia individual, pretende resolverse por medio del Espíritu, del Amor, término que, estableciendo una comunicación por lo excelso y con ella una corriente circulatoria, equilibra, perfecciona y sublima el conjunto.

El territorio europeo pertenece todavía al esquema belicoso y no podrá gozar de auténtica estabilidad —don de los bloques Occidente y Oriente, contribuya con su presencia a instaurar el equilibrio universal en todo el mundo. Porque la vida del hombre sobre la tierra no es, como a influjo de una ilusión creadora pareció durante largos siglos, un problema de salvaciones individuales, sino problema dependiente de la organización del planeta mismo con cuanto la humanidad tiene de colectivo y de unitario. Todo ello sugiere que, así como se ha conocido la época del Padre y la del Hijo, se avecina un período correspondiente a América, la ultramarina y equidistante.

En perfecto acuerdo con este esquema teórico, es evidente que la vida europea se desenvuelve en un campo de oposiciones múltiples, hallándose constituida por series de factores encontrados, con frecuencia hostiles. Todo en ese continente propende a la discordia. Los lenguajes nacionales son distintos e innumerables, de manera que una especie de confusión babélica, especialmente propicia para el cultivo de los malentendidos, impide, exaltando los particularismos, que se comprendan entre sí, no sólo los diferentes países, sino las regiones mismas y hasta los pueblos. Las tradiciones son diferentes, contradictorios los intereses materiales. Los recuerdos, originarios de épocas primitivas y

gravados por siglos de disputas, acarrear infinitos gérmenes de resentimiento cuyos enconos, al menor soplo de pasión, pueden convertirse, en odios furibundos. Una unidad espontánea entre tantos agentes de disensión resulta en la práctica imposible. Cualquier prurito local, cualquier inflamación debida al roce entre dos intereses, apasionamientos o ambiciones encontradas, irritan periódicamente la virulencia del grupo convirtiéndolo en alborotado nido de áspides. Como es poco y frágil lo que une entre sí a los componentes de este complejo y mucho y fuerte lo que lo separa y como sufre además de intensa superpoblación, el todo se halla dotado de gran fuerza expansiva, diseminadora. Tal situación conviene como anillo al dedo a las necesidades históricas del planeta en aquel período de su evolución presidido por la urgencia de poblar y reanimar, para orquestarlas, sus cinco partes. A esto se debe que mientras en Asia, carentes de ese agudo dinamismo, los pueblos orientales constituían grandes embalses humanos, forma social de la típica adiposidad búdica, Europa haya desempeñado actividad protagonista, extendiendo sus tentáculos a todas las regiones de la tierra. En suma, su cuerpo histórico se halla formado por una diversidad de elementos cuya unidad orgánica sólo puede conseguirse como resultado de una coacción unitaria que compense la fuerza de expansión que los anima, englobándolos, metiéndolos en cintura. La falta de una efectiva razón espiritual —término ausente en ese mundo dualista— hace que esa razón sea la fuerza, esencia del ciclo a que corresponde su complejo. Por necesidad se define, pues, como un mundo de fuerza, secretor de fuerza, cuyo equilibrio interno sólo se consigue mediante la presión geográfica que mantiene a todos sus miembros unidos, al modo como el aro de acero mantiene entre sí unidas las duelas de una cuba. Claro está que si la historia es realización de los deseos profundos y la humanidad ha deseado siempre, así como sueña con manjares el hambriento, un mundo pacífico, éste antiguo, por ser mundo de violenta coacción, presupone la existencia de otro mundo, aquél prometido en que las espadas habrán de convertirse en arados. Mundo al mismo tiempo de la libertad soñada durante in-

terminables siglos de contradicción debida a la falta de conciencia de la necesidad histórica.

Por lo pronto en América se encuentra el reverso de este avispero. Más efectivo que el concepto atómico de multiplicidad es en ella, sobre todo cuando agentes exteriores vienen a robustecerlo, el concepto orgánico de unidad correspondiente a la forma del territorio que fué descubierto y nuevamente poblado en una sola época por los distintos y complementarios factores de un solo ciclo cultural, el cristiano de Occidente. El Nuevo Mundo representa, en cierto modo, la proyección de lo sustantivo y trascendente del mundo antiguo a un territorio nuevo, rico en futuro, donde las unidades de análisis que su variedad contiene puedan vertebrar una más compleja unidad de síntesis. Así pues, sobre un fondo de autoctonía, originario del Asia, que presta a gran parte del ámbito americano una primordial cimentación pareja, viene a injertarse andando los siglos el otro polo, la Europa del Renacimiento —captémos el sincronismo—, del *re-nacimiento*, con su precioso bagaje de ideales humanistas, verificables. Con la universalidad *es nacida* América. Su vida dependiente, colonial —mejor fuera tal vez decir filial—, de minoría de edad, la confiere durante los siglos subsiguientes un semblante uniforme. En época posterior, la misma para todos los países americanos, se efectúa la independencia con la republicanización a la postre general. Este movimiento, si para Inglaterra significó la manumisión de los Estados Unidos, si para España la de los Virreinos, Audiencias y Capitanías indianas, si para Portugal la del Brasil, constituía en realidad las distintas fases de una sola independencia: la del continente americano con respecto al continente europeo; la del Nuevo Mundo con respecto al antiguo. La emancipación de las colonias españolas se lleva a efecto, recuérdese, bajo la invocación de América con un sentimiento de su unidad y no como fenómeno fragmentario. Un mismo fondo de ideales se extiende de norte a sur por todo el territorio, prestando modalidad al pensamiento americano y trazando y realzando los rasgos de un solo destino: la paz, la libertad, la dignificación de la naturaleza humana, la esperanza en un mundo más avanzado, su mundo, nebuloso aún, indistinto, pero cierto; presente o, mejor dicho,

futuro que dejaron los hados en su cuna. Todo examen lo bastante sutil para que no pase desapercibida la armonía significante de los acontecimientos, tiene que registrar el sincronismo que presentan estas realidades con los impulsos a que dan lugar las tendencias superadoras de Europa. Constituyen una red de resonancias equivalentes a las que unen a la madre con el hijo. Nace América cuando, como hemos dicho, se habla en Europa de renacimiento. Nace como un elemento universal cuando se descubre el universo. Se emancipa cuando en Occidente alborea la revolución en defensa de las libertades humanas. Abre los ojos a su propia conciencia cuando el romanticismo vuelve a plantear, en lo humano, los sumos problemas existenciales. Tiene conocimiento de su realidad colectiva, internacional, cuando en Europa se producen los grandes movimientos de masas. Cuando allí se habla de continentalismo aquí responde un continente. En suma, todo lo que es tendencia a la superación repercute directa y favorablemente, amplificándose, en la configuración espiritual del continente americano. Desde una cierta perspectiva hasta dijérase que no pocos de los enunciados europeos han sido determinados o por lo menos condicionados en su modalidad por las necesidades del Nuevo Mundo. No en balde todo es redondo, esencialmente solidario.

Por otra parte, frente a la babelización europea, América presenta inmensos territorios donde resuena un solo lenguaje, formando el todo una dualidad latino-sajona capaz de acoplarse, por el mutuo conocimiento, en unidad fecunda. Estando los territorios americanos insuficientemente poblados, los intereses de sus países nada tienen de esencialmente contradictorios pudiendo entre todos componer una economía organizada. Por lo mismo no es fácil que superada cierta etapa primitiva, conciban verdaderas ambiciones territoriales. De suerte que los conflictos interamericanos ocurridos hasta la fecha pueden cargarse a cuenta del influjo occidental. Desaparecerán de raíz tan pronto como la herencia del Viejo Mundo sea asimilada en sus principios vitales y eliminado el resto.

No se defiende aquí, entiéndase bien, el régimen económico que actualmente impera al norte ni al sur del río Bravo, ni mucho menos la absorción de América Latina

por los Estados Unidos. La unidad orgánica a que se hace referencia exige que, en este aspecto, el continente evolucione a fondo. Ha de mudar la fisonomía que hoy ostenta como reflejo del Viejo Mundo. Es decir, para la aparición del Mundo Nuevo, América ha de perder lo que pudiera llamarse su *última máscara*.

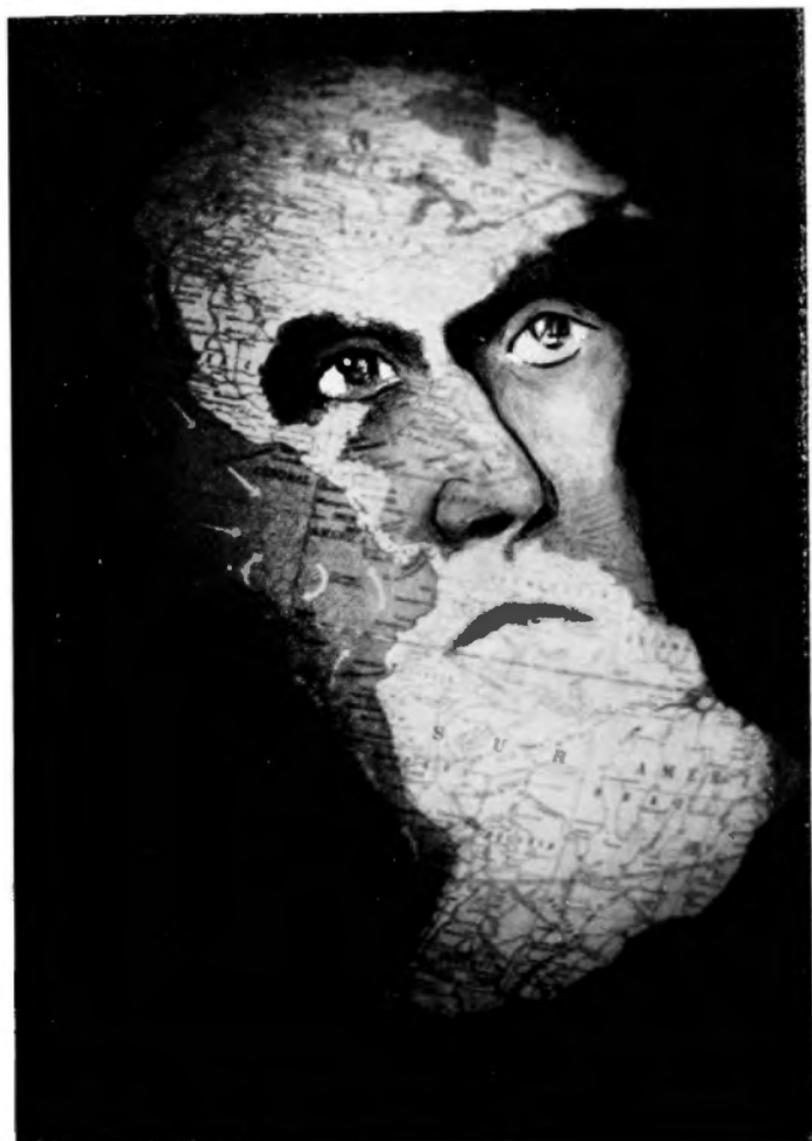
En términos generales, sólo lo accesorio separa a unos de otros los diferentes países del continente mientras que lo esencial los aúna. Frente a la dualidad irreductible del Viejo Mundo, América presenta una contextura unitaria en la que figuran expresos, los dos términos de una soluble dualidad. El pragmatismo sajón con sus conquistas materiales es complementario del espiritualismo latino con sus promesas trascendentes. Sobre que había mucho de espiritualismo en el éxodo de los "padres peregrinos", cuya realización es probable que venga por obra de Hispanoamérica, y mucho de ambición material en la sed de oro de los conquistadores, cuya evolucionada consecuencia afluirá por vías norteamericanas. Ambos términos representan los dos fuegos, el exterior y el interior, el objetivo y el subjetivo. Entre sí se acoplan, necesiándose mutuamente para alcanzar su natural desarrollo y conjuntamente esa dimensión resultante de la multiplicación de lo material por lo espiritual que reclama el reino del hombre. ¿O no apeteceremos que se nos materialice el espíritu y se nos espiritualice la materia? En suma, el Nuevo Mundo posee en la práctica una verdadera estructura unitaria, libre y pacífica, apropiada para la elaboración de un orgánico mundo nuevo, libre y pacífico, así como posee aquellos dos polos, unidad y variedad—ésta a través de una dualidad resuelta por aquélla—que traslucen la presencia de un verdadero organismo sintético.

Resulta difícil hablar lícitamente de materialismo histórico sin contar con estas y otras realidades materiales y concretas. Y resulta utópico, *fuera de lugar*, todo sistema que ignorando el valor de las relatividades orgánicas así como el alcance exacto de la geografía, imagine que cualquier modalidad funcional es aplicable a cualquier territorio. Si la historia es, siquiera en parte, geografía en acción, como pretende cierto aforismo científico, y si la geografía es el cuerpo material del universo terráqueo, resulta evidente

que para comprender en su justeza el fenómeno vital se requiere comprender a fondo el alcance de realidades tan básicas. ¿Será la vida humana independiente de la vida del planeta, poco más o menos como la mentalidad dual pretende que la vida del alma es independiente de la del cuerpo, o será, dentro de un cuadro monista, manifestación de la vida planetaria? La respuesta no parece dudosa. Mas permítame, amigo Iturriaga, que no me interne por estos parajes que nos llevarían muy lejos y que me limite a seguir examinando en sus grandes líneas la configuración americana.

La geografía del Nuevo Mundo es también, como lo era su realidad antropológica, unitaria, libre y pacífica. Unitaria en cuanto que se halla aislada de los otros bloques territoriales y en cuanto que —como el cerebro, asiento de la conciencia— se compone de dos lóbulos expresos. Libre y pacífica en cuanto que, defendida de la agresividad extracontinental por el foso oceánico, ni puede ser fácilmente atacada ni puede concebir fácilmente propósitos de conquista. Tan específica situación hacia el exterior unida a la orgánica constitución interna, antes bosquejada, crea un medio excepcionalmente favorable para la implantación de una cultura pacífica y dinámica —pacífica como el Asia, dinámica como Europa— fruto del desarrollo de los valores pacíficos liberales, que en Europa pueden apenas enunciarse en modo utópico, fuera de lugar. Mas no es utópico para quienes habitan tierras idóneas para el esplendor de lo humano; e idónea es América. En efecto, aquí todos los linajes se han fundido con tendencia a la síntesis. Además de la prole autóctona, se han reunido en esta arca de la alianza de las razas, mientras diluvia fuego sobre el haz de la tierra, los representantes de las estirpes y de los pueblos todos: europeos, asiáticos, africanos... Aquí se encuentra el crisol de la humanidad nueva donde alcanzarán realidad aquellos anhelos milenarios que prestan unidad a la variedad de culturas que fulguraron sobre el orbe terráqueo. El cual es uno también, y a causa de su misma naturaleza, se halla presidido por una razón visible o invisible de unidad.

No debe pasar desapercibido en este recuento de circunstancias determinantes, el hecho de que sobre América



Ultima máscara.



LIPCHITZ: Rapto de Europa. *Bronze*. 1941.

se proyecta una unidad de tiempo propia y diferente a la que rige en Europa. El Nuevo Mundo nace a la vida de relación en tiempos modernos, nace unigénitamente en cuanto territorio, de una sola vez. La vigencia inmediata del pasado americano queda abolida aunque su naturaleza siga trabajando muy en la sombra. No reinan aquí, como en el Viejo Mundo, regímenes encontrados de tiempos de diversas procedencias y opuestas direcciones, sino uno solo que, si bien se mira, es resultante de la suma de los tiempos del planeta. Nace, pues, este continente como nace un hijo dotado de su propio tiempo en el que se sintetiza la experiencia del pasado humano pero despojada de su peso muerto, de la escoria que la combustión de los días ha ido desprendiendo. Todo esto es más importante de lo que a primera vista parece. Porque así como el adulto, sobre todo al lindar con la ancianidad, considera la vida en función del pasado, apegándose a la memoria cuya sustancia plástica, luego de recibir las huellas de los sucesos históricos, llega a constituir por acumulación un agobio abrumante, el joven considera el panorama vital en función del porvenir a la libre luz imaginativa. Europa está sobreviviendo un ciclo cuyo centro radica en el pasado, un ciclo iniciado hace ya bastantes siglos, el cual, por su propia declinación, obliga a todos sus componentes a volver su vida hacia días pretéritos. Esta situación, con la consiguiente atrofia imaginativa, les impide vivir enteramente el presente, la dimensión vertical por excelencia. No existe prueba mejor que la que Europa misma nos suministra. Ni uno solo de sus famosos intelectuales se ha mostrado capaz de discernir el sentido de los hechos, su valor preciso en el encadenamiento de transformaciones. La inconsciencia general es pieza del mecanismo. Y a ello se debe que el presente se halle en manos de las fuerzas irracionales que, a semejanza del corazón, los riñones o las glándulas endocrinas, funcionen *como si supieran*, con una sabiduría que en vano pretenderá alcanzar el espíritu filosófico empeñado en el conocimiento de una abstracción histórica en mayor o menor grado. A usted amigo Iturriaga, antaño gran admirador de Ortega, menos que a nadie es necesario insistir sobre tan evidentes cuestiones.

Por muchos motivos América se nos aparece como el continente del futuro. A la inversa que en Europa y en íntimo acuerdo con su naturaleza de continente pacífico, no se requiere ninguna destrucción fundamental para erigir en su suelo una nueva cultura. Su síntesis de latitudes, altitudes y climas encierra todos los bienes naturales. Es el suyo un solar de abundancia, lo mismo en el reino mineral que en el vegetal y animal. Su potencialidad en esta era del petróleo y de la electricidad no conoce límites. Constituye, sin duda, un territorio que se basta a sí mismo, plétórico de vitalidad como lo es el adolescente. Por tanto, si la cultura tan apetecida por lo humano, si la situación a que han de desembocar las actuales perturbaciones es una cultura y una situación universal, sintética —y quizá no huelgue señalar de paso la diferencia que existe entre los conceptos *internacional* y *universal*— y si la historia, como insinuamos, es geografía en acción, obvio parece que tan pronto como la fluencia histórica, desplazándose una vez más, según la trayectoria solar, de este a oeste, muestre indicios de solidificarse en síntesis, América está llamada a articular su palabra, su evangelio o buena nueva. Puntualizando más aún: de los conceptos anteriores así como de los que siguen, se deduce claramente que sobre América gravitan circunstancias análogas a las universales. No resulta, entonces, temerario afirmar que es clave de universalidad, patria de un mundo esencialmente pacífico, más allá del instinto y de la voluntad de dominio, adecuado a la esencia del universo. Si una cultura nueva ha de nacer algún día, no parece dudoso que el Océano haya de mecer su cuna aquí.

Efectivamente, América es el único gran territorio que tiene figura de universo. Constituye una gran dualidad bilobular, norte-sur, entre los dos grandes bloques, Europa-Africa a su oriente, Asia-Oceanía a su occidente. En su seno se traza, pues, la cruz ideal de convergencia e intersección de todos los movimientos humanos, la clave de su firmamento. Por tanto, si el universalismo ha de ser, no la imposición de una cultura particular al universo entero, como desearían los satanismos totalitarios, sino una auténtica síntesis de las aportaciones humanas, el lugar donde ha de embrionarse esa síntesis cerrando el círculo entre

Asia y Europa, al tiempo que establece una solución de continuidad por lo discontinuo, sólo puede ser el continente americano. La gran línea cultural judeo-cristiana de la Mesopotamia (entre-ríos), después de rebasar la cuenca mediterránea (entre-tierras) produciendo como ha producido la fortuna histórica de los imperios español y británico, ha de prolongarse a esta situación interoceánica, universal, propia de América. De otro modo: el equilibrio entre los polos oriente y occidente sólo puede establecerse de un modo armónico por medio de la esfera con su compensación dinámica de las masas continentales. Fácil es observar que en esta coyuntura de aguda crisis transformativa tienen lugar movimientos que, en cierto modo, podrían clasificarse como esfuerzos para resolver, en otro plano, el mismo problema. El más visible, sin duda, es el que ha dado vida política a la U. R. S. S. Esta inmensa entidad territorial trata en apariencia de conciliar entre Europa y Asia la misma síntesis, relegando a América a la condición de apéndice europeo o colonia satélite. Es claro, sin embargo, que tal cosa no conduce inmediatamente a solución pues no pasa de ser una operación intermedia en el curso del proceso general transformativo. ¿Cómo estructurar una verdadera síntesis sin recoger todos sus factores, sobre todo cuando el factor desdeñado posee la validez esencial del todo como sucede con el Nuevo Mundo? A este respecto sí considero necesario afirmar que la creencia en la U. R. S. S. como solución equilibrada del actual problema histórico no pasa de ser una idea plana, correspondiente a una mentalidad de dos dimensiones. Rima con el concepto de *internacionalismo*, noción continental, terrestre, y no universal, oceánica. Lo universal reclama la unanimidad orgánica de las entidades continentales. La U. R. S. S., inserta lo mismo que América entre Europa y Asia, es en cuanto realidad histórica —complejo político-social— fruto de la hibridación transaccional entre oriente y occidente en este siglo en que el desarrollo de la técnica está quebrantando los seculares aislamientos. Constituye un término intermedio logrado en el plano de lo continuo y según un equilibrio de superficie o bidimensional. Enclavada entre el actual materialismo europeo y el enquistado espiritualismo asiático que viene a redimir, la modalidad

histórica de la U. R. S. S. responde a los determinantes presentes y futuros propios de dicho emplazamiento, traduciendo la carencia de una dimensión —la dimensión esférica— en el plano físico, por la carencia de una dimensión —la imaginativa— en el plano espiritual. Por ser todo en ella fiebre económica, nada más justo que su cultura aplaque para otros tiempos la realización de un ser humano que allí resulta tan utópico todavía que el poeta representativo tiene que suicidarse. Bajo una primera apariencia de equilibrio la Unión Soviética es en realidad un factor de dislocación y ruptura, cuya extraordinaria actuación heroica forma parte del mecanismo transformativo de la época, a cuya necesidad responde, mas sin que pueda aspirar a resolver *por sí* el problema del equilibrio dinámico del mundo. Más aún; se diría que una de sus grandes funciones consiste en preparar el camino para la verdadera solución ocasionando el desquiciamiento previo que ha de producir, por una parte, el rescate del Asia y, por otra, el desplazamiento de los centros de equilibrio favoreciendo la fijación de aquellos que afianzarán por lo antípoda la nueva y más compleja arquitectura. Siendo el Nuevo Mundo un continente que, por serlo, envuelve una idea internacional, constituye por sí, por su sola presencia, el verdadero factor de universalismo de que apenas es trasunto superficial la U. R. S. S. Por tanto, la patria auténtica de lo humano.

No es difícil advertir que estas corrientes históricas, comparables en cierto modo a las marinas y semejantes a las descubiertas por Frobenius entre las tribus africanas, obedecen a ciertas constantes por más que actúen en tiempos y planos distintos. Cuando en las postrimerías de la Edad Media se pretendía establecer una comunicación que resolviera comercialmente el aislamiento de los mundos occidental y oriental, venecianos y portugueses se esforzaron por descubrir rutas directas en un plano continuo o de dos dimensiones. La atracción entre los extremos oriente y occidente se resolvía como si la Tierra fuese plana. Pero esta corriente fué de pronto superada por la conquista de la esfera. También entonces salió al paso de la Historia el Nuevo Mundo, realidad que cambió radicalmente nociones y proyectos. Lo mismo que hoy ocurre. La Historia,

después de dar aquellos primeros pasos en busca de una solución euro-asiática y configurar la personalidad política de la U. R. S. S., es arrastrada, por fuerza de la realidad, a dar la vuelta, a cerrar el círculo, a descubrir a América en el tiempo como antaño la descubrió en el espacio; etapa necesaria en la evolución efectiva hacia la universalidad. La cual, siendo una razón esencial, requiere, para surgir pura como un ave surge del huevo—en este caso la representación terráquea— la ruptura de la cáscara o sistema cortical, formado de apariencias, que la protege, con las estructuras a que esa corteza aparential ha dado ocasión. Y no hay ruptura sin cataclismo.

A título de ilustración metafórica vale la pena observar cómo esta misma operación transaccional se produce en el orden del espíritu con la moderna aparición de la teosofía, conocimiento de lo trascendente en un orden de dos dimensiones, que intenta resolver en modo anfíbio la dualidad entre oriente y occidente. Otro tanto puede afirmarse en el orden de las esencias psicológicas con respecto a la figura de Krishnamurti correspondiente a la misma propensión mas sin que aporte solución universal valedera. La solución, no hay duda, ha de venir por lo antípoda.

Por si no fuera bastante, a todas estas consideraciones que muestran cómo en América concurren aquellos elementos técnicos que definen a este territorio como el solar predestinado para el logro de una situación superadora de lo hasta hoy llamado impropriamente humano, viene a sumarse el elemento que coordina, perfecciona y presta sentido a ese mosaico de particularidades: aquello que pudiera denominarse el subjetivo de Occidente. Algunas de las modalidades declaratorias de ese subjetivo dan testimonio de la presencia de una dimensión nueva, característica del objeto a que se aplica. Cuando Cristóbal Colón y los varios autores que siguieron su tesis hasta León Pinelo que en su *Paraíso en el Nuevo Mundo* pretendió racionalizarla, afirmaban que en América estuvo emplazado real y verdaderamente el proverbial Paraíso, definían indirectamente, por medio del elemento conocido, en su sentir más afín, al igual que sucedía en los demás órdenes de cosas, la presencia inefable de un lugar de perfección y humana bienaventuranza. La naturaleza del medio metafórico utiliza-

do para esa definición de lo indefinible, naturaleza mnémica, con ancla en el pasado, refería ese jardín de delicias a tiempos pretéritos, siendo así que el verdadero sentido de su intuición sólo podía orientarse hacia *el futuro*. Definición en modo indirecto, mediante un espejismo psíquico con la natural inversión del sentido del tiempo.

Esta es la primera y, por tanto, la menos distinta y más velada identificación de la naturaleza del continente americano. Inmediatamente después viene el *nombre de América* que la historia, en uso de sus misterios y aparentemente contra justicia, concedió al nuevo territorio. Lo cierto es que, al exaltar aceptando su nombre a aquel modesto personaje que oficialmente tuvo por vez primera conciencia de la condición neomúndica de estas Indias llamándolas Nuevo Mundo, no sólo consagró esa su condición dando preferencia al descubrimiento ideal sobre el descubrimiento material sino que definió al nuevo continente como lugar sustantivo de la conciencia. No es preciso detenerse mucho en la contemplación de este escorzo histórico para gustar su admirable significado.

A continuación aparecen las *Utopías*, aquello que en Europa, donde era concebido, no tenía lugar, y que son como frutos suscitados en el árbol de Occidente por el clima americano y su vertiente oceánica. Todas ellas localizan en América o con ocasión de América la codiciable ciudad del Hombre.

Más tarde, en los preliminares del romanticismo, cuando fatiga y desaliento hacen soñar al europeo con una vuelta a la naturaleza y Juan Jacobo trata de cerrar esféricamente el ciclo psicológico oponiendo su inocencia subjetiva al fabuloso pecado original, América vuelve a hacer acto de presencia utópica. Además del *Descubrimiento del Nuevo Mundo* juanjacobino, de las fantasías de Marmontel y del interés que pronto despiertan las ruinas mayas, aparece un elemento nuevo, el paisaje americano que penetra en la novela europea inaugurando y caracterizando cierta trascendente modalidad literaria. Trascendente en cuanto que, dotando al paisaje de un alma subjetiva, tiende a una concepción monista —americana— de la existencia.

No es posible olvidar los testimonios particulares; desde Montaigne para quien el Nuevo Mundo debe ascender a la luz cuando el antiguo se suma en tinieblas, hasta Hegel que define a América como el porvenir del mundo. A tal actitud se llega siempre que por cualquier motivo se hace sensible lo insuficiente de la civilización occidental. Persona tan europea, de tan acendrado racionalismo como Paul Veléry afirmaba hace pocos años su esperanza en América para cuando Europa se viera sumida en el caos. El florilegio es extenso. Muy notable es a este propósito el libro de Pierre Mabille, *Egrégores ou la vie des civilisations*, el último de cuyos capítulos fué dado a conocer en esta misma revista.

Resulta pues, que aun prescindiendo, por lo que pudieran como elementos interesados tener de recusables, de toda suerte de testimonios americanos —algunos tan impresionantes como el de Rubén Darío—, jamás ha existido territorio que haya prestado cuerpo a tan sostenido caudal de profecías y dado lugar a una fijación tan concreta de la esperanza. Fácil es discernir en esos sentimientos la presencia de una conciencia colectiva, en busca de un paraíso humano presidido en lo material por un principio colectivo, más allá, pues, de la tesis individualista de Europa.

Existe, en suma, un hecho de orden general cuyo significado no puede desconocerse: la aparición de América y su desarrollo han coincidido históricamente con la transformación de la conciencia occidental. Desde el Renacimiento asistimos a la paulatina conversión hacia lo concreto de los sueños abstractos de la antigüedad y de la Edad Media. América ha desempeñado en esta evolución un oficio cardinal, materializando geográficamente el lugar de la bienaventuranza, es decir, sirviendo de objeto real al sujeto imaginante en un proceso de mutua identificación. Hasta pudiera resultar a la postre que el "cielo" tan apetecido no fuera, en cierto modo, sino el espejismo determinado en el divino reino de la esfera por una situación antípoda.

Por tanto, cuando CUADERNOS AMERICANOS estamparon al frente de su primer número los lemas tomados de Rubén Darío y Francisco Pi y Margall: "*América es el*

porvenir del mundo" y "*América, tú eres mi esperanza, tú estás llamada a salvar al mundo*" lo mismo que cuando reiteraron la reproducción de los *raptos de Europa*, no hicieron, a mi ver, sino atenerse para prolongarla, a la más noble, constante y decantada tradición occidental, a la esperanza generadora de aquel continente que no se resignaba a encerrarse para siempre en su infernal valle de lágrimas y expresaba su deseo de superarse, de proyectarse, por medio de un vástago ordenado, hacia un esplendor futuro.

En este aspecto, pues, CUADERNOS no han inventado nada. Apenas enunciaron, a mi juicio, un axioma que no requiere demostración. Al contrario, lo que exigiría demostración convincente es que Europa, infringiendo todas las leyes de nuestra experiencia histórica, estuviera llamada a ser por tiempo indefinido la señora del mundo. ¿Y Egipto y Mesopotamia y Grecia y Bizancio? . . . ¿Y, en América, los mayas y los *sanagustinianos* y los nazcas? . . . ¿Y el mismo imperio español? . . . Siempre que la civilización da un paso al frente cambia, como es natural, de centro gravitatorio. Las tierras se esquilman, perecen. Adviértase que sólo el pueblo judío, *precisamente el único que carecía de vínculos territoriales*, es aquel que en el trasiego de los tiempos ha conocido la supervivencia. El trasplante de la cultura mediterránea a la universalidad del océano puede presentar, pues, si bien se mira, carácter axiomático. Ni siquiera cabe atribuirsele condición de hipótesis. Para mí tengo que lo que pudiera llamarse hipótesis de trabajo de CUADERNOS se refiere exclusivamente al tiempo en que el trasbordo habrá de realizarse, pudiendo corresponder sin dificultad a nuestro momento histórico. Mas ni aún esta afirmación es para mí hipotética. Dentro de un sistema dinámico basta que se conciban como posibles ciertas acciones para que esa misma posibilidad sea prueba de que el proceso de crecimiento y diferenciación está ya en marcha. El desarrollo del individuo se manifiesta no en sus conceptos previos acerca de su desarrollo sino por el crecimiento de su complejión en el orden físico, de su conciencia en el espiritual. Así pues, cuando en los días actuales podemos concebir y publicar ciertas ideas y propósitos coincidiendo con el orden que las circunstancias hacen reinar en este continente, con su tendencia cada vez más

inequívoca hacia la unidad, con la transferencia acelerada que de Europa a América se realiza de elementos culturales de primer orden —sabios, filósofos, sociólogos, artistas—, hemos de aceptar que todo ello sucede no porque el crecimiento del Nuevo Mundo esté en vísperas de ocurrir sino porque está materialmente ocurriendo.

Basta, además, que la actividad se cerciore de la posibilidad de tal incumbencia para que se sienta incapacitada de distraerse en otras direcciones. Es tal el interés que para el ser humano ofrece tan maravillosa perspectiva de superación que, una vez vislumbrada, se convierte en función propia. Sobre todo cuando hacerlo equivale a participar en algún grado de la naturaleza de ese más allá y de la vida nueva y trascendental de la conciencia. Gravitan en esta misma dirección, animándola, favoreciéndola, todos los anhelos de las generaciones pasadas, todas las ansias de conocimiento, de perfección, de justificación, todo aquello cuya ausencia producía en cuantos nos precedieron, al asomarse al Ser, esa sensación aborrecible de vértigo, de malestar, que únicamente podía compensarse por la imaginación de otra vida "post mortem" que equilibrara la vacuidad de esta presente. Aquí está la justificación de la historia, de esa en apariencia sucesión de incongruencias lamentables. Este manojito de coordenadas se nos convierte en carne, hueso, espíritu. Todas esas antiguas aspiraciones nos abren alas jubilosas, nos arrastran hacia una salida —salida de alumbramiento— fuera de esta heredad de abrojos que ha sido siempre la tierra envuelta en su miseria aparential con la consiguiente atrofia de la dimensión última. Hablo por experiencia. Cuanto hoy defiendo está lejos de ser la formulación a posteriori de un circunstancial oportunismo. Hace largos años que laboro el mismo surco, lejos de toda distracción, entregado a la resolución de un problema que las realidades históricas, con los cataclismos en curso, han venido estos últimos tiempos a hacer más visible y apremiante. Porque existe otro género de consideraciones complementarias a las aquí expuestas, para mí más convincentes por ser prendas de la presencia misma, que indican que esto es así y no de otro modo. Y que es ahora. El proceso mutativo inicia su fase exterior después de una callada germinación interna. No

me detendré a exponer esas consideraciones de orden imaginativo, gran parte de las cuales se apoyan en el sentido que desprenden los sucesos de España. A ello me he referido en más de una ocasión y creo que no he de tardar en hacerlo de nuevo.

Volviendo al orbe de los sucesos inmediatos, de tal magnitud es la crisis que padece Europa, tales los gérmenes de disensión, de odio, de venganza, tan fuerte su declive hacia la violencia, tanta la postración moral que la espera tras el derrumbe de los valores humanos superiores, que aun en el mejor de los casos, incluso recobrando cierto convaleciente equilibrio, no es verosímil que su organismo sea capaz de sobreponerse a su degradación y trasponer el límite que separa a lo antiguo de lo nuevo. La razón es obvia. Los estímulos exteriores que allí actúan sobre los centros de la actividad creadora son de naturaleza inmediata, propios de una época de opresión. Las grandes preocupaciones cederán su puesto a la necesidad de solventar, para salir del paso, situaciones efímeras. Por consiguiente, las respuestas que aquellos estímulos susciten han de participar de ese carácter circunstancial, interino, característico de los procesos de torrencialismo histórico. Allí, si se quiere, está, estuvo, la matriz. Muy diferente es, sin embargo, la matriz de su fruto aun cuando le sirva de envoltura. El hijo, para alcanzar su desarrollo, requiere libre espacio, clima favorable. ¿Y cómo no creer que sobre aquel territorio ha de seguir reinando durante algún tiempo el invierno humano con sus atarimientos y estériles latencias? El día que se abrieran normalmente las fronteras, el éxodo cultural hacia el Nuevo Mundo alcanzaría proporciones nunca sospechadas.

Por el contrario, incluso en el orden de guerra, la clave salvadora se halla aquí. Hasta tal punto que, si se suprimieran las ayudas de América, se desplomarían ipso facto, a pesar del sobrehumano heroísmo soviético y del no menos excelente denuedo británico, las esperanzas del mundo. Claro es ya para todos que este continente de la libertad está desempeñando su papel liberador, como lo desempeñó antaño cuando sus tesoros permitieron dominar al turco. Cuanto llegue a salvarse, poco o mucho, se deberá, como se debió en el 14, al peso de América en la balanza.

Permítame, amigo Iturriaga, que antes de terminar disienta de usted del modo más amistoso en un punto que considero capital. Afirma usted que el acento político del mundo y de América debe seguir gravitando sobre el antiguo continente, tesis a mi parecer tan gravemente errónea que no me es posible dejarla pasar sin protesta. Suponer que cada unidad geográfica, y ninguna muestra perfiles más definidos ni caracteres más diferenciados que América, carece de libertad para regir según sus particulares determinantes sus propios destinos políticos es negar la autonomía vital del modo más peligroso. Se trata a mi entender de una idea imperialista, jerarquizada dentro de una figura de universo tentacular con cuanto implica de hegemonismo y marginalismo parasitario. E irrealizable en cuanto que desconoce las peculiaridades tópicas. ¿La independencia americana, su mística de la libertad, serán acaso mitos? ¿Será Bolívar una pompa de jabón en la historia de América? ¿Martí caprichosa flor de un día de su trópico exuberante? Su error en este punto me parece grave, insisto. Por su nivel se emparenta con el espíritu falangista o nazi. Unos y otros patrocinan una descoyuntación al sostener la dependencia de América bien ante una España imperial, bien a la superioridad racial de Alemania. Mas lo mismo puede ocurrir, adviértase, con una internacional obrera al servicio de determinada situación política. Siempre tendremos idéntico fenómeno: la parte que intenta erigirse en todo; la explotación de los pueblos sin verticalidad propia, sin presente, paralelos, como el animal, a la superficie terráquea. Me parece grave además porque niega el destino de América y con él la esperanza luminosa de Occidente, contradiciendo tanto como a los pensadores americanos a los europeos. Dice usted que aquí pueden cultivarse mientras tanto ciertas formas artísticas o filosóficas sin advertir que su afirmación coincide con las reflexiones de un leader falangista, José Ma. Pemán, quien sostenía, para una España tutelada por el imperio romano-germánico, la misma tesis. Sobre que no puede existir verdadero arte, ni moral, ni pensamiento filosófico trascendente si no existe un sistema integrado, cuya base es política, económica, social. Mi desacuerdo con usted en este punto es completo pues que, a mi entender, la más

específica urgencia americana es precisamente de orden político en su alto sentido: *la creación social de la ciudad*. No es otra la clave de la nueva cultura apetecida por el hombre. Tanto más cuanto que las circunstancias determinantes son aquí, como hemos analizado, distintas a las europeas y esencialmente favorables para la creación del mundo humano que en aquellas latitudes carece de viabilidad efectiva. En punto a responsabilidad entiendo que ponemos aquí el dedo en la llaga.

He trazado a grandes rasgos la visión que considero objetiva, de la realidad. Podría condensarla en estas pocas palabras: el camino humano hacia la universalidad, el *nosce te ipsum* de la especie con sus implicaciones creadoras pasa por América. Palpita en ella un destino en el que es posible y necesario embarcarse para arribar a la orilla salvadora. No otra cosa es lo que hoy la Historia nos propone: embarcarnos a fondo en el destino de América fomentando el desarrollo de aquellos caracteres que constituyen su razón existencial. Porque en América se encarna el porvenir y ahondar en América es salir al encuentro del ser humano. ¿Mito? En todo caso, para despegarse de la superficie de la tierra para atravesar el mar o alzar el vuelo necesita el hombre tomar pasaje en un aparato que está fuera de él, barco o avión, en un objeto. Todo lo demás son sueños subjetivos, fantasías, cuando no pueriles verbalismos. Es más, todo aquel que siga hasta el fin su experiencia personal la verá verterse en la objetividad. Allí comienzan las jornadas decisivas.

Ahora bien, el destino de América no es aquel que conciben, abstraídos del resto, ciertos intereses económicos, sino el que reclaman los intereses profundos de la especie: la racionalidad en su nivel exaltado, la suma de los valores materiales y espirituales superiores de los que depende la integración orgánica del hombre en el cosmos. El ser humano, para serlo de verdad, debe no sólo dominar a las máquinas como antaño domesticó los animales, sino domar la Economía despojándola de cuanto hay en ella de feroz y antihumano. Porque si la Economía sólo sirviera para ampliar las formas y el alcance de la servidumbre y de los conflictos y no para la construcción de la divina ciudad del hombre, tendrían razón los que sueñan con un

retorno a la naturaleza selvática. Conste, pues, que estoy de acuerdo con usted en lo que se refiere a la libertad económica que *toda* América necesita, y en que es imposible desconocer, por lo menos en muchos aspectos, la necesidad técnica del socialismo. A él se supedita en parte el esplendor de lo humano.

No se me diga que defiendo una tesis inhibitoria. Los ejércitos han de seguir cumpliendo hasta el fin su violento cometido. Con ellos, sin miedo a las palabras, nos encontramos plena, absolutamente. Pero los no militarizados pueden hacer algo más que servir de apasionados espectadores. La ocasión es compleja. Hay aquí trabajos esencialísimos que cumplir frente a los que de nada sirven por sí solos los ejércitos: echar los cimientos del mundo de mañana. Nadie podrá hacerlo si nosotros, a sabiendas de que es preciso combatir con una mano mientras se edifica con la otra, no lo hacemos. Y ni nosotros podríamos hacerlo si desaprovecháramos la presente coyuntura. El sentido de la responsabilidad distribuye entre los hombres cometidos cuya diversidad es preciso comprender para que el futuro no nos sorprenda una vez más desprevenidos, con las manos vacías, sin otro dar que muerte.

He de poner punto expresándole las gracias por su amable requerimiento y mis excusas por lo largo de mi contestación. El tema era demasiado importante y vasto para tratarlo todavía más a la ligera. Creo que por lo menos habrá servido para que sepa usted en adelante a qué atenerse sobre el modo de pensar que informa las actividades pasadas, presentes y futuras de su buen amigo

Juan LARREA.

EL PROBLEMA DE LAS NACIONALIDADES OPRIMIDAS Y SU RESOLUCION EN LA U. R. S. S.

Por Miguel O. DE MENDIZABAL

EL PROBLEMA de las nacionalidades oprimidas, lo propio que el de las minorías étnicas, es un viejo problema histórico, causa y consecuencia de terribles luchas civiles e internacionales, que han ensangrentado el mundo por milenios.

En las últimas décadas del pasado siglo y las primeras del actual, el desarrollo del capitalismo, la difusión popular de la cultura, ya fomentada, ya obstaculizada por los grandes Estados de Europa, elevaron los problemas de las nacionalidades y minorías, de la categoría de hecho brutal, estigma de la civilización occidental, a la de graves conflictos políticos que reclamaban soluciones urgentes, particularmente en los imperios Austro-Húngaro y Ruso, Estados típicamente multinacionales.

Los partidos progresistas, las organizaciones sindicales y la social-democracia, así como las poderosas burguesías, los parlamentos y los gobiernos, de acuerdo con sus intereses particulares y sus ideologías antagónicas, pretendieron resolverlos por medios violentos o conciliatorios.

Polacos, checos, serbios, tirolese, ucranianos, croatas, armenios, georgianos, e incluso irlandeses, catalanes y vascos, tuvieron sus teóricos, sus héroes, sus mártires y sus verdugos; pero la primera guerra mundial sorprendió a los grandes Estados multinacionales con el problema de sus nacionalidades, no solamente vivo, sino candente: el atentado de Sarajevo en el que pereció el Archiduque Francisco Fernando, pretexto determinante de la conflagración, fué consumado por militares del partido panservio.

El reclutamiento forzado puso en manos de los nacionales irredentos y de las minorías perseguidas las armas

que habrían de convertir la derrota de los Imperios Centrales en el triunfo aparente de las naciones oprimidas de la Europa Central, del Báltico y del cercano Oriente; los tratados de paz de Versalles, Saint Germain, Trianón, Neuilly y Sévres, bajo la generosa influencia del Presidente Wilson, dieron existencia internacional a los nuevos Estados, cuya soberanía nominal, a cambio de una efectiva subordinación política y económica a las grandes potencias vencedoras, sería garantizada jurídicamente por la Liga de las Naciones y debería haber sido defendida militarmente por los complicados sistemas de alianzas de la gran y la pequeña Entente. Pero al resolverse, con indudable torpeza, el problema nacional, se dejó peligrosamente vivo el de las minorías nacionales, sembradas, particularmente en la Europa Central, como verdaderas minas, que el nazismo hizo estallar en su oportunidad para encender la segunda guerra total que ensangrienta y empobrece hoy al mundo.

Las grandes potencias triunfantes, en contra del espíritu y la letra de los CATORCE PUNTOS del presidente Wilson —implícitamente aceptados por ellas al hacerlos lanzar en territorio enemigo por sus aviadores— que proclamaban la *"Libre y magnánima y absoluta imparcial renuncia de todas las pretensiones coloniales"*, acrecentaron sus imperios con los "mandatos" y, además, defraudaron a sus provincias, colonias y protectorados, que habían soportado cargas económicas tremendas y derramado torrentes de sangre en la contienda, con la esperanza de obtener una precaria autonomía o simplemente un tratamiento más generoso.

El olvido rápido y completo, de los principios de *"justicia para todos los pueblos y todas las nacionalidades. . . el derecho de todos los pueblos por igual a disfrutar de la libertad y la seguridad, ya sean poderosos o débiles"*, en los que el Presidente Wilson fundaba la paz y el bienestar universal, ha hecho que en estas horas críticas de la Humanidad, en las que se cierne sobre todos los hombres, aun sobre los propugnadores del "nuevo orden", la amenaza de una esclavitud cruel y centenaria, el mundo colonial permanezca como fatalista observador e incluso como rebelde colaborador de los enemigos de sus metrópolis, sin

comprender que, si triunfaran, a la postre serían sus más implacables tiranos. La señora de Chiang Kai Shek, en reciente artículo periodístico, señalando el contraste entre la posibilidad de los malayos de Malaca y de las Islas Holandesas o británicas, con la heroica combatividad de los malayos filipinos, con fina perspicacia psicológica, lo atribuye al régimen colonial de los primeros y a que los últimos, autónomos ya, luchan por una libertad absoluta, garantizada por los EE. UU., que no les sería otorgada por el Japón, seguramente. Las nacionalidades y los grupos étnicos oprimidos, en consecuencia, han seguido siendo un problema sin solución en los países capitalistas, que ha asumido caracteres de suma gravedad en la crisis internacional por la que atravesamos. Sólo en Rusia, el Estado multinacional más complicado del mundo, ha dejado de serlo; los obreros de la Rusia Central y de la Ucrania de Oro, los campesinos kosacos y uzbekianos, los pastores kirguisos, los cazadores yukutos y los kamchadales pescadores de focas, bajo las banderas del ejército rojo, forman con sus pechos una sola trinchera, que será inexpugnable, tras de la cual se consolida en el dolor y el sacrificio un mundo nuevo.

Sólo la Rusia, aborrecida y calumniada, bajo la dictadura del proletariado dirigido por Lenin y el partido bolchevique, tuvo la gloria de afrontar valiente y desinteresadamente los arduos problemas de las nacionalidades y de las minorías étnicas y resolverlos con tratamientos socialmente justos y técnicamente adecuados, hasta construir, a costa del esfuerzo más tenaz, en la escala más gigantesca, el aparato político, económico y social que en la actual contienda ha demostrado ser el más fuerte, coherente y eficaz del universo: La Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas.

La Rusia zarista era un vasto imperio formado por sangrientas conquistas e implacables sistemas de colonización, que sometió al poder autocrático del Zar y de la sórdida explotación del feudalismo agrario y del naciente capitalismo industrial y financiero, multitud de grupos étnicos, en los más variados niveles de desarrollo económico y social, poseedores de las culturas más disímiles y dispersas desde el Mar Báltico al Océano Pacífico y desde los

hielos eternos del Artico a los eternos ventisqueros del Altai, del Indo-Kusch y del Tauro.

La opresión, la miseria, la rusificación por el látigo, la prisión, la deportación y la muerte, con objeto de suprimir las lenguas vernáculas, las costumbres y todas las características culturales de los pueblos sometidos, fueron las medidas impuestas por el régimen zarista para lograr la unidad, en la servidumbre más abyecta, del Estado multinacional. Su resultado fué un descontento general y profundo, que unió en una rebeldía común a los obreros, los campesinos y los intelectuales de la Gran Rusia con los elementos más avanzados de las naciones sojuzgadas y de las atormentadas minorías étnicas, que, tras de múltiples y sangrientos fracasos, tuvieron oportunidad, con la derrota del ejército zarista en la guerra mundial y la pavorosa catástrofe administrativa y económica que la ocasionó, de lanzarse a una rebelión popular, dirigida por la burguesía, con Kerensky, y, después, a una verdadera revolución proletaria bajo la jefatura de Lenin.

Al ser derrocado Kerensky, los bolcheviques dirigieron a todos los beligerantes una comunicación invitándolos a negociar "*sobre una paz general basada en el derecho de todos los pueblos a disponer de sí mismos y en la exclusión de anexiones e indemnizaciones de guerra*". Solamente aceptaron Alemania, Austro-Hungría y Turquía, que desconfiaban ya de la victoria; pero en los tratados de Brest-Litowsky, impusieron a los rusos anexiones territoriales e indemnizaciones de guerra, en su favor. Como resultado de estos tratados, Lituania formaría parte del territorio alemán y las demás nacionalidades bálticas recibirían una autonomía nominal, bajo la hegemonía real de Alemania; pero los tratados de Versalles crearon los Estados independientes de Finlandia, Estonia, Libotnia, Lituania y Polonia, bajo el control político y económico de las potencias aliadas, el injuriosamente llamado "cinturón sanitario", como una barrera para impedir a la U. R. S. S., el libre acceso al Mar Báltico y aún como "cabezas de puente" para una eventual agresión futura.

El partido bolchevique, desde su fundación en 1898, reconoció el derecho de "*autodeterminación de las nacionalidades y pueblos oprimidos*"; pero la doctrina marxista

establecía, con una claridad que Lenin no ponía en duda, "el carácter de subordinación del problema nacional con respecto al problema obrero"; en otros términos, el problema de la autonomía nacional debería resolverse sobre la base de la colectivización de los medios e instrumentos de la producción económica y bajo la dictadura del proletariado regional.

En los comienzos de la Revolución de Octubre (1917), los bolcheviques se limitaron a declarar los derechos de los pueblos a la separación, es decir, a la verdadera autonomía, para que las naciones que habrían de formar parte de la U. R. S. S., lo hicieran libremente; y en 1918 y 1920, con la nueva división administrativa de Rusia, sobre la base nacional, se dió un paso práctico de gran trascendencia en la resolución del grave problema. Era muy poco aún, apenas el inicio de un nuevo trato; pero la Rusia socialista, en esos años trágicos, no podía hacer más, porque atravesaba por la crisis más dura de su historia.

"El mundo capitalista, nos dice Hewlett Johnson, Deán de Canterbury, no podía permitir, sin una lucha desesperada, un experimento hacia la modelación de un nuevo orden de sociedad, experimento que, si tenía éxito, pondría en peligro las más preciadas posesiones del capitalismo". En estrecha colaboración con remanentes del ejército zarista, los "rusos blancos", Alemania, Inglaterra, Francia, Estados Unidos, Checoslovaquia y el Japón, los antiguos enemigos irreconciliables, se unieron para lanzar sus ejércitos en contra del Estado bolchevique. Fueron vencidos por el entusiasmo y la ferviente fe en el porvenir de los pueblos semi-desnudos y hambrientos; pero a costa del desquiciamiento total de la raquítica economía de la Rusia zarista. Sobre esa base misera se construyó, en veinte años, la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas, que se enfrenta hoy, denodadamente, a los ejércitos más poderosos del mundo, apoyados por la gigantesca producción industrial de la Europa continental.

El 29 de diciembre de 1922, las grandes y pequeñas nacionalidades de Rusia, que habían luchado separadamente contra el enemigo común, en defensa de su libertad y su existencia misma, decidieron unirse voluntaria, expresa y constitucionalmente, en un solo Estado y los delegados

plenipotenciarios de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia, la República Socialista Soviética de Ucrania, la República Socialista Soviética de Bielo Rusia y la República Socialista Federativa Soviética de Transcaucasia (Azerbaiján, Armenia y Georgia), formaron la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas. El inciso C del artículo 1º del Acuerdo que estableció la Unión, establece las facultades para la admisión de nuevas repúblicas en su seno, y hoy forman parte de la U. R. S. S., las Repúblicas Socialistas Soviéticas de Uzlek, Tadjik, Kazakh, Kirghiz y Yakut, así como diversos territorios autónomos, en rápido ascenso económico, cultural y social, que los llevará a constituir nuevas nacionalidades, entre las cuales debemos contar el Distrito Autónomo de Birobijan, en donde se fragua la primera nación judía, propiamente dicha.

El resultado, verdaderamente imponderable, de la política soviética sobre el problema nacional, se debe, en primer término, a Lenin y Stalin, que supieron marcar firmemente los inflexibles lineamientos generales; pero el tratamiento, particularmente complicado y difícil, que demandaron las llamadas nacionalidades de la periferia, son obra de la gran voluntad, la clara visión y la paciente perseverancia de José Stalin, constituyendo un timbre de gloria indestructible que algún día reconocerá la humanidad entera.

Nacido en Gori, Georgia, en la época imperial, sintió en su propio espíritu y en su propia carne lo que significaba la opresión nacional y la rusificación violenta; padeció azotes, prisiones y deportaciones por su rebeldía en contra de la brutalidad del régimen zarista, y fué acumulando valiosas experiencias que conformaron su concepto exacto del problema nacional y la táctica justa para resolverlo. Evadido de Siberia y emigrado en la Europa Central, estudió profundamente sus problemas nacionales y las soluciones propuestas por los teóricos socialdemócratas, y las organizaciones judías. En una carta de Lenin a Gorki, le decía: *"Respecto al nacionalismo, participo de su opinión de que debemos prestarle una seria atención. Tenemos aquí un magnífico georgiano que está escribiendo un extenso artículo para el "Prosveshtcheniye", para el cual ha juntado todo el material austríaco y otros materiales"*; este

trabajo se convirtió en el fundamento teórico de la política soviética y su autor, Stalin, que aduna al conocimiento científico del problema, una experiencia personal y amplia, fué designado para afrontarlos, con el carácter de Primer Comisario de las Naciones, por el gobierno soviético.

Sus palabras tienen, en consecuencia, especial importancia para el conocimiento del problema y de la táctica adoptada para resolverlo. Dos párrafos de su discurso en el DÉCIMO CONGRESO DEL PARTIDO COMUNISTA, nos muestran la línea política marxista que debería seguirse, a la vez que un cuadro muy realista de las situaciones: *"Es evidente, nos dice, que el único régimen capaz de resolver el problema nacional, es decir, el único régimen capaz de crear las condiciones que aseguren la convivencia pacífica y la fraternal colaboración de los distintos pueblos y razas, es el régimen del Poder Soviético, el régimen de la dictadura del proletariado"*.

Sobre esta línea general de conducta, que se ajustaba estrictamente a la doctrina marxista, Stalin fijó la táctica, es decir, el tratamiento que cada problema debería recibir en la práctica, que variaría, como es lógico, de acuerdo con las condiciones objetivas de las diversas nacionalidades y grupos étnicos: *"El fondo del problema nacional (una vez establecida la autonomía plena y la igualdad legal), consiste en eliminar el atraso que hemos heredado del pasado; en dar a los pueblos atrasados la posibilidad de alcanzar a la Rusia Central en los terrenos estatal, cultural y económico"*.

No se trataba ya de una simple "cuestión de derecho", sino de lograr la igualación efectiva, por medio de una cooperación amplia y permanente, que permitiera elevar el nivel de los nacionales atrasados como una condición precisa para *"el establecimiento de la colaboración fraternal entre las masas laboriosas de las distintas naciones"*.

Así planteado, el problema era positivamente gigantesco, pues si se exceptuaban los 75 millones de grandes rusos, y 35 de ucranianos, bielorusos, que habían estado más o menos en contacto con los desarrollos del capitalismo industrial, aunque presentaban también, en conjunto, un panorama desolador de analfabetismo, de miseria y de abandono social, 30 millones de kirghizos, uzbekos, ture-

menios, tadjicos, azerbaijanos, tártaros del Volga, tártaros de Crimea, bujaros, jivinas, bashkires, armenios, chechenos, katarinos, osetinos, cherkeses, ingushos, karachaevas, balkaros, kalmucos, carelias, avarinos, darguinianos, kasikumujos, kurinianos, kamecos, maris, chuvacos, votiacos, yukutos, etc., eran agricultores primitivos, artesanos y aun pastores en las estepas, cazadores en la taiga solitaria y pescadores en los inmensos ríos congelados y los mares árticos, cuyas costumbres feudales, patriarcales o de clan, presentaban obstáculos, que parecían invencibles, para la transformación económico-social y cultural.

Para superar esta situación, Stalin formuló el siguiente plan, que se aplicó con una rapidez, una energía y una abnegación sin paralelo: 1) estudiar la situación económica, la vida y la cultura de los pueblos y naciones atrasados; 2) desarrollar su cultura; 3) instruirlos políticamente; 4) incorporarlos gradual e insensiblemente a las formas superiores de la economía; 5) organizar la colaboración económica entre los trabajadores de las nacionalidades atrasadas y adelantadas.

Ejércitos de organizadores comunistas, de obreros calificados, de técnicos, de trabajadores sociales, de médicos, de maestros, de geólogos, de biólogos, filólogos, etnólogos y de antropólogos físicos, fueron lanzados sobre los 23.000,000 de kilómetros cuadrados de la Rusia Europea y de la Siberia, del Turquestán y de la Transcaucasia; héroes anónimos los más, profundamente penetrados de su misión histórica, que supieron cumplir, y cumplen todavía, infatigable, perseverante y fervorosamente.

La inextricable variedad de condiciones y posibilidades regionales, obligó, naturalmente, a usar un tratamiento específico para cada grupo étnico. Para la educación, por ejemplo, según el Deán de Canterbury, inteligente observador directo de la grandiosa empresa cultural, se aplican los siguientes sistemas generales:

"1.—Algunas tribus dispersas carecen de elementos alfabéticos. Como no tienen medio de instrucción en su propia lengua, estos grupos reciben su instrucción en las escuelas rusas. De momento la solución no presenta otra alternativa".

"2.—Algunas tribus, además, aunque no poseen ni alfabeto ni cultura nacional, viven, sin embargo, en grupos compactos, y usan su lengua nativa en sus relaciones diarias. Estos grupos, reciben la educación en su lengua nativa y después, una educación secundaria y superior en lengua rusa".

"3.—Existen también nacionalidades más numerosas, como la ucrania y rusa blanca, la georgiana y la armenia, que poseen tradiciones culturales e históricas de un alto grado y que han demostrado su competencia para hacerlo, utilizando su propio sistema educativo, desde las escuelas primarias a la universidad. Otros grupos nacionales como los uzbekhianos, los tajikianos y los turcomanos, progresan incesantemente en la misma dirección. A medida que crece el número y la importancia, la educación nacional va reemplazando a la educación rusa en todos sus grados. El hecho de que este modo de resolver el problema se fomenta, es una prueba de la sinceridad soviética en relación con las nacionalidades".

En la imposibilidad de extendernos en esta ocasión, en la enumeración de hechos concretos reveladores del éxito alcanzado en la transformación cultural y técnica, daremos solamente algunas cifras, suficientemente demostrativas, tomadas del censo de la U. R. S. S., de 1939:

<i>Porcentajes de los que saben leer y escribir.</i>	1926	1939
RSS Tadshikistán	3.7	71.7
RSS Uzbekistán	10.6	67.8
RSS Turkmenistán	12.5	67.2
RSS Kirguizia	15.1	70.0
RSS Kasajstán	22.8	76.3
República Autónoma Daguestán	13.9	69.8
Rep. Autónoma Kabardino-Balkaria	23.6	74.8

<i>Número de Técnicos y profesionistas al servicio de la URSS.</i>	1926	1939
		<i>en 1000</i>
Ingenieros, arquitectos, constructores (sin dirigentes de fábrica y de rama)	32	305
Personal técnico medio (técnicos, maestros, forestales, jefes de Est., etc.)	175	836
Agrónomos	18	90

Otro personal agrotécnico (geómetras, técnicos agrícolas, agrotécnicos, zootécnicos)	13	114
Obreros de la ciencia (profesores, maestros de escuelas superiores, etc.)	14	93
Maestros	348	1201
Periodistas, bibliotecarios, dirigentes de clubs, etc.)	59	495
Artistas	54	174
Médicos	70	155
Personal médico medio (enfermeros, comadronas, enfermeras)	130	607
Contabilistas, oficinistas	375	1769

Digna de especial mención es la solicitud soviética para la elevación cultural y la liberación económica de la mujer, particularmente en las regiones en que el islamismo la tenía sometida a una inferioridad y una perenne humillación inenarrables. Los porcentajes comparativos de los censos de 1926 y 1939, nos darán una clara idea de este hecho importantísimo:

<i>Porcentaje de las mujeres que saben leer y escribir.</i>		1926	1939
Tadshikistán	menos de	1	65
Uzbekistán		6.5	61.6
Kirguizia		7.4	63
Turkmenistán		7.7	60.6

Vicente Lombardo Toledano, en su brillante y profunda conferencia sobre *Cómo resolvió el Régimen Soviético el Problema de las Nacionalidades Oprimidas*, refiere una experiencia personal verdaderamente ilustrativa: "La primera vez que yo visité un campo de petróleo en la ciudad de Bakú, el *Campo Stalin*, mandó al Secretario General del Sindicato de la República que viniera el ingeniero en jefe; llegó el compañero ingeniero en jefe y yo creí encontrar un ingeniero varón, de cierta edad, dada la enorme responsabilidad económica y política que tiene la industria petrolera, tan cerca de la influencia del imperialismo inglés, en los campos de Persia; el ingeniero en jefe era una compañera de veintiocho años que tenía a su cuidado toda la

planta Stalin de Bakú". Si esta joven —pensamos nosotros—, hubiera nacido ocho o diez años antes, tan sólo, habría sido vendida, en plena niñez, para satisfacer la difícil lascivia de un despótico cincuentón, y sufrir resignadamente los puntapiés de su señor.

La gran obra cultural realizada en todas las naciones soviéticas, particularmente en las más alejadas de la Rusia Central, de donde naturalmente irradiaban las enseñanzas, los ejemplos y los recursos iniciales, permitió que la planificación de la economía soviética no fuera un evento gigantesco de explotación colonial, sino la base del desarrollo de las economías regionales, que elevaron con prodigiosa rapidez el *standard* de vida de los míseros pueblos marginales y su capacitación en técnica.

En la electrificación, en la industria pesada, en las industrias de transformación, en los transportes, en la colectivización de la agricultura mecanizada, en las grandes obras de irrigación, en los laboratorios; directores, ingenieros, médicos, técnicos, administradores y obreros altamente calificados, salidos de las flamantes universidades e institutos politécnicos de las antes atrasadas naciones de la periferia, han colaborado eficazmente y llenos de entusiasmo delirante y cada día en mayor proporción, con los profesionistas, técnicos y obreros de Moscú, de Leningrado, de Kiev o de Karkaven, en la realización de los planes quinquenales.

La política soviética en lo que respecta a las minorías nacionales, ha consistido, simple y llanamente, en la aplicación del principio democrático de igualdad de tratamiento y de oportunidades para todos.

El 8 de agosto de 1918, el gobierno de los obreros y de los campesinos, con uno de sus primeros decretos, derribó las empalizadas de los "ghettos", tras de las cuales 6.000.000 de judíos esperaban aterrorizados las horrendas matanzas de los "progromos", con los que los generales zaristas eludían la responsabilidad de las derrotas debidas a su incapacidad y a sus rapiñas; y la vida total, la actividad múltiple y fecunda, se abrió al pueblo que tenía vedado empuñar la mancuerna del arado y las palancas de la máquina, para que rindiera libremente el fruto de su infatigable la-

boriosidad y de su inteligencia, acrisolada en la centenario amargura de la opresión y del desprecio.

La Constitución de 1936 en su artículo 123, garantizó sólidamente esta conquista de la Humanidad:

"La igualdad de los derechos de los ciudadanos de la U. R. S. S., independientemente de su nacionalidad o raza, en todas las esferas de la vida económica, estatal, cultural, social y política, es una ley irrevocable, cualquier restricción directa o indirecta, de esos derechos, o a la inversa, el establecimiento de privilegios directos o indirectos, para los ciudadanos, a cuenta de su raza o de su nacionalidad, así como el otorgar por exclusivismos raciales o nacionales, o por odios y desprecios, es castigable por la ley".

La indestructible cohesión, la ilimitada abnegación y la indomable energía de los pueblos de la U. R. S. S., son un resultado glorioso de la actitud de la Unión Soviética con sus nacionalidades oprimidas, y con sus minorías vejadas.

Muy difícil es pronosticar si las grandes naciones aliadas sabrán aprovechar, en el futuro, esta gran lección de política social, pues esto dependerá, en primer término, de la situación del proletariado de los diversos países en la post-guerra, y de su posición clasista. El problema de las minorías nacionales es un problema democrático, que puede resolverse, o se ha resuelto ya, por medidas democráticas burguesas; pero ¿cómo resolver a fondo, dentro del régimen capitalista, el problema de las nacionalidades oprimidas y de los grupos étnicos, que requiere el previo requisito de la colectivización de los medios e instrumentos de la producción económica y de la dictadura de los proletariados regionales? Podemos esperar, sin embargo, con fundamento en la CARTA DEL ATLÁNTICO y de la *Era del Pueblo* del Vicepresidente Wallace, un nuevo trato para todos los pueblos del mundo.

DOCE DE OCTUBRE Y NUBLADO

FRANCO CONTESTA A ROOSEVELT

EL 21 DE AGOSTO, tras varios meses de silencio, demasiado profundo para ser casual, surge, en la política internacional, el nombre de España. Los veranos españoles tienen una indudable atracción sobre su genio histórico; por lo visto es estación propicia para que, acalorado, irrumpa en acción.

La voz sobre España partió de América. Roosevelt lanzaba, no sé si para el Gobierno o para el Pueblo, una oferta, una advertencia y una invitación muy americanas.

A un pueblo destrozado y hambriento, casi paralizado, porque es muy difícil caminar entre ruinas y porque no sabe dónde ir ni para qué, encerrado durante tres años en el trabajo forzado de reprimirse y ser reprimido, una voz le advierte que hay algo en lo que él puede invertir su acción contenida. El mismo. Rehacerse. Impedir que terminen su destrucción lanzándole a la guerra y conseguir volver a tener las manos libres.

Un poco arbitraria puede parecer esta interpretación de las palabras de Roosevelt. Pero a las preguntas las desvela muchas veces la contestación y Franco encaramado sobre España, descubre con su respuesta la intención de advertir e invitar que la oferta del Presidente de los EE. UU. de Norteamérica, llevaba.

Roosevelt ofrece a una España neutral el apoyo y los medios de reconstrucción, una vez terminado el actual conflicto. Primero se atendería al hambre y luego se restaurarían los viejos y gloriosos monumentos destruidos en la guerra. Una proposición auténticamente americana. Tanto que, sin previo concierto, de su propia mente, Roosevelt ofrece la colaboración, en esa tarea, de todas las Naciones de habla española. Refleja en ella el apasionamiento americano por la mitad de su pasado histórico —el español— y la preocupación, casi ansiosa, porque este pasado se quede donde esté. Estos monumentos removidos —y revividos— por nuestra guerra deben de ser fijados cuanto antes, y sólidamente, en su propio suelo, donde puedan recibir la visita de los turistas. De no ser así, de continuar descompuestos, es posible que sean ellos los turistas y el ímpetu teutónico, que los removió, los tras-

plante a América donde no faltarían capataces criollos dispuestos a rehacer ruinas y decorarlas con la swástica.

El aire arqueológico de la oferta y el destinatario aparente llenó de asombro a muchos y dejó un regusto amargo de pacto con el diablo a los españoles de fuera, huéspedes de América y a quienes un injusto recelo, incubado en tres años de sangrienta inocencia, les convierten en huéspedes sus propios dedos. Después de tres años de estar alejados de la Patria—la españolidad es incompatible con la hispanidad—examinamos siempre desde afuera las acciones sobre ella. Nos olvidamos un poco de los veinte millones de españoles que permanecen, maniatados, amordazados y con los oídos taponados.

Desde fuera, para dirigirse a ellos, hay que hablar a Franco. Son los derechos de las Aduanas alemanas de Vigo, Cádiz y Barcelona. Hay que hablarle a él para que oiga el Pueblo. Para que llegue esa voz de América planteándole el problema del momento. La invitación para que permanezca en paz. Es decir en guerra contra Franco que es la Alemania que necesita hombres en el frente del trabajo y soldados en el segundo frente.

Si no fuera así ¿para qué hablar? Tiene demasiada importancia una voz de América dirigida a España para que se pierda en los oídos de los peores sordos. Los sordos que no quieren y que no pueden oír. Las gentes españolas han oído el peligro en que se encuentran y han escuchado una voz que les anima advirtiéndoles que no están al fin solos. Un momento propicio para hablar porque las gentes españolas comienzan a agruparse nuevamente. Enemigos de ayer, se encuentran con naturalidad, sin sorpresa, unidos, en una Patria en la que son inquilinos. Un mismo descontento—nacido de causas diferentes y aún opuestas—los agrupa. Todos pueden entender y escuchar un mismo lenguaje. A través de Franco les llegan unas palabras explosivas. Se les habla de paz y de reconstrucción. No caben palabras más revolucionarias cuando se dirigen a un pueblo desesperado y próximo a ser mezclado en la más feroz carnicería.

Es doloroso que llegue cuando el pueblo está maniatado y que no se escuchara cuando tenía las manos libres. Y como se esperaba entonces.

•

Pocos días después, el tres de septiembre, Franco ha contestado. Ha empleado el mismo truco. Roosevelt se dirige a él. Los tutores o mejor dicho los empresarios de Franco han comprendido que era un

procedimiento indirecto de hablar a España. Le han obligado a responder a Roosevelt sin contestarle a él. La réplica es la formación de un nuevo Gobierno. Salen tres Ministros: Varela, Serrano Suñer y Galarza. Serrano Suñer sale de todas partes. De la supuesta dirección de Falange y del Ministerio de Estado (Relaciones exteriores). Varela del Ministerio de la Guerra y Galarza de Gobernación. ¿Quiénes les sustituyen? A Serrano Suñer dos generales—Franco y Gómez Jordana— a Varela un General de verdad—Asensio Cabanillas— y a Galarza, Coronel metido a Gobernador, un Gobernador metido a Coronel. Los tres pilares de la Gobernación de España pasan a manos del Ejército. El Partido artificial creado por el Ejército y que se creyó vivo y real vuelve a su existencia, al ser suprimido el sustituto engreído de Serrano Suñer por el verdadero amo, Franco. En el Ministerio de Estado vuelve el Ejército a descubrirse colocando en él a su Ministro de Estado. Al General Gómez Jordana, que dirigió la guerra internacional española del 36 al 39. Y en Guerra un General, hazañero de salón, capitán a pesar de sus ascensos, que se creyó Ministro de la Guerra, deja el paso al Jefe de Estado Mayor Central. A un general estudioso, serio, con capacidad de mando. En Gobernación el Coronel Galarza no estaba en su sitio. Quien ahora sale a escena es un viejo amigo del General Franco. Jefe del Cuerpo Jurídico Militar gobernaba a España desde la Fiscalía del Consejo Supremo de Guerra y Marina. España, como Europa entera está sometida, no gobernada. La administración es un modo de represión y nada más. Por ello el mejor Ministro de la Gobernación es ahora Blas Pérez González, fiscal.

En realidad el tres de septiembre se restaura la sublevación del 18 de julio. Esta comenzó proclamándose en toda la España de Franco el estado de guerra. Ahora también se proclama el estado de guerra porque todos los resortes del Estado vuelven a pasar a manos de militares auténticos. Se han ido los aficionados y han entrado los profesionales. ¿Por qué? Porque la situación es seria. Roosevelt lo ha advertido al pueblo de España y Franco ha recogido la advertencia. El segundo frente está a la vista. La extensión de la guerra también. África y España están unidas en esta guerra desde su iniciación. Ahora no es un disparate decir que la guerra actual comenzó en Melilla el 18 de julio de 1936. En África hay batallas a reñir. Franco se prepara para ello. No puede hacer la guerra con lo que hoy se hacen las guerras. Con el Pueblo, porque, como él dijo, tiene España un Caudillo, un Ejército, pero le falta el Pueblo y por lo tanto en este momento grave reafirma al Ejército en su doble papel de arma militar

DOCE DE OCTUBRE



LIPCHITZ: La madre y el hijo. *Bronce*. 1941.

DESASTRES DE LA GUERRA



(Campo de concentración de españoles en Francia).

Fiesta de la raza.

y de domador de pueblos. Los generales que reaparecen son los más aptos para el empeño africano. Nacieron y se crearon, como generales, en Africa. Han sabido mandar, matar y corromper moros. Franco contesta a Roosevelt mirando a Africa pero sin dejar por eso de tronar lo suficiente para que se le oiga en América.

En su nuevo Gobierno Franco reitera su pasado de seis años. Su primera declaración es la afirmación de que continúa en pie de guerra contra el comunismo. Para él, es comunismo todo lo que no está con el Eje y lo dice tras afirmar que su política internacional tendrá como condición la solidaridad con Portugal y con los países americanos. La monotonía falangista de entorilarse en el siglo XVI se expresa una vez más. Africa y América.

Buen programa para esa ratonera que se llama la fiesta de la raza. Empeño inútil de recortar en lo español una fiesta universal. A España le dió el destino la posibilidad de alumbrar un Mundo Nuevo. El 12 de octubre abrió con sus hombres la posibilidad de completar la tierra. Pero lo que surgió no fué una prolongación de España. Fué nada menos que eso, un Mundo Nuevo. América fué descubierta para Europa pero le descubrió a ella la iniciación de algo distinto de lo que hasta entonces había sido el Mundo. Y ese día, para gloria de España, no puede recortarse ni comprimirse en una sola raza. Es el día de América. Todavía no lo quiere creer Franco ni lo quieren creer algunos americanos que lo son sin saberlo ser, y para quienes Franco contesta a Roosevelt marcándoles un bonito comentario para el 12 de octubre que sólo pueden poner en Argentina.

José I. MANTECON.

LA UNION DE LAS AMERICAS

MONEDA DE BUENA LEY encuentra fácil aceptación en todas partes. Es cuando la moneda comienza a falsearse que halla huraño recibimiento. Los hombres de ideas son como las monedas. ¡A cuántos no hemos visto adquirir libre circulación en nuestros países de América, para luego aquí y allá y en todas partes ser rechazados, dejando en los ánimos engañados ese mal sabor de la moneda falsa! El movimiento que reconoció a Rubén Darío por jefe, fué quizás el más rico en hombres de esterlina calidad. Dejó nuestra América de pensar, al aquilatarlos, en nacionalismos estrechos, y se les reconoció nacionalidad continental. Era nicaragüense Darío, pero, más que de Nicaragua, de toda América. Y como Darío el cubano Martí, el uruguayo Rodó, formando, con quienes los antecedieron en tal rango, la teoría nobilísima que viene desde Fray Bartolomé de Las Casas (de cuyo origen francés se precia Francia, de cuyo nacimiento español se ufana España, cuyo americanismo toda la América proclama) y que incluye varones tan preclaros como Don Andrés Bello, Montalvo, Sarmiento, Eugenio María de Hostos, Enrique José Varona, Pedro Henríquez Ureña... Cada quien haga su propio santoral, y en él incluya a Víctor Raúl Haya de la Torre por poseer esa virtud que decimos, de ser moneda de buena ley constante: honradez intelectual, honestidad política, validez repetidamente comprobada.

De hombres como él necesitamos más y más, y con urgencia, porque escasean. En ellos, en lo que son, en la influencia que ejercen, en el ambiente que crean, en las raíces que echan, en su floración y fructificación, están las Américas unidas, o por lo menos está su unión prefigurada. Las carreteras y las líneas telegráficas se pueden tender en cualquier tiempo. Lo importante es la unión de pensamiento, la unión de espíritu, la unión de voluntad, la unión de doctrina, como se prefiera llamar a ese vínculo primordial que fué Bolívar el más grande en reconocer y el más fervoroso en fomentar, al grado de darle su nombre: el ideal bolivariano.

Hay que observar que por importantes que sean los vínculos materiales capaces de informar la unión de los pueblos americanos, no bastan por sí solos. Entre cualquier país de Latinoamérica y los Estados Unidos norteamericanos, por ejemplo, hay lazos materiales tan

firmes que ya son inquebrantables. Con excepción de la Argentina y, ocasionalmente, de algún otro país de Suramérica, el comercio principalísimo de cada pueblo nuestro es con los Estados Unidos, su moneda está supeditada al dólar, la moda es de Nueva York o Hollywood cuando no de San Antonio, y todo lo que es progreso material—automóviles, locomotoras, aparatos de radio, tenazas de dentista, planchas eléctricas, vitaminas y muebles (¡Oh inefable prestigio de las camas Simmons!) es yanqui. Hasta hay *chuncas* y *cholas* y *mengalas* que visiten *sweater* y *slacks*. Luego, en lo político, nada es tan ponderable como la influencia de Washington, de donde bajan tantos presidenciales, a donde suben tantos presidentes. Y sin embargo, hay en realidad, menos unión, menos solidaridad, entre los Estados Unidos y sus más estrechos colaboradores hispanoamericanos que entre cualesquiera dos, los más distanciados, países de Hispanoamérica. Haya de la Torre es por eso más nuestro que jamás lo puede ser ni el mismo Waldo Frank que a nosotros se ha consagrado tan enteramente: siempre será Frank un amable extraño; siempre será Haya propio; pero por la ruta de Frank los Estados Unidos se acercan a nosotros.

De ahí que este volumen del americano del Perú¹ tenga un interés de actualidad. Es volumen simplemente, no libro. Volumen en que están incluidos veinte y pico de artículos ocasionales escritos entre 1938 y 1941, y que, desde luego, carecen de unidad cabal. En uno de ellos dice Haya de la Torre que las cuestiones a que se refiere las desarrollará en libro que preparaba sobre tales temas, y advierte que, si adelanta su opinión, es porque "*es difícil asegurar si un libro podrá ser escrito hasta su fin o aun si una vida no ha de acabar prematura y súbitamente cuando se es perseguido político en el Perú de hoy—que es como la Venezuela de... Juan Vicente Gómez*". Eso era en 1938. La situación algo ha mejorado y es de desear que Haya de la Torre pueda ahora escribir su libro con la calma que necesita para ordenar y afirmar sus ideas.

Si se toma como pronunciamiento definitivo, este volumen desconcerta. Haya de la Torre siempre ha insistido en ideales prácticos. No ha sido soñador que borda en el vacío, no ha sido ilusionista. Por eso asombra verle definir "*la tarea actualísima* (en junio de 1940) *de hacer fuerte a Indoamérica para que coopere eficazmente a la defensa de las Américas*" auspiciando un "*pacto indoamericano con los Estados Unidos del Norte para comprometerse a asegurarse la máxima afirmación de la democracia en ambos grupos de Estados, y abandonando y*

1 VICTOR RAUL HAYA DE LA TORRE, *La defensa continental*. Ediciones "Problemas de América", distribución de Americalee, Buenos Aires, 1942.

combatiendo toda práctica dictatorial o totalitaria y garantizando las libertades esenciales del hombre y del ciudadano, bajo una constitución que debe cumplirse estrictamente", y otro pacto "para constituir un Tribunal interamericano con autoridad para velar por el cumplimiento de las cláusulas anteriores", especificando que "ante ese Tribunal podría recurrir cualquier ciudadano o grupo de ciudadanos norte o indoamericanos". Se imagina uno lo imposible o efímero de semejante unión el día en que ante tal Tribunal los ciudadanos de Jersey City presentaran acusación contra el Alcalde Frank Hague, y los negros de Georgia contra el Gobernador Talmadge, y los agricultores de Tennessee contra el propio Presidente Roosevelt (a quien recientemente han llamado en asambleas públicas el Enemigo Número Uno de los trabajadores del campo), y el Representante Martin Dies contra Mrs. Roosevelt, y... ya no digamos la muy justa acusación del propio Haya de la Torre contra quienes le han birlado vilmente la presidencia del Perú.

Se ve clara la intención del autor. Es un anhelo de perfección que momentáneamente lo ha ofuscado. La perfección nunca se alcanza y cuando se la postula como condición es no querer llegar. Es platónico en el peor sentido del concepto querer un perfeccionamiento previo de los hombres y de los gobiernos para base de la unión de nuestros pueblos o de cualesquiera otros pueblos, porque así se queda uno fuera de la humanidad, fuera de la realidad, fuera de toda posibilidad.

No. La unión de las Américas es necesaria y buena en sí y por sí. Debe realizarse sin exigir perfección previa de ninguna índole, con todas las imperfecciones que existen. No se debe pretender ni siquiera que desaparezcan las más feas dictaduras criollas, ni pensar que, hecha la unión, esas dictaduras hayan de desaparecer de inmediato. Ellas son, claro está, en gran parte resultado de nuestra desunión, pero forman problema aparte.

Celebra Haya de la Torre en este volumen que el Senador Alexander Wiley (republicano, de Wisconsin) haya auspiciado en 1940 la conveniencia para los Estados Unidos, como para todos, de unirse los veinte pueblos hispanoamericanos. Si sólo fuera la voz de Wiley la de eso, sería nada o casi nada, pues es hombre que vale poco. Pero esa idea viene cobrando fuerza en Norteamérica. Basta citar el bolivarianismo sincero de Henry A. Wallace y la urgencia de unión universal que predica el Gobernador Harold E. Stassen de Minnesota. Hay mil voces más. De nuestra parte debemos contribuir con indicaciones prácticas para que ese ideal se haga realizable. Nadie más autorizado para esto que Haya de la Torre. Esperamos su libro.

Salomón de la SELVA.

RECTIFICACION

EN EL FASCÍCULO anterior de CUADERNOS AMERICANOS ha aparecido una nota del señor Carmona Nenclares titulada *La "arianización" de los iberos o la prehistoria del franquismo*, a propósito del reciente libro de Obermaier y García Bellido EL HOMBRE PREHISTÓRICO Y LOS ORÍGENES DE LA HUMANIDAD. Creemos necesario rectificar algunas de sus afirmaciones.

Ante todo esa obra no es la segunda edición de EL HOMBRE FÓSIL, la obra capital de Obermaier (1a. ed. 1915, 2a. ed. 1925, publicada por la Junta de Ampliación de Estudios, y edición inglesa de 1924, New-Haven-Londres, por la Hispanic Society de Nueva York), sino una ampliación de una obra menor de Obermaier del título de la actual publicada en 1932 en las ediciones de la Revista de Occidente, que constituía una exposición elemental destinada al gran público y que comprendía toda la Prehistoria en contraste con EL HOMBRE FÓSIL que abarca sólo el paleolítico. En esta segunda edición Obermaier ha puesto al día especialmente el paleolítico, revisando de manera menos completa el mesolítico y neolítico y García Bellido ha hecho una nueva redacción de las edades del bronce y del hierro, ampliando sobre todo lo referente a España.

Contra lo que afirma el autor de la nota, a pesar de haberse hecho la edición en Madrid, 1941, la obra no tiene carácter político, se mantiene dentro de una estricta objetividad científica y es de reconocer que sus autores no han tenido el mal gusto de suprimir, en la bibliografía y en el texto, la mención de las contribuciones a la Prehistoria, incluso a la de España, de los autores considerados allí como "rojos". Por el contrario, el propio García Bellido, profesor actualmente de la Universidad de Madrid bajo el régimen falangista, se ha esforzado en ser lo más completo posible en sus citas bibliográficas y menciona repetidamente nuestras obras.

Las opiniones de Obermaier sobre el problema todavía oscuro de la aparición de la humanidad y de la formación del hombre pueden ser discutidas, lo mismo que las de todos los antropólogos que se han ocupado de este problema, pero, si se citan sus textos de modo completo, hay que reconocer que Obermaier es fuertemente transformista. El párrafo de la página 40 aludido en la 58 del número 5 de CUADER-

NOS AMERICANOS dice textualmente: "Nosotros somos opuestos a la teoría evolucionista en el sentido de pequeñas, casi imperceptibles, transiciones; pero somos partidarios de la teoría de las mutaciones, es decir, del sistema de cambios repentinos y decisivos, tal como la investigación biológica moderna en animales y plantas ha podido ya constatar reiteradas veces. Con la formación del Hombre ("hominación"—la mayor y más importante "mutación lograda en el dominio de lo creado—experimenta la Humanidad una separación decisiva del resto del reino animal, separación que le liberó del impulso impersonal y elemental de la Especie. La nueva evolución discurrió al principio lentamente; pero con el transcurso del tiempo tomó un ritmo cada vez más rápido y considerable, el cual podemos hoy comprobar a la vista del material de nuestros museos. Este nos habla de los tipos y culturas humanos que habían de nacer; de unos que se conservaron, de otros que murieron".

Hemos releído los párrafos dedicados por el señor García Bellido a los iberos y no hemos sabido encontrar nada que justifique la afirmación del señor Carmona Nenclares de que el libro en cuestión "trata de adaptarse a los principios raciales del nazifascismo triunfante en la guerra civil de España, según los empresarios y vencedores del conflicto". Por lo demás, tampoco el señor Carmona Nenclares cita nada referente a los iberos que justifique tal aserto.

En cuanto a los dos párrafos referentes a los arios o indo-germanos del señor Obermaier, en la página 187 de su obra, no creemos que permitan clasificar al autor entre los que buscan argumentos racistas pro-nazi con qué fundamentar las demandas del espacio vital del tercer Reich. Que los indo-germanos o arios existiesen hacia el año 2000 a. de J. C. como familia étnica y lingüística no implica afirmar su identificación con la *raza nórdica*, cuya existencia, por otra parte tampoco obliga a aceptar las conclusiones de los antropólogos nazistas. Si puede hablarse o no de *germanos* en el año 2000 puede ser igualmente discutido; pero no parece dudoso a la mayor parte de los investigadores modernos imparciales que en el segundo milenario existiese ya, en el grupo de la cultura nórdica de la Edad del bronce desde el sur de Escandinavia hasta el Elba, el núcleo étnico que después se llamó *germano*.

Tampoco implica adherirse a las conclusiones políticas nazistas afirmar la extensión de los arios, indo-germanos o indo-europeos, en oleadas sucesivas, hacia el interior de Escandinavia por el norte y hacia el sur hacia el Mediterráneo, por los sudetes y los alpes orientales hasta los Balcanes, por el este y sudeste a través de Polonia hasta Rusia y Ucrania y en dirección oeste hacia Francia y Britania (y aún podemos

añadir hasta España: celtas germanos). Que sepamos nadie ha discutido que entre los griegos, los italos, los celtas, los persas y los indos hubiese elementos indo-germanos y que lo fuesen sus lenguas, desde mucho antes de existir nazis en Alemania y por mucho que nos desagraden las teorías nazis de la *Landnahme*, del *Lebensraum*, de la *Herrenkaste*, de la *bildende Staatskraft del Germanen*, o de su carácter *Kulturträger*, no vamos a suprimir de la historia de Europa los movimientos germánicos, los dominios suevos y visigodos de España, el dominio vándalo de Africa, el ostrogodo de Italia, el franco de Francia, el sajón y el normando de Inglaterra, etc., etc. La reclamación de los países dominados un tiempo por germanos y su justificación con argumentos de tipo antropológico y prehistórico corre de exclusiva cuenta de los hombres del tercer Reich y Obermaier no dice una sola palabra acerca de ello. Ni siquiera se suma a los autores, no necesariamente nazis, que buscan el origen de los arios en el centro y norte de Europa, formulando en la página 188 muchas reservas acerca de esa opinión y diciendo textualmente en la página 189: "personalmente, nosotros somos partidarios de la tesis formulada por Schrader, Nehring y Koppers, acerca de los arios orientales, según la cual la patria primitiva de los indogermanos estuvo, aproximadamente, en la extensa región del Volga, al norte del Cáucaso", lo cual en lugar de justificar, si justificable fuera un *Lebensraum* mediante extensiones prehistóricas de pueblos, podría ser tomado, no a favor del dominio nazi de Europa, sino para fundamentar un dominio soviético desde España hasta la India, cosa que no creemos que se le haya ocurrido a nadie.

No encontramos en el libro de Obermaier y de García Bellido ninguna maniobra de *arianización de los iberos*. Que la península ibérica haya recibido su perfil étnico definitivo con la mezcla de iberos, pirenaico-vascos y pre-iberos capsenses, o como quiera llamárseles, con los invasores célticos, no lo ha dudado nadie hasta ahora.

Finalmente algunos datos biográficos de los autores del libro. El señor García Bellido que era ya profesor de Arqueología clásica de la Universidad de Madrid antes de 1936, continúa en su puesto en la actualidad e ignoramos cuál haya sido su posición durante la guerra respecto de la República española ni cuáles sean sus ideas políticas en la actualidad. El Prof. Obermaier se encontraba en Oslo en el Congreso internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas al comenzar la guerra de 1936, habiendo salido de España al terminar sus cursos en junio anterior. Durante la guerra no sabemos que estuviese en el territorio rebelde sino que permaneció en Friburgo de Suiza explicando cursos de Prehistoria en aquella universidad, en donde continúa. Que

sepamos no ha hecho nunca manifestaciones de carácter político y menos de carácter nazi-falangista. Además, habiendo sido nombrado Profesor de Prehistoria de la Universidad de Berlín, vacante durante los últimos años de la República de Weimar, poco antes del advenimiento de Hitler al poder renunció a dicho puesto y continuó en su cátedra de Madrid.

Pedro BOSCH-GIMPERA.

Aventura del Pensamiento

CARACTERIZACION FORMAL Y MATERIAL DEL PENSAMIENTO HISPANO-AMERICANO

(NOTAS PARA UNA INTERPRETACION HISTORICO-FILOSOFICA)¹

Por José GAOS

1^a

SE TRATA de indicar una primera característica del pensamiento hispano-americano contemporáneo. Los más ¿no se decidirán por una característica ESTÉTICA? Es la más patente, sin duda. Por su superficialidad—en su sentido propio, sin el figurado peyorativo— y por su extensión. Es indisputable. Lo corriente es fijarse, por una parte, exclusivamente en las filosofías metafísicas por el fondo, sistemáticas y “científicas” por la forma, y, por otra parte, principalmente en la porción más original y valiosa del pensamiento hispano-americano contemporáneo. La conclusión es que este pensamiento “no es filosofía, no es más que (!) literatura”. Esta conclusión es fundada. El fijarse principalmente en la porción más original y valiosa del pensamiento es fundado también. Pero el fijarse exclusivamente en las filosofías aludidas es infundado. De la historia de la filosofía forman parte, de hecho, y de derecho, las filosofías ametafísicas, asistemáticas, “literarias”. Hay que fijarse también en éstas. En la historia de la filosofía en su integridad no mutilada. Y la conclusión no podrá negar al pensamiento hispano-americano contemporáneo el nombre de filosofía. Sin que por ello deje de merecer el de literatura en la misma acepción anterior. Pero no se tome su porción más original y valiosa solamente. Tómese además la mayor parte del resto, si no la totalidad. Seguirá

¹ V. el número 4 de *Cuadernos Americanos*.

mereciendo el nombre de literatura en la misma acepción. Según los términos de comparación, el pensamiento hispano-americano contemporáneo resultará filosofía o no. En todos los casos, es bella literatura—de la más subida calidad. Sus “nombres centrales”, Sarmiento, Montalvo, Martí, Rodó, Unamuno, Ortega, son los de los más grandes prosistas de la lengua española desde los siglos de oro. Pero cuántos nombres circundantes y periféricos que añadir. Nombres de pensadores escritores. No en la acepción en que todo pensador que pone su pensamiento por escrito, resulta escritor. En la acepción más específica, de escritores de casta, de nervio. Descendamos por un lado hasta la parte más humilde del pensamiento, el pensamiento meramente didáctico; por otro lado, hasta la más humilde exigencia literaria, la mera corrección: a todos los niveles intermedios entre aquellos sumos y estos ínfimos ¿no se encuentra como una frecuente excelencia del contemporáneo pensar hispano-americano el bien escribir?

El pensamiento hispano-americano contemporáneo es un pensamiento característicamente estético, en una primera acepción muy propia del término, ante todo por aquello en que se dan la calidad y excelencia aludidas: sus formas de expresión y comunicación; sus formas verbales, literarias, escritas y orales; sus formas en la acepción de los géneros literarios y de expresión y comunicación, en general, que usa, que prefiere, y en la acepción del estilo. Formas unidas a ciertas formas mentales, también preferidas, peculiares, más propias, hasta como órgano creador de estas formas, en la dirección de la intimidad del pensamiento mismo. Formas que resultan sociales, o unidas a formas sociales, en una dirección que puede considerarse como opuesta a la anterior.

Muchos de los que son profesores de filosofía dan cursos de forma sistemática, “científica”, didáctica, redactados y publicados más o menos directa y fielmente, y ellos y alguno que no es profesor de filosofía componen y publican monografías y tratados filosóficos, magistrales o elementales, de la misma forma: algunos de los jesuitas españoles y mexicanos desterrados en Italia, Martí y Lloréns, Lafinur y Agüero, Varela y Luz, Sanz y Giner, Varona, Hostos,

Korn, Vasconcelos . . . Pero . . . Esta literatura no es la más original ni valiosa del pensamiento hispano-americano contemporáneo, salvo algunas excepciones. Tampoco es la cultivada precisamente por los "nombres centrales". A alguno de éstos se le viene reprochando —cuando no en lo público de la palabra impresa en periódico o libro o dicha en voz alta en algún foro, en lo privado de la escrita en carta o dicha a media voz en los mentideros, o en lo íntimo de lo pensado en el fuero interno— no haber publicado obra de este género: a Ortega. Nota posterior habrá de ocuparse con los fundamentos del reproche. Aquí me contento con insinuar que con los mismos fundamentos pudiera extenderse a algún otro. En fin, aun aquellos circundantes y periféricos que cuentan con publicaciones del género, no se han reducido a él.

Hasta para la exposición de sus ideas y la publicación de sus enseñanzas más filosóficas, no hay que decir para la expresión y divulgación de las demás, ha preferido y sigue prefiriendo el pensamiento hispano-americano contemporáneo géneros más literarios: el ensayo y el artículo de revista general y de periódico; el libro de génesis, estructura y calidades, valores, reducibles a los del ensayo. Que no es el libro integrado con ensayos y artículos publicados o no anteriormente, como los SIETE TRATADOS o EL ESPECTADOR. Ni sólo el libro más o menos largo cuya naturaleza es, cualquiera que sea su largura, la de un ensayo, como EL SENTIMIENTO TRÁGICO DE LA VIDA. Que es hasta un libro como los MOTIVOS DE PROTEO, concebido como libro único y universal del autor, con unidad de inspiración originaria y de orgánico desarrollo, de dimensiones indefinidas . . . y con todo, radicalmente, espiritualmente, y formalmente incluso, "ensayístico". Así, en España, desde Feijóo hasta la generación del 98 y la inmediata, Ortega, Ayala, pasando por los que la del 98 destacó como sus antecesores más o menos cercanos o lo son, Cadalso, Larra, Costa, Ganivet, Unamuno. Se debe agregar nombres procedentes de otras direcciones, esto es, de quienes lo principal de la obra gravita en éstas. Direcciones que pueden considerarse como opuestas. La dirección de la literatura de ficción: eminentemente, Valera. La dirección de la ciencia de la literatura: Pidal y su escuela, muy principalmente Castro. Mu-

chos de los escritos publicados por los miembros de esta escuela son contribuciones de primer orden al pensamiento hispano-americano contemporáneo, aunque sólo lo fuesen por los puntos de vista actuales desde los que consideran, interpretan y valoran la cultura española del pasado. Igualmente, en América. Desde luego, con los "nombres centrales", Sarmiento, Montalvo, Martí, Rodó. Pero, además, con la mayoría de los restantes. Entre ellos los procedentes, asimismo, de la literatura, como González Prada, y de la ciencia de ella, como Pedro Henríquez Ureña, o de ambas como Alfonso Reyes. Hasta un caso como el de Varona, que deja el género corpulento y riguroso de las CONFERENCIAS FILOSÓFICAS total, definitivamente, por el más breve, libre, vario, del artículo. Hasta una obra como la de Francisco Romero, a la que hace *sui generis* el ser periodística como lo son las demás filosóficas y didácticas y el ser filosófica y didáctica como no lo son las demás periodísticas. El pensamiento hispano-americano contemporáneo tiene en estos géneros sus logros más plenos.

Los pensadores hispano-americanos contemporáneos han cultivado incluso la literatura de imaginación o ficción. Hasta en sus formas más puras, como la lírica, y aun la "poesía pura". Por lo que se refiere a los procedentes de esta literatura, la afirmación resulta una tautología. En lo que se refiere a los demás, hay que empezar por repetir una vez aún los "nombres centrales": Bello, Montalvo, Martí, Unamuno, Vasconcelos. FACUNDO se acerca a la novela histórica y hasta a géneros más poéticos. Algún ensayo o artículo de Ortega, muchas páginas suyas son literatura pura y hasta poesía en prosa. Hay, naturalmente, otros muchos nombres que agregar. Ahora bien, para la característica estética del pensamiento hispano-americano contemporáneo no significaría nada el hecho de que los pensadores correspondientes cultivasen con los géneros literarios ideológicos simultáneamente los géneros literarios puros, si la simultaneidad no radicase en relaciones entre unos y otros dentro de la obra de los autores. Mas esto es lo que ocurre: que radica en relaciones tales e incluso en una unidad fundamental. Algunos autores hispano-americanos contemporáneos están peculiar y sintomáticamente montados sobre los límites mismos de los campos de la literatura de ideas y la

literatura de imaginación o ficción. Ya en forma de va y ven entre los dos, como el "Pensador Mexicano". Ya con una fórmula personalísima de combinación de una y otra, como en un Macedonio Fernández. En algunos casos, el pensamiento adopta o busca, más o menos consciente y deliberadamente, la forma literaria de imaginación o ficción, o pura, como la de expresión más adecuada, la única capaz de ser adecuada: novelas de Ganimet, novelas y cuentos de Unamuno, cuentos de Vasconcelos, dramas del LIBRO DE LAS PASIONES, poemas y poesías de Unamuno y de Martí. En algún caso, se tiene una convicción tan segura de que la parte más literaria de la obra propia es una con la parte más ideológica, a pesar de la aparente oposición polar entre ambas, por servir a los mismos fines, que se traduce en declaraciones y afirmaciones entre autobiográficas o autocríticas y doctrinales o de principio: por ejemplo, Echeverría. Aun en casos en apariencia igualmente polares, créese advertir relaciones más intrínsecas a las partes mismas de la obra que la de una común finalidad: las ideas con halo de imágenes y veste de frase rítmica y vocablos exquisitos espontáneamente, sin rebuscamientos, que centellean por la prosa de Martí, parecen a menudo como gérmenes de "versos sencillos" a punto de desprenderse redondeándose en éstos. Y en el pensamiento hispano-americano escrutado en conjunto irán descubriendo entre lo más estético y lo menos estético una unidad fundamental la continuación de ésta y las notas siguientes.

En fin, la correspondencia epistolar es un género literario cultivado también por buena parte de los pensadores hispano-americanos contemporáneos, que representa una transición, en algunos aspectos al menos, desde los géneros anotados hasta aquí hacia los que ahora paso a anotar. No hay que tener en cuenta las formas de la palabra escrita, sólo. Hay que tomar en consideración, y no menor, ciertamente, las de la oral: la oratoria política y académica y hasta la conversación. Porque el pensamiento hispano-americano contemporáneo viene usándolas como formas dilectas, no simplemente de expresión y comunicación, sino de ideación, de invención. Por lo pronto, la oratoria. Toda oratoria pierde su piel y sangre y hasta su carne, para quedarse en carne exangüe o en verdaderos puros huesos, al

pasar a mera letra. Ello no obstante, de los pensadores hispano-americanos contemporáneos que fueron o son grandes y originales o buenos oradores políticos, bastan a dar testimonio los discursos conservados. Por otro lado, puede que de los más de los profesores de filosofía cuyo nombre figura ya en la historia del pensamiento hispano-americano contemporáneo, se dé testimonio de que fueron o son eminentes y personales o excelentes oradores académicos. Desde luego, hay relaciones muy directas entre estas formas de la palabra oral y determinadas de la escrita. Desde el primer momento encontramos una: la oratoria académica como origen de la literatura de aquellos primeros géneros "científicos", didácticos. Hay que añadir que la misma oratoria acaba unida al ensayo por transiciones graduales —una conferencia no es frecuentemente sino un ensayo oral, cuando no leído—, que el ensayo más libre y la *causerie* se acercan a la conversación hasta identificarse con ella, y que la oratoria política es análogo objeto de redacción y origen de publicaciones que la académica. Es lo que confirma precisamente el pensamiento hispano-americano contemporáneo. La oratoria, política y académica, de los pensadores hispano-americanos contemporáneos parece haber rebasado en todo tiempo con mucho su relación con la palabra escrita. No se trata solamente del hecho de que no se redactasen previamente tantos discursos, entre ellos los muchos improvisados, ni se recogiesen en el acto por un oyente o más tarde por el orador. Se trata más bien de un hecho como el de que la mayor parte de los cursos de filosofía de los profesores hispano-americanos contemporáneos no hayan pasado y sigan no pasando a palabra escrita, por causa de la forma de darlos. Hay experiencias, noticias y fundadas inducciones para conjeturar que los profesores de filosofía hispano-americanos contemporáneos no han solido ni suelen leer, pura y simplemente, sus cursos, sino darlos con una espontaneidad verbal y una irregularidad metódica que los acerca, en muchos casos del todo, a la conversación. No precisamente a la conversación en su sentido más propio, de diálogo. A los monólogos en que consisten tan a menudo la conversación del "gran conversador". No insinúa una falta de preparación de los cursos. Los grandes cursos que figuran en

la historia, literaria o no, del pensamiento hispano-americano contemporáneo, fueron bien preparados. Los profesores de las últimas generaciones preparan los suyos, grandes o pequeños. Lo que pasa es que la mejor preparación no es precisamente una eliminación por anticipado de la palabra oral en la cátedra. Todo lo contrario. La preparación prepara al pensamiento para desbordar lo que ha preparado. Quien se había propuesto leer, solamente, rigurosamente, interrumpe la lectura con las sugerencias de ella. Por último, no sólo parece que la oratoria de los pensadores hispano-americanos contemporáneos haya rebasado en todo tiempo con mucho su relación con la palabra escrita, sino también que la palabra oral, en general, de los mismos haya rebasado igualmente su palabra escrita, con idéntica generalidad. ¿De cuántos de ellos, máximos y menores, no se da testimonio de que fueron o son grandes conversadores o, cuando menos, hombres de palabra aguda, de "buenos golpes"? De algunos se da testimonio de que preferían consciente, deliberada, consecuentemente la palabra oral en la intimidad de la enseñanza o de la amistad a la palabra escrita, impresa y publicada. O de que la acción ejercida por ellos, perceptible, notoria, por sus efectos, a distancia en el tiempo y en el espacio, tuvo por forma más impresionante y eficaz de ejercerse aquella palabra oral en la intimidad. En suma, de que eran socráticos. Por lo demás, la desproporción entre tal acción y sus publicaciones bastaría para sugerirlo o certificarlo. Y hasta para fundar la sospecha de que lo mejor de su pensamiento no haya pasado del aula o de la tertulia, o de la conversación íntima, no ya a la obra publicada, a palabra escrita, en general, ni por ellos mismos, ni por oyente o interlocutor. El pensador hispano-americano contemporáneo se "produciría", mediante la palabra oral, mejor, más fácilmente, y sobre todo, más a su satisfacción. El monólogo, el diálogo libres serían una fuente caudalosa y continua, un órgano heurístico, aun en casos de natos escritores, de escritores de espontaneidad absolutamente pareja de la espontaneidad oral más insólitamente perfecta. Yo he "vivido" un ejemplar máximo: Ortega. Congruentemente, el pensamiento hispano-americano contemporáneo preferiría a la palabra escrita la oral. Una manifestación suma del verbalismo hispánico. Sea éste

caso particular de un más amplio verbalismo, latino, mediterráneo, meridional, o no lo sea —dentro del pensamiento hispano-americano contemporáneo, de su característica estética, un aspecto de importancia suma. Testimonio de que fueron grandes u originales oradores políticos, o eminentes o personales oradores académicos, o grandes conversadores u hombres de “buenas salidas”, más de una de estas cosas a la vez, y hasta todas juntas, o de su preferencia por la palabra oral y privada sobre la escrita y pública y de la influencia incomparablemente mayor de la primera que de la segunda, o de su socratismo, se da, y cooperan a darlo las piezas conservadas, de Bolívar, Sarmiento, Martí, Hostos, Korn, Barreda, Sierra, Pi, Salmerón, Costa, Giner . . . ; de D. Manuel B. Cosío, Unamuno, Ortega y el Maestro Antonio Caso puedo darlo yo. El pensamiento hispano-americano contemporáneo tiene también en estas formas orales logros a los que lo fugaz de los más, en sí, no en sus efectos, no debe desemparejar de los logros en los géneros literarios ideológicos más libres y bellos.

El pensamiento hispanoamericano contemporáneo se caracteriza por la preferencia por estos géneros literarios y por la palabra oral, géneros y palabra en que encuentra sus logros más plenos. Es que encuentra estos logros en formas mentales, preferidas asimismo, en correspondencia patente con las verbales acabadas de recoger. El pensamiento hispano-americano contemporáneo procede, más que por discurso lógico insistente metódicamente, por emotiva espontaneidad ideativo-imaginativa, inicial y reiteradamente inspirada y feliz. Que por conceptualización pura y rigurosa, definición de conceptos o términos, adopción de terminología técnica, congruente uso unívoco de ella, perseguida o consiguiente evitación de las contradicciones, por conceptualización y hasta discurso mediante imágenes, por términos del habla corriente o de un estilo literario tomados en acepciones “contextuales”, “ocasionales” o “circunstanciales” que los hinchen de una significación o intención ideológica más amplia o más densa, menos o más nueva o única en cada contexto, ocasión o circunstancia, entre las cuales encuentra, pues, contradicción la inteligencia que, procediendo tradicionalmente, las toma abstractas de estos contextos, ocasiones o circunstancias que las concretan. Estas formas

mentales no son las más idóneas, precisamente, para generar, ya, exposiciones orales, menos, obras literarias, de las formas "científicas" y didácticas, sistemáticas—ni para ser, no ya favorecidas, promovidas, sino ni siquiera admisibles, asumibles por estas formas verbales. Semejantes formas mentales no pueden expansionarse sino en los géneros de la literatura de ideas, el libre ensayo, el ocasional o circunstancial artículo, y en la palabra oral desatada en el correr seguido o en el saltar sobre los obstáculos de la interlocución—y resultan singularmente estimuladas, fecundadas por estas formas literarias, verbales.

De estas formas es la más concreta el estilo, porque es la más personal. El lugar común ya, de la identificación del estilo con la personalidad, encontrará en este caso uno más para ratificarse. En el conjunto significado por el término colectivo de pensamiento hispano-americano contemporáneo, es el estilo la forma verbal que más destaca los nombres propios, que más individualiza a personalidades tan en un primer término característicamente estéticas por las formas de expresión y comunicación. Cuanto más individualizadas, destacadas estilísticamente, llevan estas personalidades "nombres centrales" que lo son más. La media docena de estilos maestros del pensamiento hispano-americano contemporáneo, los que son más estilo y los que son estilos de valores estéticos más altos, resultan ser los de los "nombres centrales", los estilos de Sarmiento, Montalvo, Martí, Rodó, Unamuno, Ortega. Y, a pesar de las relaciones que pueden encontrarse entre algunos de ellos, son estilos sumamente diversos.

El pensamiento hispano-americano contemporáneo prefiere las formas mentales correspondientes a formas verbales preferidas asimismo: los géneros literarios ideológicos más libres y bellos, la palabra oral. Y aun a aquéllos ésta. Dentro del ámbito de la característica estética misma se encontraría la motivación de la preferencia por aquellas formas. Determinadas formas verbales habrían sido propias de la bella literatura en todo tiempo. Las mentales serían según su mayor o menor espontaneidad y libertad más o menos propicias y propincuas a las verbales propias de la bella literatura. Únicamente la espontaneidad y libertad de las mentales permitiría a las verbales producirse en

un desorden bello, o por el contrario, revestir rigores asimismo de belleza. Las formas mentales espontáneas y libres serían las únicas capaces de efectos propiamente estéticos —y las preferidas por el pensamiento hispano-americano contemporáneo. Y resulta difícil resistirse a ver en una nativa, característica apetencia de tales efectos estéticos la motivación originaria de la preferencia: característica estética bien característica y bien estética, pues. Por ella el pensamiento hispano-americano contemporáneo sería en su porción más voluminosa, quizá, bella literatura— en su porción más valiosa, en todo caso. Una motivación a la vez más vasta y radical, inclusiva en particular de la del verbalismo, no se encontraría sino dentro del ámbito más amplio, de la totalidad y unidad de las características del pensamiento hispano-americano contemporáneo. Hay que esperar hasta nota ulterior.

El pensamiento hispano-americano contemporáneo es un pensamiento característicamente estético, en una segunda acepción muy propia del término, por sus temas estéticos: en primer lugar y mayor volumen, de crítica literaria y de arte, de estética concreta, o aplicada; pero también de ideas estéticas, de doctrina estética general, pura; incluso de visiones del mundo, de sistemas filosóficos de inspiración y culminación estética. Tantas páginas, y qué páginas, de Martí, de Rodó, de Ortega. Segundo de los SIETE TRATADOS, sobre *La belleza en el género humano*; tercera parte del discurso pronunciado junto a la estatua de Ariel; pensamiento de Deustua y Vasconcelos; ESTÉTICA que éste no da por la mayor victoria de Bolívar... Pero cuántos otros nombres de obras y de personas que añadir. Desde el siglo XVIII, con sus español Arteaga y mexicano Márquez, pasando por las incursiones en crítica y estética o las frecuentaciones de estos campos que hicieron maestros tan graves como un Giner, un Sierra, un Hostos, un Varona, hasta las enseñanzas directas de un Cosío o las más inmediatas en el tiempo y espacio, de un Caso, de un Ramos y de esta etapa de la obra de Reyes. Para no contar, por obvias, las contribuciones inabarcables de los científicos de la literatura, los críticos y los literatos, ya en escuela o en promoción, colectiva, seria, renovadora, como la de Pidal y la del 98 y sus inmediatos antecesores y continua-

dores, ya aislada, arbitraria, burlesca — y no sin fruto, como la de Campoamor, que dió pretexto a la polémica con Valera, tan resonante y tan extinta. Notoriamente, el pensamiento hispano-americano contemporáneo tiene en esta porción crítica y estética una de las más suyas y de más precio.

Esta temática crítico-estética se me presenta con un movimiento doble, en direcciones contrarias. En la más aparente, la cosa o el caso estético, la obra de arte, el espectáculo de la natura o la cultura, se adueña del interés del "espectador" y excita irresistiblemente su siempre predispuesta comezón o prurito de comunicar sus impresiones a los demás. Así brota principalmente una crítica, pero también una estética de ocasión, de circunstancias — circunstancial — términos que despojo de toda significación valorativa para dársela exclusivamente descriptiva o definitiva. La crítica y estética versátil, voluble, varia, rica, del pensamiento hispano-americano contemporáneo. A que tantas obras y espectáculos de belleza y de arte deben interpretaciones, tan nuevas y felices, que han elevado su sentido y valor a potencia suma. A pesar de su originaria incoherencia, esta dirección implica una general coincidencia susceptible de una unidad extrema. La crítica y estética casuística o circunstancial procede, por regla, de la cosa singular, individual, obra o espectáculo, a las ideas menos o más generales, que tienden a articularse y a organizarse en cuerpo de doctrina, y en término último a los principios, que no pueden darse sino articulados y organizados en cuerpo de filosofía.

La anterior dirección de la temática crítico-estética del pensamiento hispano-americano contemporáneo es la más aparente. Pero no la única. Ni la más importante, decisiva. Se presenta otra, y como la radical. La característica estética del pensamiento hispano-americano contemporáneo no se queda en las formas y en unos temas, repertorio más o menos rico y valioso. El pensamiento hispano-americano contemporáneo es un pensamiento característicamente estético, en una tercera acepción, la más plena y propia del término: porque en general le anima un peculiar espíritu estético que llega a ser consciente de sí en una

doctrina estética que es justa expresión de él. Lo que primero hace husmear tal espíritu es advertir que el pensamiento hispano-americano contemporáneo no se limita a tratar temas estéticos, por ancho que sea el territorio de éstos o entre sus límites. Además, trata sus temas restantes todos, sus temas todo, pues, estéticamente, en cierto sentido. Desde luego los trata todos estéticamente en el sentido de que los trata en las formas verbales y mentales que prefiere para todos sus temas en general: sus formas estéticas no se contraen a sus temas estéticos — no serían *sus* formas. Pero no es éste el sentido aludido. Este es un sentido mucho más profundo. El pensamiento hispano-americano contemporáneo toma sus temas todos en una actitud, los trata con un proceder de una intención que no se puede menos de calificar de estética— aunque sea de una peculiaridad consistente en su unión, en su unidad con lo no-estético. La concepción de lo estético generalizada precisamente a lo largo de la edad contemporánea es la de lo estético como puro o autónomo: lo estético sólo es lo estético si es sólo lo estético. Pero lo estético no ha sido concebido siempre así. Edades clásicas lo concibieron en unión con lo no-estético. En estas concepciones se encuentra el antecedente de la concepción de lo estético propia del pensamiento hispano-americano contemporáneo. Y la razón de ser última de las formas verbales y mentales preferidas por él y de su predilección por los temas estéticos y de la primera dirección de esta temática, en esta su concepción de lo estético. Esta es el contenido de la doctrina aludida y la característica del pensamiento hispano-americano contemporáneo que las reúne todas y es más original y base de su valor más alto. Pero la unidad de lo estético con lo no estético, la reunión de todas las características que supone, requiere que se anoten antes las características no estéticas del pensamiento hispano-americano contemporáneo.

2^a

ADemás de las formas, temas y espíritu por los que es una división tan importante de la literatura correspondiente y tiene una primera característica estética, morfológico-

ideológica, el pensamiento hispano-americano contemporáneo, tiene éste otros temas y otro espíritu que le dan una segunda y doble característica, ideológica.

Ante todo, temas políticos son lo que le da esta segunda característica, por lo pronto, pues, POLÍTICA pero en una acepción que hay que puntualizar. El término "política" tiene en la actualidad un valor semántico mucho más pobre que el que podía tener por su origen. Por "política" sólo se entiende hoy un sector muy reducido y superficial de la totalidad que podía entenderse. Mas a "política" puede dársele una acepción, la más genuina y generosa, que la refiera a la organización total de la total comunidad cultural en cuanto organización que se "produce" en formas políticas, esta vez en la acepción restringida, corriente del término. Pues, esta acepción le doy para calificar los temas que ante todo dan al pensamiento hispano-americano contemporáneo su segunda característica y para calificar este primer aspecto de esta segunda característica. Naturalmente, esta acepción no excluye la restringida y corriente, la incluye.

Este aspecto político, característico del pensamiento hispano-americano contemporáneo, queda comprobado con sólo advertir, como se hace al punto, el volumen y el valor que tiene en él lo político, ya en la acepción restringida y corriente, bien que dentro de ésta en todas las modalidades, pensamiento, literatura, oratoria, acción. Pero resulta corroborado ampliamente al descubrir hasta dónde se extiende lo político, en todas las acepciones y modalidades, por la literatura y el pensamiento hispano-americanos contemporáneos. Sarmiento, Montalvo, Martí: escritores, oradores, pensadores, políticos, hombres de Estado, principalmente o tanto como lo que más. Rodó, Unamuno, Ortega: en su obra, una parte política, nada adventicia, antes vinculada al cuerpo de la obra por la base, por la raíz misma, y no dispareja del resto de él por la altura; en su vida, la tentación de la política, en la acepción más restringida y corriente, y la caída en la tentación. Pero a estos "nombres centrales" habría que añadir muchos más, no todos simplemente circundantes ni periféricos en general, aunque no sean "nombres centrales" del pensamiento justamente, ni todos precisamente políticos con exclusividad o en

lo principal, sino de literatos, hasta de los poetas más puros, y hasta los más estrictamente científicos y filosóficos. Me-ros ejemplos tomados al principio, medio y fin de la trayectoria del pensamiento hispano-americano contemporáneo: Del centro de la política en la acepción restringida y corriente y todas sus modalidades: una figura tan representativa de la compleja independencia de España, ideológica respecto del pasado y nacional respecto del extranjero, como la de Jovellanos, y la figura que encarna como ninguna otra la doble independencia, ideológica y nacional, también, de la América española, la de Bolívar; políticos y escritores y oradores políticos como un Pi, un Costa, un Castelar, de España, un Moreno, un Mora, un Saco, un Alberdi, un Haya de la Torre, de América. Del lado de la literatura: el pensamiento, palabra y obra políticos, en casos máximos, el ensayismo y periodismo políticos, la literatura de ficción con intención política en acepción más restringida o generosa, cuando menos, y la participación, más o menos tardía, directa y acertada, en la política en la acepción más restringida y corriente, no precisamente de periodistas o articulistas políticos, sino de ensayistas y articulistas no políticos, de novelista, de poetas: Cadalso, Fernández de Lizardi, Echeverría — Alfonso Reyes; Azorín, Baroja y Ayala; González Prada; Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez. Del lado del pensamiento científico y filosófico más estricto, hay que empezar por los jesuitas españoles y mexicanos desterrados en Italia. Unos y otros se aplican a estudiar y revalorar la historia y la cultura patria en sus más varias manifestaciones. La nostalgia del desterrado contribuyó, sin duda, a fomentar esta aplicación, pero no basta, no menos sin duda, para explicarla. La iniciación de la obra colectiva es anterior al destierro y buena parte de ella reacción a ideas y juicios del extranjero sobre la patria con los que se encuentran al trasladarse de ésta a aquél. Es, sobre todo, que aquellos Padres eran hijos de su tiempo tanto como de la Iglesia católica. Lo prueban dos hechos. Primero: el hecho general de que el jesuitismo representa una enérgica modernización del catolicismo, que evoluciona, incluso, con la modernidad. En punto a la modernización del catolicismo, basta recordar la querrela jansenista —jesuítica. En punto a la evolu-

ción del jesuitismo, bastaría una comparación entre jesuitas hispano-americanos, precisamente. El triple movimiento del pensamiento español en los siglos de oro, místico, escolástico, renacentista, culmina y termina en sendos Padres jesuitas del siglo xvii: Suárez, Nieremberg, Gracián, Pues compárense con los temas y las *ideas* de éstos los de sus correligionarios españoles y mexicanos desterrados en Italia. Segundo hecho: el hecho concreto de que, si en Gracián *puede* haber influencias de la filosofía moderna, sus correligionarios hispano-americanos del xviii reconocen y proclaman expresa y hasta entusiastamente el valor de la "filosofía moderna". Es cierto que por ésta entienden algunos de ellos la del siglo xvii y que probablemente la ensalzan y recomiendan en una oposición tácita a la del xviii. Pero ni esto es cierto de todos, sino que otros valoran justa y expresamente a maestros y representantes tan definidos de la Ilustración como Locke, Condillac, Voltaire y Rousseau, y hasta se dejan influir por ellos, ni la oposición es un signo precisamente de extrañeza al tiempo propio. En el espíritu de éste debe buscarse, pues, la explicación más decisiva de la aplicación de los desterrados en Italia a la historia y cultura patria. Por otra parte, entre esta aplicación y las relaciones con la filosofía de los siglos xvii y xviii hay que afirmar un vínculo: esta filosofía, el pensamiento de la edad, es considerado como instrumento de renovación patria, de política en la acepción más genuina y generosa— y por ello se debe considerar a aquellos jesuitas rigurosamente auténticos iniciadores de la doble característica ideológica del pensamiento hispano-americano contemporáneo todo a que vengo refiriéndome. En efecto, habría que seguir —en una dirección por Bello . . . hasta una penetración de la filosofía en otros territorios como ésta de que acaban de dar ejemplo aquí, a nuestro lado mismo, las últimas publicaciones de un historiador y un crítico de arte de las últimas generaciones mexicanas: el sentido de esta penetración se encuentra en la elevación de la "circunstancia" americana a suma potencia de conciencia de sí, órgano de la evolución histórica de la realidad misma. Pero, sobre todo, habría que seguir en la dirección de los importadores de filosofías extranjeras y re-

novadores de la filosofía en sus patrias. A partir de aquel primer caso, de los jesuitas, estos importadores y renovadores no lo han sido simplemente por generales y abstractas razones filosóficas, sino por concretos y singulares motivos nacionales y personales, entrañables, y en cuanto tales no siempre plenamente conscientes, patentes ni expesos para los pensadores mismos ni para los demás. Estos motivos son reducibles al afán de dotar a la patria nacional, o hispánica en general, de filosofía, o de una filosofía más adecuada, más propia, nacional, concebida como aquel instrumento de renovación, de política. Entre los casos de importadores y renovadores de las primeras promociones—del tránsito del siglo XVIII al XIX y primera mitad de éste—hay uno que me parece singularmente ilustrativo y corroborativo de esta inspiración y preocupación entrañablemente patriótica, política, de las figuras y los movimientos representativos de la filosofía, en la acepción más estricta, dentro de la Hispanoamérica contemporánea. Es el de la polémica filosófica de la Habana en 1839. Aquella oposición de D. José de la Luz al eclecticismo de Cousin, que trataban de introducir los González de la Vega. Porque una filosofía semejante era, como su antecedente, la hegeliana, una filosofía optimista, tendiente a justificar como racional todo lo real—y establecido y a conservarlo: ahora bien, semejante filosofía le resultaría fatal a un país cuyo estado real era pésimo y debía ser alterado, si era menester por medio de la revolución o la guerra contra la metrópoli. ¿Ha reparado ya alguien en la identidad de estas razones con las críticas que iba a dirigir a Hegel, a lo largo del decenio 1838-48, el joven Marx en trance de forjar su concepción materialista de la historia? El espíritu revolucionario de la Ilustración, que sobrevivió a ésta—hasta nuestros días, anima al pensador afro-cubano, que opone Locke a Cousin y a Hegel, y al pensador judeo-alemán, que opone a Hegel un pensar que hizo posible injertar en él el del XVIII y sus prolongaciones en el XIX, o hace posible ingerirlo en estas prolongaciones y en las del XX, desde el materialismo de aquel primer siglo hasta el existencialismo del presente. Luego, habría que seguir por los dos movimientos de importación de filosofías extranjeras en Hispanoamérica de mayor volumen de efectos filosóficos y sobre

todo más que filosóficos: el krausismo en España, el positivismo en América española. En España fué un deliberado propósito de renovadora importación filosófica lo que tuvo por consecuencia que Sanz del Río importase el krausismo. En México, un plan de alta política nacional, lo que hizo a Barreda importar el positivismo. En fin, habría que llegar a los últimos maestros, a los maestros actuales, y a las generaciones más recientes. La obra de un Korn no se redujo precisamente a la obra literaria del pensador puro, ni siquiera a ésta y la docente y educadora del maestro académico y privado: comprendió también una participación en la vida cultural-política del país, no por cultural y abnegada menos política ni activa. La ambición de dotar a Hispanoamérica de una filosofía original es expresa en Vasconcelos, cuya obra y vida no sólo abarcan una parte política, en las acepciones más generosa y restringida, sino que están íntegramente vinculadas a la política mexicana e hispano-americana, en ambas acepciones. Menos expresamente quizá, en modo alguno menos acendradamente, en Caso. Su obra toda, de cátedra, de periódico, de libro, su vida toda, ¿qué otra cosa es que un filosófico y ejemplar discurso único, de excepcional pureza y consecuencia, dirigido a la nación mexicana? ¿Qué su última obra, en dos sólo editorialmente distintas, *EL ESTADO TOTALITARIO Y LA PERSONA HUMANA* y *EL PELIGRO DEL HOMBRE*, sino atención al mundo del día, solicita del mundo y del día patrios, americanos, mexicanos? Y cosas análogas habría que decir de la preocupación de Ramos por el perfil del hombre y la cultura en México y de su "nuevo humanismo". Y de la obra toda de Romero. En general ¿a qué fueron, desde hace ya decenios, a estudiar filosofía, principalmente en Alemania, tantos jóvenes hispano-americanos, sino a formarse en la filosofía donde más y mejor la había, para dotar definitivamente a Hispanoamérica de una filosofía propia? Pero lo más significativo de todo son a buen seguro las modificaciones que experimentan y los desarrollos que provocan las filosofías importadas. Al movimiento metafísico-idealista pertenecía por su origen el krausismo y por su sistema doctrinal. El haberlo preferido a los otros sistemas idealistas, que han resultado decididamente más originales e importantes en la

historia, puede haberse debido a carecer éstos de la afinidad que se ha creído encontrar, en cambio, entre él y el carácter ético español a que habría dado expresión ya el senequismo. Mas como quiera que sea de esto, en España no hizo brotar ningún florecimiento metafísico-idealista, ni siquiera filosófico-metafísico en general, pero resultó de una fecundidad en aplicaciones jurídico-políticas, ético y estético-pedagógicas, ni siquiera todas teóricas, quizá principalmente prácticas, inculcadas en el espíritu y la conducta de las personas, flotantes en el ambiente cultural de la nación, que se fueron difundiendo por la sociedad española y su vida privada y pública, hasta haber podido ser considerado el vástago español más conspicuo del krausismo, la "Institución", como uno de los precedentes promotores del advenimiento de la Segunda República, quien vino a reconocerlo simbólicamente en el homenaje que rindió al último de los grandes maestros de la escuela, D. Manuel Cosío. Al positivismo comtiano le hizo sufrir Barreda peculiares modificaciones que impuso a éste, más o menos conscientemente para él o deliberadamente por parte suya, la adaptación de la doctrina a la realidad mexicana, necesaria para que pudiese entrar en el plan de alta política nacional que había motivado la importación. De esta originaria vinculación política no se deshizo precisamente la escuela en el curso ulterior de su historia en el país. Las filosofías que inspiran a las figuras más prominentes, o en que se forman éstas, experimentan en éstas vicisitudes que revelan en el fondo la misma dirección. Las filosofías arrastradas por la corriente idealista son objeto de interpretaciones, acomodaciones, infidelidades y rupturas que dan por resultado un pensamiento inmerso en la opuesta corriente, del pensar existencialmente uno con la realidad humana concreta en la comunidad cultural y política. Así, en Ortega el neokantismo y la filosofía de la razón vital. El neokantismo es operante y patente aún en los ensayos y artículos recogidos en PERSONAS, OBRAS, COSAS. El tomo primero y único publicado de las MEDITACIONES DE QUIJOTE anunciaba en sus guardas unas "salvaciones" de las "circunstancias" españolas, programa que explicaba la introducción (*Lector . . .*). "Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me

salvo yo". Pero ¿quién es el yo que quiere salvarse y cuál la circunstancia con la que tiene que hacerlo? El yo de un hombre que siente la vocación, que oye la voz de la filosofía, en el aire de la "cultura", y la circunstancia de él que es su pueblo, un pueblo cuya historia lo muestra singularmente refractario a la filosofía, porque también lo muestra resistiéndose deliberadamente a recibir la "cultura". Ahora bien, "el individuo no puede orientarse en el universo sino al través de su raza, porque va sumido en ella como la gota en la nube viajera": "raza" no tiene la sola acepción biológica, sino la acepción, cultural además, de "pueblo". Este hombre comprende, pues, que necesita salvar a su pueblo para la cultura y la filosofía, como condición de salvarse él mismo para la última. Mas ¿cómo salvar a su pueblo para ambas? Toda cosa encubre un *logos* cuya *alétheia* o descubrimiento la salva. Este descubrimiento salvador es justamente la obra de la cultura, que lleva a su cabo la meditación filosófica. De cada cosa componente de la circunstancia española, de cada circunstancia española, *Quijote* o Escorial, Don Juan o Paquiro, Azorín o Baroja, y demás, monumentales y minúsculas, a descubrir, pues, el *logos*, y se la salvará, y se salvará la circunstancia española, para la cultura y la filosofía . . . El programa superaba decididamente el neokantismo. Enunciaba ya las ideas en que Ortega ha reconocido, y con él se debe reconocer, el originario núcleo de una definitiva filosofía propia, inmersa en la corriente opuesta a la idealista. Apartadamente, empero, fué sustituido pronto por el universal del ESPECTADOR. En realidad continuó en éste. No simplemente porque en éste aparecieran algunas de las salvaciones anunciadas. Porque la salvación de las circunstancias españolas era esencialmente caso particular de la contemplación del espectáculo de todas. Esencialmente: por algo en los ensayos y artículos recogidos en el primer libro citado se había iniciado *de facto* el ESPECTADOR y el "espectador" estaba expectante en el fondo del programa de salvaciones. El espectáculo de las circunstancias salvadas por todo el universo del espacio y del tiempo es aleccionador. Pero, radical y decisivamente: la contemplación o la teoría es la actitud y la operación descubridora y salvadora misma. El programa de salvaciones de las circunstancias

españolas, de salvación de la circunstancia española, era un programa original, y de fecundidad indefinida, de filosofía española —expresamente; potencial o virtualmente, hispano-americana en general: la filosofía de lo español, la filosofía española, la filosofía de lo hispano-americano, la filosofía hispano-americana.

Dentro del pensamiento hispano-americano contemporáneo es, pues, el científico y filosófico más estricto el que más concluyentemente prueba el aspecto político de su segunda característica. Porque él es al par quien parece más ajeno a tal aspecto y quien sin embargo más patentemente pone de manifiesto el origen uno de todo él.

España se hizo consciente definitivamente de su decadencia al entrar en ella el siglo XVIII con sus luces. El concepto de su decadencia implicaba una relación no sólo a su propio pasado, sino al extranjero coetáneo. España se conceptuó decaída de su pasado comparando su situación política internacional en el pasado y el presente. Y se planteó el problema de su decadencia o se dió más en general el tema de sí misma, el tema "España", por su propio origen y naturaleza comparado, comparado con temas cuales v. gr. "Europa", "Occidente", la "cultura", como inicio de la resolución del problema. La decadencia de España no fué sólo causa material de la independencia política de sus colonias americanas, al haberla hecho materialmente impotente para impedir la; tomada en las mismas relaciones, ha sido desde el siglo XVIII motivo inspirador, justificante del afán de independencia espiritual y política de sus colonias americanas respecto de la metrópoli, del común pasado imperial, e incluso de las naciones ya independientes de ella respecto de la nación española contemporánea: los menos vínculos posibles con la nación decaída, naciones ambiciosas y seguras de ascensión histórica. Haciéndose independiente espiritualmente de la metrópoli o del pasado imperial común, y haciéndose consciente de esta su independencia espiritual, y haciéndose independiente políticamente de la misma, la América española se planteó de hecho y en su pensamiento político el problema, primero de su independencia espiritual y política, luego de su independiente constitución en el orbe de las naciones, y se dió el tema "América", comparado análogamente, como inicio de la resolución del pro-

blema asimismo. El tratamiento de ambos temas se desarrolló en dos direcciones que por ser divergentes en un sentido, eran precisamente convergentes en el otro: crítica de la patria decaída o de la patria que no ha logrado constituirse estable o progresiva, satisfactoriamente; crítica, autocrítica, rigurosa, en casos no infrecuentes exagerada, negativa, denigratoria, injusta — pero frente a una crítica semejante por parte del extranjero, frente a negras leyendas y calumnias, apologética de la patria, autoapologética, incluso por el rodeo de la crítica, de la autocrítica, y en casos no menos exagerada e injusta, aunque estos casos correspondan más bien a un pensamiento tradicionalista superviviente por virtud de los asincronismos de la historia. En ambas direcciones era la finalidad del tratamiento de los temas resolver los problemas excogitando los medios y remedios capaces de levantar a la patria de la decadencia o de independizarla o constituirla, o reconstituirla, en suma, de salvarla. La solución de los problemas podía buscarse, en principio, en una relevación de lo autóctono español a potencialidad nueva, en una elevación de las virtualidades propias de las nuevas nacionalidades que se habían constituido en América a plenitudes inéditas en la historia. Esto segundo era lo congruente con el sentido de la independencia espiritual y política, no sólo respecto de la metrópoli y del pasado imperial común, sino en el orbe de las naciones. Y esto segundo y aquello primero, con la primaria aplicación a la circunstancia, a la patria, y con la autoapologética. A pesar de ello, prevalecieron la relación con el extranjero implicada por el concepto de la decadencia, la autocrítica y el carácter reactivo de la autoapologética frente a la crítica extranjera. Y se buscó la solución de los problemas, en el plano de la conciencia y de la deliberada voluntad, y en una primera y ancha etapa histórica, en un estudio de lo privativo de los pueblos a la sazón prepotentes, que se juzgaba causa de esta prepotencia, y en una importación de ello más o menos mimética o asimilativa. Tal es, ante todo, la primaria motivación del "espectador" de la "cultura" universal que viene a ser cada pensador hispanoamericano contemporáneo, o poco menos, cuya motivación última enseña el origen del ESPECTADOR orteguiano. Hay un caso anterior que me parece arquetípico: el de Varona.

La "filosofía", positivista, de éste, resultó poca cosa, en cuanto que resultó estéril cosa, en definitiva. No fué continuada ni por él mismo, que abandonó por completo, por el resto de su vida, la gran construcción sistemática, general y abstracta. Pero ¿se reduce a su "filosofía", realmente, la filosofía, el pensamiento de Varona? En modo alguno. ¿Por qué abandonó aquella construcción, la "filosofía"? Por el ensayo y el artículo estético y político, circunstancial y vario. Pues en esta su obra, literaria y política, está su pensamiento, su filosofía más original, más suya y más valiosa: de "espectador" de la "cultura" universal salvador de la circunstancia cubana. Si de un inopinado andar, voluntario o, más frecuentemente, forzoso, no ha nacido el ver, si no es el viajero por gusto, el jesuita expulso o el emigrado político el que con ello se hace "espectador", como tantos cuyos nombres es innecesario repetir; si ello no basta y para ver más o mejor es indispensable andar, el "espectador" se hará viajero o historiador, es decir, sabedor *de visu*, en el protogenético sentido del padre Herodoto: por el propio país y por los más extraños, desde —para empezar con un "nombre central"—el Sarmiento de los VIAJES hasta—para terminar con otros— el Unamuno de las ANDANZAS Y VISIONES ESPAÑOLAS y el Ortega de las NOTAS DE ANDAR Y VER. Por tales vías entran en el campo visual del "espectador" hispano-americano contemporáneo todos los temas, hasta acabar haciéndolo también los más teóricos o generales y trascendentes: "Dios a la vista". Pero particularmente entran por ellas las luces, las ideas, ilustrativas de lo privativo a los pueblos prepotentes en la edad contemporánea, en que se buscó la solución de los problemas en el plano y primera etapa indicados. El pensamiento hispano-americano contemporáneo profesa un ideología predominante en él notoria, innegablemente: la típica ideología ochonovencen-tista, democrática, liberal, republicana, socialista, antiimperialista, pacifista, "beata" de la "cultura", progresista, optimista. Entre las figuras nombradas a lo largo de estas notas las hay que están menos poseídas por tal ideología que el resto, que la mayoría. Pero tómese su obra en conjunto y compárese con la de los tradicionalistas asincrónicamente supérstites: bastará para percatarse de lo mucho más cerca que están de aquella mayoría que de estos supérstites y ra-

tificarse en la incorporación de ellos a la primera. En cuanto a los tradicionalistas—innegablemente, el pensamiento hispano-americano contemporáneo no se reduce sin reserva alguna al que profesa la ideología ochonovecentista: por eso ésta es sólo “preponderante”. Pero no menos innegablemente: en el pensamiento que profesa esta ideología entra, sin reserva alguna, lo nuevo de él relativamente al pasado, lo verdaderamente *contemporáneo*, y lo más importante de él en todos los términos de comparación. Porque parece que hasta lo más importante del pensamiento tradicionalista sea lo relativamente más nuevo de él, o menos tradicionalista, o influido, si no por la ideología ochonovecentista, por su espíritu. Los tradicionalistas alzan en contraposición reiterada algunos nombres, alguno verdaderamente grande: Balmes, Menéndez Pelayo . . . Pero Balmes debe a la Ilustración mucho más de lo que es sólito decir y pensar, y Menéndez Pelayo, por su evolución, de los HETERODOXOS a las IDEAS ESTÉTICAS, no acabó tan lejos del ochonovecentismo como empezó. Este platillo tradicionalista no vence al ochonovecentista ni siquiera con el peso de los que se han pasado hasta ahora de éste a él: Maeztu, Ors, Morente—Ortega, tomando por tal paso su reciente abandono de este continente. Porque resulta que el peso que han puesto en el platillo de llegada no ha vencido aún al que han dejado en el de partida. La busca de la solución en lo privativo de los países prepotentes en la edad contemporánea tiene una manifestación concreta: los pensadores proponen una política, *lato sensu*, extranjerizante, cuyo paradigma es distinto según los países que incorporan para ellos la cultura floreciente de modelo fecundo: la mayoría, europeizantes, pero un Sarmiento, norteamericanizante; dentro de los europeizantes, la mayoría, francizantes, pero Ortega, desde las primeras cabriolas de su caracolante carrera, resuelta y expresamente opuesto a este tradicional, ya, galicismo, germanizante. Mas justo dentro de este orden de manifestaciones, se encuentran los más altos inicios de una segunda etapa. El Vasconcelos indostanizante ya no se prenda de los países prepotentes en la edad contemporánea, sino que repara en afinidades de más hondo calado histórico. El Unamuno africanizante, provocador de la vehemente reacción del europeizante Ortega, es

un chirrido de los goznes de la historia en el tránsito de una etapa a la otra. "Fenómenos" como el Vasconcelos hispanizante y el Unamuno antieuropeizante, excepciones a la regla del mimetismo ochonovecentista, en las soluciones, no en los problemas, que también para ellos son los nacionales planeados por la Ilustración, no me parece que puedan explicarse como reacción, ni siquiera como contaminación por el tradicionalismo superstite, sino como emergencia de la originalidad e inicio de una etapa definida por esta originalidad. En la sima del espíritu, donde se conmueven con terremotos subterráneos los estratos de su espontaneidad, ésta venía buscando la solución de manera original desde los comienzos mismos de la primera etapa, pero en una segunda, emprendida, aunque apenas, en España antes de la guerra civil, mas que a partir de la mundial está siendo recorrida en América española a gran velocidad, se había empezado a buscar o se busca resueltamente, también en el plano de la conciencia y de la voluntad deliberada, la solución en aquella relevación de lo autóctono o elevación de las virtualidades propias. La transición de una etapa a otra es sinuosa, no abrupta. La imitación se defiende con la simulación. Ejemplo: la ideología ochonovecentista, singularmente la política *stricto sensu*, llega a ser considerada hasta como originaria o por lo menos como peculiar de América. Pero la idea de "América" y el ideal americano auténtico crecen y avanzan. Para poner otro ejemplo precisamente relacionado con el anterior: el derecho americano es verazmente innovador. La manera original de buscar la solución parte de la salvación de las circunstancias, de la *alétheia* o verdad de su oculto *logos*. La teoría consciente, expresa y cumplida de esta salvación no la encuentro sino hasta Ortega. Pero la primera práctica monumental, de monumentalidad última hasta ahora, la encuentro en CIVILIZACIÓN Y BARBARIE. La parte introductoria "verifica" el *logos* de la circunstancia argentina con originalidad de vivencia vidente y visión vivida y con vigor de construcción ideológica que se anticipan a porciones que recuerdan de la obra de un Taine. La manera original de buscar la solución mana, en fin, del idéntico espíritu estético y político del pensamiento hispano-americano contemporáneo aludido ya varias veces,

pero al que no puedo referirme expresamente antes de haber acabado con la segunda característica, ideológica, de este pensamiento.

Del todo fuera del marco del cuadro trazado hasta aquí parece que se encuentra a algunas obras de las más altas del entero pensamiento hispano-americano contemporáneo, así las obras cumbres de dos de sus "nombres centrales": los MOTIVOS DE PROTEO y EL SENTIMIENTO TRÁGICO DE LA VIDA. Ambas parecen absolutamente extrañas a toda circunstancia concreta, histórica, ni estética, ni política en acepción alguna; ambas, absolutamente individuales. Los MOTIVOS son los de la dinámica estructura de la vida del Proteo que es todo, cualquier individuo humano — un individuo humano de todos los lugares y tiempos, esto es, de ningún lugar ni tiempo; un individuo humano genérico o general, *contradictio in adiecto*: por eso el libro procede proteico-melódicamente por motivos tomados a casos y ejemplos parabólicos de todos los países y edades que no llegan a membrarse en el cuerpo y alma de un, de ningún humano viviente, que ha de ser históricamente individual. En un pensamiento como el hispano-americano contemporáneo pareciera la autobiografía un género natural y sólito. Puede que no lo sea formalmente, sólo, porque obras como las de los pensadores hispano-americanos contemporáneos vienen a componer frecuentemente sendas autobiografías espirituales. Los MOTIVOS quieren y pretenden ser el libro único del autor, "en perpetuo devenir" con él — y en vez de resultar los nuevos "ensayos" de un hispano-americano y contemporáneo Montaigne, resultan la biografía de un *autós* a quien hace imposible el identificarse el proteísmo de su universalidad—complicación de la correlación, probada ya por la Antigüedad, entre cosmopolitismo e individualismo. Y a despecho de toda su erudición histórica, de la historicidad del catolicismo, central en la obra y fundamental por toda ella, y sobre todo de la aparición final de Don Quijote, el sentimiento trágico de la vida parece por modo análogamente exclusivo el efectivo o posible de todo y cualquier hombre individual o pueblo. Sin embargo — Los MOTIVOS y EL SENTIMIENTO TRÁGICO ¿no se computieron en sendas circunstancias hispano-americanas y ecuménicas muy precisas? ¿aquéllos, en un lugar y momento

en que el proceso de constitución de Hispanoamérica había tocado, tangencialmente pero tocado, a una cierta perfección y estabilidad? ¿éste, en plena marcha del proceso de relevación de España que se inició a partir del mismo 98, benefició de la primera guerra mundial y ya se había impuesto patente a propios y extraños cuando estalló la guerra civil? ¿aquéllos, en plenitud del período de paz y beatitud cultural que fué el comprendido entre la guerra de 70 y la del 14; éste, en las ilusas aún vísperas del fin del período? ¿en suma, donde y cuando la circunstancia menesterosa de constitución o reconstitución o de relevación no urgía tan oprimente? Cabe generalizar. Ciertas circunstancias impulsan a desentenderse de ellas — paradójicamente, pero lo humano está lleno todo de semejante “doblez”. Tales circunstancias son, por ejemplo, la relativa y temporal consolidación de la circunstancia o el alejamiento forzoso de ella o la imposibilidad material de intervenir activamente en ella. En circunstancias tales, de ellas se desentiende el pensador hispano-americano contemporáneo en una versión hasta de segunda potencia: del “espectador” a los espectáculos relativamente menos circunstanciales o circunstanciados y hasta a un universal que ya no lo sea en absoluto. Los MOTIVOS son el monumento en movimiento, más que arquitectónico musical, de la teoría del hispano-americano “espectador” contemporáneo de la vida humana universal que propone un utópico y ucrónico paradigma salvador al compatriota de la circunstancia que ha dejado de sentir la urgente opresión del *bic et nunc* de ésta en una coyuntura expansivamente feliz y fugaz como toda felicidad. EL SENTIMIENTO TRÁGICO puede que sea más. Porque, a despecho de las apariencias, ahora, puede que el sentimiento trágico no sea el de todo ni cualquier hombre individual o pueblo, por ser exclusivamente el de los humanos individuos del pueblo cuyo sentimiento de la vida no le permitiría más pensamiento que “pensamiento” y no “filosofía” —y ¿para qué más?— y en contra de todo el movimiento, oriundo de la Ilustración y del inmanentismo del hombre moderno, de su pensamiento contemporáneo, sería un sentimiento religioso —“contra” con suma probabilidad literalmente trágica . . .

3^a

LA SEGUNDA característica, ideológica, del pensamiento hispano-americano contemporáneo fué presentada desde el primer momento como doble. En efecto, tiene, en la relación más apretada con su aspecto político, un aspecto PEDAGÓGICO.

Hay que entender también este término en una acepción más amplia que la corriente. La vida humana consiste en funciones fundamentales y generales que son condición de posibilidad de todas las actividades especializadas, técnicas, artísticas y de todos los organismos y órganos colectivos e individuales, institucionales y profesionales que vienen a ejercerlas o servirlos: estas actividades y organismos no son, en efecto, más que especificaciones de tales funciones. Así, en la vida, en la convivencia que es la vida, todos estamos con-formándonos, coeducándonos siempre. Fundamental y general función, pues, de la naturaleza humana o de la humanidad y de la Humanidad o la historia, la educación. Condición de posibilidad de su especificación o especialización técnica, artística, institucional, profesional y teórica, la educación en la acepción corriente y la pedagogía en las acepciones práctica y teórica que son las corrientes asimismo. Para enunciar lo anterior hay que dar, por ende, a los términos "educación" y "pedagogía" y los de sus familias la acepción de amplitud máxima que lo anterior acaba de darles. Ya, pues, porque todo lo humano es coeducativo o pedagógico, en esta acepción de amplitud máxima, lo es todo pensamiento, toda filosofía. Pero todo pensamiento, toda filosofía lo es en un sentido más específico. Por su naturaleza general todo pensamiento y por la suya *sui generis* toda filosofía tienden a comunicarse a los demás, a ser compartidos por ellos, si es menester a imponerse a ellos, en todo caso, por tanto, a trasformarlos. Un pensamiento, una filosofía políticos en el sentido en que lo es el pensamiento hispano-americano contemporáneo y ha sido objeto de la nota anterior, de salvación de las circunstancias, incorpora la naturaleza específicamente pedagógica de todo pensamiento y filosofía en forma todavía más especial. Por último, dentro de pensamiento y filosofía hay el pensamiento y las disciplinas que se acercan y

llegan a la educación y pedagogía en las acepciones corrientes, el pensamiento y las disciplinas éticos y pedagógicos en la acepción más rigurosa. Un pensamiento que incorpore la naturaleza específicamente pedagógica de todo pensamiento en forma todavía más especial, será natural y no adventiciamente pedagógico en esta acepción más rigurosa. En todas estas otras acepciones, de menos amplitud que la de máxima, hasta llegar a la de mínima y corriente, hay que tomar los susodichos términos para expresar la gradación que se acaba de recorrer. Para puntualizar en la segunda característica del pensamiento hispanoamericano contemporáneo el aspecto pedagógico, hay que entender este término, no sólo en la última de las acepciones de la gradación que se acaba de recorrer, sino además en la inmediatamente anterior. El pensamiento hispanoamericano contemporáneo es característicamente pedagógico desde luego en la acepción corriente del término, por su literatura pedagógica en esta acepción y por la obra pedagógica, en la misma acepción, de los pensadores, pero más aún, a fondo, porque todo él es pedagógico en el mismo sentido y con la misma extensión en que es político—y en cuanto es estético: por su espíritu todo.

Los filósofos no han sido en todos los tiempos profesores, ni en los tiempos en que lo han sido, lo han sido todos. En la edad moderna empezaron por no serlo los mayores: Bacon, Descartes, Spinoza, Hobbes, Malebranche, Leibniz, Locke, Hume. Sólo a partir de Kant lo son los mayores, desde el propio Kant, Fichte, Schelling, Hegel, hasta Bergson, Husserl, Scheler, Heidegger, sin más que algunas excepciones, como Schopenhauer, profesor fracasado, y Nietzsche, pronto jubilado— y lo son la mayoría. Esta regla de la edad contemporánea vale para Hispanoamérica. Dos representantes de la filosofía, en la acepción más rigurosa, en la Hispanoamérica contemporánea, y aun otros, representantes del pensamiento hispanoamericano contemporáneo en general, fueron o son profesores. Repetir una vez más nombres aquí, superfluo. No tanto, en los casos siguientes, corroborativos de la vocación pedagógica, en acepción rigurosa y más amplia, del pensamiento hispanoamericano contemporáneo. El caso de los "nombres centrales como Sarmiento, que si no fué profesor, fué maes-

tro, y de vocación, y como Martí, que si apenas fué profesor, fué para pesar de una auténtica vocación y aptitud. El caso de los "nombres centrales" y circundantes, si no periféricos, a que va unida una obra de instrucción pública de algún relieve y trascendencia en algún país de Hispanoamérica: Giner en España, Luz y Caballero en Cuba, Hostos en Santo Domingo, Barreda, Sierra y Vasconcelos en México, Bello en Chile, Sarmiento en la Argentina. . . Entre estas obras, dos son particularmente significativas: aquellas por las que los dos movimientos más relevantes de importación de filosofías extranjeras, el krausismo vino a ser pronto, el positivismo es desde el comienzo un movimiento principalmente pedagógico en sentido lato y estricto. Pero pasando ya a las formas y géneros de la palabra en que el pensamiento se da expresión, el hecho relativamente menos significativo es el de los tratados, monografías, memorias, ensayos, artículos y discursos de tema o contenido pedagógico, en la acepción más rigurosa, que se podría empezar y terminar, para hacerlo sólo con "nombres centrales" con la EDUCACIÓN POPULAR de Sarmiento y la MISIÓN DE LA UNIVERSIDAD de Ortega. O el de que hasta los movimientos literarios sean movimientos de "regeneración" nacional, de pedagogía política: el del 98. No menos significativo me parece un hecho como el de que las obras de la literatura de ficción al par más cercanas a la de ideas y más eminentes de suyo en un país como México sean las novelas, pedagógicas, de Fernández de Lizardi, "El pensador Mexicano". Pero sobre todos me parecen significativos los que menos lo parecen, o los que menos parecen en general, es decir, aquellos que se han hecho notar menos. Obras como ARIEL y hasta como los MOTIVOS DE PROTEO, que no pertenecerán a la literatura pedagógica en la acepción más rigurosa, ¿no son realmente pedagógicas en una acepción más amplia, pero no menos propia? ARIEL es hasta formalmente el discurso de un maestro a sus discípulos: alta pedagogía, pedagogía político-continental, pero (!) pedagogía. Pues ¿y el PROTEO? Preliminares y primeros párrafos prometen más bien que nada unas confesiones o unos ensayos en el sentido montañiano, a pesar de la primera persona de plural en que se escribe ya la primera frase—viejo es que el "nos" exprese modesta, no molestamente, el yo— y aun a

despecho de la segunda de singular tras de la cual empiezan a enfrentarse en el mismo párrafo primero el lector y el autor. Pero pronto se ve que no, que el autor y el lector toman crecientemente cuerpos enfrentados en una situación inequívoca, que el libro va a ser una magistral "lección", y en efecto, nada tardan en llegar expresiones tan delatoras como "Quiero mostrarte. . ." y los imperativos más categóricos y pedagógicos, para no dejar de repetirse hasta el final. En general, en ensayo ¿no es un género de la "prosa didáctica"?, la oratoria académica ¿no es didáctica? y aun la política en buena parte, el periódico ¿cuánto órgano de "información" tanto de "formación", por su parte de comentario? Y en fin, el tono "magistral" de ARIEL y del PROTEO no es precisamente una excepción. Es común a todos los mayores, desde Bolívar, que habla como educador de sus pueblos a éstos, hasta Ortega, y entre los menores a muchos más seguramente de aquellos en quienes se haya advertido, hasta en los puramente literatos, Azorín, Ayala, hasta en los poetas más puros: "así habló Juan de Mairena a sus alumnos". Los ESPECTADORES que son la obra de tantos pensadores hispano-americanos contemporáneos, son informativos, instructivos, docentes. El pensamiento hispano-americano contemporáneo es un pensamiento en conjunto de educadores de sus pueblos: por eso puede figurar en él, y aun podría a su cabeza, representativamente, un político con ideas, un político pensador, como Bolívar. Un título como DISCURSOS A LA NACIÓN MEXICANA podría dar el lema de todo este pensamiento. El ideario pedagógico de estos educadores de sus pueblos es caso particular de la ideología ochonovecentista predominante en ellos.

Y ahora es ya posible puntualizar la unidad de su primera característica, estética, y su segunda característica, ideológica, doble: político-pedagógica. Esta unidad es *la* característica centro de su significación histórico-filosófica. Mas para puntualizar tal unidad y apuntar esta significación, es menester una última serie de notas.

LA CONSTRUCCION DE LAS CIENCIAS DEL ESPIRITU

Por Juan ROURA-PARELLA

I

LA UNIDAD DE LA CIENCIA

EN EL *Congress for the unity of science* celebrado en Copenhagen en junio de 1936 vimos perfilarse una vez más las tres vías que se han ensayado para reducir a unidad la pluralidad de las ciencias particulares. No es raro que ninguno de estos ensayos de sistematización de las ciencias haya tenido un resultado satisfactorio pues, entre otras dificultades, hay dominios del saber tan distantes unos de otros que casi podría decirse que sólo tienen de común el afán de conocimiento, es decir, una misma actitud frente a la realidad. Un numismático y un bacteriólogo, un químico y un teólogo no coinciden más que en la tendencia cognoscitiva.

La filosofía ha intentado realizar la unidad de la ciencia en dos planos diferentes. Por abajo, la teoría del conocimiento quiere establecer normas válidas para todo pensar científico, pero por valiosas que sean sus investigaciones no ha encontrado todavía la base común a todas las ciencias sino que se ha constituido como una disciplina particular al lado de las otras.

Por arriba, la metafísica se afana en construir una cúpula que comprenda todas las ciencias particulares, no como una suma o una enciclopedia en el sentido medieval sino como una unidad de principios. Se trata de monopolizar en una sola, en una última y abstracta generalización, todas las categorías que imperan en la ciencia. Esta tendencia a la reducción de categorías es incluso inherente a las mismas ciencias particulares. "*Los principios*—escribe

Newton— *no deben multiplicarse más allá de lo necesario*". Pero la filosofía, que tanto ha influido en la construcción de las ciencias, tiende a una unificación absoluta. Así el materialismo considera la materia como la categoría primordial o a lo sumo, *materia y energía*; en Hegel ejerce el monopolio la categoría de *Logos*, de la que se derivan todas las demás, en Leibniz la *fuerza* es la categoría originaria de la que se derivan tanto la materia como la conciencia . . . De este modo han nacido las diversas construcciones coronadas por las categorías que representan la unidad originaria. Cada construcción tiene su sello personal y así la metafísica, cuya misión era darnos un sistema ordenado de la ciencia, se ha convertido también en una disciplina particular. En una palabra: tenemos hoy una pluralidad de teorías del conocimiento y de metafísicas cada una de las cuales ataca y rechaza a las demás.

Por último se ha ensayado la vía lógica para establecer la unidad de la ciencia. Se ha querido integrar en un sistema lógico la pluralidad de las ciencias particulares. Tampoco este camino nos ha conducido a resultados satisfactorios; la ciencia no es un producto de una fuerza lógica sino que ha nacido de las necesidades prácticas, de la vida misma. En los comienzos de la cultura, teoría y práctica, saber y hacer eran aspectos de un mismo proceso. La vida está en flujo constante y cuando la lógica trata de aprisionar este movimiento vivo en formas rígidas no sólo no fomenta con frecuencia el progreso de la ciencia sino que a menudo lo inhibe.

II

LA CONSTRUCCION DEL MUNDO ESPIRITUAL

Para Spranger el mundo no constituye ninguna unidad. Como su maestro Dilthey establece dos grandes dimensiones en la rica variedad cósmica y en el mundo del saber: naturaleza y espíritu, ciencias naturales y ciencias del espíritu. A estos dos grandes grupos de ciencias se coordinan respectivamente dos métodos irreductibles uno a otro: explicar y comprender. Allá, en la ciencia natural, el "*objeto físico es creado en el acto de conocer, aquí, en las*

ciencias del espíritu, nace un objeto espiritual en el comprender".¹ Allá domina el principio de causalidad, aquí lo relevante son los valores, los objetivos, la individualidad.

En ambos casos, sin embargo, se trata siempre de una construcción. Debemos recordar que la "naturaleza" de la física, de la química, de la biología, no es en ningún modo la naturaleza real sino una naturaleza teórica, construida de un modo abstracto. Exactamente lo mismo, y todavía de un modo más visible, en las ciencias del espíritu: la construcción depende aquí en alto grado de la organización anímica individual del investigador, cosa que no ocurre en tan alta medida en la ciencia natural.² El mundo de vivencias subjetivas participa mucho más en la construcción del mundo del espíritu que en la del mundo natural. Así se comprende, como veremos más adelante, que se haya intentado fundamentar las ciencias del espíritu en la psicología.

La ciencia natural se afana en establecer la concepción causal, mecánica, y expresarla cuando es posible en forma matemática. Extrae la parte cuantitativa de la naturaleza.³ La naturaleza está escrita en lenguaje matemático, sus signos gráficos son triángulos, círculos y demás figuras geométricas, dice Galileo.⁴ Con lo cual queda dicho que la ciencia natural renuncia al conocimiento de la íntima esencia del mundo y se limita a la parte mecánica de la naturaleza.

Pero frente al mundo de la naturaleza está el mundo del espíritu. Para toda filosofía metafísica naturaleza y

¹ DILTHEY: *Der Aufbau der geschichtlichen Welt in den Geisteswissenschaften* (Comunicación a la Academia de Ciencias de Prusia 1910) p. 73.

² SPRANGER: *Die Frage nach der Einheit der Psychologie* (Comunicación a la Academia de Ciencias de Prusia) 1936, ps. 184-185.

³ KLEPER: *Ep. de harm.* (Opera ed. Frisch V. p. 28): *Nam mundus participat quantitate et mens humana (res supramundana in mundo) nihil rectius intelligit quam ipsas quantitates, quibus percipiendis factus videri potest.*

⁴ GALILEO: *Il saggiatore* 6 (Opere ed. naz. VI, p. 232): *Egli e scritto in lingua matematica e i caratteri son triangoli, cerchi ed altre figure geometriche, senza i quali mezzi e impossibile a intenderne umanamente parola; senza questi e un aggirarsi vanamente per un oscuro laberinto.*

espíritu son diametralmente opuestos. Hay que buscar los últimos fundamentos de esta oposición radical en el diferente modo de ser que constituye el cuerpo y el alma. Este dualismo tiene la fuerza de un dogma.

Sabido es que la filosofía empírica levantó este dualismo: Spencer no cree ya en él.⁵ Con todo, esta oposición es un hecho innegable de experiencia prescindiendo de toda metafísica. Siguiendo también aquí a su maestro Spranger considera una realidad espiritual por encima de la realidad natural. El espíritu subjetivo, la cultura, el mundo social e histórico son realidades esencialmente distintas de la natural; ésta carece de todo acento axiológico (Spranger) aquélla no. El valor constituye su rasgo esencial.

Las ciencias cuya misión es el conocimiento de esta realidad se llaman con una expresión introducida por John Stuart Mill, ciencias del espíritu. Estas ciencias, las sistemáticas y las históricas elaboran un material empírico con métodos y plan categorial propios, muy distintos de los métodos y categorías de las ciencias naturales. Con perfecta fidelidad a Dilthey no sólo rechaza Spranger el traslado de los métodos naturalistas a la investigación del mundo espiritual sino también los conceptos. En la esfera del espíritu no hay lugar ni para la explicación ni para las hipótesis.

Con todo tiene Spranger de común con el positivismo el rechazar la metafísica (de hecho no lo consiguieron ni el maestro ni el discípulo) y partir de la experiencia. Tanto, que considera el trabajo experimental como legítimo "*allá donde se realiza con sentido y escrupulosidad científicos, no con diletantismo*"⁶ aunque hay "*fenómenos en la vida del alma y especialmente los contenidos históricos y culturales superiores a los que nunca se podrá llegar mediante el experimento*".⁷ Pero la experiencia va mucho más allá, en este caso, de lo puramente sensorial, como en el positivismo, y trasciende a la experiencia lógica conceptual

⁵ SPENCER: *First Principles* § 34, Idem: *Social Statics*, 1869, p. 517.

⁶ SPRANGER: *Lebensformen*, 7ª edición, 1930 p. XIV.

⁷ Idem: ps. 284-286.

de los kantianos. La experiencia es sobre todo la vivencia espiritual.

En la comprensión del sentido de las vivencias construimos el mundo espiritual; jamás esta construcción coincide del todo con la realidad; la *objetividad* del conocimiento en las ciencias del espíritu tiende también al límite sin alcanzarlo jamás. Podría decirse que la ciencia es una asíntota de la realidad. Con mucha agudeza observó ya Hegel que para el pleno conocimiento de un objeto, sea cual fuere su naturaleza, es necesario el conocimiento de la totalidad del mundo.

Muchos son los factores que entran en juego en la construcción de la ciencia y que limitan su *objetividad*. Todavía recuerdo hoy la impresión que me produjo años atrás una conferencia de Schrödinger en la que se preguntaba si la ciencia natural no estaría condicionada por el medio. Su respuesta afirmativa vino a sacudir con fuerza la creencia arraigada desde la segunda enseñanza de que la ciencia era un puro reflejo de las cosas. En ninguna de nuestras clases de lógica nos habían planteado el problema de si realmente existen las leyes de la naturaleza, o simplemente los conceptos generales. La ciencia es siempre inadecuada a la realidad; el objeto es mucho más que lo que se conoce en él.⁸

En la construcción de la ciencia se exige la eliminación del yo. Ahora bien: el yo que piensa y conoce no pueden separarse totalmente del yo que vive. Nunca puede acallarse del todo la subjetividad. El yo que conoce y el yo práctico, ese yo que va al cine, ama y odia, han crecido conjuntamente y no es posible separar el hombre individual concreto, dejando libre el yo puro. Este sujeto *puro*, como el Estado *puro*, es tan poco *potable* como el agua destilada, para usar una expresión grata a Unamuno.⁹

Naturalmente Spranger distingue un sujeto empírico

⁸ Véase sobre este punto, HARTMANN: *Methaphysik der Erkenntnis*, 2ª edición, 1925, p. 430.

⁹ SPRANGER: *Der Sinn der Voraussetzungslosigkeit in den Geisteswissenschaften* (Comunicación a la Academia de Ciencias de Prusia) 1929, p. 12.—Véase contra el sujeto "vacío" el agudo libro de PAUL TILLICH: *Kairos. Zur Geisteslage und Geisteswendung*, 1926, p. 29.

y un sujeto que conoce. Este yo *absoluto* debería concebirse de un modo especial como independiente de condiciones espaciales y temporales, como una réplica de relaciones estructurales objetivas, sin el constante contenido causal de una experiencia individual. Y eso no se da nunca en su pureza especialmente en el campo de las ciencias del espíritu mucho más cercanas a la vida que las ciencias naturales.

Entre ambos sujetos —el empírico y el de la teoría del conocimiento— construye Spranger un tercer sujeto —el sujeto espiritual— superior al yo psicológico pero condicionado por ciertas relaciones culturales y nunca totalmente dependiente de la perspectiva del yo. En contraposición al sujeto de la teoría del conocimiento este sujeto espiritual tiene un contenido histórico y geográfico cambiante. Pero este contenido no está tampoco ahí para un yo; tampoco se agota en las vivencias psicológicas presentes sino que abraza actos que sobrepasan al yo particular y en su sentido son accesibles a muchos yos (potencialmente a todos).¹⁰

No se detiene Spranger mucho en los supuestos de tipo teórico que tiene toda ciencia (supuestos inmanentes a la ciencia misma cuya investigación corresponde a la Filosofía)¹¹ y menos todavía en aquellos de *mala subjetividad* que, como en todo asunto humano, participan también en el saber, sino que hace un minucioso análisis de aquellos supuestos que yacen en una capa profunda metafísica.¹²

El problema es éste: ¿Puede la ciencia del espíritu ser un aparato registrador de la realidad? ¿Debe la ciencia del espíritu proceder libre de todo supuesto? ¿Puede realmente construirse sin la influencia de la personalidad, de una *Weltanschauung*? Nada mejor para entrar de lleno en el pensamiento de Spranger sobre este punto medular de las

¹⁰ Véase las precisas consideraciones que hace SPRANGER en: *Zur Theorie des Verstehens und zur Geisteswissenschaftlichen Psychologie*, trabajo contenido en: "Festschrift Johannes Volkelt", 1918, p. 367-370.

¹¹ SPRANGER: *Der Sinn der Voraussetzunglosigkeit*, etc. ps. 10-11.

¹² TILLICH: Op. cit. p. 47, "Subjetividad es siempre "akairós". . . Toda interpretación subjetiva es arbitrariedad y esclavitud frente a la verdad exigida".

ciencias del espíritu que contemplar en rápida mirada la trayectoria de su desarrollo histórico y probar brevemente las bases en que se fundamentan.

Suelen distinguirse tres períodos en el desarrollo de las ciencias del espíritu. En el primer período se construye el mundo sin una clara conciencia del método ni de los problemas que plantea tal empresa a la teoría del conocimiento. Para seguir con precisión semejante movimiento tendría que hacerse la historia del comprender, método propio de las ciencias del espíritu.¹³

El primero que opone las ciencias históricas a las ciencias naturales es, en tanto como se nos alcanza, Giambattista Vico. Este raro italiano es un espíritu paralelo al de Dilthey. Y la situación contra la que se enfrentó es también paralela a la que combatió el filósofo alemán. Podría llamársele padre de las ciencias del espíritu pues al atacar a Descartes y a la tiranía del método naturalista exige ya un modo de conocimiento adecuado al objeto espiritual. En un pequeño trabajo, poco conocido, encontramos este pasaje elocuente: *"Il metodo va variando e moltiplicandosi secondo la diversità e moltiplicazioni delle materie proposte. Regna nelle cause il metodo oratorio, nelle favole il poetico, nelle historie l'istorico... tutte altre materie fuoriche noveri e mismo sono affatto incapaci di metodo geometrico..."*¹⁴

Sabido es que desde el Renacimiento la teología y la jurisprudencia utilizaron la hermenéutica. Herder la profundizó a fines del siglo XVIII con un ensayo de comprensión en el campo del lenguaje y, sobre todo, este método fué empleado por Schleiermacher y Wilhelm von Humboldt, llamado éste con razón el Bacon de las ciencias del espíritu. Tan brillante trayectoria se oscurece en el siglo XIX: el espíritu de Vico pasa por un eclipse total.

¹³ Esta empresa ha sido realizada por JOACHIM WACH: *Das Verstehen. Grundzüge einer Geschichte der hermeneutischen Theorie im 19. Jahrhundert*, tomo I, 1926 (este volumen alcanza hasta Wilhelm von Humboldt. El tomo II cuya aparición anuncia Spranger no lo conocemos).

¹⁴ VICO: "Riposta all' articolo del tomo VIII del *Giornale de' Letterati d'Italia* 1712, ps. 79-81.

Con el gran florecimiento de las ciencias naturales su modo de pensar invade todos los dominios del saber penetrando inclusive en el campo de la historia como lo atestigua Buckle.

Pero el espíritu del solitario sabio italiano no podía morir. Un historiador, Droysen, vió el mundo espiritual de un modo muy distinto que Thomas Buckle. Si debe existir una ciencia de la historia ésta debe tener su propio modo de conocimiento, y su propio campo de investigación. Droysen señala ya el comprender como método de la historia.

Sin embargo fué Dilthey quien roturó el terreno en todas direcciones en un período que podría llamarse crítico. Hay que citar aquí también a Windelband, Rickert, Simmel y Rudolf Stammler. Ahora es plenamente consciente la oposición entre el mundo natural y el mundo del espíritu y sus diferentes modos de conocimiento. Como es sabido Dilthey quiso llamar a su obra CRÍTICA DE LA RAZÓN HISTÓRICA, con lo cual no sólo muestra su parentesco con Kant sino que ha sido considerado como un nuevo kantiano.¹⁵

Un paso más y nos encontramos en el siglo xx en pleno período constructivo. Otros continuaron el trabajo que abarcó la larga vida de Dilthey en distintas direcciones. El hombre más representativo en este momento en el que nos encontramos todavía es sin disputa alguna Eduardo Spranger. Hay que citar desde luego entre otras cosas las valiosas aportaciones de Litt, Maier, Hans Freyer, Scheler, E. Rothacker y E. Becher.¹⁶ No sólo el mundo social e histórico, el mundo de la cultura deja de ser un caos porque se destacan formas y estructuras comprensibles por medio de leyes, sino que se aprende a mirar y a ver: se fundamentan las ciencias del espíritu y se aclara, precisa y define su método: el comprender.

¹⁵ ERNST VON ASTER: *Die Philosophie der Gegenwart*, p. 41, 1935.

¹⁶ Representan este modo de pensar en América, Ellwood, Cooley, Faris... Véase: A. WALTER *Soziologie und So wissenschaft in America* 1927, ps. 31 y siguientes.

III

LA PSICOLOGIA COMO BASE DE LAS CIENCIAS DEL ESPIRITU

No cae Spranger en la limitación tan extendida de considerar la psicología como única base para construir las ciencias del espíritu. Es curioso que en el psicologismo coinciden tanto los investigadores que vienen del campo de las ciencias naturales como los representantes de la reacción espiritual. Wundt y Dilthey están en eso de acuerdo; ambos quieren psicologizar el mundo espiritual.¹⁷ Donde discrepan diametralmente es en la clase de psicología que debe servir de base a las ciencias del espíritu. No se trata aquí de una psicología de las representaciones entre estímulo y sensación o la de los procesos nerviosos y sucesos anímicos, sino de una psicología que enseñe a comprender al hombre como un todo en sí y como miembro de una cultura histórica particular y ya muy complicada.¹⁸ Incluso después de la influencia de Husserl se mantiene Dilthey fiel a su punto de vista psicológico. "En relación con la ciencia del espíritu — escribe — lo psíquico y los hechos psico-físicos forman la base de la teoría no sólo del individuo sino también del sistema de la cultura lo mismo que de la organización externa de la sociedad".¹⁹ "La Psicología es la primera y más elemental entre las ciencias particulares del espíritu. Conforme a eso forman sus verdades el fundamento de la construcción ulterior".²⁰ Sólo pueden comprenderse la unión entre los sectores de la cultura y con la organización externa de la sociedad humana partiendo de las conexiones anímicas de que nacieron.

En mis notas de lecciones de Heinrich Maier encuentro pensamientos análogos. "La psicología es la ciencia funda-

¹⁷ Según Wundt la psicología es el fundamento teórico de las ciencias del espíritu y las leyes de estas últimas se reducen y se corresponden en último término a las leyes psicológicas. Véase su *Logik*, III, 3ª ed. p. 430 y siguientes; 650 y siguientes. Véase también SIGWART: *Logik* § 99.

¹⁸ SPRANGER: *Las ciencias del espíritu y la escuela*, 1935, p. 58.

¹⁹ DILTHEY: *Einleitung in die Geisteswissenschaften* 2ª ed. p. 119. También ps. 42, 43, 46, 68. Véase también: *Das Wesen der Philosophie* en: *Werke*. V. p. 157.

²⁰ DILTHEY: I, p. 33.

mental de la investigación inductiva generalizadora del espíritu. Constituye la ciencia básica teórica de las ciencias del espíritu".²¹ Aunque podríamos hacerlo no creemos necesario aducir más testimonios en este sentido. La psicología representa un papel fundamental en la construcción de las ciencias del espíritu.

Sin embargo, Spranger considera esta base estrecha. Ha pasado ya el tiempo en que podían reducirse a la psicología las ciencias del espíritu. "*La realidad super-individual Estado es algo muy diferente que la suma de todos los modos de sentirlo subjetivamente y de todas las vivencias estatales. La realidad superindividual economía es algo distinto de la suma de las vivencias económicas. Y la realidad super-individual ciencia es algo diferente de la suma de las vivencias de conocimiento subjetivas*".²² Es evidente que en los fenómenos sociales y culturales intervienen otros factores que los psicólogos. Por importante que sea esta base hay que tener también en cuenta factores geográficos, físicos, técnicos, jurídicos, etc., sin pasar por alto que la cultura no es ni corporal ni anímica en sentido estricto sino espiritual y que el espíritu no puede derivarse de lo psíquico. El mundo espiritual objetivo, con su propia estructura categorial no investigada todavía totalmente, se construye en contenidos significativos teóricos y en contenidos de valor que deben siempre de nuevo actualizarse en sus vivencias respectivas. El mundo espiritual tiene movimiento y vida en tanto como se transmuta en un comprender perspectivista, y es siempre de nuevo construido por el espíritu subjetivo. Así se convierte en una conexión espiritual con eficiencia propia y es una realidad histórica que está entre las ideas eternas super-individuales y los sujetos temporales individuales. Determina las estructuras anímicas individuales en las que penetra y motiva su conducta espiritual en cuanto que las significaciones son comprendidas de un modo adecuado o inadecuado; así se convierten los valores en fuerzas impulsoras subjetivas.²³

²¹ H. MAIER: *Wahrheit und Wirklichkeit*, 1926, p. 107.

²² SPRANGER: *Die Frage nach der Einheit der Psychologie* p. 185.

²³ *Idem*: ps. 185-6.

Aparece ahora claro la íntima relación entre el mundo espiritual y el espíritu subjetivo, es decir entre las ciencias del espíritu y la psicología, pero también aparece evidente que aquéllas no pueden basarse solamente en la psicología.

La misión de las ciencias del espíritu consiste en poner de relieve las leyes de sentido que determinan las estructuras dentro de una región espiritual determinada.²⁴ Deben ellas mismas delimitar su propio objeto y estudiar la forma de su desarrollo histórico. Sin embargo, escapa a su competencia en cuanto a ciencias particulares el modo de ser del desarrollo mismo y la esencia del ser espiritual. Este es ya un problema metafísico.²⁵

Como las ciencias del espíritu no pueden realizar su misión con independencia del sujeto, resulta de ahí una doble condicionabilidad: la psicología condiciona la construcción del mundo espiritual y a su vez el mundo espiritual condiciona el espíritu subjetivo y a su ciencia, la psicología.

IV

SUPUESTOS DE LAS CIENCIAS DEL ESPÍRITU Y Y SENTIDO DE SU SUPERACION

La personalidad condiciona la construcción de las ciencias del espíritu; pero, ¿en qué forma y en qué medida? Erich Rothacker considera en su *LOGIK UND SYSTEMATIK DER GEISTESWISSENSCHAFTEN*, 1926, los tres tipos ideales de métodos de las ciencias del espíritu como irradiaciones de los tres tipos de *Weltanschauung* de Dilthey. No hay otro medio para comprender los conceptos y métodos de las ciencias del espíritu que perseguirlos en sus concepciones del mundo originario (p. 36). Según estas distintas perspectivas cambia también el sentido objetivo del punto de partida sociológico. En una palabra: cada actitud básica tiene sus consecuencias metodológicas y al revés: la pluralidad de métodos nos revela las distintas concepciones del mundo que los condicionan (p. 78). Esto es válido

²⁴ *Idem: Ideas fundamentales de la psicología como a ciencia de l'esperit*", Rev. de Psicol y Ped. núm. 6, p. 134. Barcelona.

²⁵ Véase el prólogo de la excelente obra de NICHOLAI HARTMANN, *Das Problem des geistigen Seins*, 1933.

para la totalidad de la concepción histórica pero vale también para las ciencias del espíritu particulares. Ya la elección de lo esencial está condicionado por la concepción del mundo. *"No son datos reales sino preferencias, amores lo que al fin dirige el trabajo del investigador en el campo de los hechos"*... (p.109).²⁰

También Litt en sus profundas reflexiones sobre las ciencias del espíritu, especialmente en *WISSENSCHAFT, BILDUNG UND WELTANSCHAUUNG*, 1928, ve, contra el positivismo, en la concepción del mundo las raíces de las ciencias del espíritu. Desarrolla la teoría perspectivista de las imágenes del mundo cuando acentúa que el sujeto de la investigación del mundo espiritual es necesariamente un miembro que lucha y participa en el proceso del espíritu mismo. Este sujeto no sólo contempla y registra sino que valora, quiere y actúa. De esta unión del hombre que conoce con la vida se sigue, por lo que al método se refiere, la vinculación de las ciencias del espíritu a la singularidad del momento histórico y a la perspectiva personal; este punto de vista selecciona lo esencial. Todo pensar en este dominio es un dar sentido, un decidirse, una aventura a partir de la perspectiva de sentido personal (ps. 91, 97, 113). La concepción del mundo en cuya profundidad el espíritu se interpreta y decide no puede tenerse ya más por algo absoluto, fijo, inmóvil, hecho eternamente de una vez, sino que se trata de algo metafísico en constante movimiento.

Max Scheler se ha preocupado hondamente por este problema. En sus artículos sobre sociología del saber reunidos en un volumen con el título de *DIE WISSENSFORMEN UND DIE GESELLSCHAFT*, 1926, establece sus conocidos tipos de saber relacionados con la concepción del mundo. El rango de estos distintos tipos de saber está condicionado por un contenido de cosmovisión, *"pues todo saber es en último término saber de Dios y para Dios"* (p. 258). Todo saber tiene tanto más valor cuanto más conocimiento eterno encierra.

Es común a estos tres investigadores, en primer lugar una lucha contra el mero ideal positivista de ciencia y

²⁰ Véase, HARTMANN, loc. cit. ps. 22-23.

contra la tiranía de los métodos de las ciencias naturales; ello provocó la acentuación de la concepción del mundo en la investigación, puso de relieve la profunda vinculación de la construcción del mundo espiritual en la vida y en el proceso histórico, y destacó la originalidad creadora de este modo de considerar la realidad espiritual.²⁷ Esta posición nos recuerda aquella idea de Dilthey según la cual todavía actúan en los últimos principios de la ciencia actitudes religiosas fundamentales secularizadas.²⁸ Y así nos encontramos que si el positivismo quiso absorber todas las religiones en la ciencia, hoy aparecen síntomas evidentes de lo contrario, esto es, el reducir en último término la ciencia a la religión.

A nadie podrá escapársele la gravedad de la situación y la enorme importancia de sus consecuencias. Recuerdo todavía como me alarmó la distinción que vi hacer en Moscú en 1931 entre ciencia burguesa y ciencia proletaria y el mismo Spranger reconoce que se anuncia por lo menos "como tendencia" una ciencia fascista.²⁹ Esto significa que la fe en la ciencia ya no tiene hoy un sentido unívoco. El sombrío cuadro que Dingler pintó para la física puede aplicarse hoy con mucha más razón a las ciencias del espíritu. "*Las columnas sobre las cuales se creía podía descansar nuestra cultura, en tanto que se basa en el saber, se han derrumbado.*"³⁰

Ahora bien: ¿En qué sentido habla Spranger de supuestos de las ciencias del espíritu? ¿En qué sentido estamos condicionados históricamente? ¿Cuáles son las medidas que propone Spranger para salir de este peligroso confusionismo que amenaza destruirlo todo? ¿Cómo podemos salvarnos de nuestra condicionabilidad histórica? ¿Cuáles pueden ser los puntos de apoyo para el restablecimiento de una

²⁷ Muchos hombres de primer plano trabajan en esta dirección. Años atrás oímos expresar a Sombart su creencia en que Heidegger nos regalaría la *Critica de la razón histórica* que Dilthey no pudo completar.

²⁸ Véase KARL SCHMITT: *Politische Theologie*, 1922, p. 37: "Alle prägnanten Begriffe der modernen Staatslehre sin zakunlarisierten theologische Begriffe" (cita de Spranger).

²⁹ SPRANGER: *Der Sinn*, etc. p. 9.

³⁰ DINGLER: *Der Zusammenbruch der Wissenschaft*, p. 144 (cita de Spranger).

nueva fe basada en la duda y en la crítica y no en la fe ingenua o en el dogma ciego de la ciencia del siglo XIX?

En la respuesta a estas preguntas ve Spranger la significación objetiva de la ciencia para su mismo futuro y también para las organizaciones científicas, Academias y Universidades.

En tres puntos principales parecen las ciencias del espíritu afectadas por supuestos y perspectivas que penetran mucho más hondo de la mera constitución psico-física del investigador. Es la substancia del espíritu mismo la que actúa como supuesto de la investigación. En principio estos supuestos son los mismos para las ciencias históricas y para las ciencias del espíritu sistemáticas. Lo mismo valen para la historia que para la economía y la sociología, para la ciencia de la religión que para la estética, psicología y pedagogía.

Las ciencias del espíritu están ligadas en primer lugar al contenido y forma espiritual de la situación histórica del tiempo en que se desarrollan. Este principio expresa lo mismo que aquel pensamiento de Hegel según el cual el espíritu en los estadios de su desarrollo histórico llega siempre a una plena conciencia sobre su propio contenido. El llamado espíritu de los tiempos es siempre nuestro propio espíritu que en los tiempos se refleja, para hablar con el lenguaje de Goethe.

Así se explica que la historia deba escribirse siempre de nuevo con un nuevo presente. Toda concepción histórica que merezca este nombre arraiga por lo menos inconscientemente en la estructura espiritual del presente y tiene participación en la voluntad del futuro que palpita en el presente. Esta interpretación desde el presente no significa el conocimiento a partir de lo que hay en él de arbitrario y casual sino a partir de su sentido, a partir del *Kairos*.³¹ Así se convierte la historia en una fuerza impulsora del presente y al mismo tiempo representa un avance hacia la *storia eterna*.³²

³¹ TILlich: Op. cit. p. 74.

³² BENEDETTO CROCE: *Zur Theorie und Geschichte der Historiographie*, 1915, p. 35: "La historia es y será siempre la misma que la historia viva, la historia que hemos llamado del presente (ideal) (cita de Spranger).

De todo lo cual se desprende que si hay "leyes" históricas (y Spranger las acepta) en su forma actual sirven muy poco para la comprensión de los sucesos.³³

Ninguna construcción apriorística puede anticiparnos la forma concreta de un sistema jurídico futuro puesto que depende de la forma total de la cultura para la que valdrá. Ningún Platón ni ningún Aristóteles hubiese podido anticipar la teoría de la democracia parlamentaria antes del advenimiento de la situación cultural a la que pertenece.

Por el contrario en las ciencias naturales, en la Astronomía por ejemplo, las cosas son bien distintas, pues aquí nos es dable calcular por anticipado los fenómenos de orden cósmico.

En segundo lugar la construcción del mundo espiritual está ligada a la amplitud espiritual (capacidad) y madurez (plenitud espiritual) de la personalidad del investigador. Si el comprender está penetrado de categorías eternas y dirigido por conexiones de sentido evidentes, también eternos, unas y otras deben irrumpir para su eficacia en la personalidad. El niño vive con su tiempo sin comprenderlo; el hombre no cultivado está sumergido en el espíritu objetivo de su tiempo sin tener conciencia de ello en su espiritualidad subjetiva.

Lo que comprendemos del pasado, de los contenidos expresivos del arte, de los resultados de la ciencia, de las fuerzas económicas y políticas depende de nuestra madurez y ésta a su vez del volumen de espíritu ideal y objetivo que hemos incorporado a nuestra persona. Apenas si debe mencionarse aquí que se trata de experiencias y no de meros conocimientos aprendidos en los libros y almacenados como cuerpo aparte en cualquier departamento de nuestra alma. Así se comprende que a veces hombres muy leídos, excelentes profesores y hombres de letras, adolezcan de una miopía sorprendente para interpretar conexiones de sentido actuales y otear en el futuro. Sin embargo la formación no lo es todo para estas resonancias espirituales; existe también una genialidad del ver.

Incluso en el hombre más maduro esta construcción del mundo espiritual está limitada a la perspectiva de su com-

³³ SPRANGER: "*Las ciencias del espíritu y la Escuela*" p. 54.

prender. Pueden ser muy distintas las interpretaciones que se den de un gran hombre o de una época, como el Renacimiento por ejemplo. La ciencia, en cuanto producto del comprender, es siempre una realidad engendrada en el contacto entre el mundo espiritual y el espíritu subjetivo. En tiempo reciente se ha tratado de explicar este contacto como dirigido por una teleología que sólo nos permite comprender aquello que tiene una significación para la vida actual, lo que puede entrar en el proceso del espíritu, y precisamente aquello en torno a lo cual gira la lucha del momento en un lugar determinado.³⁴ Esta teleología estaría al servicio en último término, para hablar con Hegel, del eterno movimiento del espíritu.

Si a la luz de estas ideas consideramos la situación presente quizás tengamos que concluir que la falta de visión de nuestro tiempo se debe a un proceso de calcificación del espíritu. La envoltura carnal del espíritu ha ido más allá de la madurez, ha envejecido; su sensibilidad se ha embotado y su fuerza entumecido. Así se comprende la miopía radical de nuestros últimos tiempos. Quién sabe si la catástrofe actual no representa la "astucia de la razón" sirviéndose de las pasiones humanas más cavernarias para romper el caparazón silíceo que amenazaba ahogar el espíritu, a fin de proseguir su marcha con nueva savia juvenil hacia su meta sagrada: la libertad.

Por último, toda construcción del mundo espiritual está condicionada por el apriori de una concepción del mundo. Todo comprender surge, consciente o inconsciente, de una actitud fundamental y sólo gracias a este origen puede constituirse en base de últimas posiciones de valor. Este momento axiológico no sólo dirige el comprender sino que es también el núcleo de las últimas decisiones. No sólo condiciona la visión del ser sino también de lo que debe ser. La forma como Savigny comprende el derecho positivo encierra al mismo tiempo su decisión sobre lo que debe ser el derecho. Toda definición del Estado o de la

³⁴ Véase sobre este importante punto, KARL MANNHEIM: *Das Problem der Generationen* en: Vierteljahrsheft. Soziologie, VII, 1928, p. 183. SPRANGER: *Der Sinn*, etc. ps. 16-17. N. HARTMANN: *Loc. cit.* p. 33. Para nuestro problema tiene especial interés toda la introducción del libro de Hartmann.

religión encierra al mismo tiempo la confesión de lo que debe ser el auténtico Estado o la auténtica religión. "Aquí se unen misteriosamente la objetividad del querer comprender, la subjetividad de la perspectiva individual y lo absoluto de la actitud referente al valor".³⁵

La consecuencia de este supuesto es clara: en tanto como poseamos una tabla de valores no podremos hablar de validez general en las ciencias del espíritu.

Este panorama sombrío de las ciencias del espíritu puede conducir fácilmente al escepticismo. Pero como dice muy bien Spranger *Skepsis* es *Sepsis*. Quizás era necesario para su propio desarrollo el llegar hasta semejante relativización y poder dar, ya en este punto, un golpe de gracia a los enemigos de toda ciencia: el dogmatismo y el fanatismo. Pero Spranger no es un escéptico sino un espíritu religioso y un auténtico hombre de ciencia. Busca la salida de esta crisis reflexionando sobre estos mismos supuestos, esto es, haciéndolos objeto de consideración científica. Es el mismo sentido de la ciencia que tiene que producir los anticuerpos para salvarla de su crisis. Spranger vislumbra tres medidas para salvar a la ciencia en este estadio de su desarrollo.

1.—Sean cuales fueren los *supuestos* de la ciencia ésta debe moverse en una dirección constante: la idea de la verdad. Del mismo modo que sobre toda formación jurídica flota la idea de justicia así también la idea de verdad debe presidir todo trabajo auténticamente científico. En especial los neokantianos han colocado siempre esta idea formal de verdad en la cúspide de sus investigaciones. Rickert sobre todo ha mostrado que la situación única histórica que sirve de punto de partida a la investigación no cancela la validez del valor incondicionado de la verdad. *Lo decisivo en la investigación*, sea cual fuere su punto de partida, es la dirección hacia la verdad.³⁶

2.—Aunque ya no es posible hoy hablar de una ciencia sin supuestos, su sentido se mantiene porque la ciencia, en contraposición a toda dogmática, está siempre dispuesta a criticar los propios supuestos. La virtud de la cien-

³⁵ SPRANGER: *Der Sinn*, etc. p. 17. IDEM: *Las ciencias del espíritu y la Escuela* p. 63-76.

³⁶ SPRANGER: *Der Sinn*, etc. ps. 19-20.

cia no es la carencia de supuestos sino la autocrítica de sus fundamentos. En eso consiste la imprescindible función de la filosofía en cuanto que presenta como problemáticos los fundamentos que en un principio se tenían por improblemáticos.³⁷ Son bien conocidas las dificultades que presenta toda autocrítica de la ciencia, pero es necesaria para su regeneración y revisión de sus bases.

No puede escapar a nadie que esta crítica de los fundamentos no libra a la ciencia de sus supuestos, pero en cambio los purifica. Con mucha razón escribe Spranger que la ciencia tiene que nacer eternamente a partir del espíritu de la religiosidad.

Si después de esta purificación quedan todavía puntos de vista unos frente a otros, es posible tender el puente entre ellos puesto que surgen de una misma última intención, esto es, de la voluntad de verdad. No se trata en este caso de una relatividad sin esperanza pues la pluralidad de los sistemas de referencia científicos pueden reducirse a un último punto de partida. Es posible encontrar la ley que define la situación, unos respecto a otros, de los sistemas de referencia. Este proceso de reducción dialéctico significa la salvación de la idea de verdad unitaria. No es casual que en nuestra época de relativismo histórico o psicológico florezca en todas partes el modo de pensar dialéctico. Así en Litt y en Rotbacker. Si no es posible llegar a un sistema único de la vida de la cultura porque tropezamos con el principio de contradicción, por lo menos es posible una síntesis superior de los puntos de vista metodológicos.³⁸

Contra esta solución dialéctica se levanta el grupo de filósofos en torno a Kierkegaard, quien con su *Entweder-Oder* exige la afirmación de la actitud parcial, incluso en la ciencia, en oposición al humanismo. La acción es siempre decisión entre varias posibilidades. En eso radica el aspecto trágico de la vida que Goethe sintió con tanta intensidad. Pero según su esencia la ciencia es contemplación. El investigador movido por el afán de conocimiento no puede permanecer ciego ante las fuerzas que, en su

³⁷ Véase RICKERT: *System der Philosophie*, I, 1921, ps. 150-155, especialmente 153.

³⁸ SPRANGER: *Loc. cit.* p. 24.

insuperable perspectiva, tiene frente a él. Debe hacerles justicia, es decir, ser objetivo con ellas. Debe precisamente buscar una mirada de conjunto que le libere de su carácter de mónada. Quien no quiere esto busca otra cosa que ciencia.

Podría parecer como si Spranger quisiera separar la ciencia y la acción, y como si pretendiera construir la ciencia por la ciencia misma como una vez los estetas hablaron de *l'art pour l'art*. Todo lo contrario. Para Spranger como para Scheler siempre se esconde detrás del saber un amor a un valor, es un saber para *algo*. Toda ciencia y más todavía las ciencias del espíritu tienen que *servir a la vida*. Otra cosa sería pura erudición o saber de anticuario.³⁹

Las ciencias del espíritu deben servir una vida en la que impere el espíritu y no la fuerza bruta. La ciencia es a un tiempo *Besinnung* y *Gesinnung*. Pero hoy no puede llevarse una vida superior, moral y espiritual que no esté iluminada por la luz de la ciencia.⁴⁰

V

OBSERVACIONES CRITICAS

Mucha tinta se ha vertido en lo que va de siglo en discutir la oposición entre ciencias naturales y ciencias del espíritu. Esta discusión, que nació como reacción contra la tiranía naturalista, ha producido sus buenos frutos. Sin embargo, mucho falta para una crítica de la razón histórica. Con todo se han delimitado los campos y se han elaborado los métodos. Naturalmente el método de las ciencias del espíritu se ha elaborado en el trabajo mismo; es un pedante error pensar que la filosofía puede prescribir métodos a la investigación como si fueran normas. El método es siempre cosa de fin, no de principio.

³⁹ Sobre la ciencia y la vida véanse las palabras de Nietzsche, que tanto han influido en nuestra generación, en su "2ª consideración intempestiva" que está todavía en sazón, en el 1er. tomo de la vieja gran edición y en el suplemento a esto en el tomo X.

⁴⁰ SPRANGER: Loc. cit. p. 31.

Sabido es que el método está siempre condicionado por el objeto y por el complicado acto de conocimiento. Consecuencia: no pueden en rigor transportarse métodos de un grupo de objetos a otro grupo. Cada clase de objetos exige sus propios métodos.

Fué un error y un acto de imperialismo científico del positivismo (también la ciencia tiene su política) el extender al mundo espiritual su propio camino de conocimiento como lo sería también atacar a la naturaleza con métodos filosóficos. Esto queda ya definitivamente establecido.

Ahora bien: cuando tratamos de investigar el dominio de la vida, la individual y la colectiva, el problema se complica. Con frecuencia las ciencias particulares, que no representan más que consideraciones aisladas frente a la realidad, acaban por tomar por reales los campos que ellas mismas han aislado. Pero la vida es siempre una unidad. Acaso lo sea también el mundo. Por consiguiente, tratándose de la vida humana y de su cultura tenemos que tener en cuenta que en ella se unen en nupcias misteriosas estructuras causales y estructuras de sentido: materia y espíritu, causalidad y libertad.

Es legítima la actitud de las ciencias del espíritu al construir la vida desde arriba pero no puede desconocerse que violentan la realidad viva total pues el alma, la vida social, la cultura, están condicionadas causalmente a través del cuerpo, de la raza, del medio ambiente. . . y por el contrario cuando las ciencias naturales proceden desde abajo también su actitud es legítima pero amputan el espíritu y desconocen su influencia en el cuerpo y en la raza. Es tan limitado construir la biología, la psicología, la sociología sólo con categorías causales eliminando toda finalidad como limitado es construirlas sólo con categorías finales eliminando toda causalidad. Tenía razón Goethe cuando decía que gran parte de las discusiones de los hombres proceden de la tendencia a desunir lo que Dios nos ha dado unido. Sin duda es la discusión una fuente de progreso. Pero no perdamos demasiado de vista la unidad.

En el ambiente científico actual se perciben claras palpitaciones de esta consideración total. No es casual que muchos sociólogos consideren hoy la antropología como

base de su disciplina. Sombart nos dió en sus lecciones de sociología, como introducción, unas notas antropológicas de su propia cosecha. Y si la memoria no me es infiel, Leopold von Wiese en su *System der Allgemeine Soziologie* hace en el capítulo II una digresión antropológica. Este sociólogo concibe la antropología como una ciencia futura en la que ya no exista la separación entre ciencias naturales y ciencias no naturales. Sombart desde luego ve la antropología como el estudio del hombre en su totalidad.⁴¹ Esta ciencia y no la psicología sería una de las bases de las ciencias que ya no podrían llamarse del espíritu sino humanas. Estas ciencias tendrían por misión la que Max Weber años atrás adscribía en una resonante conferencia a las ciencias del espíritu: "sólo pueden estudiar legalidades de las estructuras o de los acontecimientos; sobre este fundamento puede calcularse la posibilidad de éxito para un posible actuar racional; pero no pueden criticar la relatividad de los puntos de vista de valor —el politeísmo de los valores; su único negocio es conocimiento causal explicativo o comprensivo: el "Desencantamiento del mundo".⁴² Los juicios de valor son cosa de la profecía o de la filosofía, pero caen fuera de la competencia de la ciencia. En este punto discrepa Spranger de Max Weber y nosotros de Spranger. Cierto es que el vocablo *Wissenschaft* tiene un contenido poco preciso; en cambio para nosotros la ciencia, sea cual fuere la naturaleza de su objeto, es sobre todo *science positive*, esto es, observación, experimentación, descripción y establecimiento de leyes. Quisiéramos que estas ciencias humanas tuvieran por lema, en tanto como lo permitiera su propio modo de ser, aquel motivo fundamental del positivismo tan conocido en México: *voir pour savoir, savoir pour prévoir et prévoir pour régler*. Todo lo demás se les daría por añadidura.

⁴¹ WERNER SOMBART: *Beiträge zur Geschichte der wissenschaftlichen Anthropologie* (Comunicación a la Academia de Ciencias de Prusia) 1938, p. 5. Recientemente estos dos sociólogos nos han dado una muestra de lo que puede ser esta ciencia del hombre. Sombart en su libro *Von Menschen*, 1938 y Leopold von Wiese en su obra que contrasta con su claridad y distinción habituales, *Homo Sum* 1940.

⁴² MAX WEBER: *Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre*, 1922, p. 524.

EL ESPEJO DE HUSSERL ¹

—Yo —me dijo— soy filósofofilo, porque amo la filosofía. El conocimiento en sí no me interesa: ya superé esa infancia de la abstracción. Sólo me conmueve lo que sobre el conocimiento se piensa. ¿Entiende usted? Estoy en el secreto, estoy ya detrás del telón, entre bambalinas. Todo eso que se representa está bien para los que pagan por entrar. No para mí que, amén de entrar gratis por la puerta de los artistas, tampoco tengo obligación de comparecer ante el público disfrazado de mis propios recursos, y ni engaño a los espectadores ni a mí mismo.

—¿Nueva *Paradoja del Comediante*?

—Del comediante de *La comedia de los errores*. El artista es uno con los errores que crea. Yo, como no los comparto, soy aparte y puedo amar los errores. Son mi deleite y yo soy su enamorado perdido. No les pido cuentas y he descubierto que se amalgaman solos con esa otra representación que llaman verdad.

—Filosofosófico estás. Eso me parece muy profundo.

—Al contrario: superficialidad pura, apariencia a la que no se le piden impúdicas confesiones. Respeto sumo al mandamiento que dicta lavar en casa la ropa sucia. Allá se las arregle, de puertas adentro y de escaleras abajo, la cosa en sí. Yo me quedo con el fenómeno. Superficie: fenomenología.

—En fin: otra manera de entusiasmo, una mística de los ojos.

—¿Entusiasmo? —me replicó Teodoro Malio con visible conmi-seración—. ¿Y quién dijo que la fenomenología no me parece también ridícula? Digo que me caso con ella, pero no que creo en ella.

—Entonces, oh fenomenófilo ¿a qué se atiene usted?

—Pero, hombre de mis pecados ¿quién dijo que para vivir hace falta tomarse en serio? Tomarse en serio es ya un síntoma de fatiga nerviosa, de "surmenage". ¡Al campo con ello, al sol y al aire! Amo la fenomenología, pero me burlo de ella en el fondo, o mejor en la superficie, lo único que ella me descubre. La fenomenología, amigo mío, no es más que la filosofía del remilgo, y está toda en estos dos versos de Espronceda:

¹ EDMUNDO HUSSERL. *Meditaciones cartesianas*. Prólogo y traducción de José Gaos. El Colegio de México. 1942.

Y si, lector, dijeres ser comento,
como me lo contaron te lo cuento.

Nace del temor de comprometerse o de cogerse los dedos en la puerta, como suele decirse. Nace del miedo de presentar a la realidad cargos concretos, de hacerle acusaciones definidas. Husserl se vuelve todo aspavientos y exclama constantemente: —"Cuidado, que yo en esto no entro ni salgo. Atención, que yo no he dicho cosa que luego me echen a la cara. Cautela, que yo no afirmo ni niego la existencia. Como que la pongo entre paréntesis para mejor ocasión. Digo que aparece, no que sea; y cómo aparece, no cómo sea. Yo no quiero discusiones con Dios".

—Nuevo *Condenado por desconfiado*...

—Bien está: llámenme como quieran. Péguenme y páguenme.
¡Viva el fenómeno y abajo todo lo que existe!

Traten otros de la esencia
del mundo y sus aporías,
mientras esencian mis días
fenómeno y apariencia.

Y yo:

—Me importa tener paciencia,
si hasta de mí desconfías:
tus fenomenologías
me roban, en su inclemencia,
el mendrugo de conciencia
que me pegaba al vivir.
Si mi "cogito" ha de ir
al rincón de la basura,
tú eres zenit en hartura,
yo no soy más que nadir.

No soy nadie, filósofo energúmeno.
Sólo tú existes en tu solipsismo,
puesto que a mí no me niegas el nómeno
para hacerme apariencia de ti mismo.

—Bien rimado, pero mal pensado —observó Teodoro—, porque yo no le niego a usted nada, así como tampoco afirmo nada de usted, en cuanto a su nómeno. Yo digo que es usted una aparición de la

que nada puedo saber en profundidad, y cuya superficie me ofrece planos convenientes para que reboten mis ideas. Además que, si creo a Husserl, no estoy solo entre los engaños y cabe la comunicación de las almas.

La mónada es el secreto
para esta comunión.

—¿Y aquí hay mónadas en reto?

—No: en dulce conversación.

Y esta conversación, esto que se llama el cambio de ideas, permite a Husserl aliviarme de mi solipsismo. ¿Ahora entiende usted por qué paso aquí mis veladas?

Y sin hacer caso del gruñido con que le contesté, siguió diciendo, ya como si hablara para su solipsismo:

—Mi maestro dice: "Así como el yo reducido (*o desengañado*) no es un trozo del mundo (*por lo cual yo no me cojo los dedos en la puerta*), de igual manera, ni el mundo (*la comedia de los errores*), ni ningún objeto del mundo (*o sea usted*) es un trozo de mi yo". De la comedia yo sólo conozco la "representación". ¡Qué buena palabra de los filósofos! De usted yo sólo sé que lo veo. Porque el positivista decía: "Aquí hay un hombre". El psicólogo: "Veo un hombre donde hay algo". Y mi maestro y yo nos limitamos a decir: "Veo un hombre". Lo que usted sea, amigo mío, eso es *Res inter alios acta* que a mí no me liga por contrato. Detrás de la cónnita de Kant había una incónnita, que luego resultó ser la razón práctica. Detrás de la representación o ejecución teatral de Schopenhauer, andaba la voluntad, director de escena, haciendo de las suyas. Comte pagó su asiento, vió la comedia y se quedó convencido de que había asistido a la realidad. Por cierto que le gustó mucho. Mi maestro y yo...

—Entendido: entre la trascendencia de signo menos y la trascendencia de signo más, su maestro y usted se quedan en la neutralidad del cero inmanente.

—¡Por favor! Nada de símiles matemáticos, que por ahí empecé el pleito con Descartes.

—¿Y no teme usted que el diablo los engañe y que, de tanto amarla, la apariencia se les vuelva a ustedes la única realidad, llevándolos hasta el idealismo absoluto definido por el poeta Díaz Mirón?

—¿Definido por quién?

—Por Díaz Mirón, Teodoro. A mí no me cita usted más nombres alemanes. Díaz Mirón dice en su *Epístola jocoseria*:

Pese a ti, lo real no anda fuera,
sino en sellos del alma...

Y a mi esta fórmula me basta y me sirve más que un tartamudeo en tres volúmenes. Pero conteste usted a mi pregunta.

Teodoro Malio reflexionó:

—Mire usted. Mi maestro y yo no hemos acabado nuestra obra. No queremos aún decidir nada. Los idealistas absolutos, si se empeñan, que se autoricen de nosotros. Mi maestro y yo, por lo pronto...

Y yo, que empezaba ya a fatigarme, le interrumpí entonces:

—Voy a ofrecerle otro símil. Vuélvase usted hacia ese espejo. Contémplole atentamente. ¿Qué ve usted?

—Veo —me contestó— una sala, una puerta, una ventana, unos muebles, unos libros, un señor de aspecto insignificante que suele habitar esta sala...

—¿Está usted seguro de que ve todo eso? —pregunté con voz intencionada.

—Tiene usted razón: ya sé a dónde quiere llevarme —repuso con reproche—. Pero a mi maestro y a mí no se nos pesca desprevenidos. No veo todo eso, no. Veo la imagen, el reflejo de todo eso, nada más.

—¿Y reconoce usted que ese reflejo es reflejo de algo?

—Ni afirmo, ni niego. Bien puede ser, bien puede no ser. ¿Cómo puedo saberlo, si estoy de cara al espejo y, por hipótesis, no puedo volverme?

—Es inútil —dije con despecho—. Los fenomenólogos estáis avezados a sacarle el bulto a los cuernos de la realidad.

—Ha querido usted darme un símil, y lo he aceptado. Creo que, con la parábola del hombre clavado frente al espejo, hemos definido entre los dos mejor que nadie la filosofía del remilgo.

—Pues noramala váyase usted, que ya son las dos de la mañana.

Pero contra lo que yo esperaba, se fué por la puerta y no, como Alicia, por el espejo.

Alfonso REYES.

ESTUDIO DEL HOMBRE

“**E**N BUSCA DE LA CIENCIA DEL HOMBRE” tituló esta revista una polémica acerca de la dirección que convenía dar a los estudios sociológicos, y este mismo título, poco más o menos—Estudio del Hombre—, traducción un poco libre, porque acentúa lo precario, de “antropología”, lleva también en inglés el libro de Ralph Linton.¹

De esta precariedad nos advierte la impresionante dedicatoria: *a la próxima civilización*, en forma que parece convertirse en la razón dramática del libro. Pero no crea el lector, más o menos decepcionado por la sociología, que ese brindis antes de la faena la invalida previamente. Se trata de un “estudio” de más de quinientas páginas que remata así: *“Es probable que quienes me han seguido hasta aquí se sientan decepcionados al darse cuenta de lo poco que han aprendido acerca de la naturaleza de la sociedad y la cultura y de sus procesos. Hemos hecho algunas generalizaciones, pero no hemos podido presentar ninguna ley claramente formulada”*. Y, sin embargo, quien haya seguido el hilo, rico en perlas, de su estudio, si no es un avorazado escéptico o un dogmático intranquilo, descolocados los dos en el severo juego del conocimiento, tiene que convenir con el autor en que *“lo más sorprendente no es que sepamos tan poco sino que hayamos logrado aprender tanto”*.

Esta sorpresa, más que aquella otra que los filósofos ensalzaron como el origen de la sabiduría, es la que hay que mantener fresca en nuestros días contra el embotamiento insidioso que la asiduidad prodigiosa de la técnica y los avances deportivos de la física nos destilan. La sorpresa por lo que logramos “sonsacar” a la naturaleza, la del mundo o la del hombre. La sorpresa por la obstinación secular de los hombres en la dura faena, una de las pocas que hacen, todavía, de la humanidad una sola familia. La sorpresa por el fervor religioso que la inspira y sostiene. Y el asombro de que, volviéndose sus frutos tan tremendamente contra nosotros, *je pur si muove!*

Más que se mueve... se moverá, quiere decirnos Linton, refiriéndose a la ciencia social. En 1936 Linton, ante el espectáculo de su propia

¹ RALPH LINTON, *Estudio del hombre*, México. Fondo de Cultura Económica. 1942.

sociedad —la norteamericana— y el del mundo —el avance totalitario— teme muy concienzudamente que se produzca una situación en nuestra civilización que haga imposible el estudio del hombre durante unos cientos de años, porque estos estudios llevan consigo la crítica constante de la sociedad en que se vive y el propósito de mejorarla. En los últimos años podríamos contar muchos libros en que los hombres doctos, sintiéndose amagados por las sombras del mañana, buscan su consuelo en la historia o en la desesperación. Pero esta vez es un hombre de ciencia el que la ve comprometida por la marcha de los sucesos del mundo. Lo que representa una prueba, a confesión de parte, de que la ciencia, como todas las nobles actividades del hombre, está, a pesar de las ilusiones con que se avestruzan tantos, comprometida en la contienda.

Linton compara la obra de los antropólogos y sociólogos de hoy con la de los primeros hombres de ciencia de Alejandría cuya obra quedó secularmente frustrada hasta que la pudo rescatar el Renacimiento, y por eso su libro lleva un designio testamentario. No parece preocuparle si la misma suerte amenaza también a la ciencia de la naturaleza, a la que, sin embargo, tampoco habría de salvarle el demonio utilitario. Pues bien supieron los creadores de la ciencia moderna que la suerte de ella estaba vinculada a los sucesos políticos y por eso Milton, que visitó a Galileo después de la terrible humillación, nos cuenta, en el primer libro que se ha escrito en defensa de la libertad de pensamiento, de la postración que reinaba entre los sabios de Italia, y trabajó, sin saberlo, en la primera revolución inglesa, para que Newton pudiera algún día impugnar victoriosamente la sentencia contra Galileo ante un tribunal más alto.

Ahora que su país, rescatándose a sí mismo, se enfrenta decididamente a la avalancha totalitaria, Linton seguramente compartirá las mismas esperanzas —y temores— que nosotros. Por eso, poniendo entre corchetes la dedicatoria, podemos agradecer su libro más que como un legado a la posteridad lejana como un notable obsequio a nuestra generación, pues encierra todo, o casi todo, lo que, científicamente, sabemos acerca del hombre. Un libro que hubiese hecho las delicias de Voltaire, y no porque en él haya nada de eso que se suele llamar espíritu volteriano —el único que le faltó a Voltaire— sino porque hubiese satisfecho aquel apetito voraz suyo por conocer del hombre.

Parece que el hombre, como los cartagineses, empezó por no existir. En esto están de acuerdo todos. Pero la ciencia parece también ponerse de acuerdo consigo misma para decirnos que empezó a existir abocetado y de varias maneras. Hubo un ser, de la familia de los homínidos, el *Sinanthropus pekinensis* —el llamado "hombre de China"—

que sin ser todavía hombre, aunque sí cosa que lo parezca, manejó instrumentos de piedra y conoció—¡ay!— el uso del fuego, con lo que el mito de Prometeo rebasa sus fronteras y tiene que ser reconstruido. Pero hubo también una especie *homo*, que no es la nuestra, el *neanderthalensis* que—dos veces ¡ay!—“enterraba cuidadosamente sus muertos, acompañando ofrendas a los cuerpos inhumados”, con lo que la religión también ensancha sus fronteras y tiene que ser reconstruida. El *homo sapiens*, por fin, “parece haber desplegado una guerra de exterminio contra sus congéneres, los neanderthalianos, siendo escasos o nulos los cruzamientos entre ambas especies”. La primera guerra humana por el dominio del mundo ¡no fué una guerra de razas sino de especies! No lo digo yo: “a pesar del vigoroso disentimiento de un especialista, es casi unánime la opinión de que la especie humana no se originó a partir del hombre de Neanderthal”. Otro mito, pues, que se extravasa en el momento mismo en que actúa con más fuerza y nos descubre, así, sus pretensiones zoológicas.

La misma unanimidad nos ofrece la ciencia en cuanto a la actual unidad de la especie *homo* que ahora habita el planeta, en cuanto a la inexistencia de razas puras, al carácter arbitrario, convencional, clasificatorio de las designaciones raciales y a la falacia de cualquier inherente superioridad. Esto para aquellos que necesiten ayuda de la ciencia para asentir al apotegma humanista del *homo sum* . . . un *homo* más definitorio y definitivo que el *homo sapiens*. Porque a todos los que se embarullan con la ciencia—que sigue indefectible su camino—hay que decirles lo que Voltaire a los que no cesaban de aturdir a los hombres con el pecado original y la maldad congénita: ¿por qué no hablarles más de la necesidad que tienen de acercarse a la idea de la *dignidad del hombre*?

Pero el siglo XVIII, que con razón se llamó a sí mismo filosófico, pues está en la gran línea que empieza a marcar la filosofía haciendo entrar al negro y al esclavo en su sermón, tuvo una curiosidad nada frívola—respetable Huizinga— por el salvaje. Se acercaba a los orígenes del hombre para tratar de conocerlo, no para detenerse en ellos, y el mismo *hombre natural* de Rousseau no fué sino una hipótesis para llegar realmente a la dignidad y plenitud del hombre. A comienzos de ese siglo Vico tratará de adivinar la naturaleza del hombre ferino, fiero, fundando en esa adivinación su explicación de la historia, y al final del siglo habrá una curiosidad científica para conocer empíricamente a los primitivos—bárbaros o salvajes—, establecer entre ellos paralelos y alumbrar así los orígenes de la historia y las entrañas de la sociedad. Pero sobre referencias de misioneros y sobre las fuentes

clásicas y los viejos poemas. En el siglo XIX el investigador comienza a desplazarse; pero todavía en el veinte grandes estudios de los primitivos se hacen en el gabinete, y sólo en las últimas décadas nos es familiar la figura del "trabajador de campo" que estudia *in situ* las costumbres de los pueblos primitivos para no dar demasiado quehacer a la fantasía reproductiva de los alemanes o a la academia *prelógica* de los franceses.

También es unánime la ciencia en afirmar que el hombre no se hizo en América sino que vino "hecho", pero parece que el continente nuevo ha saldado o va camino de saldar su deuda, pues la entrada del *indio* americano en el ámbito del mundo occidental ha hecho posible este ensanchamiento de la noción del hombre que empieza a dar sus frutos en el XVIII, así como su convivencia en los ámbitos nacionales americanos ha banalizado casi la empresa de los estudios *in situ* y la presencia del "negro" y del emigrante ha solicitado inestructivamente la atención para los procesos de "transfusión" de culturas.

Todo el libro de Linton respira este aire de familiaridad con lo primitivo que le permite la referencia concreta que aclara los esquemas científicos y los justifica. Pero constantemente nos advierte de la dificultad de apreciar el justo sentido de lo que se ve y hasta de lo que se convive. Nos denuncia las prevenciones de la mentalidad occidental que han desenfocado tantas veces el estudio. (Así, al dar preferencia a los grupos determinados por la sangre con descuido del grupo local primordial, la banda. Así, llevando su concepción conyugal de la familia para no comprender las diversas figuras de la familia primitiva, tan emancipada de lo biológico. Así, creyendo que los primitivos nos han sido "conservados" intactos, cuando contemporáneamente se les ha sorprendido *in fraganti* en vivo proceso de mutación. Así, cuando los agrupamos por instituciones similares, sin darnos cuenta que la misma institución puede tener un sentido totalmente diferente en cada grupo según la orientación total de su cultura. Así, por último, con aquella famosa tesis evolucionista del XIX, promiscuidad de horda, matrimonio por grupos, matriarcado, raptó, patriarcado).

Esta saludable ironía científica culmina en el capítulo en que Ralph Linton ensaya zumbonamente una reconstrucción histórica del origen probable de la domesticación del maíz. En el mayor rigor científico se llega a conjeturar, con plausible certeza, que el maíz se cultivó por primera vez ¡en el África ecuatorial francesa! Este capítulo y aquel otro en que nos hace ver lo que debe el ciudadano norteamericano en lo que hace desde que se levanta hasta que se sienta a la mesa a lo que por él hicieron en remotísimas fechas los chinos, los hindúes, los africanos,

alguna tribu india, etc., se recomiendan sabrosamente a cualquier paladar estragado. Como esa vuelta al mundo siguiendo la pista de tres caracteres culturales tan livianos como la pipa, el puro y el cigarrillo, que registran perfectamente en negro de humo otras tantas zonas culturales del complejo del tabaco.

"Hemos hecho algunas generalizaciones pero no hemos podido presentar ninguna ley claramente formulada". Efectivamente, no encontramos ni una sola ley a lo largo de todo el libro que, no por eso, deja de ser un libro de ciencia. Elevándose sobre las discrepancias escolares de toda ciencia joven, presenta, sin blandura ecléctica, toda una serie de hechos comprobados, comprendidos y coordinados dentro de unos esquemas, de origen empírico, que iluminan sorprendentemente el nebuloso campo de los hechos sociales. El libro entero no es sino la demostración de la eficiencia de esos esquemas. Sólo con ellos el desarzonado mundo de las informaciones etnográficas, antropológicas, culturales y sociológicas se serena y prepara para la tarea legislativa. *Status* y función; pautas culturales; componentes, caracteres, complejos y actividades; universales, especialidades y alternativas; forma, sentido, uso y función; áreas de cultura, etc., tienen un sabor muy distinto que esos tipos de las relaciones sociales con que F. Tönnies, por ejemplo, construyó su sociología pura. Este benemérito sociólogo que tanto ha influido con su célebre distinción de comunidad y sociedad, hombre de indudable formación positivista, "construye", sin embargo, una sociología donde cada cosa está en su sitio, sin que, a la postre, nos interese el sitio en que está cada cosa ni, muchas veces, las cosas que él pone en el sitio que les hace. Como para aquel personaje de Heine, las ideas, para muchos sociólogos alemanes, son "las cosas que se nos meten en la cabeza" y, según la cabeza de cada cual, las cosas se hacen su sitio, su idea, como pueden y a apretadas. Luego "la escuela" consigue que haya esparcidas por el país, salidas del aula, muchas cabezas con parecida capacidad ideo-craneana, y así tenemos la suficiente unanimidad del espíritu objetivo de cuarenta cabezas ideo-objetivadas. Este espíritu, una vez unánimado, objetivado, atraviesa las fronteras y vuela los mares, y también encontramos, en las regiones más dispersas, siempre cuarenta cabezas unánimes con las mismas ideas objetivas, acaso un poco más apretadas. ¡Y hace más de doscientos años que Diderot pronosticó que estaba para terminar el reinado de los geómetras!

"La conquista de la sociedad ha de ser el mayor triunfo del hombre. La conquista misma del espacio interplanetario se vuelve insignificante si se compara con esto. Hay pocas dudas de que alguna vez se logrará, pero hay pocas probabilidades de que sea nuestra civilización

la llamada a hacerlo". Esta ya es una generalización que no cuenta entre las que enumeramos arriba. Esas *probabilidades* están más o menos inferidas de un estudio severo de la situación actual hecho a la luz de conceptos sociológicos como "núcleo cultural", "exceso de alternativas", "desintegración de los grupos locales", "precipitación técnico-científica que impide la integración", etc. Pero aquí es donde interrogamos. Los historiadores corren —y tropiezan— el peligro de los paralelismos. En lo que la crisis de nuestros días está dando que hablar a los historiadores, recogeremos pronósticos más o menos plausibles pero que tienen casi siempre la contra, verdadera contra, de que, en ellos, es el pasado quien sirve para interpretar el presente. Si este procedimiento estuviera justificado entonces la Historia no tendría sentido, pues sólo por ser insólito lo actual vale la pena de buscarle sus raíces en el pasado. Como dice Croce, la historia la estudiamos, desde el presente, para librarnos del pasado y no desde el pasado para amarrarnos a él. Pero los científicos, a su vez, corren el peligro de poner a la ciencia, criatura instrumental del hombre, en lugar de él. No sabemos si, en definitiva, Linton ha tropezado también, o se ha dejado llevar, más bien, por la dramatización, pues suyas igualmente son estas palabras: "*Ninguno de los problemas que incluye la situación presente son realmente insolubles y, si nuestra cultura y nuestra sociedad se derrumban, no desaparecerán por falta de inteligencia para resolver la situación, sino por falta de una voluntad común para efectuar los cambios necesarios*". Ahora bien, esto de la *voluntad común* no es ya un problema científico sino *político*, en el sentido nobilísimo que tiene la palabra en la POLITEIA de Platón. Una voluntad radicalmente humana que, de cara al porvenir, trata, valiéndose de la ciencia, de efectuar los cambios necesarios exigidos por la idea de la dignidad del hombre.

Eugenio IMAZ.

LA MATERIALIDAD DE LOS OJOS

ES UNA FELIZ coincidencia que el Prof. Márquez publique su libro *CUESTIONES OFTALMOLÓGICAS*¹ al cumplir los setenta años de edad, época habitual de jubilación de los profesores académicos y momento oportuno para verificar la síntesis de su labor científica y docente. Pues bien, el Prof. Márquez, que hace pocos meses recibió el homenaje de la Sociedad Mexicana de Oftalmología por su septuagésimo aniversario, recopila en la publicación que comentamos lo más interesante de sus investigaciones oftalmológicas.

Nos ofrece el Decano de la Facultad de Medicina de Madrid un ejemplo de especialización estricta pero respaldada por conocimientos y criterio amplios en Medicina General. Su práctica de la Medicina Interna y su formación docente en la Terapéutica Médica, materia de la que llegó a ser profesor, le dieron bases sólidas para abordar la especialización con el criterio que su maestro Letamendi resumió en uno de sus clásicos aforismos: "aplicación de los conocimientos generales a una sola rama de la ciencia o arte".

Establecido ya en el campo de la Oftalmología, el Dr. Márquez ha sabido ser especialista verdadero; verificar la labor de análisis profundo en terreno restringido que permite conocer hechos nuevos; a reserva de incorporarlos después, por un proceso de síntesis, a la doctrina, más amplia, de la Medicina General.

Aunque abordando en el curso de su larga vida de trabajador científico casi todos los aspectos de la Oftalmología, ha dedicado sus mejores esfuerzos al terreno de la Óptica Fisiológica y de la Refracción. Es en él en donde han sido más estimadas sus aportaciones y al que pertenecen sus trabajos más característicos. El Prof. Márquez es un representante distinguido de esta rama de la Oftalmología—un tanto desdénada en la actualidad—que ilustraron en el siglo pasado y en los primeros años del presente Donders, Javal, Landolt y Tscherning.

Empezaremos comentando brevemente—procurando huir de todo tecnicismo que no sea indispensable—los capítulos de Óptica Fisiológica y Refracción, considerándolos en el que nos parece su orden decreciente de importancia: 1°—Teoría y práctica de la esciascopia; 2°—

¹ MANUEL MARQUEZ.—*Cuestiones Oftalmológicas*. México. El Colegio de México, 1941, p. 370.

Biastrigmatismo; 3°—Teoría de la estereoscopia; 4°—Aumento de la imagen recta oftalmoscópica; 5°—Explicación de las imágenes de Purkinje-Sanson; 6°—Tratamiento de la miopía por cristales positivos y 7°—El cálculo en dioptrías.

1°) La *esciascopia* (el estudio de las sombras que la luz reflejada por un espejo produce en la pupila) es un procedimiento aproximado, pero muy rápido, para el diagnóstico para los vicios de refracción; forma parte de los métodos rutinarios de exploración de los gabinetes oftalmológicos.

Fué creada en 1873 por Cuignet, médico francés alejado del trabajo científico, que nunca entendió su mecanismo, ni sospechó su trascendencia. El descubrimiento de sus leyes físicas se debe a tres investigadores: Landolt, Parent y Márquez. Este último ha llevado la explicación de los fenómenos esciascópicos, iniciada por los dos primeros, a la precisión a que las disertaciones geométricas obligan. Ha demostrado—no podemos entrar en pormenores técnicos—la existencia de dos "puntos neutros": el primero debido a la refracción del espejo explorador y el segundo, el de interés clínico, a la del ojo examinado. Ha hecho notar que entre ambos existe una zona de mala observación que hace que el procedimiento, insustituible para el diagnóstico de los vicios de refracción, sea inadecuado para su neutralización exacta.

2°) La córnea, el principal de los medios refringentes del ojo, no es casi nunca un casquete esférico; uno de sus radios de curvatura suele ser menor que su perpendicular, lo que crea en la membrana una superficie astigmática. Pero, además de la córnea, existen en el ojo otras superficies refringentes que pueden ser asiento de astigmatismo: las caras anterior y posterior del cristalino, la anterior del vitreo y, quizás, la anterior de la retina. Estos astigmatismos agregan algebraicamente sus valores al corneano, dando una resultante que es, en definitiva, la que cuenta en la refracción.

De lo anterior se colige que el astigmatismo será el más frecuente de los vicios de refracción y que, como quiera que es causa de los mayores trastornos, será también el más necesario de corregir exactamente.

Ahora bien, la existencia de los dos astigmatismos (*biastrigmatismo de Márquez*), el corneano y el constituido por la suma algebraica de todos los demás, no había pasado inadvertido para los ópticos; pero, en tanto que se corregía exactamente el primero por un procedimiento instrumental (oftalmómetro de Javal-Schiotz) se atendía en forma empírica y rudimentaria a neutralizar el segundo.

El Prof. Márquez, aplicando las leyes geométricas de la combinación de dos cilindros de valor distinto, cruzados en ángulos diversos,

obtiene la corrección exacta del biastigmatismo (del panastigmatismo, podría decirse).

Ninguno de los trabajos del Dr. Márquez ha tropezado con tanta oposición ni se ha abierto paso en la práctica tan penosamente como su método del biastigmatismo. Hay que confesar que esto es debido a que el procedimiento requiere aplicación asidua a la refractometría, pues eleva la medición de anteojos a la categoría de un acto minuciosamente laborioso. Pero los resultados compensan suficientemente el trabajo tomado: bastaría para demostrarlo el hecho de que por el procedimiento se consigan, con frecuencia, agudezas visuales superiores a la unidad, de la que es muy difícil pasar por cualquier otro método de refractometría.

3º) En la visión binocular normal los dos ojos convergen—cruzan sus líneas de mirada—y acomodan—enfocan su sistema óptico—sobre el mismo plano. Lo esencial en la *visión estereoscópica* (la que da la "ilusión" del relieve de una doble figura plana) es la disociación entre la acomodación y la convergencia: en tanto que la primera se hace en el plano de la figura, se verifica la segunda más allá (estereoscopia: imagen en relieve) o más acá (pseudostereoscopia: imagen en hueco) de él.

La visión estereoscópica puede ser obtenida sin aparato alguno por toda persona capaz de llevar a cabo la disociación entre la acomodación y la convergencia; pero los estereoscopios (de prismas, espejos, anaglifos, etc.) la facilitan.

La contribución original del Dr. Márquez a la teoría de la estereoscopia, consiste en demostrar, por construcciones geométricas de absoluta claridad, la verdadera naturaleza del fenómeno.

4º) La oftalmoscopia (examen del fondo del ojo) es la técnica fundamental de la Oftalmología; ésta nació, en realidad, como especialidad moderna, con la creación del oftalmoscopio. De entonces a la fecha se han hecho innumerables estudios técnicos para determinar las leyes de tan esencial procedimiento de exploración.

El *aumento de la imagen recta oftalmoscópica* es una de las investigaciones más recientes del Dr. Márquez: le fué encomendada a su paso por París el año de 1939 por la Sociedad Francesa de Oftalmología y llevada a cabo en el laboratorio de Óptica del Colegio de Francia.

Por cálculo matemático y experiencias en el ojo artificial pudo llegar a la conclusión de que es de trece diámetros, aproximadamente, el aumento que tiene lugar.

5º) La cara anterior de la córnea y la anterior y posterior del cristalino obran no sólo como medios refringentes (lentes) dejando pasar los rayos luminosos, sino también como superficies de reflexión (espejos) devolviendo al exterior una parte de ellos. Una fuente luminosa colocada delante del ojo provoca la formación de tres imágenes de reflexión: dos derechas y virtuales, en la córnea y cara anterior del cristalino (espejos convexos) y otra invertida y real en la cara posterior de éste (espejo cóncavo).

La existencia de estas imágenes, llamadas de *Purkinje-Sanson*, tiene considerable interés histórico en Fisiología: fué su estudio el que permitió situar en el cristalino la acomodación, la función trascendental que, permitiendo la colaboración del ojo y la mano, ha contribuído a colocar al hombre en el lugar que ocupa en el reino animal.

El Dr. Márquez recuerda que, en el orden de sucesión en el sentido antero-posterior, la segunda imagen no es la de la cara anterior, sino la de la posterior del cristalino; las construcciones geométricas que utiliza para su demostración constituyen un bello capítulo de Óptica Fisiológica.

6º) Los cristales cóncavos con que se corrige la miopía disminuyen el tamaño de las imágenes, lo que, en los casos graves, dificulta la lectura. El Dr. Márquez, combinando dos cristales convexos de valor conveniente, consigue aumentar la imagen de los objetos cercanos. Basado en este principio ha hecho construir unas gafas en las que agrega a los lentes convexos un sistema inversor (prisma de Porro). Sería de desear que estas gafas para miope tuvieran algún día la difusión que su utilidad amerita.

7º) El Dr. Márquez propugna que se generalice en óptica el *cálculo en dioptrías*, poco usado por los físicos, pero más práctico y fácil de manejar que el de las distancias del objeto e imagen a las lentes y espejos, el de las distancias focales, etc.

En la sección de Neuroftalmología dedica el Prof. Márquez un capítulo a resumir la labor del eminente Cajal en la materia. Recuerda con Rochon-Duvigneaud que su memoria en 1892 acerca de la retina "es una especie de evangelio que los trabajos actuales apenas puedan hacer otra cosa que resumir". Asienta, en forma muy atinada, después de repasar las contribuciones originales de Cajal: "Hubiera sido mucho más breve decir en qué parte no ha dejado la profunda huella de su genio este hombre extraordinario".

Los distintos capítulos que constituyen la sección se ven profusamente ilustrados con esquemas que indican su afán por "entender" y "explicar"—siquiera sea en la forma provisional que es, a menudo,

obligada en Biología— los hechos. Algunos de estos esquemas (tales como el de la acción de los músculos oculares y el de la asociación muscular binocular), han hecho fortuna y son reproducidos en multitud de obras de Oftalmología.

El Dr. Márquez ha frecuentado, también, el laboratorio de Fisiología y por experiencias originales nos da la demostración de que el color del fondo del ojo se debe fundamentalmente a la sangre, asunto sujeto, antes de él, a debatidas controversias.

No olvida el autor cuya obra analizamos su formación farmacológica y dedica dos capítulos al estudio de los "cáusticos" y de los "midriásicos y miósicos". En el primero relata cómo llegó a idear su tratamiento original de la argirosis aguda de la córnea disolviendo el cloruro y albuminato de plata que impregnan la membrana con una solución de hiposulfito de sodio.

No descuida, tampoco, en su libro el Dr. Márquez la cirugía ocular. Después de disertar pormenorizadamente acerca de la iridectomía y de las operaciones fistulizantes, puntualiza las técnicas en las que ha introducido modificaciones personales: esclerectomía, blefaroplastia, etc. Es de interés señalar que reivindica para Argumosa, el notable cirujano español del tercio medio del siglo XIX, el mérito de haber sido el primero en estudiar, con criterio moderno que todavía subsiste, el problema de las blefaroplastias.

Finalmente, el Dr. Márquez, médico por más de cuarenta años y profesor durante treinta, no podría callar los consejos de Deontología Médica, derivados de tan larga experiencia. Su capítulo respectivo puede ser leído con fruto no sólo por estudiantes y médicos jóvenes, sino por todo el que se dedique a nuestra profesión. Lo inicia recordando el contraste que es forzoso observar entre el desarrollo exuberante de todas las ciencias y el estancamiento de la ética, y lo termina con una frase —profesión de fe moral de su autor— que citaremos textualmente: *"Permitasenos condenar, con todas nuestras fuerzas, el hecho de que sean puestos al servicio de la guerra los descubrimientos científicos. Ello no sólo es un crimen sino una verdadera profanación a la que nadie y bajo ningún pretexto tiene derecho"*.

Dr. M. PUIG SOLANES.

Presencia del Pasado

EL PARAISO TERRENAL EN TEOTIHUACAN

Por Alfonso CASO

PARA los antiguos mexicanos, la suerte de las almas después de la muerte, no estaba determinada por la conducta, sino por la clase social a la que había pertenecido el difunto, y sobre todo, por el género de muerte que había tenido.

Se creía que era el modo como los dioses manifestaban la predilección que tenían por sus servidores, y los elegían y seleccionaban dándoles aquel género de muerte que estaba de acuerdo con las atribuciones de las divinidades.

Así por ejemplo, el guerrero que había fallecido en el combate o que, habiendo sido apresado por el enemigo era sacrificado sobre el *techcatl* o piedra de los sacrificios, era indudable que había sido elegido por el Sol, para que fuera a servirle en el Paraíso Oriental, en donde la vida es un constante simulacro de combate y donde el guerrero prolonga, en una vida ideal, la actividad que tuvo sobre la tierra.

Allí los guerreros acompañan a su Señor; cantan, bailan y combaten, desde que surge por las mañanas en el Oriente, hasta que llega el mediodía; y bajan entonces a la tierra donde, transformados en colibríes, se dedican a libar la miel de las flores.

Del mismo modo, las mujeres que han muerto de parto, son equiparadas con los guerreros y llevadas al Cielo Occidental, pues se considera que murieron al tomar preso a un hombre, el recién nacido, y por eso se les honra como a mujeres guerreras y son ellas las que reciben las andas del Sol a mediodía y lo transportan por el Cielo Occidental hasta que lo llevan, al caer la tarde, para que duerma en el seno de la tierra. Estas mujeres bajan armadas a la

tierra en ciertas noches fatales y espantan a los viajeros a los que sorprende la noche en la encrucijada de los caminos. Son especialmente peligrosas para los niños y, alguna de ellas, la "Llorona" de la leyenda, deteniéndose en los cruces de las calles y llevando un niño en la cuna, siguió viviendo durante la Colonia y en los primeros años de la vida independiente de México.

Otros hombres y mujeres que no habían tenido una muerte especialmente señalada, se creía que iban al lugar general de los muertos, al *Mictlán*, en donde después de soportar una larga serie de pruebas mágicas y de cruzar los nueve ríos y los nueve páramos y el lugar en que el viento corta como navaja de obsidiana, o donde chocan entre sí las montañas, o donde las fieras devoran los corazones de los hombres, llegaba finalmente al lugar de los estrechos vericuetos por donde se arrastran las almas hasta el noveno o último infierno, en el que obtienen el eterno descanso.

Pero hay todavía otro lugar al que van los difuntos. Ha sido llamado "Paraíso Terrenal" por los cronistas que, como Sahagún o Torquemada, se ocuparon de describirlo, y se le concibe, a semejanza del cristiano, como un lugar de delicias que representa en la tierra el sitio donde el hombre puede alcanzar su máxima felicidad. No todos los hombres a su muerte, pueden ir a descansar a este paraíso terrenal, según la concepción azteca. Solamente aquellos que han sido seleccionados por *Tlaloc*, el dios de las Aguas, el poderoso Júpiter Mexicano, que es al mismo tiempo dueño del mar y de las nubes, Señor de los ríos y de los lagos, del granizo y del rayo, sólo ellos pueden habitar y gozar las delicias del Paraíso Terrenal, la casa de *Tlaloc*, el *Tlalocan*.

Cuando alguien en tiempos aztecas moría fulminado por el rayo o ahogado en la laguna, o adquiría una enfermedad como la hidropesía, la lepra, etc., era palpable la intervención de *Tlaloc*. Sus parientes se alegraban, pues era seña evidente de que este hombre afortunado había sido elegido por el dios para que lo acompañara a gozar las delicias del Paraíso Terrenal, y así dice Torquemada:

"Aquí fingían muchos regalos, y contento, donde no había pena ninguna y que en él nunca faltaban mazorcas de maíz verde, calabazas y bledos, chile o ají verde, jitomates y frijoles, que son las legumbres que comen de ordinario. En este lugar fingían vivir unos dioses llamados *Tlaloques* de los cuales ya dejamos hecha mención en otra parte, y que éstos se aparecían a los sacerdotes y ministros de los ídolos, que traían el cabello largo. Decían que a este lugar de falso Paraíso iban los que morían de rayos o se ahogaban en agua, los leprosos y bubosos, sarnosos, gotosos e hidrópicos. Y muriendo de estas enfermedades incurables, no los quemaban, los enterraban en particulares sepulturas y poníanles unas ramas o tallos de bledos en las mejillas, sobre el rostro y untábanles las frentes con *texutli*, que es el color azul que ellos usaban, y en el cerebro les ponían ciertos papeles supersticiosos, y en la mano una vara, porque decían que como el lugar era fresco y ameno, allí había de reverdecer y hechar hoja. Este disparate, bien conocido es y harto reprobado en Ley de Dios y verdadera, pues después que Adán fué echado de él que nos refiere la Sagrada Escritura (que no sabemos cual sea, ni donde está) no sabemos tampoco que hombre ninguno mortal goce de semejante lugar, sino es Henoch del cual dice el Texto Sagrado, en el Génesis, que anduvo con Dios. De manera que sabemos de este santo hombre por lo que de él dice la Sagrada Escritura, que está en aquel lugar ameno y deleitoso. Y también Elías, según lo siente el Tostado e Ireneo citado en la glosa ordinaria dice que los presbíteros, discípulos de los apóstoles dijeron que fué trasladado al Paraíso Terrenal juntamente con Henoch, aunque Hugo Cardenal dice que fué trasladado a una secreta parte de la tierra donde vive en grande quietud y sosiego de la carne y del espíritu, cuyas palabras podemos también entender de esta traslación al Paraíso. De suerte que de estos solos hay esta noticia y no de otros, y todos estos dichos de estos indios son disparates porque ninguno que muere va al Paraíso ni hay lugar donde se reciban las ánimas de los difuntos".

Sahagún por su parte, también nos describe el Paraíso Terrenal como un lugar de delicias que está situado al oriente, en donde está el lugar del que parten todos los ríos que hay en la tierra y que allí tienen sus fuentes. Son tierras muy ricas, fértiles y abundosas donde se da todo género de bastimento en abundancia, allí se crían las flores más hermosas y aromáticas, se da el mejor cacao y el hule; allí florecen la magnolia y las otras flores hermosas, de allí

viene la madre de las aves que crían pluma rica, el quetzal y los papagallos grandes y pequeños, también se dan allí el jade y las turquesas, el oro y la plata, y por eso se le llama *Tlalocan*, que quiere decir "tierra de riquezas y paraíso terrenal". Dice además que allí nunca faltan las mazorcas de maíz verde y las calabazas y los bledos y ají verde y jitomates y frijoles verdes en vaina y flores, y a los que morían porque los mataban los rayos o se ahogaban en el agua y los leprosos, bubosos y sarnosos, gotosos e hidrópicos, no los quemaban, sino que enterraban los cuerpos de dichos enfermos y les ponían semillas de bledos en las quijadas, y les ponían color azul en la frente y los componían con papeles cortados y en la mano les ponían una vara y decían que en el Paraíso Terrenal, en el *Tlalocan*, había siempre jamás verdura y verano.

El *Tlalocan* es para los mexicanos, la realización de su concepto de felicidad; el lugar siempre fértil y abundante en todo género de riquezas, en donde se dan los alimentos más preciados, las plumas más ricas, las flores más hermosas, el jade y las turquesas, la plata y el oro; en donde la vida se desliza suavemente entre cantos, bailes, juegos y diversiones; vida de abundancia y contentamiento, sin el temor a la sequía o a la escasez; sin que el hombre necesite de su duro trabajo para hacer producir y fructificar la tierra. Este concepto de la felicidad, que nos han transmitido los cronistas y que nos hace penetrar en la filosofía misma del pueblo azteca, acaba de recibir su ilustración con una pintura mural recientemente descubierta en la gran ciudad sagrada de Teotihuacán.

FUÉ en el pueblo de San Francisco Mazapan, que se encuentra a inmediaciones de la zona arqueológica, en donde hicimos el descubrimiento. (*)

(*) Las exploraciones en Teotihuacán, que dieron por resultado el descubrimiento de estos frescos, fueron realizadas con fondos proporcionados por el Instituto Nacional de Antropología e Historia y del Viking Fund, gracias a los buenos oficios del Dr. Paul Fejos y del Dr. Hunt, Presidente de este fondo. Las exploraciones fueron dirigidas por el Instituto y realizadas por los señores Pedro Armillas y José R. Pérez. Al señor Agustín Villagra se debe el cuidadoso trabajo de reconstrucción y dibujo de estas pinturas murales.

En un pequeño solar conocido con el nombre de Tepantitla se encontraron los restos de un antiguo palacio decorado con pinturas murales.

Todas las decoraciones descubiertas hasta ahora, se refieren al mismo asunto, al culto a *Tlaloc*, dios de las Aguas.

Aparece allí el dios que se pintaba con el color rojo oscuro como la sangre, el que hace brotar todas las cosas, el que vive en el "Paraíso Terrenal".

Primero aparecieron dos grandes figuras rojas, color de sangre, en uno de los muros. Pero el propietario del terreno que las descubrió, las había destruido en gran parte. Más tarde, ya en exploraciones científicas, se descubrieron los frescos más importantes de los que publicamos ahora una lámina con la parte central. En otro de los cuartos, sacerdotes de *Tlaloc* en procesión, ricamente ataviados, y llevando penachos de plumas de quetzal, sacan de unas bolsas que llevan en las manos, semillas de todo género de plantas o bien cuentas de jade, que arrojan a la tierra. Son los *tloques*, es decir los ministros del dios de la lluvia, las nubes, que arrojan sobre la tierra las gotas líquidas, tan preciosas como el jade, que habrán de convertirse en el alimento de los hombres; por eso los sacerdotes *tloques* van en procesión cantando himnos de abundancia. Los animales, las flores y las plantas, los adornos ricos y aun los humildes objetos de cerámica aparecen representados dentro del símbolo de la palabra, adornado de flores, que indica el canto; son ellos los ministros del dios, los que harán que todas las cosas crezcan y fructifiquen.

Pero indudablemente el fresco más importante es el que se encuentra en la sala principal del palacio, pintado sobre el talud que sirve de base al muro.

Al centro hay una montaña, a cuyo pie se forma una laguna. De ella salen, en direcciones opuestas, dos grandes ríos en los que nadan los peces. Las aguas de estos ríos, en un estilo exclusivamente teotihuacano, están representadas por fajas de tres colores, decoradas con ojos, para indicar quizá las burbujas que parece que miran al que las observa.

El río, que queda a la derecha del que ve el fresco, y que es el único conservado en su totalidad, serpentea por

entre campos de labor y va a dar finalmente a una laguna, en cuyo centro hay una isla y en ella una rana; árboles de zapote y cacao, plantas de maíz, y arbustos con flores, crecen a orillas del río y en la isla que está al centro de la laguna.

Volviendo al motivo central, notamos que alrededor del manantial del que salen los ríos, figurillas humanas pintadas de distintos colores se bañan en el lago y retozan en el agua. Hay quienes se sumergen arrojándose a ella de cabeza, otra nada de espaldas, otros se arrojan al agua con las manos y otro por fin, después de haber salido del baño, exprime su paño de caderas del que brotan algunas gotas.

A la orilla del río otros hombres descansan debajo de los árboles o cortan flores y hay uno de ellos que come una caña de maíz que acaba de cortar. Más arriba otros cuatro individuos en una extraña danza, caminan cada uno con una mano entre las piernas, que es cogida por el que le sigue. En la esquina superior unos hombres sentados se divierten en un peculiar juego de pelota, en el que aparece ésta colocada sobre una especie de postes y los jugadores las golpean con los pies. Un individuo de frente parece presenciar el juego y quizá decidir en la contienda.

En otro lugar un individuo adulto carga a un niño; en otro, cuatro hombres con sendas ramas en las manos, tratan de cazar una mariposa, mientras que casi todos hablan o cantan y el terreno aparece sembrado de piedras verdes, es decir que en este lugar ideal, aun las rocas son preciosas porque están hechas de jade.

Hay una gran abundancia de mariposas de las que los mexicanos llamaban *xicalpapalotl*, porque estaban pintadas con los brillantes colores que decoraban las jícaras o vasos de cerámica, y también hay una libélula de alas transparentes y otros insectos.

Sólo uno de los individuos parece no participar de la alegría general. Está situado en el extremo inferior, a la derecha del observador, y colocado precisamente sobre la laguna, en la que remata el río que sale de la montaña central.

Mientras empuña con una mano una rama con hojas, gruesas lágrimas salen de sus ojos y el símbolo de la pala-



Fresco de Tepantitla representando el TLALOCAN o paraíso de TLALOC.

bra, cinco veces repetido, nos indica que está haciendo un largo canto, indudablemente a honra de *Tlaloc*, pues el pectoral del dios, formado por tres pequeñas conchas unidas por un moño, aparece precisamente arriba de este canto o discurso.

Si recordamos lo que nos dicen Sahagún y Torquemada a propósito de aquellos individuos que habían muerto ahogados o heridos por el rayo, etc., y que eran enterrados con una rama sin hojas, porque se creía que al llegar al paraíso dicha rama habría de reverdecer, nos explicamos a este personaje que llora, que enarbola su rama reverdecida y que al llegar al *Tlalocan*, al lugar de las delicias, brotando de la laguna en la que terminan los ríos del paraíso, saluda su ingreso en la mansión de los dioses de la fertilidad, con un largo canto a Tlaloc, canto de agradecimiento porque saliendo de las aguas de la muerte ha llegado al lugar de la bienaventuranza a unirse con sus hermanos que ya lo esperan entre danzas, juegos y regocijos en el lugar donde vuelan las mariposas pintadas, donde se producen todo género de mantenimientos y donde las mismas piedras brillan con el reflejo verde y opaco del jade.

Son pues los muertos, los que han llegado a la mansión de *Tlaloc*, los que se encuentran representados en este fresco de Teotihuacán; y es el *Tlalocan* el lugar de las delicias, el de la eterna fertilidad y la eterna abundancia en donde sucede la escena que comentamos.

No sabemos si ya los teotihuacanos tenían, como los aztecas tuvieron más tarde, los heroicos paraísos del sol, el del Oriente y el del Occidente, el de los guerreros y el de las mujeres muertas en parto, pero es indudable que esta concepción del paraíso, esta suavidad de vida futura que aparece representada en el fresco de Tepantitla en Teotihuacán, está más de acuerdo con la riqueza cultural y con la serenidad de la vieja ciudad hierática. Así pues, debieron concebir la vida futura los constructores de las grandes pirámides, como un lugar de descanso y abundancia, un lugar de eterna juventud y eterna primavera.

La semejanza de las figurillas humanas representadas en el fresco, con un tipo de figurillas calvas llamadas "retratos" que son sumamente frecuentes en Teotihuacán y

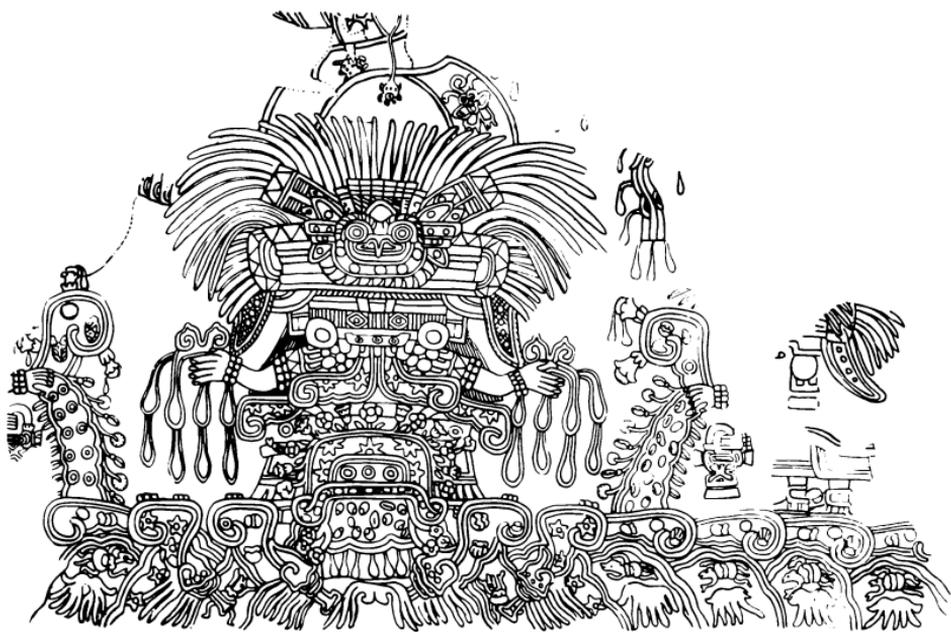
corresponden a la época tercera de esta ciudad, es decir más o menos entre el siglo VII y IX de Cristo, nos hace pensar que quizá estas figurillas de tipo "retrato" son representaciones de los muertos y que la ciudad de Teotihuacán era concebida como un gran lugar sagrado en donde se tributaba un culto preferente a los antepasados.

Como un marco a la escena central que hemos descrito, hay una banda que forman dos serpientes entrelazadas, una decorada con estrellas de mar y la otra con tortugas que tejen entre sus meandros, representaciones de *Tlaloc*, algunas veces de perfil y otras de frente, sosteniendo en las manos figuras de los pequeños emisarios del dios, los *tlaloques*, que eran concebidos como niños y que como ya he dicho son representaciones de las nubes. *Tlaloc* y *Chalchiutlicue*, "la diosa de la falda de jade", son los señores del agua en todas sus manifestaciones: lluvia, río, laguna o mar; por eso las serpientes que rodean a *Tlaloc*, están decoradas con animales marinos y por eso en la parte superior del fresco de la que publicamos un dibujo en negro, las grandes olas del mar, que se encrespan y revientan a los pies de *Tlaloc*, están también decoradas con conchas y caracoles, estrellas de mar y tortugas.

Tlaloc aparece aquí con el rostro cubierto con una máscara. Los ojos asoman a través de unas aberturas en forma de rombo y sobre el labio lleva una placa de la que salen 5 colmillos y la lengua bífida como de serpiente, decorada con estrellas de mar. Sobre la cabeza lleva el dios un penacho, formado por un quetzal con las alas desplegadas y la cola enhiesta, y de allí salen dos árboles, uno con mariposas y otro con arañas. Marcando el centro del cuadro, uno de estos insectos baja colgando de su hilo.

Las manos del dios se abren pródigas, donando el agua, y su vestido está adornado de flores.

A los lados quedan restos de dibujo que permiten afirmar que los *tlaloques* o ministros del dios arrojan a la tierra las semillas de todas las plantas o las cuentas de jade, símbolo de la abundancia y quedan todavía restos del símbolo de la palabra, decorado con flores que indica el canto que pronunciaban los sacerdotes.



Dibujo de TLALOC de los frescos de Tepantitla.

Muy pocos restos de manuscritos pictóricos originales de las viejas culturas mexicanas, se han conservado y se guardan celosamente en los museos y bibliotecas de Europa y América.

Solamente nos quedan tres manuscritos mayas; quizá sólo dos o tres manuscritos aztecas pintados antes de la Conquista y unos diez manuscritos de la región más favorecida a este respecto, la zona mixteca de Oaxaca y la región de Tlaxcala y Puebla.

Los grandes archivos de Texcoco y de Cholula desaparecieron totalmente, y de múltiples pueblos que escribieron sus historias, dibujaron mapas de sus regiones y consignaron en tiras de piel de venado o en papel de maguey y de amate, los hechos más importantes de su vida, no nos queda ni un solo manuscrito anterior a la Conquista. Nada hay de los tarascos, los zapotecas, los totonacos, los huastecos y tantas otras naciones cultas que fueron capaces de escribir sus relaciones que ahora empezamos a poder leer.

Por eso el descubrimiento de pinturas murales como la que comentamos o como aquellas otras que han aparecido en Chichén Itzá, en Monte Albán, o en Tizatlán, Tlax., tienen una gran importancia; ponen de relieve la existencia de un arte pictórico muy antiguo y con larga tradición, pero también demuestran la existencia de una escritura. Así por ejemplo, en el fresco de Teotihuacán que estamos comentando, aparecen puntos y barras numerales (cada punto significa 1 y cada barra significa 5), que nos indican el tipo de escritura que se usaba en Teotihuacán.

Las pinturas como la que estamos comentando, no sólo tienen un valor artístico sino también documental; son más expresivas que emotivas; tienen un carácter de escritura y de representación de ideas, del que carece nuestra pintura, ya que desde hace muchos siglos hemos confiado a la escritura fonética, la representación de conceptos.

Por último, cabe insistir al comentar este fresco, en su carácter especialísimo que tiene dentro de las representaciones murales de México.

Solamente en Chichén Itzá se han encontrado pinturas con escenas. Allí representan la vida de un pueblo que

vivió a orillas del mar, probablemente el pueblo maya sujeto a la dominación de una aristocracia tolteca.

Aquí la representación de *Tlalocan* que acabamos de comentar, es única entre las pinturas murales mexicanas.

Hay una composición de la escena y un modo de expresar lo que se quiere en un estilo más popular que hierático. Frente a las representaciones extraordinarias recargadas, para hacerlas expresivas, que encontramos en la escultura y la pintura de zapotecos, mixtecos y mexicanos, el fresco de Teotihuacán es como un descanso para nuestros ojos acostumbrados a ver desde el ángulo europeo. Nos parece que esta escena tan lejana e irreal, paradisíaca, está más cerca de nosotros por su sentido popular y humano que las severas y complicadas representaciones de los dioses de los panteones indígenas, recargados de atavíos y abrumados con sus múltiples atributos, cada uno de los cuales expresa una actividad del dios.

La pintura mexicana ritual, era inteligible sólo para los iniciados, para aquéllos que habían sido educados dentro de los rigores del *Calmecac*, la escuela sacerdotal y militar en la que se instruía a la nobleza; pero esta pintura teotihuacana, llena de alegría y de realidad, nos representa algo bien humano, puesto que es un anhelo universal. Por medio de sus gráciles y casi etéreas figurillas, está expresando la ilusión y el deseo de alcanzar por encima de la muerte, un lugar de delicias y descanso.

SAAVEDRA FAJARDO: UN POLITICO ECONOMISTA

Por Javier MARQUEZ

SAAVEDRA FAJARDO es sin duda uno de los grandes escritores políticos que España ha tenido y merece ser destacado como tal. Saavedra Fajardo es también un gran estilista, y en este concepto ocupa su debido lugar entre nuestros clásicos. Estos dos aspectos están magníficamente presentados en *El pensamiento vivo de Saavedra Fajardo*, por Francisco Ayala. Pero el "político" español tiene, por lo menos, otro título de gloria que también merece ser considerado. Una gloria quizá pequeña, sin trascendencia universal, pero que no es en modo alguno despreciable, porque las ideas que vamos a subrayar han ejercido influencia considerable en un sector del pensamiento español. Las ideas económicas de Saavedra Fajardo no pasaron inadvertidas para sus contemporáneos, sino que, por el contrario, siempre que éstos, o quienes vinieron después, tuvieron ocasión de citarlas en apoyo de las suyas las aprovecharon como opiniones de mucho peso, y cuando disientan de ellas no se atrevían a expresar conceptos contradictorios sin antes aludir, lamentándose, a las ideas del maestro.

Por estos motivos creo que la obra de Ayala se podría completar examinando el pensamiento vivo de Fajardo en el campo económico, ese campo que tan importante parece a los economistas y tan irrisorio a quienes se ocupan de ideas más elevadas.

No quisiera que se interpretase lo anterior en el sentido de que lo económico es lo esencial en su obra; por el contrario, es un subproducto de sus ideas políticas. Pero no estoy seguro si al examinarlas y ponerlas sobre el fondo del pensamiento económico general de su época no se en-

contraría que hay en Fajardo más originalidad como economista que como político. Su obra se puede comparar con un núcleo muy importante de la doctrina que en economía se ha llamado *cameralismo*; un género que adquirió su máximo desarrollo en Alemania (y no se olvide que Saavedra Fajardo viajó por Alemania cuando ese género empezaba a adquirir auge), pero que tiene manifestaciones patentes en los demás países europeos.

Se ha dicho muchas veces, y no son bastantes, que en el mercantilismo no hay unidad. La ciencia económica está entonces en sus albores, quienes tratan de temas económicos no son profesionales de la economía, el lenguaje técnico es pobre, los autores persiguen finalidades interesadas, etc., etc., y es muy fácil encontrar que cada autor sostiene en sus obras dos o más opiniones diferentes y contradictorias sobre un mismo punto; una costumbre de la que los economistas no han conseguido aún desprenderse. Si nos apegamos al texto escueto de las obras económicas de los siglos XVI a XVIII, inclusive ambos, formaremos un mosaico disonante de ideas encontradas; pero siempre es posible encontrar una "tendencia" general, que es el único criterio aceptable cuando se examina el pensamiento económico primitivo. Muchas veces pueden citarse más lugares concretos en donde aparezca una idea que donde se encuentre la contraria, y sin embargo ser esta última la que mejor exprese el pensamiento "vivo" del autor. Un eminente economista norteamericano, el profesor Jacob Viner, ha dicho refiriéndose a los mercantilistas ingleses que aunque se hiciera una montaña de citas donde manifiestan su interés por la "eficiencia" de la producción, esto no nos diría nada respecto a su preocupación fundamental, y que la comparación numérica de las veces que se expresa una idea, a pesar de su aspecto de precisión matemática, puede muy bien llevarnos a conclusiones falsas. En la literatura mercantilista lo implícito tiene tanta o mayor importancia que lo explícito.

Saavedra Fajardo no es ninguna excepción. Después de haber papeleteado toda su obra en el aspecto económico he tenido con frecuencia que echar al cesto las papeletas

para volver a leer las páginas de sus obras a fin de comprender cuál era su pensamiento central. La abundancia numérica de opiniones contradictorias me impedía en absoluto llegar a una conclusión cuando las frases y párrafos aparecían desligados del contexto general.

Desde luego, la fuente principal en lo que a economía se refiere —como en los demás aspectos— es la *IDEA DE UN PRÍNCIPE CRISTIANO, PRESENTADA EN CIEN EMPRESAS* (1640), pues en sus otras obras sólo se encuentran esporádicamente ideas que interesen para mi objeto.

A pesar de ello, la primera referencia que debo hacer está tomada de otra de sus obras, la *CORONA GÓTICA*, y es curioso advertir que se trata de un pasaje que Astrana Marín atribuye a Quevedo, apareciendo transcrito en las *Sentencias* de éste (edición de las obras en prosa de Quevedo, p. 765, de Aguilar, Madrid). En él dice Saavedra Fajardo que el Estado no debe multiplicar las leyes siendo mucho más felices aquellas repúblicas que se gobiernan más con la razón natural que con la escrita. Pero esto no quiere decir que exista un orden natural, pues los hombres no actúan siempre como mejor les estaría, sino guiados por sus pasiones y según su modo de entender. El hombre nació bueno pero, al envejecer el mundo, creció la malicia que hizo necesaria las leyes; el príncipe necesita domar a sus súbditos del mismo modo que se doma un potro: acariciándole y amenazándole con la misma mano. Parece que lo que le estorba a Saavedra Fajardo es la ley escrita, no la norma misma; la costumbre es preferible, según él, porque, dice, es una especie de libertad. En todo esto hay, por un lado, un concepto aristotélico (cita concretamente a Aristóteles) y además una doctrina que adquiere su máximo desarrollo en el siglo XVII con Colbert: el hombre no sabe utilizar su libertad sin perjudicar a sus semejantes. No hay contradicción entre el pensamiento mercantilista a este respecto y el de la economía clásica. Para ambos las leyes son un mal, pero para ésta los hombres al buscar su provecho fomentan el de los demás, para aquél los hombres al buscar el lucro perjudican a sus semejantes y, lo que es peor, perjudican al Estado.

Este es un punto de filosofía social que es menester destacar antes de que podamos adentrarnos en las ideas económicas de cualquier autor sobre temas concretos.

Es tradicional considerar que la preocupación esencial de los autores de la época mercantilista se centra en los metales preciosos y en el comercio. Así es sin duda, pero cuando nos las habemos con un escritor para quien la economía no es lo esencial, las cosas cambian. Hay otros asuntos que le interesan tanto o más. Pero por algún lado hemos de empezar y no será malo tirar del ovillo tomando el cabo de los metales preciosos y el dinero.

El dinero es útil porque sirve para la guerra. El valor no basta pues no hiere la espada que no tiene los filos de oro; es una locura lanzarse a una guerra si no se tiene dinero para sostenerla, pues si las armas son los brazos de la república el dinero es su sangre y su espíritu, necesarios para que los brazos tengan fuerza. Pero como es un arma y los súbditos no deben estar armados, pues tal cosa iría contra la seguridad del Estado, es mejor que esté en manos del soberano. Desde luego, hay en Saavedra Fajardo un moralista que de vez en cuando asoma tras la capa del político y que da consejos prácticos a su señor lanzando hermosas frases que más pertenecen a la edad media que el siglo xvii. Y por eso nos dice que es gran abuso emplear en privar de la vida (en la guerra) el oro y la plata que nos fueron concedidos para su adorno y sustento; la naturaleza los escondió precavidamente en las entrañas de la tierra como a metales perturbadores de nuestro sosiego, los retiró a regiones remotas y les puso por foso el inmenso mar océano y por muros altas y peñascosas montañas; a pesar de ello, los hombres emplean sus esfuerzos en buscar materias tan peligrosas, que tantos cuidados, guerras y muertes causan al mundo. Ideas parecidas y frases no menos sonoras se encuentran en otros autores de la misma época, como por ejemplo en el alemán Johann Joachim Becher, para quien el dinero es la fuente de la esclavitud, la causa de toda ociosidad y los males que la acompañan. Pero este es uno de los casos en que la frase aislada no debe impedirnos ver el fondo del pensamiento. En la época de la formación de los grandes imperios, cuando España lu-

chaba contra su decadencia en el campo económico, y participaba en la guerra de los Treinta Años en el campo de las armas, Saavedra Fajardo había de tener muy presente la importancia del dinero.

Para los súbditos su abundancia es dañosa si excede a lo que se precisa para el comercio, donde es una unidad de cuenta que evita los inconvenientes y el engorro del trueque de unas mercancías por otras. Es decir, el dinero en manos del príncipe sirve para la grandeza del Estado y en manos de los súbditos para facilitar sus operaciones mercantiles. De todos modos, como las contradicciones son azar constante, no puede extrañarnos que en otro lugar nos diga que cuando mejor se logra la obediencia al soberano es cuando el reino está rico y abundante. Una de las ideas interesantes que aparecen en la obra de Saavedra Fajardo es la que citamos al principio de este párrafo: que haya una proporción entre la cantidad de dinero y el volumen de comercio. Viner nos dice, refiriéndose a los economistas ingleses, que a finales del siglo XVII apareció una nueva doctrina sobre la existencia de una proporción adecuada entre el dinero y las mercancías, surgiendo, en consecuencia, la posibilidad de un exceso de dinero; y los autores a quienes cita como representativos de esta teoría son Petty (en 1691), al anónimo autor de *The Circumstances of Scotland consider'd* (en 1705), a Vanderlint (en 1734) y a Harris (en 1765); Heckscher (cuya monumental obra aparecerá en breve traducida al español) tampoco encuentra ningún precedente anterior a Petty, y lo mismo puede decirse de Johnson. En resumidas cuentas, no puedo evitar la impresión de que (por ahora) Saavedra Fajardo es el primero que expone aquella teoría de la proporción entre la cantidad de dinero y el volumen del comercio. Además, la doctrina encaja perfectamente dentro de su sistema. Según Saavedra Fajardo puede haber, en España ha habido, un exceso de dinero en manos del pueblo. (Parece ocioso insistir en que el Estado es algo muy diferente de la suma de sus habitantes). Sin embargo —y vale la pena hacer la observación— la teoría cuantitativa del dinero, tan indicada aquí y que tan bien hubiera venido en apoyo de la tesis, máxime cuando Saavedra es partidaria-

rio decidido de los precios bajos, no aparece expuesta nunca de manera explícita, a pesar de que ya se hallaba muy extendida desde que la expuso Bodino en sus *Respuestas a Malestroit* (Lope de Gómara la expuso antes que Bodino pero su obra no circuló hasta mucho después y todos la tomaron directamente de Bodino) y se encuentra en muchos autores españoles contemporáneos suyos y anteriores, entre ellos Mariana, que es una de las principales fuentes de erudición histórica de Fajardo.

Si alguna duda puede caber todavía sobre el interés o la importancia que nuestro autor atribuye a los metales preciosos, se disipará al leer las frases indignadas que escribe contra los extranjeros que se llevan de España el oro y la plata a cambio de lujo y, en general, de lo que sólo sirve para la vista, y parece aprobar los grandes esfuerzos que hacen los españoles por traer los metales nobles de las partes más remotas del globo. La única limitación, si es que hay alguna, consiste en que la adquisición del oro y la plata debe costar trabajo (por eso los encerró Dios en las entrañas de la tierra), y, aun aquí, no estoy seguro de que cuando Fajardo expone esas ideas haga algo más que bellas frases sin más trascendencia que la retórica.

Si los metales preciosos han de servir para facilitar las operaciones mercantiles ¿qué cualidades debe tener la moneda? El tema le infunde un gran respeto y un gran sentimiento de responsabilidad. Nos dice que no se atreve a entrar en los remedios de las monedas porque son niñas de los ojos de la república, que se ofenden si las toma la mano y es mejor dejarlas como están sin alterar su antiguo uso. Pero al decir esto ya ha perdido la prudencia que se impuso, y no contento con ello pasa a afirmar que ningún juicio puede prevenir los inconvenientes que nacen de cualquier novedad en ellas, y cuando se trastornan todo el mundo padece, queda perturbado el comercio y como fuera de sí la república. El soberano está sujeto al derecho de gentes y, como fiador de la fe pública, debe cuidar que no se altere la naturaleza de las monedas, llegando al extremo de decir que deben conservarse puras como la religión.

Estas opiniones son todas muy vulgares. Arrancan de Aristóteles, pasan por la Edad Media y se agudizan durante el mercantilismo como consecuencia de las continuas alteraciones a que los soberanos europeos sometieron la moneda para procurarse medios con que atender a los gastos del Estado, cuando no a los propios.

Antes de abandonar este tema quiero llamar la atención sobre dos puntos que tienen algún interés: al reducirse el valor de las monedas, los extranjeros se llevan los metales preciosos, con los que hacen más daño que si derramaran sobre la nación todas las serpientes y animales ponzoñosos de Africa, no se debe añadir al valor de los metales más que el coste de la acuñación, y la liga debe corresponder a la que pongan los demás príncipes. El segundo punto es que aboga por una especie de moneda internacional, pues pide que se labren monedas del mismo peso y valor que las de otros príncipes, permitiendo que circulen también las extranjeras, pues no va en contra de la soberanía servirse de los cuños y armas ajenas, que sólo testifican el peso y valor del metal. Son estos problemas sobre los que las opiniones (cualquiera que fuera la práctica) divergían mucho en aquella época y por eso me ha parecido conveniente señalarlos. El economista inglés, y gran pedante, Misselden, opinaba que debía procurarse que las monedas extranjeras estuvieran sobrevaluadas para que los extranjeros se sintieran inclinados a gastarlas en Inglaterra, lo cual no le impedía decir que el rey debería llegar a un acuerdo con los soberanos extranjeros para mantener constante el valor de la moneda inglesa; el mayor economista inglés, Thomas Mun, por el contrario, afirmaba que la sobrevaloración de los signos monetarios extranjeros no atraería dinero a Inglaterra.

Esto por lo que respecta al dinero en sus relaciones con los particulares. En lo que concierne al Estado, Saavedra Fajardo es mucho más consecuente que la mayoría de los economistas europeos, con excepción de algunos alemanes. No es raro querer justificar el afán de metales preciosos que manifiestan los escritores de la época alegando que los deseaban con vistas a la formación de tesoros de Estado, pero son ya varias las autoridades sobre la materia que han

demostrado que esta idea es falsa y que se trata más bien de tendencias que se presentan en los filósofos-políticos alemanes que en los escritores netamente económicos. La formación de tesoros de Estado es común en la Edad Media y sólo en Alemania llega hasta muy avanzado el siglo XVIII. Viner no encuentra más ejemplo de partidario de esa institución que el de Thomas Mun, y aun aquí se trata de un tesoro formado más bien por material de guerra (sobre todo de naves) que por metales preciosos; la misma conclusión se desprende de la cuidadosa investigación de Heckscher. Pero Saavedra Fajardo no era sólo economista y además había viajado por Alemania, donde, antes que él escribiera, el tesoro de Estado había tenido defensores eminentes en Jacob Bornitz y Christoph Besold. También puede haber influido en su actitud el hecho de que los reyes españoles de su época padecieron grandes necesidades. Felipe III se quejó ante las cortes de 1600 de que su patrimonio estaba acabado, de que no hallaba cosa de que poderse prevaler para el sustento de su persona y dignidad real, pues sólo había heredado el nombre de rey y sus cargas y obligaciones; y durante el reinado de Felipe IV la penuria del erario llegó al extremo de "faltar botica en palacio, estar las damas sin estado y haber habido noche en que la reina madre no tuvo que cenar más que un gigotte de carnero". Además de esto ya hemos visto que para Fajardo las riquezas son seguridad en el príncipe y peligro en manos de los súbditos, por lo que no basta que los tesoros estén repartidos en el cuerpo de la república. Se da perfectamente cuenta de que la opinión no le acompaña; conoce los argumentos de que las riquezas de una nación despiertan la envidia de los vecinos y de que uno de los mayores males que puede padecer un país es un soberano avariento. Incluso acepta como válido este último, pero afirma que cuando los tesoros se conservan para los casos de necesidad se consigue con ellos el respeto de los enemigos, y no menos atemorizan los tesoros en los erarios que las municiones, las armas y pertrechos en las armerías, y las naves y galeras en los arsenales. Cuando se reúnen con este fin no hay avaricia, sino prudencia política. Pero como el temor a la codicia del príncipe parece ser un argumento demasiado fuerte para poderlo desechar,

Fajardo recurre a un subterfugio: que en vez de ser el príncipe quien guarde el tesoro, éste esté depositado en la Iglesia. Así florecerá la religión, y cuando se necesite el dinero la Iglesia tendrá obligación de darlo para atender a las necesidades públicas. Esta idea se repite en dos de sus obras, y no es una frase escrita al correr de la pluma, sino la escapatoria a la objeción indicada.

¿Y cómo consigue el Estado sus ingresos? Desde luego mediante impuestos. Fajardo se adelanta a Hobbes en lo que concierne a la teoría de la tributación: los tributos son el precio de la paz, que no puede existir sin armas, ni éstas sin sueldos, ni los sueldos sin tributos. Además, los impuestos tienen otra gran ventaja: son un freno del pueblo (idea que saca de la Biblia), pues no hay quien baste a gobernar a vasallos exentos.

Sobre este punto Fajardo escribe en uno de los pasajes económicos más importantes de su obra, donde aparece también como precursor de ideas que habían de lograr difusión a través de autores que las expusieron después que él. *"El príncipe natural considera la justificación de la causa, la cantidad y el tiempo que pide la necesidad y la proporción de las haciendas y de las personas en el repartimiento de los tributos"*, no considera que el reino haya de desaparecer junto con él, los príncipes son mortales y el reino es eterno. En consecuencia debe conservarlo como seguro depósito de sus riquezas. En cambio el tirano (a quien compara aquí con el arrendatario) procura sacarle en poco tiempo todo el fruto posible. No se deben imponer grandes tributos sin haber hecho antes que el reino pueda soportarlos, y habla de una población insuficiente para los tributos. Fajardo ha evitado la inconsistencia en que cayó Hobbes, quien al sentar que los tributos son el precio de la paz, la defensa de la vida, saca la conclusión de que, siendo ésta igual de preciosa para todos, los impuestos deberían ser uniformes. La idea de Hobbes fué recogida por Petty, quien la corrigió en el mismo sentido que Fajardo, es decir, de la proporcionalidad. Además éste se adelanta en bastantes años a aquél al decir que el país se agota si se le quiere sacar mucho en poco tiempo. Johnson (*Predecessors of Adam Smith*, p. 100) al comentar el pasaje de Petty en

donde éste afirma que si el soberano saca demasiado dinero a sus súbditos destruye futuras fuentes de ingresos públicos, dice que ésta es la primera referencia que hay al *augmentative power* del capital-dinero. En cuanto a la idea de una población insuficiente para los tributos, debe señalarse que ésta no aparece en la literatura inglesa, por lo menos, sino con Decker (en 1744, es decir, un siglo después de publicada la obra principal de Fajardo).

En términos generales, los tributos deben ser moderados, porque el pueblo suele sentir más los daños de la hacienda que los del cuerpo, siendo el exceso de los mismos la principal causa de la despoblación de España. Encontramos también otra idea importante: que no se deben imponer tributos sobre aquellas cosas que son precisamente necesarias a la vida, sino en las que sirven a las delicias, a la curiosidad, al ornato y a la pompa; así se grava más a los ricos y quedan aliviados los labradores y oficiales, que son la parte que más conviene mantener en la república. Aquí, de nuevo, Fajardo está muy por encima de los economistas ingleses, si bien de estas ideas se encuentran precedentes en dos escritores alemanes: George Obrecht (1547-1612) y Kaspar Klock (1583-1655). Desde luego, las leyes suntuarias eran generales en su época y antes.

La Iglesia no debe estar exenta de tributos pues se beneficia igual que los demás de la protección que proporciona el Estado. Y la igualdad en el beneficio que los súbditos obtienen de los gastos hechos con el dinero recaudado mediante impuestos está expuesta en un pasaje típico de su estilo y que voy a permitirme transcribir para que sirva de ejemplo, ya que en otras ocasiones me limito a parafrasear sus palabras: "*No usa mal el monte de la nieve de su cumbre producida de los vapores que contribuyen los campos y valles, antes la conserva para el estío y poco a poco la va repartiendo (suelta en arroyos) entre los mismos que la contribuyeron. Ni vierte de una vez el caudal de sus fuentes, porque faltaría a su obligación y le despreciarían después como a inútil; porque la liberalidad se consume con la liberalidad. No les confunde luego con los ríos, dejando secos a los valles y campos, como suele ser condición de los príncipes que dan a los poderosos lo que*

se debe a los pobres, dejando las arenas secas y sedientas del agua, por darles a los lagos abundantes que no la han menester. Gran delito es granjear la gracia de los poderosos a costa de los pobres, o que suspire el Estado por lo que se da vanamente, siendo su ruina el fausto y pompa de pocos. . ." Es decir, que el soberano no debe premiar a los poderosos con el dinero de los pobres.

Fajardo es demasiado aristócrata para igualar al pueblo con la nobleza. Aquél es un cuerpo muerto sin ésta, debiéndose procurar su conservación y multiplicación. Pero su visión política le hace ver que oprimiendo a los pobres en beneficio de los poderosos se crea descontento, y por ello debe procurarse la igualdad común prohibiendo la pompa y la ostentación. Así se evitará la envidia; y aprueba las leyes romanas que gravaban los gastos superfluos y los esfuerzos por dividir la propiedad de manera que no hubiera diferencias en la facultad y poder de los ciudadanos. La desigualdad de riquezas es fuente de enemistades y sediciones. Nuestro autor insiste en diversas ocasiones sobre lo conveniente que es la igualdad de riqueza, adelantándose en un siglo al filósofo y economista inglés David Hume, quien también opinaba que toda tendencia en el sentido de la igualdad de ingresos fortalece al Estado y hace que cualquier impuesto extraordinario se pague de mejor voluntad. No se debe humillar a la nobleza, dice Fajardo, pero a veces puede convenir hacerlo porque la mucha grandeza cría soberbia. En resumen, parece que aboga por un punto medio, pues, como vimos, no es durable la monarquía que no está mezclada y consta de aristocracia y democracia; la diferencia que le atrae es de condición, no de riqueza.

Y lo que acabamos de decir nos lleva al tema de la población. En su número consiste la fuerza de los reinos; será mayor príncipe el que tenga más vasallos, no el que domine más territorio, siendo la escasez de súbditos causa de ignominia. España necesita del matrimonio, de la propagación, pues las expulsiones, las guerras y las colonias han reducido demasiado el número de sus habitantes; y a pesar de ello no se pone bastante cuidado en limitar el

número de sacerdotes y religiosos, en prohibir los fideicomisos y mayorazgos, en permitir el matrimonio en algunos grados prohibidos, en limitar los tributos, fomentar el cultivo de los campos, proteger las artes y el comercio, reducir el número de días feriados, limitar la afluencia de gente en la corte y dificultar el acceso a los empleos públicos. Todos estos puntos deben cuidarse si se quiere aumentar la población. Cabría también pensar en la posibilidad de traer extranjeros a España y su posición a este respecto parece concordar de bastante cerca con la de otro economista español de principios del siglo xvii, Pedro Fernández Navarrete, que lucha entre el deseo de una población abundante y el miedo a los extranjeros, y no sería extraño que las opiniones de Fajardo estuvieran influidas por aquél. En tiempos de Felipe III el arzobispo de Valencia Juan de Rivera, a quien Roma ha canonizado, abogó por la expulsión de los moriscos basándose en que sus conocimientos agrícolas e industriales daban motivos para pensar que podrían perturbar la tranquilidad pública. Exabruptos de este calibre no faltan en todas partes y épocas y desde luego es raro encontrarlos en ninguna persona cuyo nombre haya pasado a la posteridad. Fajardo, igual que Navarrete, teme a los efectos que pueden provocar en España las diferencias de costumbres y religiones, tiene miedo de que propaguen sus vicios y opiniones impías, "*y fácilmente maquinan contra los naturales*". Pero se decide por aceptarlos cuando se trata de agricultores o artesanos.

Pese a lo que diga Viner (quien, justo es señalarlo, se refiere sólo a los mercantilistas ingleses) la tesis de Johnson de que el trabajo productivo es una de las preocupaciones esenciales de los escritores de la época mercantilista tiene mucha fuerza, y aplicada a Fajardo estoy convencido de que, al insistir en el aumento de población, piensa en los habitantes como fuerza de trabajo tanto o más que como elemento de poder, y la prueba está en la importancia que concede a la agricultura y las artes, en su afirmación de que no está bien constituida la república en que no haya un equilibrio de clases, etc. Más aún, no todo el trabajo tiene para él la misma categoría: es bueno el trabajo útil

y noble, pero no el delicioso y superfluo porque éste afequina los ánimos. Las ciencias no entran en las ocupaciones útiles, pues éstas no fomentan la abundancia y la popularidad de las provincias, sino la industria en las artes, en los tratos y comercio, como vemos en los Países Bajos (la alusión a los Países Bajos es típica de la literatura mercantilista, como también lo es el contraste entre éstos y España). *"Mejor le estuviera al mundo una sincera y crédula ignorancia que la soberbia presunción del saber, expuesto a enormes errores"* (aunque luego añade que sólo el exceso puede ser perjudicial).

La división del trabajo no es sólo entre personas, sino también entre naciones; y aunque en una ocasión nos dice que no ha de haber mucho comercio sino sólo el que fuese conveniente para la comodidad de la vida, se trata de una frase que no tiene trascendencia y además que tiene una relación más directa con su miedo a la perniciosa influencia de los extranjeros que con el comercio mismo. Recogiendo una idea que se encuentra en otros muchos escritores anteriores y contemporáneos suyos (Luis Vives y Acosta entre los españoles, Sully entre los franceses, Armstrong, Cholmeley y Hobbes entre los ingleses, por sólo citar unos cuantos) nos dice que la Divina Providencia igualó a las potencias, dando a las grandes fuerza, pero no industria, y al contrario a las menores; constituyó la diversidad de climas, de costumbres, de lenguas, de manera que cada provincia dé a las otras lo que les falta. *"Y porque soberbia una provincia con sus bienes externos no despreciase la comunicación con las demás, los repartió en diversas: el trigo en Sicilia, el vino en Creta, la púrpura en Tyro, la seda en Calabria, los aromas en Arabia, el oro y la plata en España y en las Indias Occidentales; en las Orientales los diamantes y las especias, procurando así que la codicia y necesidad destas riquezas y regalos abriese el comercio y, comunicándose las naciones, fuese el mundo una casa familiar y común a todos"*.

No parece, pues, que pueda ponerse en duda el interés que para Fajardo tenía el comercio internacional, que considera como una necesidad dictada por la naturaleza y como un deber, aunque no deja de ser extraño que al enu-

merar, en el párrafo transcrito, las mercancías que las naciones tienen la suerte de conseguir por medio del comercio, caiga precisamente en una serie de las que sería lógico considerar, de acuerdo con algunos conceptos suyos que ya he anotado, como de las que afeminan y despiertan la avaricia.

Nada nos dice de los derechos de importación, pero sí habla de que los tributos menos dañosos son los que se imponen en los puertos sobre las mercancías exportadas, porque la mayor parte de ellos la pagan los extranjeros, pasaje éste que despertó gran indignación y escándalo en el mercantilista español del siglo XVIII Uztariz, y mayor aún al autor de la "Aprobación" que va unida al libro de éste, Joaquín de Villarreal (1742).

Pero si bien Dios quiso que los países se ayudaran unos a otros, también dió muestras de su voluntad de que hubiera naciones independientes, y creó los mares, los ríos y los montes para que fuera más difícil a los ambiciosos atacar y dominar otros países. Saavedra Fajardo no desea la expansión territorial de España, aunque en una ocasión habla con cierta melancolía de que su patria hubiera podido, de no haberla agotado las guerras y las extravagancias de la paz, levantarse con el dominio universal. Es muy difícil saber hasta qué punto llega el imperialismo de los economistas españoles del siglo XVIII, mas no creo que pueda afirmarse que sea incondicional. El extendido imperio de España despierta en ellos cierto orgullo, pero al mismo tiempo existe una sensación evidente de que la extensión de los dominios españoles es desproporcionada, de que España atraviesa por una fase de excesiva decadencia para poder permitirse el lujo de un imperio tan dilatado. Si hubiera prevalecido la idea de que la población del país era lo bastante grande, es posible que la actitud fuera diferente; pero hay demasiadas pruebas de que los escritores de la época consideraban que España estaba subpoblada para no sacar la conclusión de que prefería más gente con que sostener el poderío español en Europa a las colonias, que representaban una sangría ininterrumpida de su potencial humano.

El dinero, el trabajo y el comercio, todos tienen gran importancia, pero ésta se esfuma cuando la comparamos con la de la agricultura. Más da el Vesubio en sus vertientes que el Potosí en sus entrañas, y Dios hizo patente su voluntad de que la agricultura fuera lo principal y los metales preciosos secundarios al poner los frutos de la tierra al alcance de todos y al esconder en las profundidades aquellas otras riquezas. España fué rica y poderosa antes de descubrirse América, pudo soportar prolongadas guerras sin esperar riquezas extranjeras, y para remediar los males acarreados por la abundancia de metales procedentes de las Indias hay que proteger la agricultura, conceder privilegios a los labradores y librarlos de los pesos de la guerra y otros.

Las citas podrían multiplicarse, pero no creo que haga falta. No he encontrado en toda su obra ningún pasaje en donde se conceda más importancia a alguna otra actividad. La idea que está detrás de todo ello es siempre la misma: la experiencia ha demostrado a España que sus inmensas posesiones y la afluencia ininterrumpida de metales preciosos no bastaron para mantener su gloria. Hay que buscarla en otro lado, en aquello que le dió fuerza en el pasado.

Y ahora volvemos a nuestro punto de partida.

Creo haber expuesto las ideas económicas que aparecen en la obra de Saavedra Fajardo con una extensión suficiente para que quienes conozcan el libro de Francisco Ayala tengan una visión más completa de la personalidad del político español. Pretendo que este artículo sirva de apéndice a *El pensamiento vivo de Saavedra Fajardo*. Una selección de trozos, como la que ahí aparece, hubiera transcrito con fidelidad sus palabras, pero hubiera tenido dos inconvenientes: hubiera sido excesivamente larga para su publicación como artículo y no estoy seguro de que proporcionara una idea cabal de su pensamiento.

DESCUBRIMIENTO DE UN PINTOR AMERICANO

Por *Walter PACH*

POR CARECER de un adjetivo correspondiente al término "Estados Unidos", en este país se designa a sus nacionales con la palabra "americanos"; ejemplo seguido por buena parte del mundo, sobre todo fuera de nuestro hemisferio. Patente es, sin embargo, la inexactitud de tal designación. América es mucho mayor, geográfica y espiritualmente hablando, que los Estados Unidos. América es, precisamente, el Nuevo Mundo.

Otra dificultad terminológica se nos plantea en estos momentos en que el mundo antiguo es pasto de las llamas. Al hablar del descubrimiento de un gran artista mexicano desconocido hasta la fecha, es necesario realzar su calidad de hombre del Nuevo Mundo. Mas como tampoco existe el adjetivo apropiado, resulta inevitable designar a Herminigildo Bustos, tema de este artículo, con la palabra exacta, aun cuando tantas veces empleada impropriamente, de americano.

Basta contemplar un instante las reproducciones que aquí se publican para advertir que un pintor como Bustos es inimaginable al norte del río Bravo; y cuanto más profundicemos en el conocimiento del gran país donde transcurrió su vida más a fondo nos hablará el artista del genio de su tierra, es decir, de ciertos aspectos del genio mexicano. Porque no campea aquí el terrible drama de la época antigua, ni la riqueza pródiga de los constructores, escultores y doradores coloniales. Lo que aquí vemos es la nueva humildad ante la naturaleza, la sinceridad nueva y el nuevo sentido de la realidad del México del siglo XIX.

Los términos que acabo de emplear para describir el arte plenamente mexicano de Bustos se aplican también

con exactitud eminente, a mi entender, a los retratistas "primitivos" de los Estados Unidos. Hablaban éstos inglés; Hermenegildo Bustos, español. Mas ni estos pintores norteamericanos fueron ingleses ni Bustos tuvo nada de español. Al dorso de su autorretrato, él mismo se define específicamente con la palabra *indio*. Mas lo que presta unidad a los cuadros pintados a ambos lados de la frontera es que son todos americanos. Viene esto a apoyar la tesis sostenida desde hace muchos años por Diego Rivera para quien el Nuevo Mundo es esencialmente un solo lugar y lugar que ante todo necesita reconocer su propia tradición y su propio genio.

Estas últimas palabras hubieran intimidado, sin duda, a Hermenegildo Bustos de haberlas oído aplicar a su propia persona. Su vida entera transcurrió en un pueblecito, y cada una de sus obras confirma la palabra *aficionado* que invariablemente añadía a su firma. Este término equivalente al francés "amateur" y al italiano "dilettante", designa, como en esas lenguas, a aquella persona que pinta por amor, por la satisfacción deleitosa que su trabajo le procura; y aunque Bustos reclamó siempre el pago de sus cuadros (a los precios más humildes, a veces unos cuantos pesos) es evidente que su intención, al firmarse así, era colocarse al margen de la categoría de los "profesionales", de los que habían estudiado en academias. En su temprana juventud pretendió recibir algunas enseñanzas; mas como fuera objeto de las burlas de los demás estudiantes, se retiró en seguida al campo de donde había venido y resolvió los problemas de su arte por sus propios recursos.

Unos pocos libros acerca del empleo de los aceites y sobre la preparación de los colores (que luego elaboró para su propio uso, como los pintores de antaño) mas la contemplación de las obras de arte que existen en cualquier población antigua de México, formaron el fondo técnico de su oficio. Fuera de esos elementos, era un autodidacta en el sentido más literal del vocablo, completamente aislado de todos los movimientos y de todas las influencias. La obra que nos legó constituye la expresión absolutamente directa de una visión del mundo. Hasta es independiente

de las exigencias de su clientela: porque si la buena gente de su pueblo del Estado de Guanajuato (y el testimonio del pintor nos convence que se trataba en efecto de gente bonísima) le hizo algunos encargos, Bustos gozó de libertad para atenerse a sus propias ideas ya que sus modestas necesidades estaban cubiertas por una ocupación que desempeñaba en la parroquia.

Además, para subvenir a los humildes lujos de su existencia contaba con otro recurso: era el vendedor de helados del pueblo. En verdad era también su fabricante. Durante la breve estación fría del año recogía la nieve de las anchas hojas del maguey y, enterrándola en un hoyo profundo recubierta con capas de paja para protegerla del sol, lograba hacerla durar todo el verano. Con aquella exactitud metódica que le indujo a anotar en el reverso de muchos de sus cuadros no sólo la parentela del retratado —por naturaleza y por matrimonio— sino también su estatura exacta (por ejemplo: “Vara, tres cuartas, tres pulgadas, una línea”), anotó en sus cuadernos los sucesos de cada día, y entre ellos figuran con frecuencia detalles acerca de la cantidad de nieve que había recogido para su industria del verano próximo. En aquellos meses, preocupado por su negocio y deseoso de refrescar la memoria de su clientela, iba pregonando por las calles la lista de las frutas que perfumaban sus helados. Y si algún desconocido, engolosinado por el anuncio, le pedía cualquiera de las cosas pregonadas, Bustos le indicaba la dirección de su domicilio añadiendo: “Encontrará usted allí a mi mujer: ella es la que sirve los helados”.

Para formar un juicio cabal sobre el arte de un pintor como Bustos, no dejan de tener importancia detalles tan menudos como los recién apuntados. No pretendo intentar siquiera su biografía. Esta tarea —muy agradable, por lo demás—, corresponde a los historiadores mexicanos o, mejor, a uno de ellos, al Sr. Francisco Orozco Muñoz, a quien debo no sólo la información que poseo acerca de Bustos, sino también el conocimiento total de su obra. En efecto, si se exceptúan unos pocos cuadros que se hallan todavía en poder de las familias para quienes trabajó Bustos, su obra entera figura en la colección de dicho Sr. Orozco Mu-

ño, siendo presentada por primera vez al público en estas páginas.

Paisano del artista —del mismo Estado de Guanajuato— el Sr. Orozco Muñoz realizó durante su residencia de veinticinco años en Europa —gran parte como diplomático— profundos estudios en materia de arte. Se hallaba así preparado para darse cuenta de la importancia artística de Hermenegildo Bustos tan pronto como su atención fué requerida por los cuadros del pintor del pueblo. Su interés por las imágenes sin pretensiones que desde entonces siguió estudiando con un entusiasmo constantemente acrecido ¿será consecuencia de los conocimientos adquiridos por el señor Orozco Muñoz en el campo del arte moderno?, ¿se deberá tal vez a su pasión por las reliquias de la antigüedad mexicana (el señor Orozco Muñoz prepara asimismo una obra monumental sobre el arte totonaca según se halla representado en el Museo Nacional, donde ejerce en la actualidad un cargo) o se trata sencillamente de una sensibilidad siempre alerta para cuanto existe de profundo y de auténtico? El hecho es que no tardó en comprender la conveniencia de que la obra de Bustos fuera reunida a fin de que su conjunto gane para su autor la estimación que merece así como la que merece el aspecto esencialmente significativo de México que nos revela su pintura.

Esperamos que el señor Orozco Muñoz no ha de tardar mucho en publicar su estudio del artista y de su ambiente. Por nuestra parte y por el momento nos contentaremos con avanzar unas breves notas.

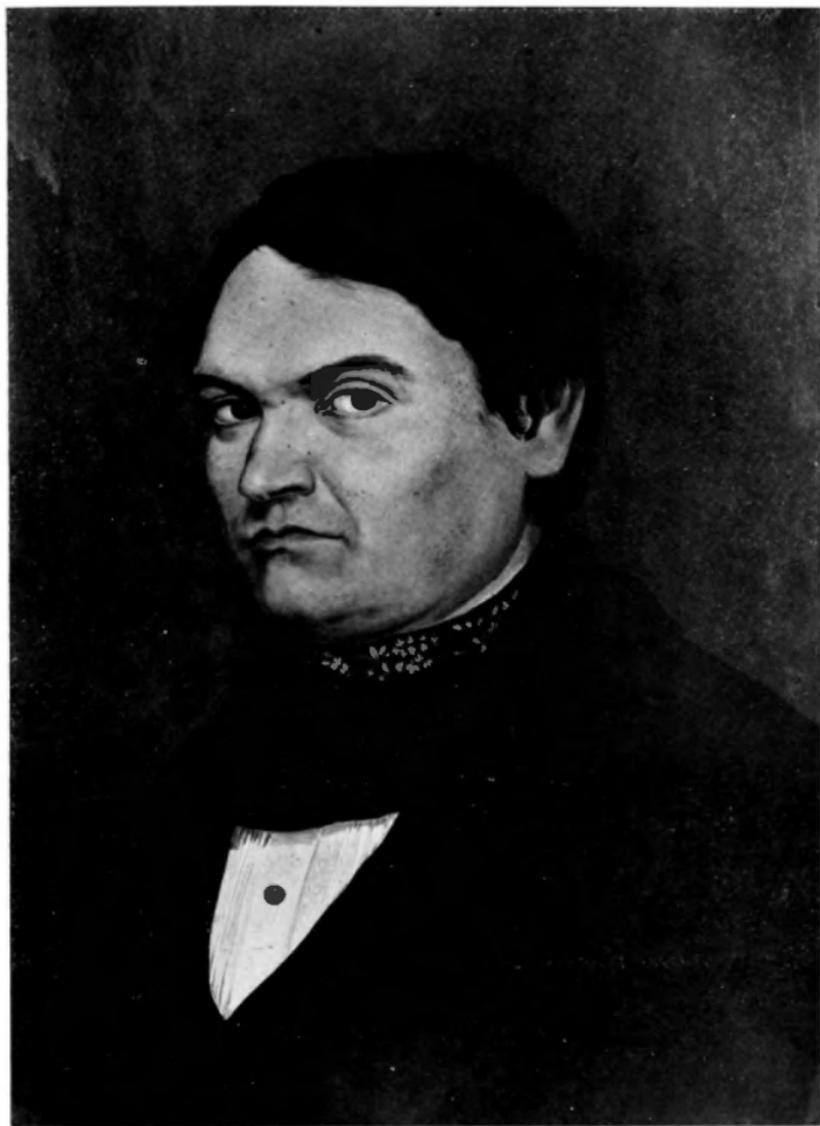
José Hermenegildo Bustos nació en 1832, alcanzando a vivir hasta 1907. Incluso en los días actuales la ciudad importante de Guanajuato, capital del Estado del mismo nombre, se halla muy poco influida por el espíritu de modernidad que ha transformado la ciudad de México; durante la vida de Bustos su pequeño pueblo no podía, pues, menos de ser muy "viejo mundo". Y así como transcurren los días casi imperceptiblemente en tan entrañables remansos provincianos, en el arte de nuestro pintor los cambios operados por el tiempo son flores de suavidad no pudiendo considerarse a la luz que, cuando se trata de la

evolución de los incansables buscadores europeos, arrojan las fechas.

La primera obra conocida de Bustos, un retrato de su padre que ejecutó a la edad de veinte años, es ya una producción perfecta, poderosa en su caracterización del sujeto y espléndida por su modelado. Dos años después, en 1854, pudo pintar una obra maestra, el *Retrato de un sacerdote*, que reproducimos. El modelado particularmente enérgico y el trasunto vigoroso de la personalidad se diría que expresan la soberbia y la fuerza de la juventud del propio pintor. Sin embargo, son pocos los años que faltan para que le veamos pintar *La dama en blanco*, con una sutil reticencia mas, al mismo tiempo, con aquella profunda perspicacia que sólo parece posible al final de una larga vida. Vuelve a manifestarse esta característica en el dibujo de 1887 que reproducimos. Pero Bustos ha cumplido ya 55 años.

Su *autorretrato*, ejecutado cuatro años después, no ostenta la afirmación poderosa de la forma que caracteriza al cuadro del sacerdote de casi cuarenta años antes: pero es dueño, en cambio, de un modelado más en sazón y en verdad más señeramente desarrollado.

Quiero insistir en que, para formarse un cabal concepto de Bustos, tanta importancia como sus ideas en punto a técnica tiene la consideración de su actitud frente al mundo. Conviene, pues, que delante de su autorretrato donde la pintura presenta un grado de perfección artística equiparable, por lo menos, a los más altos de su carrera, nos detengamos un momento a examinar las cinco cruces que pintó en su casaca: tres en el cuello, junto a su nombre, y dos en el pecho. Cristiano devoto, traza asimismo una cruz en lo alto del papel al empezar cada dibujo y añade otra con su firma al final para completar su obra. Existe sin duda cierta relación entre esta costumbre y la palabra *aficionado* que emplea siempre al firmar. No hacemos una suposición sino que afirmamos un hecho perfectamente conocido gracias al testimonio de los ancianos del pueblo que trataron al artista, cuando decimos que su "afición", su amor al trabajo se relacionaba estrechamente con la creencia de que su cuadro, desde la primera hasta



MUSTOS: Retrato de un sacerdote. 19 de abril de 1854.



BUSTOS: La dama en blanco. 6 de abril de 1862.

la última pincelada, debía encontrarse en profunda armonía con su religión. Como suele suceder en los países católicos, este sentimiento no arrojó sombra alguna sobre su carácter naturalmente alegre. Cuantos le conocieron nos hablan de su complacencia para cantar canciones festivas así como para contar historietas jocosas.

Una manifestación más de su espíritu religioso se encuentra a veces en los retablos que pintó por encargo de quienes descaban ofrecerlos a la iglesia. Pero la producción más importante de Bustos se desarrolla en el campo del retrato hasta el punto de que sólo por excepción le vemos pintar dos *naturalezas muertas*. Figuran en ellas los productos de su jardín, dedicando también un espacio a otros ocupantes de ese mismo lugar como son el alacrán y el sapo.

Las frutas dispuestas en cinco filas casi perfectamente regulares, parecen afirmar que el pintor no necesita "arte" alguno para componer su imagen. Le basta con la naturaleza. Mas sería crítico en verdad muy exigente aquél que creyera posible mejorar la composición que se admira en uno tras otro los retratos de la serie que Bustos nos ofrece. En éstos, sin embargo, sigue bajo el dominio de la naturaleza, cosa que espero demostrar por medio de la obra que a muchos nos parece la más hermosa de su producción. En casa del señor Orozo Muñoz se la conoce con el nombre de *La china*. Carece de fecha y de la inscripción habitual en que consta el nombre del modelo.

Ostenta una composición monumental y constructiva tomando como base los brazos cruzados con sus manos admirablemente observadas: las cintas anchas y oscuras que descienden del cuello se cruzan con una simetría que pudiera parecer excesiva si no se hallara atenuada por la nota del libro que guía nuestra mirada en la dirección que equilibra a aquella que establecen los ojos del modelo. Ahora bien, esos ojos que han valido a esta señora el amistoso epíteto *La china* ¿no tienen acaso la calidad inmediata e ineludible para la observación del artista que encontramos en las obras maestras de los retratistas más grandes, como los de las tablas en encáustica de la última gran escuela de Egipto? Muchas otras efigies realizadas por Bustos confirman y hasta robustecen la impresión que acabo de des-

cribir en la imagen de *La china*; y si, como pienso, la obra de Bustos puede realmente compararse a la de aquella escuela suprema de retratistas que concentró su atención sobre el parecido y la vida habiéndose despreocupado casi por completo de los atributos "estéticos", me parece que he aducido la prueba favorable a mi tesis de que Bustos se dejó guiar exclusivamente por su sentido de la naturaleza.

Confirmación, aunque de menor importancia, sobre este punto, nos la ofrece su razonamiento para negarse, hacia el fin de su vida, a vender las dos mencionadas naturalezas muertas. Estaban suspendidas, desde hacía más de treinta años, no lejos de su cama, y cuando, anciano ya, frisaba en los setenta y cinco, decía que pronto no podría acercarse a su huerto ni cultivarlo y que necesitaba por tanto sus frutas para contemplarlas en casa.

Otra expresión de su concepto artístico nos lleva a una coincidencia verdaderamente asombrosa: me llamó la atención sobre ella el señor Orozco Muñoz cuyos años de residencia en Bélgica despertaron en él un profundo amor hacia aquel país y hacia sus tesoros artísticos. Puede decirse casi con seguridad que Bustos no tuvo conocimiento del retrato de Van Eyck conservado en Brujas, donde se leen aquellas palabras escritas por el gran flamenco "*Als ik kan*". Mas aun en el caso de que ese retrato hubiera casualmente venido ante los ojos de nuestro pintor, es mucho más improbable todavía que hubiera éste sabido traducir tales palabras. Ahora bien, esa inscripción es idéntica a la humilde divisa que manifiesta la intención de Bustos cuando pintó su autorretrato en 1891. En el reverso del cuadro escribió que lo había hecho "*para ver si podía*"; palabras españolas que nos descubren una mentalidad idéntica a la expresada por las palabras flamencas que significan "*si puedo*" y que —repetidas complacidamente tantas y tantas veces a lo largo de los siglos— han sido consideradas como una de las pruebas más conmovedoras que existen de la humildad de los supremos artistas.

De nuevo nos sale al paso el difícil problema de los "primitivos". ¿Fue Van Eyck un primitivo? Su perfección suma, casi milagrosa, en el manejo del pincel y de los colores no nos permite en el aspecto técnico aplicarle tal

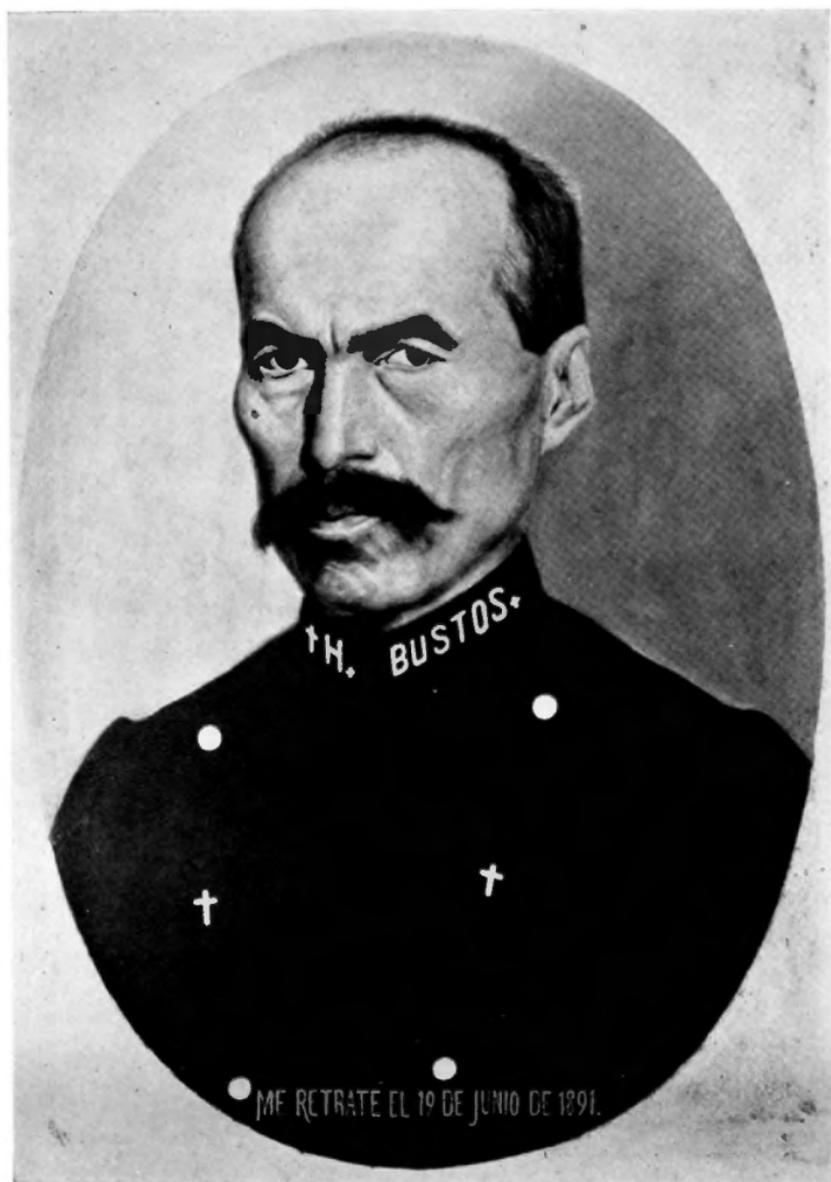
adjetivo. Lo cierto, sin embargo, es que millares de personas han utilizado esta palabra para referirse a él y a otros artistas de su mismo género. La pronunciaron, además, sin desconocer la grandeza de tales hombres; esto nos prueba que "primitivo" posee otra significación. Se refiere a aquella manera elemental de considerar primeras las cosas primarias, característica de algunas de las escuelas que estimamos más nobles. Aunque el sencillo pintor del pueblo mexicano no pudiera ser asociado de manera más íntima que ésta a Van Eyck, heredero directo de la tradición gótica que dió al occidente cristiano su más alta expresión, la actitud ante la vida y el carácter que evidencian las palabras y más aún las obras de los dos pintores, tienden a convencernos de que ambos son, si no de igual estatura, por lo menos sí de la misma familia. Podemos recordar incidentalmente que si Bustos está más lejos en el tiempo del arte antiguo de México de lo que Van Eyck lo estaba del arte gótico de Europa, la palabra *indio* que en el referido autorretrato a sí mismo se aplicó Bustos, nos afirma claramente que pertenece a la raza que dió al mundo el arte prodigioso de los toltecas, de los aztecas, de los tarascos (que vivían en Guanajuato), de los totonacas y de los mayas.

No podemos omitir siquiera algunas palabras acerca de los aspectos técnicos del arte de Bustos. En primer lugar, los dibujos han de considerarse como independientes de los óleos; ninguno de los descubiertos por el señor Orozco Muñoz corresponde a los modelos de sus pinturas. Una obra sin terminar conservada entre éstas nos revela que el procedimiento del artista consistía en preparar su cuadro en monocromo o con colores muy rebajados, para obtener en seguida sus carnaciones y demás tonos—a veces de una sutileza exquisita, a veces muy brillantes—mediante aplicaciones transparentes de color. Mis hábitos mentales no me permiten aceptar sino muy lentamente semejante conclusión: pero un examen detenido del paralelismo que existe entre el cuadro inconcluso y sus otras obras no consiente duda alguna respecto al método seguido por Bustos.

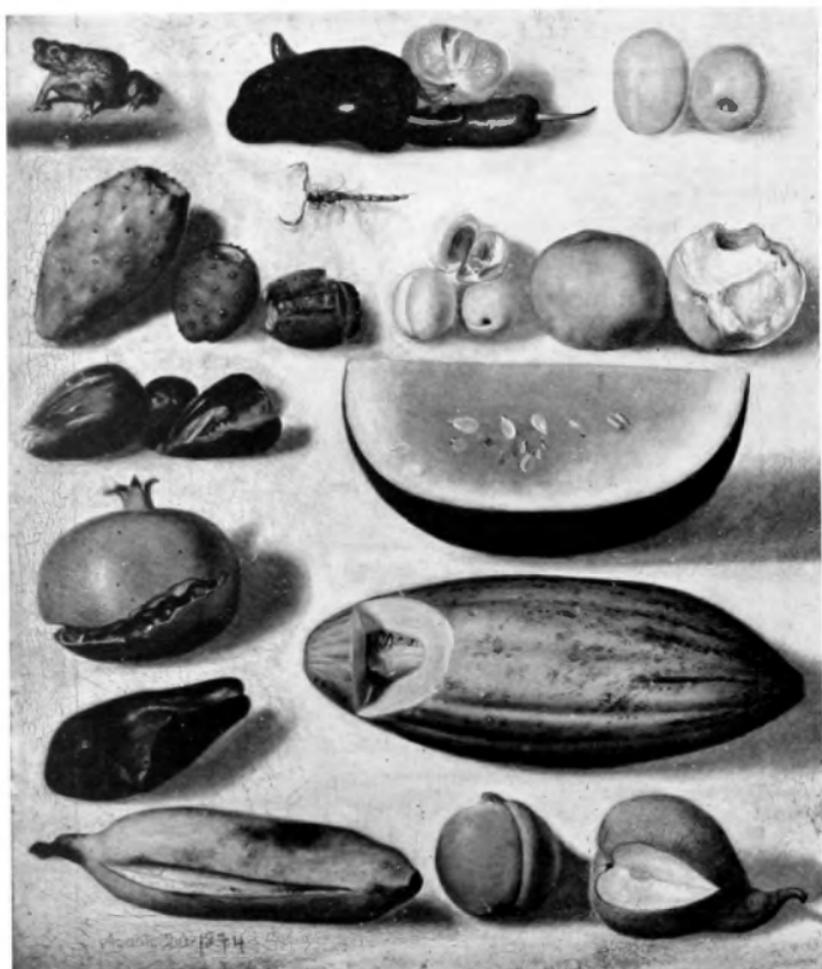
Sus cuadros son, por lo general, de tamaño reducido: digamos diez por veinte centímetros y hasta a veces menos. En su mayor parte y especialmente los retratos pequeños están pintados sobre hoja de lata; pero se servía también de tablas de madera y en los infrecuentes cuadros grandes utilizó el lienzo. Una nota curiosa que no infringe en modo alguno las leyes de la armonía, nos la suministra la pintura de oro metálico que empleaba para representar el oro de una sortija, de un broche, en la encuadernación de un libro, etc. Al fechar sus cuadros es frecuente la mención del mes y hasta del día —sin duda aquel en que la obra fué terminada, pues todo nos induce a creer que cada uno de sus cuadros ocupó al pintor espacios de tiempo considerables. Una de las razones que nos inclinan a pensarlo así es que habiendo vivido Bustos setenta y cinco años y habiendo trabajado con el complacido ahinco que nos revela elocuentemente cada una de sus obras, su producción no alcanzó a ser crecida.

Aunque aislado de los otros pintores mexicanos de su época, Bustos no es ni mucho menos único. El amor nacional hacia la pintura está sostenido por el talento plástico de que gozan en México gran número de personas. (Samuel Ramos habla de la pintura como de la principal expresión de su país en nuestros tiempos). Así es como en los días de Hermenegildo Bustos había muchos artistas, autodidactas como él, o discípulos de otros pintores locales, que se dedicaban a retratar a las gentes o a reproducir las escenas que veían a su alrededor. Muchos de los lectores conocen, sin duda, el libro admirable que Roberto Montenegro consagró a los pintores populares de México. Mi estudio no sólo de ese libro sino también de un elevado número de originales no incluidos en dicho volumen, me convence de que la pintura de Bustos supera en hermosura a la de cualquiera de esos otros artistas. Lo que es mucho decir, puesto que la obra de alguno de ellos es cautivadora e impresionante en grado sumo.

Por último, al recordar una vez más a los "primitivos" de los Estados Unidos, me considero obligado a precisar el valor de estas dos artes que constituyen una sola. Apar-



BUSTOS: *Autorretrato*. 19 de junio de 1891.



BUSTOS: *Naturaleza muerta*. 20 de agosto de 1874.



BUSTOS: La china.



BUSTOS: *Dibxjo.* 28 de julio de 1887.

temos aquellas pinturas que nos seducen por su singularidad o por la ingenuidad de sus autores que, de haber conocido una enseñanza académica, hubieran caído en lo fastidioso, en esa insipidez que cubre con su mortaja casi toda la producción de las escuelas modernas. Aunque la ingenuidad de muchos artistas nos procure momentos de grata satisfacción y aunque su falta de dones para llevar sus cuadros a un pleno naturalismo y acabado confiera muchas veces a su obra valores auténticos de composición y el atractivo de un colorido fresco y sin manchas, no es posible retornar a tal pintura del mismo modo que retornamos año tras año —así como la estirpe humana retorna siglo tras siglo— hacia el arte de aquellos hombres que con todo derecho se llaman maestros.

Mas lo cierto, por lo que toca a Bustos y a los mejores pintores de su género, es que su calidad esencial es algo distinto y hasta totalmente diverso de la singularidad. Incluso la palabra, más digna, "ingenuidad" debe rechazarse definitivamente al pensar en ellos. Retratos como los producidos aquí pertenecen a la gran tradición de las artes que esclarecen el enigma de la vida humana. Como antecedentes para los de Bustos mencioné antes ciertas obras de Fayum. Resulta siempre peligroso comparar a un autor moderno con uno clásico: éstos lograron su condición tras largos periodos de estudio llevados a cabo por millares de personas perspicaces: es posible que el moderno se halle favorecido por una corriente de pensamientos poco apropiada para resistir a las grandes olas del sentimiento dispuertas siempre a arrastrarle hacia los acantilados constituidos por la lenta acumulación de las realizaciones duraderas del hombre. Digo que tales comparaciones resultan peligrosas, sin que esto quiera, sin embargo, decir que no deban intentarse en ocasiones. A veces la razón nos obliga a hacerlas. Todo lo que puedo ofrecer yo (o cualquier otro) en un caso como el presente es el convencimiento de que un número cada vez más crecido de los mejores jueces en la materia acabarán haciendo suya la opinión que expreso, cuando pasando el tiempo y ampliándose nuestro conocimiento sobre la obra en cuestión, se

establezcan aquellas conclusiones todo lo decisivas que permita la naturaleza del arte. (Sabido es que una conclusión absoluta no pertenece a su reino).

Mas aunque me cupiese la fortuna de hallarme en acuerdo con la mayoría de las personas competentes al relacionar la obra humilde de Bustos con la pintura famosísima de Van Eyck y con la de los artistas de Fayum, queda aún pendiente una interrogación: ¿a qué altura asciende el aprecio que a fin de cuentas le hemos concedido?

Uno de los más eminentes críticos ingleses y un crítico francés, distinguido entre los distinguidos, seleccionaron (sin que la iniciativa de ninguno de ellos ejerciera influencia sobre la del otro) la misma pareja de retratos famosos para someterlos a comparación. Esto es: una de las más grandes obras maestras de Van Eyck, el *Hombre con el clavel* y el autorretrato de Fouquet. Y Rogery Fry y Henri Focillon con sus premisas intelectuales tan diferentes, con sus maneras de enfocar el problema así mismo tan diversas, coincidieron por completo en la supremacía del cuadro de Fouquet. La obra flamenca no ha sido superada en toda la historia en cuanto se refiere a los valores de carácter humano; pero la obra francesa nos lleva hacia un mundo de forma y de color que sólo conoció Van Eyck en grado restringido.

En lo tocante a aquellos retratos de Fayum mi memoria se proyecta hacia una discusión entre dos pintores, que presencié hace muchos años. El más joven y agresivo acababa de llegar de Viena trayendo fotografías de algunas obras pertenecientes a aquella gran colección particular que, al dispersarse después, surtió a museos y coleccionistas de la mayor parte de los ejemplares que poseen del posttrer gran arte de Egipto. Ese joven amigo en su exaltación combativa desafió a que se le mostrase algo de mérito comparable al de esos retratos. Su interlocutor no estaba, sin embargo, dispuesto a abandonar el escepticismo que sentía en cuanto a la supremacía de tales obras. Figuraban sin duda en ellas personajes que miraban con una apariencia de vida abrumadora e irresistible. Mas, como en el caso de Roger Fry y Henri Focillon, el pintor aludido, examinando estas obras y sin dejar de apreciar el modo casi sobre-

natural como su vitalidad nulifica los siglos interpuestos, continuó proclamando la superioridad del arte que logra algo más que evocar la vida de las gentes representadas— que evoca lo universal en contraste con lo particular.

Traspasar los límites de una simple alusión a la naturaleza del problema equivaldría a transponer aquellos que parecen convenir a un artículo dedicado al sencillo y amable pintor que hemos tenido la fortuna de presentar por vez primera al público. Pero me permitiré una consideración última. Sean cuales fueren *sub specie aeternitatis* los méritos de los dos tipos referidos de arte, existe —claro está— el valor que cada uno de ellos ofrece en relación con una época determinada. La nuestra ha sostenido una lucha durísima con los valores “abstractos” y parece inclinarse de nuevo hacia aquellas artes en cuya expresión predominan las imágenes concretas. Podemos tener por seguro que el mundo no podrá satisfacerse durante largo tiempo con un arte que no participe de ambas cualidades. Para nuestros actuales propósitos basta reconocer en la obra de Hermenegildo Bustos algunos de los elementos que han contribuido al prestigio perdurable de la gran pintura. En un mundo tan terriblemente atormentado como el actual, podemos reconfortarnos con esta significativa irrupción de savia joven efectuada en el período moderno y —tengo empeño en repetirlo— en el campo del arte americano.

MARTÍ, UTOPIA Y REALIDAD DE AMÉRICA

EN UN HERMOSO estudio titulado *MARTÍ Y LA UTOPIA DE AMÉRICA*,¹ vuelve Félix Lizaso a estudiar la dualidad de idealismo y realismo, concepción trascendente y sentido práctico, que parecen caracterizar el pensamiento y la vida de Martí; y trata de hacer converger aquella dualidad hacia la utopía de América, obra en marcha que arranca de los más altos espíritus americanos del siglo pasado, y debe constituir, a la vez, una pauta de acción para las actuales generaciones.

El tema es apasionante y no debe ser abandonado a la peregrina resonancia de la escueta reproducción periodística, que es a menudo para las mejores ideas, en nuestro Continente, la única forma de supervivencia. Comentar esas ideas y agregarles un eco propio, debe considerarse como un deber de todo escritor hispanoamericano; pues aunque el comentario poco pueda añadir al trabajo original, si como en el presente caso es de las plumas más autorizadas, a lo menos le conserva a esas interrogaciones del pensamiento continental el carácter de problema vital que deben tener para todos. Responder a ellas, aunque sea con mera respuesta intelectual, es ya aceptar la responsabilidad a que nos llaman, el sentido de admonición que tienen.

No me atreveré a negar el realismo de Martí; sobre todo en el orden cultural y político, según la distinción de Mañach, y "conciliado en una concepción de apretada síntesis" con el idealismo, como dice Lizaso.

Pero a mi modo de ver, el idealismo de Martí presenta tres características sistemáticas, tan constantes, que nos obligan a considerarlo como el eje de toda su vida, y a oponerlo, casi como una antítesis, al sentido realista que representan otros héroes. Esas tres características las concibo así: 1º para Martí todo ideal, incluso el ideal de la emancipación que parece absorberlo por completo y ser su única razón de existir, está condicionado siempre por otros ideales morales, que lo subordinan en forma definitiva; 2º el sentido de ejemplaridad que le da Martí a todas las acciones, y que fué el que le asignó a su propia muer-

¹ FELIX LIZASO: *Martí y la utopía de América*. Colección "Ensayos". Habana, 1942.

te, antes que aceptada, buscada por él; 3º la conciencia de una responsabilidad superior, la necesidad de *dar cuenta* que aplica por igual a sí mismo, a sus colaboradores y hasta a los propios Héroes americanos, a quienes se acerca *con la frente contrita*, pero con el juicio moral alerta.

En cuanto a las condiciones que impuso a su ideal emancipador, podemos decir que son una concepción genuinamente suya; un nuevo elemento moral, que él es el único que define con claridad, en medio del ciego ímpetu de rebelión que presentó en toda la América el movimiento libertador y que todavía conservaba en tiempos de Martí.

El no lo siente con esa exclusividad. Para él la libertad del ciudadano consiste, sobre todo, en esta prerrogativa moral: "*el derecho que todo hombre tiene a ser honrado y a pensar y hablar sin hipocresías;*" es un aspecto del decoro humano, en su sentido más amplio; y, por consiguiente —sistematizamos nosotros— "*o la república tiene por base el carácter entero de cada uno de sus hijos, el hábito de trabajar con sus manos y pensar por sí propios, el ejercicio íntegro de sí y el respeto, como de honor de familia, al ejercicio íntimo de los demás; la pasión, en fin, por el decoro del hombre, o la república no vale una lágrima de nuestras mujeres, ni una sola gota de sangre de nuestros bravos*".

Es verdad que muchos de los otros Libertadores pensaban tácitamente así a principios del siglo, y sin duda su ideal no fué una mera emancipación de España, sino la conquista de condiciones individuales y sociales más amplias y generosas para estos países; pero tampoco puede negarse que muy pronto la violencia de la lucha los absorbió por completo; la Emancipación se convirtió por sí misma en un ideal exclusivista, en fin y no en medio; y ni el más escrupuloso de los caudillos pudo poner siempre condiciones morales a los colaboradores que fué preciso aceptar, ni a las formas de acción que imponía la urgencia de la lucha.

Martí, quizá también porque lo obligaba a ser más cauto una cruel experiencia y muchos desengaños que los primeros Libertadores no tuvieron, sí impone condiciones. Los caudillos, el propio ímpetu pasional del pueblo, el Protector del Norte, todos han de aceptar la norma ideal.

Frente al caudillo militar manifiesta categóricamente que él no consentirá jamás en "*cambiar el despotismo político actual en Cuba por el despotismo personal, mil veces peor. Tiembla de pensar, escribe, que sus hermanos pudieran caer en la política engañosa y autoritaria de las malas Repúblicas*", y declara que "*para libertar a los cubanos trabajamos, y no para acorralarlos. Para ajustar en la paz y en la*

equidad los intereses y derechos de los habitantes leales de Cuba trabajamos, y no para erigir, a la boca del continente de la república, la mayordomía espantada de Veintimilla o la hacienda sangrienta de Rosas, o el Paraguay lúgubre de Francia".

Hasta la propia pasión popular tiene que aceptar, como he dicho, la medida del ideal ulterior de reconstrucción política y decoro republicano. Menos de dos meses antes de su muerte, impone en el Manifiesto de Montecristi la *"terminante voluntad de respetar y hacer que se respete, al español neutral y honrado. En el pecho antillano no hay odio; y el cubano saluda en la muerte al español a quien la crueldad del ejército forzoso arrancó de su casa y su terruño para venir a asesinar en pechos de hombre la libertad que él mismo ansía. Mas que saludarlo en la muerte, quisiera la revolución acogerlo en vida; y la república será tranquilo hogar para cuantos españoles de trabajo y honor gocen en ella de la libertad y bienes que no han de ballar aún por largo tiempo en la lentitud, desidia y vicios políticos de la tierra propia. Este es el corazón de Cuba, y así será la guerra"*.

Y frente a la fácil y temida protección de los Estados Unidos, es ya su propia sangre la que riega Martí, para consagrar una frontera inviolable. Así lo declara desde la manigua donde combate, en vísperas de su muerte: *"... ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber—puesto que lo entiendo, y tengo ánimo con qué realizarlo—, de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso"*.

Con esta última cita toco ya la segunda característica que le he asignado al idealismo de Martí: el sentido de ejemplaridad que deliberadamente quiere dar a todas sus acciones. Porque *"... es indispensable a la salud de la patria que alguien represente, sin vacilación y sin cobardía, los principios esenciales de tendencia y de método, que he creído yo ver en peligro"*.

Por eso hemos dicho que su muerte, antes que aceptada, fué buscada por él mismo frente a las balas españolas. Para morir como un caudillo quizá hubiera podido reservarse aún, que, hasta para la muerte, el realismo y el oportunismo políticos saben encontrar ocasiones. Pero él no quiso morir como caudillo sino como un apóstol; quiso morir como aquellos estudiantes que, según sus palabras en la conmemoración de 1891, merecían saludarse *"como misterioso símbolo de la pujanza patria, del oculto y seguro poder del alma criolla"*, porque *"a la prime-*

ra voz de la muerte, subieron sonriendo, del apego y cobardía de la vida común al heroísmo ejemplar”.

Ni la ejemplaridad de las acciones, ni el sometimiento de un propósito concreto a las exigencias de ulteriores ideales, son elementos de juicio conciliables con un espíritu realista. Casi diría que son su antítesis; y conste que no quiero rebajar el ímpetu, también grandioso, que alucina a otros héroes frente a una realidad inmediata, hasta el espíritu tacaño de cualquier logrero vulgar. Pero es indudable que, aun dentro de lo genial y lo heroico, el sentido realista tiene que caracterizarse por esta limitación: el *age quod agis*, que ya el pueblo romano, el más realista de la historia, definió y practicó. Frente a esa imposición de acción concreta, el ideal toma la forma de un devenir, de una perfección remota; antes que considerarse como condición de la acción presente, se le aplaza como fruto, que ha de ser, de nuevas formas de acción, consideradas a su tiempo. Y por eso también la ejemplaridad del hombre actuante no cuenta, sino su eficacia; el sentido moral de un acto no es transmisible a la posteridad sino dentro de muy estrechos límites, puesto que con cada generación se supone que cambiará la finalidad de la acción y los medios para alcanzarla.

Es evidente que Martí no acepta esa concepción evolutiva y pragmática porque para él, por el contrario, el ideal es una realidad primordial y definitiva, dentro de la cual han de integrarse todas las otras “... *la misma aspiración humana a hallar en el amor, durante la existencia, y en lo ignorado después de la muerte, un tipo perfecto de gracia y hermosura, demuestra que en la vida total han de ajustarse con gozo los elementos que en la porción actual de vida que atravesamos parecen desunidos y hostiles”.*

De ahí también, la otra característica que hemos señalado a su idealismo: la conciencia de una responsabilidad permanente, que es superior a los más altos valores de la realidad humana. Y en ese sentido, los propios Libertadores de América, que quisiera presentar como arquetipos intocables, tienen que responder y dar cuenta, si es que “*quisieron algunas veces —les reclama austero— lo que no debían querer”.*

Hasta en el mismo arranque lírico no deja de afirmar ese concepto íntimo de que el heroísmo implica responsabilidad antes que premio: “... *Venezuela, donde los montes plegados parecen, más que dobleces de la tierra, los mantos abandonados por los héroes al ir a dar cuenta al cielo de sus batallas por la libertad”.*

Sin duda así concebía también la comparecencia de los héroes ante la posteridad, y así quiso presentarse él mismo: para deslindar responsabilidades, no para reclamar una gloria estéril.

¿Y cómo no pensar, correlativamente, que si ellos se adelantan hacia nosotros bajo esa adusta imposición, a nosotros nos corresponde presentarles su América, no como escenario de rutinarias bambalinas, sino como alma de pueblos, ávida?

Augusto MIJARES.

UNA LECCION DE LITERATURA

MIENTRAS algunos espíritus cobardes —emboscados en lo que ellos llaman lo *universal absoluto* o lo que apodan la *humanidad abstracta*— predicán en favor de una literatura de valores sólo apoyados en modelos escritos, aparecen, de vez en vez, opiniones recias que señalan el peligro de tales aberraciones estéticas. Una de estas opiniones valientes pertenece a J. G. Blanco Villalta, erudito conocedor de las literaturas orientales. Blanco Villalta acaba de publicar un libro valiosísimo titulado: *LITERATURA TURCA CONTEMPORÁNEA*.¹ El libro está dividido, con claro método expositivo, en tres partes: una en la que se exponen las más pertinentes y veraces consideraciones históricas y críticas; otra en la que se estudian los autores de los diferentes géneros vigentes; y otra en la que se presenta un cuadro biográfico y bibliográfico ilustrativo de lo expuesto. El lector puede, pues, consultar a su sabor, las páginas de esta admirable obra que, con propósito de divulgación, se nos ofrece. Lo primero que llama la atención, lo que de ninguna manera puede quedar inadvertido, es el novísimo criterio estético y aun sociológico con que están escritas las páginas de este panorama literario. Blanco Villalta no es un mero expositor de materias literarias exóticas; es, antes que nada, un crítico histórico. Su método constituye un modelo para los que cultivan este difícil género de la especulación estética. Con lucidez que no se engaña nunca —porque descansa sobre un seguro método analítico— Blanco Villalta sitúa la formación y el desarrollo de la literatura turca; muestra sus aciertos; y denuncia la causa de sus desvíos. Este cuadro, por mil circunstancias, es útil para los que explican, o tratan de explicar, las literaturas incipientes de América. Muchos puntos de contacto o de similitud se encuentran entre el proceso de la formación literaria turca y el seguido por las literaturas americanas.

Esta reseña, puede ser, pues, pertinente y provechosa.

*

Los turcos primitivos del Asia Central tuvieron —como se sabe— una literatura sencilla y recia, reflejo de su vida y de su osadía guer-

1. J. G. BLANCO VILLALTA.—*Literatura turca contemporánea*. Editorial Claridad. Buenos Aires, 1941.

ra. Al expandirse las tribus turcas sufrieron, como era natural, influencias de las regiones que dominaban. Después de la conquista de la Anatolia, dos modelos literarios empezaron a gravitar sobre la expresión turca: el persa y el árabe. Nació así un nuevo período que los historiadores llamaron *preclásico*. Esta época es *postislámica* y toda ella queda preñada de los conceptos de la nueva secta. La influencia islámica es, no obstante, tardía pues se manifiesta hacia el siglo xi.

Mientras los escritores palaciegos escriben gracias a los modelos persas y árabes, en los *tekés*—conventos místicos populares de *derwiches*—se guarda, se pule y se propaga, la literatura oral del pueblo. Esta literatura contiene el germen del genio turco. De ella ha de salir más tarde su literatura universal. Pero su naturaleza popular y rústica pasó inadvertida para los señores de la corte y de la iglesia. (No ha de olvidarse la actitud del Marqués de Santillana respecto de los *romances* españoles en la Edad Media; ni la de los neoclásicos americanos respecto a la literatura popular). La lengua turca fué menospreciada por pertenecer al pueblo que la usaba con timidez y decoro, para sus canciones líricas y para sus leyendas y apólogos. "Pero la literatura oral de los turcos anatolianos—escribe Blanco Villalta—ha salvado, en cierta manera, el vacío que los poetas de la Corte hicieron a todo lo que a sentimientos y vida de las masas se refiere. Aquellos se alejaron de las emociones populares en un rebuscamiento de formas y palabras extrañas al ritmo nacional; abandonaron su misión y se perdieron en literaturas extranjeras, sin pertenecer tampoco a ellas, puesto que al escribir, en una mezcla de dos y tres lenguas, no escribían en ninguna".

El período *clásico* se inicia después de la caída de Constantinopla hacia 1453. Este período es tan extenso que va del siglo xv al xviii. Alcanza hasta los tiempos llamados de las *Reformas*. En este período vive supeditado a las influencias, casi absolutas, de la literatura persa. La literatura que produjo esta supeditación estaba patrocinada por los sultanes déspotas y licenciosos. Estos pagaban el elogio de sus actos y el disimulo de sus defectos. El escritor que se atrevía a denunciar la iniquidad moral y literaria del país, pagaba con su cabeza el mal uso que había hecho de ella. Tal es el caso de Nefi de Erzurum. El mismo crítico Blanco Villalta concluye su juicio de esta manera: "los paraísos y mundos en que se movían los literatos turcos del período clásico, reflejados en sus gazelas, *kasidés*, *menevies*, *divanes* y poemas báquicos, fueron los mismos en que los persas lo hicieron: imaginarios y sin las preocupaciones por las grandes emociones de los pueblos y las realidades de la vida".

Detrás de estas preciosidades literarias, sobrevivía el esfuerzo de los *tekés*—en los que, la resignación y la holganza predicadas por el Islam, no habían adormecido la rebeldía del pueblo. Pero el esfuerzo de estos centros cercanos al sentir popular, por razones múltiples, económicas, los más acabaron por flaquear en sus propósitos. Pretendieron perpetuar formas arcaicas, sin savia popular. De esta suerte los *medresés*—centros de cultura teológica—y los *tekés* acabaron por vivir dentro de un espíritu decadente y mortecino. Fueron centros arcaicos en la lengua y en el dogma. Hicieron de la lengua un recurso estático. Tomaban lo que el pueblo había hecho pero rechazaban lo que el pueblo rehacía. El dogma para los otros fué la quiebra de la razón; la puerta falsa por donde se perdían inquietudes del espíritu. Lo popular se hizo de esta suerte tan artificial como lo artístico. Esto sucedía hacia el siglo XVIII—período dramático para la honra y para el espíritu de los turcos. En el Imperio Otomano—abriendo con llaves desleales, la Sublime Puerta—entraron las culturas occidentales, representadas por una burguesía carcomida. La presencia de lo neoclásico europeo—especialmente de los enciclopedistas—creó una amalgama estéril para lo literario. Su eficacia significó en el campo ideológico; supo despertar conciencias dormidas en el fanatismo de lo religioso. Este sacudimiento había de favorecer, pasados los años, la formación del período llamado de las *Reformas* (1839-1880). Los turcos romperían entonces con la influencia persa, árabe e islámica. Se acercarian al estudio de su lengua propia, en su más sencilla y fecunda transparencia. Namik Kemal fomentó entonces la corriente *revolucionaria*—social en su específica naturaleza—de la literatura turca. Pushkin—el ruso—y no Flaubert—el francés—es quien influye en este despertar de la conciencia literaria popular. Pushkin y Kemal habían de equiparar sus heroísmos cuando la tiranía los hace hablar detrás de las rejas de una cárcel. No tardaría Abdulhamit (el llamado Sultán Rojo) en aplastar todo intento de nacionalismo turco, así fuera en el aparentemente inocente de la poesía. Bajo la tiranía de este bárbaro surge el grupo de la *Nueva Literatura*. Su tarea—tal vez por miedo, tal vez por ineficacia genial, no tuvo más resonancia que la de procurar la divulgación de la literatura occidental. No fueron acapaces de intentar siquiera rehacer el acervo de la auténtica realidad turca que se debatía ante sus ojos y bajo sus pies. (Recuérdese la actitud semejante del grupo *Contemporáneos* en México, durante el período revolucionario. Los escritores que lo componían vivieron de espaldas a la realidad mexicana que entre sangre, errores y aciertos trataba de alzarse sobre el nivel en que la burguesía la había puesto).

Inmediatamente después del triunfo de los *Jóvenes Turcos* con Mustafá Kemal se siente una transitoria influencia de la literatura francesa, una especie como de tardío *modernismo*, al modo americano.

Después de la guerra italo-turca (1912) se inicia un fecundo período *anticosmopolita*. ¡Anticosmopolita, no antiuniversal como algunos mendaces han creído! Se inicia una recreación de lo universal basado en lo nacional. Varios métodos se proponen para lograr esto. Fracásó el método panislámico por fundarse en un dogma desacreditado. Fracásó también el otománico por querer apoyarse en un régimen muerto en sus raíces. Se inició entonces una corriente que se llamó, indistintamente, *panturquismo* y *turanismo*. Este movimiento pretendió la unión étnica de los diferentes regiones turcas. Esta tendencia inicia, con recursos científicos, hasta entonces desconocidos en el medio, el estudio del folklore turco, olvidado y menospreciado por los señores y palatinos. Se inicia también la purificación —no académica— sino natural y viva del idioma turco y de sus dialectos. Kemal Ataturk funda la *Sociedad para el estudio de la lengua turca*. La crítica adquiere una nueva y veraz orientación hacia la búsqueda de los valores auténticos en el alma y la vida del pueblo. Nace así, entre otras, la obra maestra de Zia Gokalp —*Erguenekón*—. “Su ejemplo es seguido —escribe Blanco Villalta—. Descúbrese en archivos, en las tradiciones del pueblo, en los conventos de derviches, leyendas, fábulas, poesías y proverbios antiguos. Se entra en el período en que volvieron las preocupaciones de los intelectuales hacia el alma nacional”. Por esto y más que no se dice aquí la lección que nos ofrece la literatura turca no debe ser olvidada por las escuelas de América, titubeantes, en muchos casos, entre la realidad de la tierra que pisan y el libro que leen. No hay que olvidar, por último, las palabras del mismo Blanco Villalta que son un resumen de capítulo de juicio literario: “para que una literatura tenga un valor real, debe reflejar, sinceramente, los sentimientos, las aspiraciones del pueblo, de la conciencia nacional, en su lengua propia. Sólo así un pueblo puede labrarse un lugar, con líneas originales, en el tiempo inmutable”.

Y esto que está realizando la literatura turca contemporánea tan explicada por Blanco Villalta —debe ser ejemplo para las literaturas nacientes de América. Superando el clamor de libertad— esencia del modernismo— debe volverse la cara, hacia la raíz de sangre que tiembla debajo de nuestros pies, encima de nuestras casas, dentro de nuestros pechos. En esa raíz de sangre —sólo en esa raíz de sangre puede encontrarse la fuerza de nuestra literatura original.

Ermilo ABREU GOMEZ.

Dimensión Imaginaria

OCTUBRE Y OTROS POEMAS

Por Jorge CARRERA ANDRADE

OCTUBRE

OCTUBRE: *nuez, manzana de los meses.*
Tu madurez fulgura
en las últimas mieses,
ruinas de una dorada arquitectura.

Tu carne aérea, tu alma desplegada
laten en plumas frías,
Ave inmensa, cazada,
que dura en un festín treinta y un días.

Los números terrestres son iguales
en tu niveladora y final cuenta:
bojarascas, caídos ventanales,
nueces, leve osamenta.

De tanta fruta vana, rodadora,
y hoguera pisoteada
apenas queda ahora
tu íntima brasa, almendra concentrada.

Octubre de reserva y de justicia
y de sombrío paño
que sucede al color de la delicia,
oh poniente del año.

Después de nueve meses de camino
llegas, la pompa anual desvanecida,
mercader vespertino
con tu peso y medida.

LUGAR DE ORIGEN

YO VENGO de la tierra donde la chirimoya,
talega de brocado, con su envoltura impide
que gotee el dulzor de su nieve redonda

y donde el aguacate de verde piel pulida
en su clausura oval en secreto elabora
su substancia de flores, de venas y de climas.

Tierra que nutre pájaros aprendices de idiomas,
plantas que dan, cocidas, la muerte o el amor
o la magia del sueño o la fuerza dichosa,

animalitos tiernos de alimento y pereza,
insectillos de carne vegetal y de música
o de luz mineral o pétalos que vuelan.

Capulí —la cereza del indio interandino—,
codorniz, armadillo cazador, dura penca
al fuego condenada o a ser red o vestido,

eucalipto de ramas como sartas de peces
—soldado de salud con su armadura de hojas
que despliega en el aire su batallar celeste—,

son los mansos aliados del hombre de la tierra
de donde vengo, libre, con mi lección de vientos
y mi carga de pájaros de universales lenguas.

NOCHE O MENTIRA

MUDA *vegetación*
de oro del firmamento:
eres la sola cúpula
que sueña el árbol seco;

bojarasca de luz
con fantasmas de pájaros;
música suspirada
por altísimos labios

o profuso secreto
que dura solamente
hasta que grita el alba
llamando verde al verde,

y disipa el nocturno
follaje planetario
el día su bandera
azul revoloteando.

California, 1942.

MIGUEL HERNÁNDEZ, joven poeta español, murió, hoy se sabe, en una cárcel franquista. Luchador republicano, como sus hermanos los creadores todos, fué condenado a muerte en cuanto terminó la mal llamada guerra civil. Sin embargo, la intervención de una elevadísima autoridad eclesiástica—no española—logró que Miguel Hernández fuera libertado a los pocos días.

Por corto tiempo. Lo que dejó escapar la mano derecha fué aprehendido sin tardanza por la siniestra. Y para evitar nuevas intervenciones fué esta vez condenado a cadena perpetua, "solamente".

En el presidio de Ocaña, Miguel Hernández padeció a fines del año pasado una fiebre tifoidea que la fortaleza de su organismo logró vencer. Gracias, según parece, a la recomendación de la Embajada de Chile, fué posteriormente trasladado a la cárcel de Alicante. Mas debido al desgaste causado en su naturaleza por las penalidades sufridas primero durante la guerra, luego en presidio, y sobre todo a la falta del tratamiento adecuado, Miguel Hernández fué víctima de una violenta tuberculosis. Nuevamente la Embajada de Chile—que una vez más se ha hecho acreedora a la gratitud de los españoles bien nacidos—solicitó que Miguel Hernández fuera trasladado a un sanatorio. De este modo intentaba salvar la vida del poeta joven que, por representar más auténticamente que ningún otro la elocuencia lírica del verdadero pueblo español, permitía cifrar en su porvenir particulares esperanzas. No se le hizo caso. La enfermedad protegida por tan metódicos carceleros, pudo, pues, cebarse a su sabor en aquel organismo antes robusto, hasta consumir el 28 de marzo el estrago apetecido. Los que dieron muerte a Federico García Lorca han podido ante el cadáver de Miguel Hernández, nueva edición del poeta asesinado, alzar las manos diciendo: "Conste que no hemos sido nosotros. . ."

En vano. La alevosía oficialmente controlada con que se ha procurado la muerte de Miguel Hernández vuelve a condenar, con mayor severidad que nunca a los asesinos de García Lorca. Monstruosa situación política que, ufánandose de una mentida hispanidad, así extermina a los más puros representantes del verbo español: sus poetas.

MIGUEL HERNANDEZ...

Por *Francisco GINER DE LOS RIOS*

... Y SIENTO MÁS TU MUERTE QUE MI VIDA.

(M. H.)

A ESTOS CIELOS que escuchan hoy tu nombre
entre la angustia de mis labios lento,
a estos campos que tú hubieras alzado
hasta el milagro de tu voz abierta
para amarlos, cantarlos y entregarlos,
a esta tarde redonda de hermosa,
quiero, Miguel, venir con tu memoria.
Aquí te siento bien; tengo tu pulso
y aguardo con la luz tus ojos tristes.
Olvido, con tu nombre y tu presencia
clavados dulcemente en el recuerdo,
tu tremendo dolor y tu agonía
para encontrarte fresco sobre el agua,
limpio sobre el silencio de los campos
y en la luz y el poema compañero.

Te llevo por el campo, dolorido
mi pecho de tu ausencia y tu llamada,
y no puedo pensarte terminado,
tus limpios ojos quietos para siempre.
Tierno y duro pastor del otro día
soñando por las huertas de Orihuela
una luz incesante y manadora
que te anegaba el corazón insigne;
alegando el color del Manzanares
con tu blanca camisa, tus abarcas
y un ardor contenido de Levante;

cantando entre los tiros del Jarama
la canción española de la guerra.

No has muerto, que te han muerto entre unos muros
asesinando el vuelo de tus pájaros,
la voz de tu garganta amordazando.
Derribada hermosura sin remedio,
irremediable muerte a la palabra
tan lejos de mi sangre y de mi aliento.
Aguárdame, Miguel, en nuestra tierra,
en la quietud forzosa de tus labios,
en la clara verdad de tu silencio
que hace temblar tu cielo con promesas
de una canción bajando hasta los hombres.
¡Que su turbia conciencia se deshaga
con tu sangre indeleble, con tu rayo!
Y de albas y de auroras nos incendie
la pasión de tu carne ya cumplida.

Como te alza hoy mi pecho a la ternura
y a la honda memoria que te guardo,
quiera la tierra nuestra, que sembraste
con la dulce semilla de tu nombre,
cumplir con la mañana su jornada
y subirte algún día hasta su gloria.
Miguel de hierba, fuego y alma sólo,
hermano muerto en esta viva muerte:
tú empujas con tu sangre y con tu ejemplo
el limpio amanecer de la esperanza.

Teotihuacán y México, 18 de octubre.

PICASSO SIN TIEMPO

Por *Juan MARINELLO*

PICASSO DESDE FUERA

HEMOS TENIDO OCASIÓN de ver en La Habana un buen conjunto de los últimos cuadros de Picasso, de un Picasso difícil, para entendedores de vuelta. La exposición ha sido, en cierta medida, una nota irritadora, polémica. Tanto, que los que no somos críticos ni vamos en camino de serlo hemos puesto a un lado el rubor de la profanidad para decir, por nuestra cuenta y riesgo y frente a los cuadros comprometedores, el entendimiento del suceso.

Cuando el intruso reconoce su atrevimiento apela por lo común a dos salidas: o subirse al mutismo de los entendimientos milagrosos o justificarse por la vía del entusiasmo. Cabe también la alusión a capacidades intuitivas que ahorran camino al conocimiento y a veces dan en lo justo. No haya cuidado de que nos lleve ninguna de estas corrientes. Sería cosa peligrosa y nada original hacer el elogio de la profanidad como apreciación artística. Tanto como entregar al azar, al buen tun tun adivinador, uno de los costados más delicados y trascendentes de la cultura. No podemos ni defender ni animar una hazaña aventurera al cabo de la cual puede cazarse un hallazgo adánico o perderse todo por un desfiladero de angustias ciegas y alarmadas.

No puedo yo pretender tales cosas, pero sí decir que el profesionalismo de la crítica, como todos los profesionalismos, es un camino bordeado, limitado, por recuerdos ilustres; por lo que casi siempre la visión estimativa anda presa del antecedente. Se es crítico en la medida en que se conocen lecciones esenciales, conceptos que tienen su matriz en ejemplos, en realizaciones clásicas, no importa si muy antiguas o muy actuales. De aquí que toda tarea

de enjuiciamiento sea una fatal pelea, un conflicto inevitable entre lo que se juzga y lo que se sabe, es decir, entre lo extraño y lo poseído. Y la comparación y el contraste, fuente de buen entendimiento, son con frecuencia amarres embarazadores, camino obligado de la pupila indagadora que, en el trayecto entre lo enjuiciado y su referencia no sólo deja de ver ricas alusiones circunstanciales sino, lo que es más serio, valores centrales de la obra enjuiciada.

ESTETICA DE LA VENTANA VIAJERA

Yo tengo un reciente caso personal que me ha hecho meditar mucho. Hace algunas tardes atravesaba yo en el tranvía una de las calles de la ciudad. Ya se sabe hasta qué punto este lento carruaje colectivo es fuente de magníficas meditaciones errabundas. Yo no hago un reclamo a las empresas tranviarias recomendando a los poetas, a los pintores y a los músicos que viajen en tranvía. Les hago un servicio leal situándolos en una adecuada ambulancia, muy equilibrada de las circunstancias necesarias para la creación: - ocio y movimiento, *ma non troppo*. Yo no sé si un día tendremos que lamentar la ausencia de la bendición que significa, en un mundo en que hay que vivir entre distancias, que el transporte sea para el artista un buen lugar de trabajo. Pero sí afirmo que a través de las ventanas del tranvía han visto caer más de una vez los creadores las manzanas denunciadoras de sus mejores gravitaciones.

Decía yo que andaba en tranvía por las calles de la ciudad cuando me ocurrió un caso que tiene que ver mucho con mi decisión de escribir sobre Picasso. Rumiaba yo, muy bien acompañado por el rumor monótono y sugeridor de las ruedas envejecidas, preocupaciones obstinadas. Al propio tiempo fijaba los ojos en una construcción lejana y alta. Como no clavaba el juicio en la casa sino en lo que me andaba punzando la frente, la contemplación de las líneas arquitectónicas me producía como un severo placer geométrico, como un limpio aquietamiento de la duda apremiante. La cercanía de la construcción cambió las cosas. La presencia inmediata de la casa usurpó el

mando a la meditación turbadora. Los límites de piedra contra el cielo se impusieron crudamente. Y cuando la casa fué conciencia plena —juicio—, se volvió sorpresa ingrata: las líneas cruzadas que, todavía sin nombre de estilo, habían sido en su pureza sin alusiones como el fondo ennobecedor del soliloquio, evidenciaban ahora una barata reproducción mil veces repudiada. Las líneas se llenaban de historia, de antecedentes, de intención bastarda. Ya no se cruzaban las superficies sino los propósitos de estilo. Y todo estilo es reproducción maliciada.

El hecho me inquietó largamente. Planteaba, sin dudas, un grave problema: ¿es que el goce estético sólo nos llegará con pureza eficaz, con plenitud insuperable, cuando no lo enturbie una ubicación limitadora, histórica, en el más exacto sentido? Inaceptable, ya que ello significaría situar tal goce sólo en el salvaje o en el soñoliento; en el hombre de la selva que no es capaz de alusiones porque no tiene a qué aludir, o en el hombre de la ciudad que se queda adormilado de preocupaciones junto a la ventana viajera de un tranvía.

LA CREACION SIN HISTORIA

Yo creo que lo que mi caso enseña es que un choque estético posee mayor significado, mejor poder, cuanto más libertado esté del imperativo del estilo, de la historia. Y quizás si aquí esté la prueba del fuego, la más alta prueba de la obra artística. Es decir, que si las líneas de piedra de mi caso hubieran resistido la cercanía, si hubieran sostenido, al dominar totalmente, su noble dominio, si no hubieran aludido en el momento en que todo se esperaba de ellas a un modo sin prestigio, si hubieran acrecentado con la presencia la pureza inicial, la aventura estética hubiera tenido el más apetecible rendimiento.

Yo creo que así ocurre con el hombre genial que estamos evocando. Su *quilate rey* está en ser un creador sin historia, sin asideros, huidero del casillero y la interpretación. Yo no sé en verdad lo que se haría un profesor de Historia del Arte, que fuera al propio tiempo capaz de entender este *quilate rey* de Picasso, frente a sus disci-

pulos ávidos. Porque aquí, en este hombre bárbaro de culturas, no queda ni el recurso de la comparación contemporánea. Con la verdad violenta, desorbitada y eficaz, de toda exageración, pudiéramos decir que él no tiene nada de los otros y que los otros, los pintores de su tiempo, todos tienen un poco de él. Así, queda un solo camino, que tampoco es válido en esencia: la comparación con él mismo, convertir al artista, un poco o un mucho, en historia de su tiempo. Nada avanzaríamos, porque Picasso no es hombre de etapas sino de momentos y a lo mejor si en el envés de sus monstruos elocuentes de hoy andan tomando aliento para vuelos impensados los payasos de línea escueta y puntual que hicieron la delicia de los admiradores picassianos de hace quince años.

PICASSO, SIN TIEMPO

Una muy honda indagación en el caso picassiano creo yo que nos llevaría a asignarle un primitivismo de nueva marca, a la altura de su tiempo angustioso, a la altura del gran tiempo que está llegando. El primitivo indaga, a la luz de su creencia, el camino eficaz, entre tanteos ferrosos y experiencias iluminadas. Así Pablo Picasso. Sólo que nuestro creador tiene que levantar con sus hombros atlánticos un mundo de formas cumplidas que no fué carga para el primitivo de ayer. Por eso —y ello se verá mañana mejor que ahora—, la fuerza de este pintor combatiente es tanta que crea mientras busca sin que la búsqueda le estorbe la creación. Es en verdad como un camino soberano que lleva a muchos parajes milagrosos siendo él mismo paraje impar.

Cuando nos metemos en esta meditación sobre el significado cimero de Picasso, sale siempre a plaza lo de su españolidad. Está bien, como punto polémico, como arranque fecundo. Es un hombre de soledad sonora, como Fray Luis —se dice—, de soledades abroqueladas y ceñidas como Góngora, de soledades alumbradas de gracia, como Lope de Vega. A mí todo esto, de seguro que por mi profanidad, me ha parecido siempre un poco literario. Nada tiene que ver Picasso con los remansos de llegada; quien indaga con

la creación sufre una sed que no pueden conocer ni los espectadores ilustres como Fray Luis, ni los solitarios garbosos como Góngora, ni los espejos bullidores, como Lope.

Cada quien es hijo de su tierra y los ojos españoles de Picasso no son infieles a su luz maternal. Pero hay en ellos fidelidad tan honda, tan al nivel de su destino, que su mirada andadora mete lo español en una magnitud universal que sólo aparece sobre el mundo en los días en que los hombres gritan la llegada de una nueva convivencia. Por ello será, me digo yo, que siempre me ha recordado Picasso, como sustancia española, una España más vieja que la del Siglo de Oro, una España informe, anunciadora, caos genésico de la España que todavía no ha sido: la España del Cid, del Arcipreste y de la Celestina. La universalidad de los hombres les viene del tiempo, del latido de su día. El querer universal es como una anchura del ánimo, como una medida que penetra sin sentirse, como una vida en ansia que manda desde el futuro. El más penetrador de los españoles en cuanto a su visión del mundo fué sin duda el Rey Sabio. Nadie tan raigalmente español, nadie tan familiarmente ajeno a las fronteras de España. Como Pablo Picasso.

Sólo en la España ansiosa y fuerte del Rey Sabio son posibles ciertas concepciones que yo llamaría picassianas. Sólo hay un libro producido por hombres —y es un libro de ese tiempo español—, en que aparezcan una mujer sin forma y un hombre sin tiempo, el *Amadís*. ¿Se concibe una más ambiciosa manera de eternidad? La eternidad con marca humana; que ahí está lo importante, lo profundísimo. Porque cuando los hombres que escriben han querido darnos idea de lo eterno nos han dado la idea de lo inmutable; lo que cambia decae, degenera, muere. Conceder el cambio es conceder la muerte, traicionar la inmutabilidad, la eternidad. Por eso las esfinges, que tienen que mirar para mucho tiempo, padecen de no poder cambiar la mirada. En el *Amadís* la eternidad humana se concibe, caso sorprendente, como cambio. Y el cambio se expresa en su más grave punto: en la continua transformación del personaje, que deja vivo, pero sin identificación, el impulso eterno. *Amadís es el sin tiempo* y Urganda, la *Desconocida*. *Sin Tiempo*, porque su destino no se aviene a medidas

usuales, porque su ansia trasciende las horas. La *Desconocida*, porque las transformaciones de Urganda le otorgan la inmortalidad en razón de que no se fija nunca en una forma definida y por tanto cambiante, perecedera.

Amadís Sin Tiempo es, en su día, el más universal de los españoles, el menos local de todos los personajes del mundo peninsular. Por ello se le ha emparentado con todos los mundos, se le han atribuido todos los orígenes, pero ha quedado en el suyo, en el mundo español de sus hazañas. Picasso ha usado sus maravillosos ojos españoles sin medidas estorbosas y sin arquitecturas acatadas: *sin forma, sin tiempo*. Ha logrado por ello, el raro milagro del desconocimiento de sí mismo, las vidas sucesivas sin parentesco, las vidas —y las imágenes—, conjuntas, mirándose entre sí y en sí mismas como huéspedes asombrados de la convivencia y de la existencia.

Estas virtudes raras y plenas, *amadísicas*, hacen de Picasso el más perfecto testigo artístico de su tiempo y quizá si no tenga parentesco leal sino con Chaplin. Aquí sí que viene a cuento el cliché frecuente: testigo de mayor excepción. Basta pasar la vista con un poco de fervor de entendimiento por su obra gigantesca para descubrir cuanto hay de dolor esperanzado, de ansia deslumbrada y de espanto erguido en nuestra época. Su obra, humana y abstracta, es el cruce dramático de las evasiones y las lealtades a que condena un tiempo de liquidación a los que vienen de ayer y tienen ojos de futuro. Sus prostitutas y borrachos lejanos no son tan distantes del cubismo como se ha creído; sus toros elegantes de anteayer son hermanos legítimos de los toros cercanos de *Guernica*: un profundo aliento de eficacia, de justicia, los infanta, los mata y los revive.

LA VOZ DE LA SANGRE

Con un sentido limpiamente histórico y, por ello, más allá del sentimiento, podemos decir que Pablo Ruiz Picasso, español de todas partes, como Amadís de Gaula, ha coronado a cabalidad, su carrera de testigo de mayor excepción de su tiempo. Sin estos días culminantes hubiera

faltado a nuestro héroe como la altura para hablar definitivamente al mañana. Ha tenido el privilegio, y ya sabemos a costa de qué torceduras trágicas, de ser insuperablemente leal a la voz de la sangre y a la voz de la conciencia.

La voz de la sangre, cosa tan singularmente española, es *Guernica* y *Sueño y mentira de Franco*. Cuando su tierra sobria y caliente fué escarnecida por la traición más total, el hombre indagador de la creación, el creador de lo indagado, sintió el estremecimiento de la sangre ofendida, el tajo bárbaro en la raíz universal que arrancaba de Cataluña y de Andalucía. Su madurez inquietadora, su gloria cada día peleada y rehecha, su fuerza sedienta, se volcaron sin precipitación ni ligereza sobre la gran razón raigal. Los frívolos y los ignorantes —nunca el pueblo, que no puede ser ninguna de estas cosas—, hablaron de una pirueta espectacular del maestro del cubismo. Los que le conocían y entendían la sangre espesada de siglos españoles, los que no habían dejado de ver nunca en sus tránsitos la sed herida de un hombre que pide —con potencias de excepción—, espacio y altura, forma y tiempo, vieron en el servicio a España una manera no sólo natural sino obligada de expresión de su genio. Los cuerpos despedazados de *Guernica*, que son, picassianos al fin, los más despedazados cuerpos, han dicho más al mundo sobre el dolor de España que milares de proclamas justas y artículos valerosos.

NOSOTROS, VOSOTROS

Muy divulgada es la anécdota, en que son actores Otto Abetz, el procónsul hitleriano en París y el pintor Picasso. En términos escuetos es así: el procónsul visita al pintor, por el que tiene una admiración rencorosa, al que ve como enemigo poderoso porque su genio lo hace intangible. Picasso charla, en su casa del París vencido, con un grupo de amigos. En la puerta aparece, insinuante y obsequioso, el embajador nazi. Saludos fríos, ofrecimientos al pintor, que el pintor rechaza. Y para quebrar la plática anquilosada, Otto Abetz dice: Quiero ver sus mejores cosas... Picasso saca de entre papeles una excelente reproducción

de *Guernica*. Abetz entiende, pero pretende ser, alguna vez, elegante, civilizado.—*Es sin duda, Maestro, lo mejor que usted ha hecho*. Y Picasso, molesto de la atribución: —*No, esto no lo he hecho yo, esto lo habéis hecho vosotros...*

La anécdota —picassiana—, tiene mucha categoría. Como que en ella va envuelta y expresa toda una definición de la cultura y de la política: *vosotros, nosotros*. Ahí está todo. Y, como yo os decía, Picasso en medio, de testigo de mayor excepción de su tiempo. Testigo de su tiempo, no de su pueblo apasionado. Porque *Guernica* fué España y Otto Abetz es España y es Francia y es Europa contradicha y desesperada. Y Picasso, español sin tiempo, refiere *Guernica*, cuna de la libertad de un pueblo, a Francia, madre de la libertad de un mundo. Ver aquí cómo a través de la anécdota que ha hecho sonreír a muchos en la frecuente reproducción periodística, hay una medida suprema de la gran cuestión presente, porque se enfrentan en ella el espanto disimulado de la barbarie con la firmeza inmovible de quien siente la obra como sangre de sus venas y de su conciencia.

DESEO

Discurrir sobre Picasso en la presencia esencial de sus cuadros no puede ser cosa desligada de la preocupación por su vida. Picasso está en París. Es allí un índice gigantesco contra un muro de profundas sangres. Hasta ahora su gloria lo ha defendido, pero, llegados ciertos instantes extremos, la gloria se vuelve ofensa insufrible, es como un imán presente en todas partes que hay que destruir para matar su firme virtud atrayente. Recordad el caso de Federico García Lorca. Y, Picasso lo ha dicho: los que destruyen hoy París destruyeron ayer *Guernica*. Entre fieras, llegada la ocasión, el honor más alto es la mayor ferocidad, que es la ferocidad innecesaria. Picasso no es hombre de armas ni de edad para las armas. Un pincel, por ilustre y universal que sea, no resiste un sablazo. Picasso puede darnos todavía lo más sorprendente de su pintura, la madurez iniciadora que sólo puede ofrecer un creador de su

tamaño. Para gracia del mundo, Picasso está distante del momento de decir, como el clásico de su tierra, *sangre quisiera tener, como tengo pensamiento*. Pensamiento y sangre, fuerza y sed, hay en el hombre que ignora —marca insigne—, el camino futuro de su sed y de su fuerza.

América debe dar asilo a Pablo Picasso. ¿México, Brasil, los Estados Unidos, Cuba? Es posible Cuba, tan española y tan africana, sea para Picasso, de raíz española y devoción negra, refugio activo y fecundo. Ojalá que, por su decisión, queden invalidados los versos de Alfonso Reyes:

... *Cuba—que nunca vió Gauguin,
que nunca vió Picasso...*

Y ojalá al contacto con América toque en nuestra inquietud parte de su tránsito y de su destino. Y ojalá toquen en él nuestros pueblos carne de hombre sin forma y sin tiempo. Ojalá nuestros artistas, en su vecindad, sepan ver en el tiempo como un muro a la creación sin medida y en la forma, como un Picasso, una ocasión a la creación sin tiempo.

... Y EN EL TIEMPO

NO PARECE haberse dicho todavía, al menos de modo suficiente, que el proceso moderno de las artes y en particular de las artes plásticas, traduce la desintegración paulatina del mundo tradicional de la apariencia en el proceso evolutivo del ser humano hacia la Realidad. Siguiendo el rumbo iniciado en el Romanticismo, el artista no se limita a reflejarse y a reflejar el mundo en sus aguas subjetivas sino que cada vez más en ellas se zambulle. Quizá es su único modo de llegar auténticamente, por lo que en la especie hay de esencia universal, al fondo de las cosas.

En ningún pintor se produce este fenómeno de penetración de la conciencia de manera más aguda y trascendente que en Picasso. Con la superficie de aquellas aguas se rompe el espejo imaginante dando lugar a un tropel fugacísimo de metamorfosis que el lápiz o los pinceles se esfuerzan por fijar. ¿Quiere esto decir que ciertas sublimes funciones del fenómeno artístico exijan una previa operación psicológica equivalente a la desfloración o *desvirginización*, sin la cual no pueden darse las compenetraciones fecundas? No sería temerario sustentarlo teniendo, sobre todo, en cuenta que el paso del mundo espiritualmente impúber en que ha vivido y vive aún la conciencia humana, al mundo de la llamada generación divina es realidad que plantea nuestro siglo y que en este segundo mundo la creación artística reconoce su verdadero elemento. El cubismo con su geometría de espejo destrozado ¿qué significa sino el trance de ruptura ineludible para la constanciación de los dos grandes órdenes naturales, el subjetivo y el objetivo? De todos modos, al conducirse así, el artista afecta su obra a una modalidad evidentemente emparentada con la que postularon los impresionistas bajo el misticismo de la luz. Sólo que el plano es ya otro —y la luz también—, pudiendo éste de que tratamos definirse como un *impresionismo psíquico*, atento a fijar plástica-

mente, con sus acordes y disonancias cromáticas, las representaciones circunstanciales que imanta o exterioriza el torbellino interno del pintor. Esto es lo nuevo: la extensión del mismo orden imaginario que fragua los sueños del individuo al plano de la conciencia colectiva donde prosperan las artes. Lógico es, por tanto, que el artista haya sufrido la operación psicológica que desata el nudo de su cortocircuito individual para integrar su vida anímica en un torrente circulatorio más vasto. Se explica, pues, que Picasso sienta tan estrechamente ligada su personalidad a la fluencia histórica y juzgue algunos de sus instantes subjetivos así como las obras plásticas y literarias que los expresan tan compenetrados con el trascender del tiempo, que no vacile en fechar sus cuadros a tenor de esa fugacidad, registrando el año, el mes, el día y a veces, hasta la hora en que el chispazo creador se produjo. La razón sucesiva, temporal, empieza a ser —como lo es en literatura, como lo es en música— parte integrante y necesaria de la obra; mas no en un coto individual, dentro de cada obra, sino en un ámbito colectivo, histórico, formado por una sucesión de obras. Cabría decir que la Historia sueña a través del artista, proyectando aquellas imágenes que revelan su reprimida sustancia. Con ello la clásica categoría estética correspondiente a un estatismo con ilusiones de eternidad, cede el puesto a la expresión más compleja de la *perspectiva poética de la Historia*, necesaria como dimensión presencial para abarcar en su integridad la naturaleza de la vida. Se pasa del daguerrotipo al film; de la imagen inorgánica a la inserta en un acaecer dinámico; de la delicia insignificante —prenupcial—, a la dimensión plástica del *Logos*. Gracias al arte, diríamos, la presencia de la Realidad —superrealidad de Nerval, Apollinaire, Breton— emerge a flor de Historia.

Por consiguiente, no acabará de comprenderse en su esencial verdad la naturaleza del arte nuevo, mientras no se vea en él el acta de ruptura de toda una época que así mismo conoce el destrozo transformativo en el resto de sus actividades: tanto como en las artísticas, en las científicas, en las psicológicas, en las político-históricas. Y que sólo mediante la disociación, consumada por el cubismo, de todos los conceptos plásticos —operación comparable

a la realizada por Gutemberg cuando desmenuzó las planchas impresoras hasta llegar a la libertad, tan ejemplarmente humana, de los caracteres sueltos—, hace posible la expresión imaginativa del mundo significante. Es decir, facilita la dimensión universal del fenómeno artístico incompatible con las peligrosas tendencias reaccionarias. Se reconocen éstas por la atrofia de la imaginación creadora.

Ilustrando las anteriores afirmaciones, he aquí una serie de obras de Picasso empalmadas, como es lógico, a los cabos de un proceso evolutivo más extenso. Forman una solución de continuidad, el puente que facilita el tránsito de una Imagen o representación del mundo que se descompone al Nuevo Mundo de la Realidad cuyo advenimiento, previa *desvirginización*, sustancialmente anuncian. Bajo una arbitrariedad aparente esconden, si bien se examina, sugerencias que alcanzan sentido singular por lo profundo.

J. L.

METAMORFOSIS

(MAS ALLA DE LA IMAGEN)

Toda cima es ilustre si Picasso la sella.

RUBEN DARIO.



PICASSO: Boceto para "Guernica".

2 de mayo de 1937.

Nacimiento de Pegaso.

FIGURACION



RAFAEL (1483-1520): San Lucas pintando a la Virgen.

Elementos: Pintor, modelo, imagen sobre el caballete, toro y personaje.
Imagen cristiana - europea - de la naturaleza humana.

MISTERIO

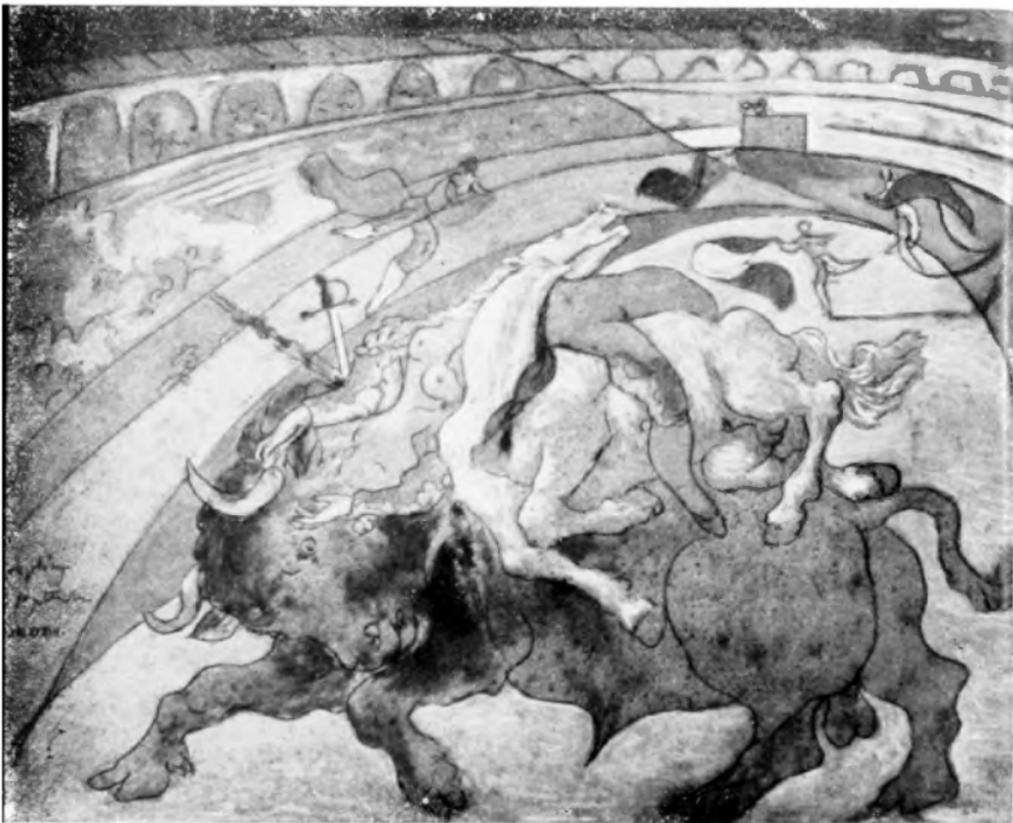


PICASSO: Litografía. 1930.

Los mismos elementos que en la lámina anterior menos el hijo: Pintor, modelo, imagen sobre el caballete, toro y mujer.

Estos dos últimos representan inequívocamente un RAPTO DE EUROPA.

ANUNCIACION



PICASSO: Pintura. 6 de Sept. de 1933.

Elementos: toro, mujer, caballo; los tres, al parecer, heridos de muerte.

Después de las revelaciones del psicoanálisis sobre la trascendencia efectiva de ciertos juegos de palabras, por violento que parezca no se puede dejar de advertir que el caballete, soporte de la imagen en las dos láminas anteriores, ha sido suplantado en la presente por el caballo con la mujer a cuestas.

Rapto—por la muerte—de la imagen europea del mundo. Toro = España.

ANTES DEL RAPTO



PICASSO: Minotauromaquia. Grabado. 1935.

Elementos análogos a los anteriores: la imagen sobre el caballo o caballete, Minotauro—personaje del ciclo legendario del RAPTO DE EUROPA—, dos mujeres contemplativas, niña arrojando ya un poco de luz sobre tan denso misterio. El personaje de la escalera relaciona esta obra con las extrañas crucifixiones que pintó Picasso en 1929-1930. La escena se sitúa precisamente a orillas del mar.

EN EL RAPTO



PICASSO: Guernica. Mayo-julio, 1937.

Los mismos elementos de la lámina anterior incluso flores, espada, ave, joven empujando la luz... Su mundo — el mundo de la imagen europea es destruido por el fuego. El título del cuadro así como su motivación histórica no permite dudas: el RAPTO se realiza en España. Una flecha entre las patas del caballo apunta hacia la mujer, acaparada ya por el toro, que sostiene al hijo muerto. Este último grupo, antes central, está a punto de salirse del cuadro.



PICASSO: Naturaleza muerta. 15 de enero de 1939.

Después de haber pintado durante dos años cabezas humanizadas y exultantes de minotauros, el 15 de enero de 1939 —consumatum est— Picasso componía una naturaleza muerta con el cráneo espectral del toro, símbolo de España. El 26 de ese mismo mes caía Barcelona, el 28 de marzo Madrid. Compárese la mesa con el cuerpo del toro en el Guernica. Metamorfoseada en jarra, el ave parece aquí incubar un huevo...

El cráneo del toro figura ya en la revista europea MINOTAURE (1933-1939) publicada con la colaboración activa de Picasso bajo el mismo signo de superación del concepto occidental de la realidad.

DESPUÉS DEL RAPTO



Virgen de Guadalupe,
PATRONA DE AMERICA

Más allá de la muerte de la imagen europea del mundo, ya en la otra orilla o "cielo", cerrando el círculo, he aquí, sobre la representación simbólica de España, la naturaleza virginal del Nuevo Mundo: la ciudad-esposa del Hombre.

AMERICA : POESIA

Era del año la estación florida
en que el mentido robador de Europa,
media luna las astas de su frente
y el sol todos los rayos de su pelo,
luciente honor del cielo,
en campos de zafiro puce estrellas...

(Góngora: Soledad primera).

PROCESO SOCIAL DEL ARTE PICTORICO RUSO

Por F. COSSIO DEL POMAR

HASTA EL AÑO DE 1816, Rusia no se descubre a sí misma. El arte que la representa tiene una fisonomía oriental; pugna entre la imitación de occidente, la herencia bizantina y la expresión de su propia conciencia. Comienza a despojarse de la influencia del arte de San Petersburgo y se manifiestan las primeras tentativas, todavía bastante tímidas, para crear un arte verdaderamente nacional, basado en las tradiciones religiosas del pasado o al servicio de reivindicaciones sociales presentes.

El incendio de Moscú, durante la invasión napoleónica, hace más por el arte ruso, por la nacionalidad rusa, que todos los esfuerzos del gobierno y la aristocracia cosmopolita instalada en los suntuosos palacios de San Petersburgo. Provoca un acercamiento entre las clases dirigentes y el pueblo, y permite la aparición de un arte con verdadera expresión nacional. Nada mejor que los desastres y el odio común para unir a las clases sociales. En 1612, el odio a los poloneses despierta por primera vez la conciencia rusa, y, en 1814, el odio a los franceses une las diferentes clases sociales. Pero cuando hay tan profunda división social como la que existe en Rusia, la unión sólo puede durar mientras perdura la guerra patriótica. La divergencia fatal entre aristocracia y siervos, no tardará en reaparecer bajo el disfraz de los partidarios del eslavofilia y del paneslavismo.

Se confunden con frecuencia estos dos términos como si fueran sinónimos. Es un error. Los dos movimientos, por momentos parecen fusionarse, pero las dos nociones permanecen completamente distintas. Se puede ser eslavófilo sin ser paneslavista y viceversa. Los eslavófilos afir-

man místicamente la superioridad de la civilización rusa sobre la civilización de occidente. Los paneslavistas preconizan la unión de todos los pueblos eslavos bajo la hegemonía del más fuerte de todos ellos: Rusia. Así definida, la política paneslavista puede parecer como la consecuencia práctica de la ideología eslavófila. Pero sus afinidades no van hasta hacerlas idénticas.

El problema planteado por los eslavófilos es de importancia vital para el porvenir de Rusia: "*Se trata de saber cuál debe ser la actitud del país frente a Europa. ¿Debe considerársele como subordinado? ¿Seguir su escuela o persistir en el camino de la imitación o de la adaptación occidental? ¿O, por el contrario, debe considerársele extranjero al occidente y renunciar a imitaciones que no convienen ni a su temperamento ni a su genio para sentirse ella misma?*"¹

Puestos ante este dilema, los intelectuales y artistas se dividen en dos campos adversos. Unos, sostienen que Rusia no tiene, ni en su pasado ni en sus tradiciones, nada que los separe radicalmente de Europa, pues carecen de una cultura verdaderamente nacional. Hay solamente diferencia de grado con sus vecinos de occidente. Otros consideran a Rusia fundamentalmente diferente del resto del mundo; una nación aparte, que por sus orígenes, por su educación y por los elementos de su cultura, está llamada a cumplir una misión distinta. "*La civilización occidental que se pretende imponernos, dicen, es parcial y artificial, pues separa la razón del sentimiento. Rusia, por el contrario, se esfuerza por unir y conciliar, en una síntesis superior, los elementos contradictorios de la vida. La pura lógica es incapaz de hacernos comprender la esencia de los fenómenos; el arte que nos habla por medio de imágenes y se dirige al sentimiento, es un tipo de conocimiento superior a la ciencia, pero la religión es el tipo más perfecto del conocimiento. Entonces, es en la iglesia ortodoxa rusa donde se conserva el verdadero cristianismo. Rusia es el pueblo elegido, el llamado a decir la última palabra*

¹ LEROY-BEAULIEU: *L'Empire des tzars et les Russes*. París, 1881.

en la historia de la humanidad".² Constantino Aksakov, el campeón eslavófilo, se hizo intérprete de este mesianismo. "La historia rusa, dice, tiene el valor de una historia santa. Será leída como una hagiografía".

Partiendo de esta idea a priori, los eslavófilos se aventuran a justificarla con los hechos. El descubrimiento del MIR ruso, en 1840, les sirve de argumento para probar las cualidades primigenias del pueblo eslavo. "El MIR es la característica del genio eslavo, el principio de una nueva civilización que regenerará a Europa destrizada por la lucha de clases y por el exceso de individualismo".³

Como se comprenderá toda esta ideología nacionalista carece de base científica. El MIR, lejos de ser un punto de llegada en el futuro, es la supervivencia de un pasado lejano que se encuentra en todas las civilizaciones primitivas, y que en Rusia se mantiene artificial, como un medio de gobierno y como un arma política. La teoría del MIR moscovita es prestada de un barón alemán que la desarrolla extrayendo sus principios de la metafísica de Hegel. La sola diferencia es que Hegel reserva para el pueblo alemán todos los privilegios que los eslavófilos reivindican para el pueblo ruso, compuesto, según ellos, por una raza superior a la germana.

Como todos los movimientos análogos, el eslavofilismo se desacredita por sus excesos ridículos. Degenera, a veces, en patriotería infantil y bullanguera. Algunos extremistas exigen que el nacionalismo se exhiba hasta en el aspecto del individuo, imponiendo el uso de la barba y adoptando la blusa rusa en lugar de la chaqueta occidental. A pesar de estas exageraciones, el eslavofilismo tiene sus defectos saludables. Gracias a él, Rusia libera su conciencia nacional, encerrada en un cosmopolitismo estéril, y los rusos aprenden a respetar su historia.

El movimiento paneslavista también tiene un carácter político. Pretende imponerse al resto de los pueblos eslavos, formar una gran federación cuya capital sería Moscú.

² Del libro *La Russie* de Armand Silvestre. París, 1895. 4a. Edic. 1910.

³ A. LIRONDELLE: *La poésie russe de l'art pour l'art et sa destinée*. (Revista de Estudios Eslavos, 1921).

Hay una cosa que pone de acuerdo a eslavófilos y pan-eslavistas: ambos detestan a San Petersburgo, la capital espuria, que debe abandonarse por ser la antitesis de las ambiciones eslavas. Constantino Aksakov, en 1860, dirigiéndose a San Petersburgo, la apostrofa: "*Has desconocido a Rusia y a todo su pasado. Por eso un sello de maldición está impreso sobre tu obra insensata. Sin piedad has repudiado a Moscú y has ido a construir, fuera de tu pueblo, una villa solitaria, pues no ha sido posible que vivas junto con las otras ciudades*". En la misma época, su hermano Ivan escribe a Dostoievski, quien comparte sus ideas: "*La primera convicción que debemos tener para reanimar en nosotros el sentimiento nacional, es detestar a San Petersburgo con todas nuestras fuerzas, con toda nuestra alma y escupirle a la cara*".⁴

Esta lucha entre eslavófilos y paneslavistas, que tiene profundas raíces revolucionarias, ha de repercutir, necesariamente, en la literatura, la ciencia y el arte ruso. Los escritores, que tanto nos ayudan a conocer al pueblo ruso, viven hasta entonces de traducciones o adaptaciones, en segundo plano, despreciados por una sociedad aristocrática que admira el arte alemán y la literatura francesa. También Rusia ignora el resto del mundo. El romanticismo viene a descubrir la pléyade de poetas y novelistas que igualan a los más grandes escritores de occidente, entre ellos, Lermontov, Gogol y Puchkin. Más tarde aparece la generación de realistas, esos genios incomparables de Turguenev, Dostoievski y Tolstoi. Nunca las letras se cernieron por tan altas cumbres.

Gracias a estos escritores, como por encanto se afirma el nacionalismo. Al lado de la literatura, la ciencia histórica y la arqueológica se orientan en el mismo sentido. Karamzine escribe, en 1816, una historia de Rusia con un éxito prodigioso. Pone un proyector sobre Rusia y la descubre al mundo. Por otro lado, la arqueología abandona las antigüedades griegas y romanas para indagar en las antigüedades del suelo ruso.

Entre todas las artes plásticas, la pintura es la que tiene más afinidades con la literatura; es la única que usa un

⁴ "*L'Humanité*", 28 febrero, 1921. *L'Art et la révolution russe*.

lenguaje figurado y se reproduce, como la literatura, por medio de la imprenta. Los pintores se convierten en literatos y panfletistas. Y para dar mayor fuerza de expresión a su arte, escogen dos géneros que son completamente extraños a la pintura académica: La caricatura y la pintura costumbrista. Con esto tienen una garantía de éxito, pues al público, en su generalidad, le interesan más el motivo de un cuadro que la manera de como está pintado.

En la imaginería popular del siglo XVIII se puede encontrar el origen de la caricatura rusa. Viene a desarrollarse justamente en uno de esos períodos críticos de la historia, para confirmar su carácter económico y político.

EN dos agrupaciones de artistas, LOS AMBULANTES y el MIR ISKOUSTVA, palpamos los cambios que conmueven a la sociedad rusa. Estos grupos nos transmiten por medio de la arquitectura, la escultura y la pintura, en formas materiales, las diversas realidades substanciales y formales del país: los profundos resortes espirituales que determinan la evolución política, jurídica y religiosa del pueblo ruso en las altas y bajas de sus situaciones económicas. La actividad artística de LOS AMBULANTES y del MIR ISKOUSTVA nos hace conocer las ideas que, desde el año de 1860, vienen gestándose en el pueblo ruso, el espíritu que fecunda sus actividades.

LOS AMBULANTES son los iniciadores del arte nacional, de la pintura costumbrista; los descubridores del paisaje ruso, los que por primera vez atacan a la Academia, rechazan las recetas elaboradas por los profesores europeos y el eclecticismo importado con la moda internacional.

Dos pintores preparan el advenimiento de LOS AMBULANTES en el campo del arte ruso: Alejandro Orłowski y Gabriel Corbeich Venetianov.

Alejandro Orłowski, un polaco rusificado, es el primero que se preocupa por mirar a su alrededor para descubrir el medio donde vive. A pesar de ser polonés, su obra pertenece a la Historia del Arte Ruso. Su vida, llena de aventuras, bien merece una biografía novelada.

DESDE principios del siglo XIX asistimos a la lucha entre el reaccionarismo representado por la Academia de San

Petersburgo, y los ideales sostenidos por el eslavofilismo y el paneslavismo.

La caricatura y la pintura costumbrista abren la primera brecha en la Academia. Hacen tambalearse el estandarte del cosmopolitismo, sostenido por tan poderosos brazos como los de Ivanov y Brulov. La primera fuerza de asalto la forma un grupo de desertores de la Academia, que se llama: *Los trece disidentes*.

En 1860, reina el zar Nicolás I. Las tendencias literarias de la época nos hacen ver que el país sigue cultivando el nacionalismo activo de 1817. Eslavófilos y paneslavistas exaltan el patriotismo y predicán la necesidad de llevar una vida ajena al occidente. La guerra de Crimea, en 1855, calma un poco el orgullo paneslavista; demuestra a los patriotas rusos su inferioridad, así sea como fuerza material, respecto a Europa. El pueblo busca la causa de esta inferioridad. Le urge encontrar un responsable. De las reivindicaciones nacionales pasa a las reivindicaciones sociales. La culpa no puede ser otra que la corrupción y la falta de patriotismo de las clases dirigentes. El Estado se encuentra en manos de ineptos; se gobierna por la opresión y con sistemas extraños al modo de ser ruso. De un pueblo de siervos es inútil esperar la salvación nacional. Todavía no se sabe quién es el verdadero culpable: la nobleza, el ejército, la burocracia o el zar. Lo cierto es que gobierna un sistema indigno de subsistir.

Desde principios del siglo XVII, los aldeanos soportan el "siervaje" establecido por Boris Goudonov para asegurar el servicio militar. Toda la nación clama contra tal injusticia y los artistas y literatos encabezan un movimiento reivindicador que decide al zar a promulgar dos grandes reformas: abolición de la esclavitud y creación de las Asambleas Provinciales, especie de gobierno local, para la mayor parte de las ciudades de la Rusia Occidental (1861). Estas dos grandes reformas sociales, que valen a Alejandro II el nombre de "Emancipador", se deben, en gran parte, a los hombres de letras que toman parte activa en el movimiento. Los poetas dejan de cultivar lo que se llama *el arte por el arte*, o, como decimos hoy, *el arte puro*. Los intelectuales rusos sostendrán que la belleza debe forjarse en la lucha cotidiana y el arte debe mezclarse con los intere-

ses políticos, por pasajeros que sean. Debe adentrar en la realidad de la vida. Si sube a las cimas y se remonta hasta lo universal, debe ser partiendo desde el lodo del dolor humano. El poeta tiene que tomar parte en la batalla. Se le impone el deber cívico de participar en la lucha. Para él no debe existir otra lírica que la incitación a la protesta. Los *RECUERDOS DE UN CAZADOR*, de Turgueneff, es uno de los gritos más apremiantes para destruir la esclavitud.

La pintura sigue a la literatura en su repudio del *arte puro*. Se inspira directamente en los acontecimientos que conmueven al medio social. Por aquel entonces la vida de los pintores en Rusia se parece a la de los siervos. Comparten sus miserias, y a la esclavitud material se añade el encadenamiento del espíritu. Los amos de los unos son príncipes terratenientes, los amos de los otros son los burócratas de la Academia.

La vida artística se concentra en San Petersburgo. Allí los omnipotentes directores de la Academia ordenan y disponen sin tomar en cuenta el espíritu de los jóvenes. Hace veinte años que éstos esperan el momento para rebelarse contra la odiosa institución. Este se presenta en 1840, cuando la Academia se niega a continuar con el sistema de internado que permite a la institución ejercer una estricta disciplina sobre los alumnos. El Estado no quiere seguir manteniendo a los futuros artistas. Todos aquellos que en adelante concurren a las aulas tendrán que vivir fuera de la Academia. Están libres de proceder a su antojo. Y los jóvenes, que hasta entonces han sido vigilados en el plantel, se sienten fuera de la tutela administrativa. Invaden los cafés, forman cenáculos e inician la bohemia desgreñada, famélica, terror de la burguesía. Pero el Estado no abdica su puesto de protector honorario de las artes. Para demostrar su celo, funda en Moscú otra *ACADEMIA DE PINTURA Y ESCULTURA* que se levanta como rival de la omnipotente Academia petersburguesa.

En 1863, uno de esos incidentes, al parecer baladí, pero que es la gota de agua que basta para provocar el derrame, inicia la rebelión en la Academia petersburguesa: trece alumnos, candidatos a la medalla de oro, se niegan a aceptar el tema dado por el jurado: *Otón en el Walballa*. Su actitud no logra que se reemplace el tema por otro ruso, más

moderno, y ni siquiera que se modifique el tema de la mitología germana. Ante la obstinación del jurado, los estudiantes deciden abandonar el concurso. La pequeña rebelión hace escándalo; el gobierno interviene para prohibir que los periódicos publiquen la noticia. Se espera que los jóvenes depongan su actitud. Pero éstos se mantienen inquebrantables. *Los trece disidentes* es el punto de partida del arte nacional ruso. La revolución está en marcha. Sólo resta organizarla.

Para poder enfrentarse a la Academia y hacerle una oposición efectiva, lo primero que se debe resolver es el problema económico. Disputarle el acaparamiento que disfruta de las actividades artísticas. Para salvar el movimiento hay que unirse en una labor común, comenzar por fundar una sociedad parecida a las asociaciones gremiales de la Edad Media. Dar el inevitable paso atrás. Todos trabajan en común, viven juntos, se dividen las ganancias por igual y se conforman con poco. Las tareas se reparten: unos viajan por las provincias, otros hacen propaganda y se ocupan de la administración, otros procuran trabajo por todos los medios y en todos los rincones. Aceptan encargos de copias de cuadros célebres, ilustraciones de libros y de periódicos, estandartes, insignias, letreros, tallas de santos, retratos y pinturas de iglesias. La tareas se dividen según las capacidades. Pero, a pesar del entusiasmo y laboriosidad desplegados por sus miembros, la sociedad de *Los trece* hubiera fracasado sin el apoyo financiero de un Mecenaz moscovita, el señor Tetriakof, que, con buen sentido práctico, funda en 1870 la célebre SOCIEDAD DE LAS EXPOSICIONES AMBULANTES que durante veinte años, hasta 1890, ejerce notable influencia sobre el arte ruso.

En los AMBULANTES se agrupan, por primera vez, los artistas rusos bajo un programa de acción común. Se proponen hacer conocer, por medio de exposiciones, las obras de los artistas nacionales en todo el país, destruyendo así el monopolio del arte por la capital.

Las pequeñas ciudades donde se conoce el arte por referencias aprovecharán su mensaje cultural. El propósito de la sociedad es realizar una misión educativa bajo un plan de acción común, rigiéndose por una doctrina estética ho-

mogénea. Se trata de una verdadera escuela basada en la tesis de Tehermycheuski (1855).

Este escritor sostiene que la mayor belleza es la que el hombre encuentra en la vida y no la que se crea por medio del arte. Nada puede inspirar más certeramente al artista que la realidad misma. Copiar esta realidad, lo más fielmente posible, debe ser la misión del artista. Al lado de esta copia perfecta, el sueño efímero de los poetas tendrá que desvanecerse. Pero si la pintura debe renunciar a inventar sueños, tampoco debe concretarse a copiar servilmente a la naturaleza. Esta copia debe llevar en sí un fin especial. La realidad en todos sus aspectos debe ser puesta ante los ojos del pueblo siempre que ilustre o comporte una acción provechosa. El artista no debe estar al servicio del arte por el arte, sino al servicio del pueblo, del progreso social. El arte debe ser un instrumento de educación popular, debe contribuir a la emancipación material e intelectual de las masas.⁵

Para un miembro de la SOCIEDAD DE LOS AMBULANTES, el mejor artista no es el que demuestra más talento para aplicar los colores sobre una tela, sino el que expresa con mayor realidad el dolor del país oprimido. El que denuncia con mayor elocuencia los abusos del gobierno contra el pueblo, el que hace ver de manera más precisa la corrupción de los nobles, la degradación del clero, la abyección en que los vicios hacen caer a los trabajadores. Esto es lo primordial en la expresión. Lo secundario es la armonía de líneas, la sabiduría de la composición, la justeza de valores, la calidad de la pintura. El arte máximo es el que habla con mayor elocuencia a la mayoría: el que se expresa con realidad y lenguaje ruso.

El primer deber de los AMBULANTES es dejar de lado el arte académico y todo lo que se considera superficial y extranjero. No les importa cultivar una técnica balbuceante o que el tema carezca de elegancia. Lo principal es que sea ciento por ciento ruso.

Estamos en la época en que Courbet da un carácter social al realismo, en que Millet descubre el campo fran-

⁵ TEHERMYCHEUSKI: *Relations de l'art et la réalité*. Traducción francesa Eclit, Gallard. Paris, 1895.

cés y Daumier embiste contra la burguesía egoísta, hija malparida de la Revolución Francesa.

Los románticos se baten en retirada ante el empuje preponderante de los realistas. Hasta Rusia llega el eco de esta lucha. Repine, uno de los intelectuales del grupo, declara a Delacroix y Chavannes, *farsantes*; en cambio se proclama geniales al suizo Böcklin y al alemán Stuck. Entre los paisajistas, se prefiere la escuela de Duseldorff a la de Barbison. Esto muestra la predilección del grupo por el arte alemán.

Ivan Nicoleavitch es el que se encarga de lanzar el grito de independencia en la historia del arte ruso. *"Ya es tiempo, dice, que el artista ruso se pare firme en sus propios pies. Ya es tiempo de romper las ligaduras que nos amarran al extranjero. Gracias a Dios que nos ha crecido la barba. ¿Por qué hemos de andar pegados a las faldas de nuestra nodriza italiana? Ya es tiempo de crear una verdadera escuela rusa"*. Con esta arenga se pone a la cabeza de la sección económica del grupo y se encarga de organizar un plan comercial para apuntalar el falansterio que se transforma en la SOCIEDAD DE LOS AMBULANTES.

Los principales géneros de la pintura que cultivan son: pintura religiosa, pintura de historia, costumbrista, popular y paisaje.

LA PINTURA RELIGIOSA.—Desde la muerte de Pedro el Grande se rompe la tradición bizantina. La pintura de iconos sale del dominio del arte popular y pierde sus caracteres de arte nacional. A Ivan Nicolaevitch, de los AMBULANTES, corresponde el mérito de su renacimiento.

Desde que Nicolaevitch ve el célebre cuadro de Ivanov *La aparición de Cristo*, protesta indignado: *"El Cristo Italiano puede ser bello, debemos agregar, divino, pero yo lo considero extranjero"*. Y se propone crear un Cristo ruso. Como no puede dar a su idea una forma precisa, ante su impotencia recurre a un compañero que, con mayores facultades, se encarga de hacer esclavo a nuestro Redentor, sin despojarlo del realismo patético en que se deleita y se tortura el alma rusa.

El hijo de un pope, Vidor Vanstnetsov, es el que lleva a su más alta realización el arte religioso ruso. Le construye una base lógica donde asentarle. La decoración de



ALEXEI VENETSIA NOV (1780-1847). Segadores.



ILYA REPIN (1844-1930): *Cosacos respondiendo con burlas a un decreto del sultán Mahomet IV.*

la iglesia de San Blademir de Kiev, por el temperamento que la anima, es aclamada en toda Rusia, y en muchos países extranjeros, como la realización más acabada del arte religioso ruso. Vansnetsov resucita francamente el estilo bizantino invistiéndolo de una dignidad más humana. Son los mismos ojos almendrados de las vírgenes de Bizancio, pero con ternura de mujer; el mismo niño escuálido contra el seno plano, sin forma, pero donde palpita ya el amor materno. Los santos también salen de su dignidad hierática para animarse con un realismo discreto, que pone en las escenas un soplo de vida actual.

En resumen, a pesar de todos los esfuerzos de los AMBULANTES, la pintura religiosa rusa no es más que una combinación donde interviene más la habilidad que la facultad creadora del artista. Una pintura híbrida, situada entre la antigua y la moderna expresión religiosa.

LA PINTURA DE HISTORIA.—De vez en cuando las academias, cuando se hartan de modelos de yeso, de estatuas griegas, emperadores romanos o moldes renacentistas, hacen esporádicas incursiones en uno que otro episodio de la historia nacional. Pero ninguno de los ensayos hechos por la Academia de San Petersburgo merece consignarse. Hasta la aparición de los AMBULANTES no se puede hablar de pintores de historia verdaderamente rusos.

Elía Efimovitch Repin, el mejor dotado del grupo, a pesar de no haberse dedicado solamente a la pintura de historia, es el que alcanza más popularidad explotando este género. Su fama comienza en 1870, cuando, al volver de un viaje por el río Kasan, pinta su famoso cuadro *Los Bañeros del Volga*. Es el símbolo del pueblo ruso maniatado a la cuerda del trabajo forzoso, el látigo sobre las espaldas, descalzo, hambriento, tirando, tirando siempre del lastre atado a la cintura famélica.

Con el deseo de estudiar, Repin va a París para estar cerca de los impresionistas, entonces en su apogeo. Su retina, saturada del ambiente ruso, no puede adaptarse a la mera observación de la luz que esclaviza a los maestros del color. Los llama "*Charlatanes al servicio de una banda de explotadores*". Después de una ausencia bastante larga, regresa y produce las dos obras más populares de la pintura rusa: *Ivan el Terrible delante del cadáver de su hija*

y *Cosacos respondiendo con burlas a un decreto del Sultán Mahomet IV.*

PINTURA COSTUMBRISTA.—La caricatura abre paso al realismo utilitario para culminar, fatalmente, en la pintura costumbrista. De los elementos folklóricos, de los gustos y costumbres del pueblo, nace este lenguaje plástico como punto de contacto directo con las masas. Es la pintura de historia despojada de toda cultura. El relato de los hechos basándose en el sentir del pueblo, en sus costumbres, en su modo de ser y vivir. El efecto de la pintura de historia bien puede escapar a la comprensión popular; el de la pintura costumbrista, nunca.

Hay dos categorías de pintores costumbristas entre los AMBULANTES. Los que se proponen divertir al pueblo por medio de anécdotas humorísticas, sentimentales o pintorescas, y los que llevan el propósito, más profundo, de atacar los vicios de la sociedad rusa, para provocar una sanción de la opinión pública.

"El arte, dicen, no debe encerrarse en los límites egoístas del deleite, no debe estar al servicio de un grupo limitado de favorecidos; hay una mayoría que debemos distraer de sus problemas naturales. Hay gentes a quienes se debe denunciar y otras a quienes es obligación libertar y dignificar".

Para realizar su labor, los AMBULANTES rechazan el virtuosismo, las teorías surrealistas, todo lo que no está al alcance de las mayorías. No les importa la satisfacción de la burguesía. Prefieren provocar la carcajada de los *exquisitos*, de los partidarios de la *belleza pura*, con tal de realizar algo que esté al servicio del pueblo.

Vacile Perov, pintor siberiano, paisano de Sourikov, descuella en este grupo. Hijo natural de un noble, desde niño se siente aplastado por la ley que pesa sobre los que no tienen el derecho de llevar el nombre de los padres. Su profesor de primeras letras, admirador de sus dotes caligráficas, le da el sobrenombre de Perov (pluma).⁵ Poco a poco, de la destreza caligráfica pasa a demostrar grandes dotes para el dibujo. Aptitudes de gran artista, de *elegido* para entrar al servicio de los potentados. Su educación

⁵ *La Russie - Art Moderne, "L'Art et les Artistes", 1917.*

artística está al nivel de su profesor aldeano. Admira a Meissonier y sus minúsculos cuadritos de batallas. La reproducción de la *Retirada de Rusia* lo llena de entusiasmo. Bajo la influencia de este artista pinta escenas callejeras con prolijidad de plumífero. Aldeanos parecidos a los de Barbison, tipos del Segundo Imperio, multitudes de feria y plaza pública. Todo sin alma.

Perov marca una actitud opuesta a los académicos, que sólo pueden inspirarse en París o Roma. Con este pintor se inicia la etapa realista de los pintores populares rusos de la segunda mitad del siglo XIX: una nueva aspiración a tomar contacto con la tierra natal.

Pero donde se destaca el temperamento combativo de Perov, su agresividad, es en sus ataques contra la institución, hasta entonces la más sagrada en Rusia: el clero. Es un anticlerical furibundo. Hacen escándalo sus figuras de popes borrachos, frailes glotones, sacristanes pícaros. La censura manda retirar de una exposición *La procesión de Pascua* y prohíbe su reproducción, pues es una escena nada edificante de las costumbres religiosas rusas. Representa una procesión en una aldea, en el momento en que hace alto frente a una cantina. El pintor nos hace ver, en medio de iconos y estandartes, las consecuencias de este descanso. Los fieles salen tambaleándose; el pope, al descender los escalones, da un traspié y cae de bruces en la puerta, y el diácono, enredado en el incensario, rueda hasta el lodo del arroyo.

Codeándose con este género de sátira religiosa, florece la sátira social, el ataque a magistrados y gobernantes. Todo un museo puede formarse de la pintura de esta época: pintura grosera, literaria, mediocre, o como quiera llamársele, pero de un sabor original, no exento de calidad estética. El contraste de la vida social rusa: el egoísmo de los ricos, el privilegio de los nobles, la roña de los empleados, la parcial distribución del bienestar, donde unos se abrigan en pieles costosas y los otros perecen de frío; donde los unos comen viandas hasta el hartazgo y los otros se mueren de hambre por falta de un pedazo de pan. Son magníficas ilustraciones para una sociología del arte.

Al principio, la censura tolera la sátira de estos pintores, pues se la considera sin trascendencia. Nadie se da

por aludido del ataque general contra los explotadores. Todos dicen: "Conmigo no va eso", y aplauden regocijados. En cuanto a la sátira política, es otro asunto. La censura zarista se muestra implacable. Por más valor que tengan los artistas AMBULANTES, no se atreven a provocar la ira policíaca. Los más temerarios esbozan una protesta contra la crueldad de las prisiones y deportaciones por ideas políticas. Siberia es una amenaza siempre presente: el espantajo del pueblo ruso, la razón de su miedo y su piedad instintiva por los prisioneros. En un país donde las gentes saborean en dosis mínima el preciado dón de la libertad, la mayor desgracia que puede sobrevenir es que se les retire la poca que disfrutaban. No puede haber escena más trágica para un ruso que un hombre encerrado, contemplando la luz que se filtra por los barrotes de su celda. Uno de los más grandes éxitos de Repine se lo debe a un famoso cuadro *Ya no lo esperaban*. Evoca el recuerdo de un deportado, enflaquecido y miserable, un despojo humano, que la Siberia reintegra al seno de su familia.

EL RETRATO.—LOS AMBULANTES tratan de dignificar este género de pintura. Empujados por las exigencias económicas, descienden de su dignidad para ir en busca de clientes a quienes halagar en su vanidad. El retrato es muchas veces un arma para exaltar a los hombres dignos, y también, un escalpelo para poner al descubierto la vulgaridad de personajes considerados importantes. Los mejores trozos de pintura dejados por los AMBULANTES se encuentran en el retrato. Repine pinta uno de los más notables retratos de Tolstoi: la blusa blanca, los pies desnudos en los terrenos que labora, al viento la cabellera gris sobre la frente pensativa. Tolstoi es el ídolo del grupo.

EL PAISAJE.—Gracias a los AMBULANTES, el paisaje ruso aparece por primera vez graficado en las obras de arte. Los artistas rusos dejan de lado las dulzonas campiñas italianas, las playas nórdicas, las pérgolas de Sorrento o el campo bretón, para descubrir los lagos, los ríos, la estepa y los bosques rusos.

Los AMBULANTES no creen que se puede pintar este paisaje con una técnica preconcebida. La naturaleza, para ser interpretada, exige una visión personal. No se puede pintar un paisaje ucraniano, con el puntillismo de Monet,

por ejemplo, ni se pueden pintar las orillas del lago Ladoga con las recetas de Barbison. El lenguaje del pintor paisajista ruso es rudimentario, de estilización grosera, pero expresa la naturaleza rusa y vive con alma propia.

El más serio de los paisajistas de esta época es Aivasovski, que nace a principios del siglo XIX, y lo vive íntegro, hasta 1900. Su mayor inspiración es el Mar Negro. Ivanov dice que nadie en el mundo puede pintar el agua mejor que él. En sus comienzos Aivasovski hace la imprescindible estadía en la Academia y el viaje de rigor a Francia. Recibe varias de esas medallas que dan los gobiernos para encomiar, sin mucho gasto, la producción de artistas y ganaderos. Desde que comienza a pintar le sobran encargos. Hace de su profesión lo que suele llamarse una "carrera brillante". El zar Nicolás I lo comisiona para pintar una serie de vistas de los puertos rusos: Kronstadt y Revel sobre el Báltico, Odessa, Sebastopol, Teodosia y Kertch sobre el Mar Negro. En París, el elegante duque de Morny, *arbiter elegantiarum* del Segundo Imperio, compra uno de sus cuadros para regalarlo a la emperatriz Eugenia, y el Gran Sultán de Turquía lo invita a pasar una temporada a su palacio del Bósforo.

En su larga vida pinta más de cuatro mil cuadros. Una obra tan fecunda es difícil que tenga calidad, ni tampoco variedad; un número tan respetable de cuadros tiene que corresponder a una especialización, a un procedimiento.

Otro de los pintores olvidados, Savrazov, es el autor del cuadro *Los gorriones han llegado*, expuesto en 1871. Esta obra hace saborear el paisaje ruso a todas las clases sociales: al noble, al burócrata, al aldeano. Es la primera vez que se ve despertar la primavera en el campo ruso. La primera vez que un artista ruso engalana de poesía las estaciones, con ese maridaje contradictorio de tristeza y de vida, de triunfo y de muerte con que tanto se complace el alma rusa.

NINGUNO de estos artistas perdura en el recuerdo del arte. Hacen lo que pueden, cumplen con preparar el terreno para que otros realicen una obra más completa. Son los precursores del gran paisajista Levitane, los que se encargan de descubrir lo que está apenas oculto bajo la tie-

rra rusa: el sufrimiento del pueblo, el egoísmo del noble, el servilismo del burócrata, la degradación del pope.

En general ninguno de los miembros de la SOCIEDAD DE LOS AMBULANTES produce esas obras maestras que dan la vuelta al mundo con una etiqueta de millones, para que se las disputen los ricos coleccionistas. Tampoco marcan un período en la historia del arte universal; en cambio, construyen los cimientos del arte nacional ruso, inician la lucha por el mejoramiento y la justicia social. Son los creadores de un realismo necesario para el pueblo, más necesario y útil que el éxtasis para los diletanti encerrados en las cuatro paredes de un palacio. Es un esfuerzo de rebeldía organizada. Una disciplina al servicio de la mayoría para crear una relación entre el arte y el pueblo, rota desde Pedro el Grande. Una reacción contra las academias que representan la imposición de un arte extranjero, y esto basta para justificar la tarea histórica de los AMBULANTES. ¿Qué importa si no producen cuadros dignos de perdurar en la Historia del Arte? En cambio su labor es digna de figurar en la historia de Rusia. Patentiza la vida, las luchas, los sufrimientos de un largo período que forma parte de la historia de la humanidad.

¿Que no pudieron dominar la técnica? Es verdad. Su composición utilitaria, necesaria en la etapa de su actuación, les impide contraerse al virtuosismo profesional. La forma tiene que sufrir ante la importancia del tema. No es su propósito crear un estilo ruso. El estilo es el último eslabón en el proceso de la forma. No es necesario para que el pueblo ruso se comprenda a sí mismo. Sólo necesitan crear un lenguaje simple, que se presta a relatar hechos y expresar ideas al alcance de todos.

EL MUNDO ARTISTA.—Después de los AMBULANTES aparece en Rusia EL MUNDO ARTISTA, otro grupo que corresponde a una transformación dialéctica inconfundible. Rara vez el proceso del arte, que aparece turbio en algunos pueblos, que en otros no se conoce o se tergiversa por falta de historiadores y críticos, se produce con precisión tan matemática como en Rusia. Nos permite conocer a sus cultivadores, analizar la conciencia que lo mueve, la inspiración que lo guía y los ocultos movimientos sociales que determinan el género de cada obra.

Durante un cuarto de siglo, LOS AMBULANTES dominan, con su programa renovador, el arte ruso. Al principio este programa corresponde a una necesidad de cambio. En 1890 ya es caduco. Es otra academia que sale al paso de las reformas propuestas por el nuevo grupo. El deber de todo artista es vivir con su generación o intuir en la generación futura. Los que no pueden seguir este comando imperativo pueden decir que están muertos.

EL MIR ISKOUSTVA (El Mundo Artista) representa la nueva etapa. El arte ruso va a saltar de un extremo a otro: de lo real a lo irreal, de lo impersonal a lo personal. Va a abandonar la tierra para remontarse a lo abstracto. Los intelectuales entran en escena.

EL MUNDO ARTISTA, más que una asociación, es un grupo de pintores, escultores, arquitectos y literatos, unidos por una misma ideología, alrededor de la redacción de la revista MIR ISKOUSTVA. Estos artistas no están ligados por una organización, ni un programa. Su trabajo es individualista, y, si tienen una idea en común, ésta es la de combatir la tendencia de los AMBULANTES.

El MIR representa un esfuerzo de liberación individualista, opuesto al esfuerzo de realización de los AMBULANTES. Estos son artistas, solamente artistas; los otros son intelectuales. Los componentes del MIR pertenecen a las clases medias o acomodadas; los AMBULANTES son hijos de aldeanos, de siervos, que buscan temas en el pueblo, en el dolor, que no siempre es simpático; los del MIR se inspiran en las nuevas teorías del arte, en los salones de la *high life* y la moda de París. Los unos piensan en francés, los otros en ruso. Los AMBULANTES son incultos, ciento por ciento nacionalistas, los otros forman parte de la cultura universal y rechazan los límites que impone el nacionalismo. LOS AMBULANTES hacen arte sin teorías, los del MIR siguen los mismos cambios, las mismas particularidades y virajes que se observan en las escuelas del llamado Arte Nuevo.

El MIR está formado por una brillante promoción de artistas, de calidad superior a los hijos de la gleba. Entre ellos figuran Levitane, el gran paisajista, María Bachkirtseva de las memorias patéticas, la princesa Tenicheva, intelectuales de renombre, príncipes y princesas, altos em-

pleados de museos, opulentos mercaderes hebreos; lo más refinado de Rusia, lo más fuera del pueblo. Trabajan por el *"progreso social, por el triunfo del refinamiento, por el fin de la grosería y la brutalidad"*. Es la idea culminante del MIR. *"Hay que hacer triunfar el arte por el arte, la línea por la línea, el color por el color. Apartarse de las tendencias políticas o sociales"*. *"El arte lleva en sí su propio fin. El arte es la belleza y lo importante, más que el motivo, es la acción pura, sin interés"*.

El MIR tiene, por lo tanto, que combatir contra el arte popular, el folklorismo y lo pintoresco. *"Puesto que el pueblo es inculto, dicen, la expresión que de él se deriva tiene que ser grosera. Para el pueblo se han hecho los carteles, los estandartes y los santos. Con eso debe contentarse"*.

Dejando de lado el arte popular, los artistas del MIR ISKOUSTVA aspiran, sin embargo, a crear un arte nacional, de un nacionalismo amplio, sereno y sin agresividad, que pueda florecer en cualquier parte. Conducen el movimiento del arte ruso por senderos distintos al seguido por los AMBULANTES, pero no hacen más que continuar la ruta inevitable marcada por la ideología social del país donde viven. El dominio del arte no se logra por la voluntad de un grupo de hombres. El nivel del arte no puede subir ni bajar por el talento de un grupo de artistas después de redactar un programa de acción. Antes de que el grupo formulara sus propósitos, ya la naturaleza y las circunstancias sociales han determinado la clase de arte que deben cultivar, y la forma de su expresión. El arte del MIR es de calidad superior a la de los AMBULANTES, más refinado, de mejor técnica, pero de menor mérito en cuanto a originalidad, a expresión nacional.

Nunca los AMBULANTES con su cerrada disciplina, su amor al pueblo, amarrados a la realidad social de su país, hubieran podido traspasar las fronteras de Rusia. Los del MIR pudieron conquistar a Europa. Pero no la conquistaron con la bandera rusa, con la conciencia rusa, con la doctrina rusa, con esa agonía exasperada que germina en la nación. La conquistan con las mismas doctrinas decadentes de Europa, donde caen como expertos conocedores

del terreno, maestros alimentados con la rica sabiduría de la tradición rusa y la rica fantasía de su espíritu.

Los artistas rusos trabajarán para que la historia rusa no quede encerrada entre los muros de San Petersburgo. Pedro el Grande crea una civilización, que, aunque de origen alemán, es digna de codearse con cualquier otra; ahora le toca el turno de expresarse. Los del MIR se esfuerzan por rehabilitar el estilo barroco de la época de Elizabeth, el clasicismo de Catalina y el estilo Imperio de Alejandro I. Su primer deber es el de exaltar la belleza de la capital, respaldar el arte extranjero, restablecer el contacto entre el arte ruso y el arte francés, sin dejar de reconocer una posición de subordinación y dependencia. Desde 1890, se vuelve a sentir la influencia de Francia. Los pintores rusos descubren y admiran lo que entonces hay de más admirable en el mundo de la pintura: Delacroix, Manet, Courbet. Los museos se apresuran a enriquecer sus galerías con obras de tan ilustres artistas y, para conocerlos de más cerca, los pintores moscovitas se instalan en París. Tratan de ponerse a plan con la vida y los refinamientos de los grandes duques cabareteros. Los millonarios hacen legados valiosos al Estado "*para contribuir a la educación de la juventud*". París se impone sobre Munich y Dusseldorf. Se compran obras maestras de impresionistas y expresionistas. En los museos figuran: *El Desayuno sobre el Prado*, de Manet; *Mamau Tupapau*, de Gauguin; *La Catedral de Rouen*, de Monet; *Bailarinas*, de Degas; paisajes provenzales de Cezanne, obras de Van Gogh, y decoraciones de Maurice Denis. Lo más moderno, lo más avanzado, está representado en los museos rusos. Los antiguos AMBULANTES quedan definitivamente vencidos, roto el parentesco de los refinados con esos "*groseros charlatanes de historia*". Triunfa el arte sin tema, "*el sólo digno de la pintura, pues el resto es fotografía iluminada y teatro de plaza pública*".

Pero más puede el temperamento ruso y tiene mayor arrastre la fuerza del espíritu nacional. No pasa de admiración literaria este afán del MIR ISKOUSTVA. La pintura francesa sigue fuera del alcance de los pintores rusos. La pintura de caballete de esta época, inspirada en los impresionistas, no pasa de lo vulgar. Lo genuino e importante

del arte ruso continúa expresándose en los muros, el grabado y la decoración de teatro.

Hay críticos que atribuyen este fracaso imitativo y la predilección del arte ruso por la decoración y el grabado, al temperamento poco paciente del artista ruso, incapaz de someterse a la dura disciplina que requiere el cuadro de caballete, con el ajuste de valores, el dibujo cerrado, las exigencias de composición y la riqueza de materia. La pintura decorativa se lanza a la conquista fácil, a subrayar desde lejos. Rechaza el monóculo inquisitivo de los críticos, el análisis razonado de los detalles.

El desarrollo de las artes gráficas se le debe al MIR. Los ilustradores de libros rusos, gracias al gusto innato que tienen por la decoración, dejan de lado la influencia de alemanes, ingleses y franceses y llegan a crear un arte original, plagiado luego en otros países. En San Petersburgo las artes gráficas se desarrollan en circunstancias más favorables que en Moscú. Las mujeres son las que más se distinguen en la ilustración de cuentos populares y cuentos de niños. Pero debemos hacer constar que los artistas del MIR no hacen más que continuar lo que comenzaron los AMBULANTES. Para un pueblo que vive de tradiciones prestadas, las fábulas populares y los cuentos de niños, sacados de sus propias mitologías, son la mejor manera de exaltar el amor patrio y crear la nacionalidad. Se embellece ante los ojos de la niñez la tradición indígena despojada de vulgaridades, sin erudición presuntuosa, y se crea, desde la infancia, una conciencia nacional orgullosa de sus antecedentes.

Bajo el MIR florece también el arte más genuinamente ruso: el ballet. La pintura se alía a la coreografía y la música. Se aplaude a los pintores al lado de Rimski Korsokov y de Stravinski; la iluminación eléctrica, las máquinas, los trajes, prestan nueva suntuosidad al teatro. El ballet, es la última aportación de Rusia al arte occidental; quedará consignada en la Historia del Arte del siglo XX, con una importancia igual a la que tiene la formación de la ópera francesa en el siglo XVIII.

Rusia, bajo los zares, no puede dejar de ser una nación de gran actividad teatral. La ópera, el drama, la opereta y la comedia son insuperables.

En el teatro se dice muchas veces, por boca de los actores, lo que el pueblo no se atreve a decir de viva voz. En la escena se satiriza y se ataca. Esquilo subleva a Prometeo, Hamlet castiga a los usurpadores, el pueblo vocea sus rebeldías y asesina a sus tiranos. En el teatro ruso, bajo los zares, se hacen innovaciones geniales. Los músicos producen obras incomparables, y en Occidente nadie disputa el éxito a los artistas de los teatros imperiales.

Al mismo tiempo que Benois, Bakst y Röerich triunfan con los telones de teatro y los grabados, Alejandro Wroubel, Levitane, Constantino Somov, Mousatov, inician un arte al servicio de las clases dirigentes. El arte patético de Wroubel nos pone ante la fantasía del espíritu eslavo. Isaac Levitane, hijo de un modesto profesor judío, afina la belleza del paisaje ruso, pintando los viejos monasterios ortodoxos, los otoños y los crepúsculos de la etapa ucraniana. Su arte es ruso y el fondo de su tristeza es aún más rusa que israelita. Al evocar la naturaleza y el campo, lo hace con la más pura exaltación de la *taska* rusa, algo así como la añoranza o la *saudade*. Mezcla de nostalgia rusa y desesperanza hebrea. En los retratos de Valentín Serov vemos a los aristócratas y burgueses de Rusia: zares, grandes duques, damas de la corte, princesas, artistas, bailarinas y prostitutas. Ida Rubinstein posa desnuda ante el artista, como Leticia Bonaparte para Canova.

La revista del MIR ISKOUSTVA desaparece en 1904. Toman su lugar dos revistas de elocuentes nombres: EL TOISON D'OR y APOLLÓN. Se crea en la capital rusa un SALÓN DE INDEPENDIENTES, también un salón de FIERAS. Se escogen barrios bohemios, como Montparnasse, y se forman cenáculos de *incomprendidos*.

Los grupos de jóvenes *genios*, en busca de lo abstracto se remontan por las nubes. Louis Aragon y André Breton son guías espirituales, y la acción se plantea, según Aragon, en un dilema trascendental: *¿Debemos obedecer al instinto o a la inteligencia?* El arte refleja la duda y el desbarajuste; presagia la tragedia donde se va a hundir el mundo. El pueblo en sus vísperas cultiva las armas, el zar cultiva su jardín. La zanja entre las dos clases, señores y siervos, se llena de cadáveres. Facilitan la tarea la intolerancia de los explotadores y la agresividad de los explotados.

ESTAMOS EN 1914. A las puertas de la guerra y en vísperas de la Revolución.

En 1921, vemos reaparecer una parte importante del grupo en París. Con ellos trabajan artistas internacionales como Picasso y Matisse. En la Rue de la Boetie se pueden admirar cuadros de los más representativos: Grigoriev, Saveli, Sorine, Jakoblev, Sergio Soudeikine. Más tarde los veremos esparcidos por las grandes ciudades de América. Ninguno ataca al nuevo régimen. "Sólo uno, Boris Grigoriev, ha osado evocar los aspectos alucinantes y casi apocalípticos del infierno bolchevique", dice el francés Louis Reau. Grigoriev ataca sirviéndose de alegorías. ¿Cómo podría un artista de esta promoción juzgar y ver las cosas de acuerdo con la realidad? ¿Cómo podría juzgar la revolución si siempre vivió al margen de la vida del pueblo? Los artistas del MIR renuncian a pertenecer a un país donde el arte refinado no tiene cabida.

Bajo el programa de la revolución, no pueden esperar nada del gobierno de Obreros, Campesinos y Soldados. Tampoco el gobierno ruso cuenta con la simpatía y adhesión de los pintores del MIR. Todos ellos emigran. Servidores de una clase, toman el camino del exilio tras de los grandes duques, los príncipes y generales, para compartir con ellos el honor de la derrota... y los restos del festín. En Rusia sólo queda incendio, peste y miseria. En los palacios derruídos se terminan las bellas fiestas. Desaparecen los protectores rumbosos, los mecenas y las dádivas. Estos artistas no saben cómo vivir sin estas gentes. Esperan el retorno de los dorados tiempos. El nuevo Estado huele a fábricas, a campo, a una economía demasiado marxista, para que pueda esperarse nada en favor de los *Exquisitos*.

Por un momento París es la capital del arte ruso. Bailarines, decoradores, pintores, poetas y músicos encontrarán una vasta sensualidad donde refugiarse... Tierras donde serán mejor comprendidos, donde no faltarán opulentas burguesías que servir. Yacoblev emigra a los Estados Unidos. Archipenko funda una academia en Nueva York. En Francia, Sorine sigue pintando *femmes* de París con tipos circasianos. Grigoriev se marcha a dirigir la Academia de Bellas Artes de Santiago de Chile. Desde lejos seguirá evocando el ambiente ruso, la Rusia proletaria

sacudida por el frenesí de la libertad. Al pueblo sentimental y bárbaro, a cuyas pasiones se siente encadenado. Ese pueblo excesivo y triste de Dostoyewsky, del poder de las tinieblas de Tolstoi, de las danzas bárbaras, de las rebeldías, de los popes glotones, de los intelectuales neuróticos.

EL ARTE EN RUSIA DE LOS SOVIETS

CUANDO se lleva a cabo lo que los rusos llaman la Revolución de Octubre, el arte ruso no tiene características. Es un arte sin personalidad. San Petersburgo de Pedro el Grande, en los confines de la Estonia y la Lituania, deja su nombre alemán, su rango y su disfraz de ciudad eslava, para convertirse en Petrogrado por un decreto del zar, firmado en los primeros días del mes de marzo de 1917. La ciudad hecha capital por decreto, abdica por decreto. Deja a Moscú su antiguo rango de capital de Rusia. Hasta el momento de su abdicación, Petrogrado no logra siquiera ser ciudad rusa. Después de más de dos siglos de dominio, ve derrumbarse sus palacios y las casas de madera de sus alrededores se convierten en leña para las chimeneas. Se terminan las industrias y el comercio. Sus tres millones de habitantes se reducen a trescientos mil. ¡Ah, si los hombres pudieran aprovechar las lecciones de la Historia! ¡Darse cuenta de lo inútil que resulta el esfuerzo para desviar su curso; lo vano de la fuerza ante el trazo inexorable que rige el destino de los hombres! Una ciudad, como un individuo, como una sociedad, tiene marcada su misión, de acuerdo con el conjunto de circunstancias que concurren en el desarrollo inflexible que rige la marcha de la humanidad.

San Petersburgo vivió una vida artificial por la voluntad de una clase, no por la voluntad de un pueblo. Tiene que caberle la suerte de los que resisten el inevitable mandato; su fausto cae en ruinas. Vuelve a ser la fortaleza que era cuando Pedro el Grande la atavía con las galas de capital de su imperio.

En 1931, Petrogrado presenta un aspecto más trágico que el de una ciudad muerta. Es una ciudad en agonía.

Moscú, en cambio, goza de un pleno renacimiento. Ha reconquistado su preeminencia y sus tesoros.

En plena revolución, el mundo se preocupa por la suerte que correrán los incalculables objetos de arte que se acumulan en los palacios y museos de San Petersburgo. Toda guerra revolucionaria constituye un peligro para las obras de arte. Como si los hombres se afanaran por destruir las máximas pruebas del espíritu de una época. La obra de arte es siempre una amenaza en pie. Es fácil destruir ciudades, fortalezas y caminos; si queda en pie una columna del Partenón, esa columna, en el correr de los siglos, conquistará a los invasores. Se impondrá con el espíritu que vive en sus aristas y capiteles, y por ella la historia tendrá una prueba acusatoria contra los conquistadores. El bolchevismo no tiene nada que temer de las obras de arte que en pie quedan en las ciudades rusas. La revolución es una revolución dirigida por intelectuales. Estos saben que la conquista de la libertad es una conquista del espíritu. Nada de lo que existe en museos y palacios, salvo los dueños, constituye una amenaza. Petrogrado, despojado de su corte, es sólo un espantajo inofensivo sacudiendo al viento sus harapos imperiales. Mientras tanto, el mundo civilizado, los ojos puestos en los tesoros de LA ERMITA, teme por la suerte de las obras de arte. Y los intelectuales del *viejo orden*, los diarios y revistas, propagan las más tremendas noticias sobre el *vandalismo soviético*: "*Un mujik del ejército rojo corta una tela de Rembrandt para zurcir un par de botas. Otro toma un Rubens para envolver una encomienda postal*"; "*Las admirables colecciones de porcelana de Saxe son molidas para hacer polvo dentífrico*"... "*El Kremlin de Moscú no es más que un montón de ruinas*".

El Comisario de Instrucción Pública se encarga de hacer conocer la verdad de los hechos. La Revolución Rusa no tiene por qué arremeter contra el arte. Es verdad que los dirigentes no pueden evitar los excesos de los primeros momentos, y que no se logra impedir el saqueo del Palacio de Invierno de Petrogrado. Se destrozan las rejas forjadas, —maravillas de arte en las que se esmeraron artistas y artesanos. Caen como un símbolo estas barreras que se oponen al pueblo. El último miedo que resguardan es el de Kerenski cuando se refugia en ese palacio, durante las jor-

nadas revolucionarias de octubre, de 1917. También se destruyen los muebles, del peor gusto de Luis Felipe. Pero el furor iconoclasta de las masas, instintivamente se detiene respetuoso ante las puertas del museo de LA ERMITA, que es en realidad un anexo del Palacio de Invierno.

Como testigos del respeto del pueblo ruso por sus edificios y monumentos, están el palacio de Tsarskoé-Sélo, y otros. Todos quedan intactos, convertidos en museos, dignificados.

Hasta los monumentos que perpetúan la memoria de los zares son respetados. En pie queda la estatua de Pedro el Grande, por Falconet, y la de Alejandro III, por el Príncipe Trudetskoy. Todos los monumentos de valor artístico se conservan, y en honor al arte, para honra de la revolución, se mandan destruir las horribles estatuas *oficiales*, que abundan en las plazas públicas de todas partes. Los revolucionarios bolcheviques demuestran mejor tacto en este respecto, que los revolucionarios de Cromwell o los padres de la democracia francesa. Las obras de orfebrería griega y platería francesa son cuidadosamente guardadas, "salvadas de la catástrofe". Los conductores de la revolución defienden con gran celo el patrimonio artístico de Rusia. El gesto de Lunatcharski, al renunciar el comisariado de Bellas Artes, como protesta por el bombardeo del Kremlin, es bien significativo. Es justo constatar que la verdadera obra de despilfarro del tesoro artístico ruso se debe a la llamada clase desposeída.

Al extranjero se llevan incalculable número de obras maestras que se venden luego a museos y magnates, europeos y yanquis. Estokolmo, Berlín, Londres, Chicago y Nueva York guardan pruebas de estas ventas, y no son precisamente los comisarios bolcheviques los que se encargan de realizarlas. Sólo el corto tiempo de que disponen los grandes señores rusos para huir, salva a muchas obras maestras de tomar el camino de los exiliados.

El gobierno bolchevique no se limita a conservar las obras de arte. Trata de administrarlas mejor; da a los museos un carácter funcional, educativo, más completo. Los museos se convierten en escuelas de cultura, en fuentes de regocijo, encargadas de fomentar en el pueblo los sentimientos estéticos. Abren de par en par sus puertas para

que todos disfruten de la vista de tan magníficos tesoros. Ni el peor intencionado podría hoy poner en duda el valor de la obra que los soviets realizan en la reorganización de los museos. Cuando las revoluciones obedecen a una verdadera necesidad de cambio, parece que despiertan en las masas un reverente respeto por las obras de arte. El pueblo comienza por reconocer la propiedad del Estado como suya propia. Pongamos como ejemplo el Museo Nacional del Louvre, planeado por la monarquía, pero realizado por la Revolución Francesa.

Respetuoso de los frutos del espíritu, el pueblo, mientras actúa como bárbaro, coloca en alto el orgullo de sus obras de arte, como una prueba de lo transitorio de esta barbarie y del alto plano desde donde ha descendido. Una de las primeras labores del Comisariado de Instrucción Pública, con Lunatcharski a la cabeza, es la reorganización de los museos. Todos los empleados, desde los directores, museógrafos, críticos, historiadores, conservan su puesto. Se crea la COMISIÓN CENTRAL DE MUSEOS llamada *Glau-mozci*, bajo la presidencia efectiva de la Señora Trotsky.

Gracias al impulso dado por esta institución, los antiguos museos de Leningrado y Moscú se enriquecen con nuevas colecciones e importantes obras de arte. Se rebautiza al antiguo museo de Alejandro III con el nombre de MUSEO RUSO, se fundan los museos llamados de barrio, y para descentralizar la vida artística y llevar el arte a todos los rincones de Rusia, se crea toda una red de MUSEOS PROVINCIALES, donde van a parar muchas de las colecciones privadas, poniendo fin al acaparamiento de las obras de arte por las dos capitales.

Hasta comenzar la segunda guerra mundial, un ciudadano de Kief o de Kharkov disponen de tanto material para recrear su espíritu, como un habitante de Moscú. Para llegar a este resultado, no se dividen arbitrariamente las colecciones, desmenuzándolas por las pequeñas ciudades de Rusia. Las grandes colecciones, como la de Catalina II, son conservadas tal como estaban, hasta en sus primitivos lugares, en los museos LA ERMITA y la Galería Tretiakov de Moscú.

Las colecciones de pintura extranjera, que poseen los museos rusos en la Unión de Repúblicas Soviéticas, pue-

den competir con cualquiera de las galerías de Europa y de América. Hay salas dedicadas a Monet, Gauguin, Cezanne, Manet y Picasso. En Moscú se fundan museos que son verdaderos centros de información sobre la vida nacional rusa, tales como el MUSEO DE PINTURA DE ICONOS, el MUSEO DE TRAJES, el MUSEO DE PORCELANAS RUSAS, el MUSEO DEL MOBILIARIO, el MUSEO DE ARTE ASIÁTICO; hasta un MUSEO DE TOLSTOI. Muchos castillos, a los alrededores de Moscú, una vez nacionalizados por el gobierno, se convirtieron en museos donde el visitante puede apreciar colecciones admirables.

Al admitir este enorme adelanto en la museografía, los opositores de la revolución se preguntan: ¿Y el arte? ¿Ha tenido la misma suerte? A éstos podemos responder con un franco no. El arte ha tenido que pasar por un período de retroceso, de adaptación al nuevo estado de cosas, para familiarizarse con los nuevos ideales, y la diferente manera de representar la vida. El arte no se crea. El arte nace y muere con las sociedades que representa. Sobre las ruinas del arte burgués no puede *crearse*, de la noche a la mañana, un arte proletario. Las sociedades tienen primero que vivir, que evolucionar, que ponerse en marcha, antes de alcanzar el período de gestación artística en una síntesis espiritual, cuya expresión es el arte. Con los restos humeantes de la lucha no se podrá edificar nada de un momento a otro. El arte que se construye con residuos no puede ser digno de tomarse en cuenta. Al advenimiento del nuevo régimen, sería absurdo esperar que de improviso el arte represente los nuevos ideales del pueblo ruso. Todo acaba de ser sacudido por una conmoción violenta. Rusia atraviesa por un período inestable que es imposible, o innecesario, expresar en formas de arte perdurable. La mayor parte de los artistas rusos, que crecieron adheridos al régimen monárquico, tuvieron que caer con él. Rusia sufre necesidades apremiantes. El poeta intuye parte de una verdad cuando dice: *La vida es corta y el arte es un juguete*. Es un juguete mientras la economía y las instituciones no cristalicen en la estructura formal de la sociedad. Mientras hay necesidad de casas, de cultivos, de escuelas, de hospitales, de orfanatos. Para construirlos no hay cemento, no hay hierro, no hay madera. Faltan

todos los materiales. Todo ha sido consumido en la guerra contra poderosos enemigos. Al lado de los esfuerzos por construir escuelas, salas de lectura, bibliotecas, se hacen algunas tentativas para glorificar a los héroes de la revolución y, tenemos que admitir, son rotundos fracasos desde el punto de vista artístico.

El proyecto del monumento a LA TERCERA INTERNACIONAL es una monstruosa torre de Babel. No puede patentizarse de mejor manera los reflejos que provoca la lucha en la estructura de la sociedad rusa: las teorías políticas, jurídicas, filosóficas y las concepciones religiosas están representadas en un informe armadura construida con cilindros de hierro, pirámides, ruedas de vidrio, transformadores, espirales, símbolos de cosechas. Anhelos de la revolución en marcha.

Rusia nos da el caso obligado de estudiar el arte como una acción derivada de las realidades económicas fundamentales. Ha desaparecido la aristocracia y la burguesía. No se fabrican materiales para pintores, no hay telas de lino, algodón o yute. Sólo queda carbón, rudos colores de tierra, viejas prensas litográficas y cámaras de fotografía. Es lo único de que disponen los artistas para hacer propaganda revolucionaria. Con estos escasos medios, sobre todo con la fotografía, realizan una labor de cierto mérito.

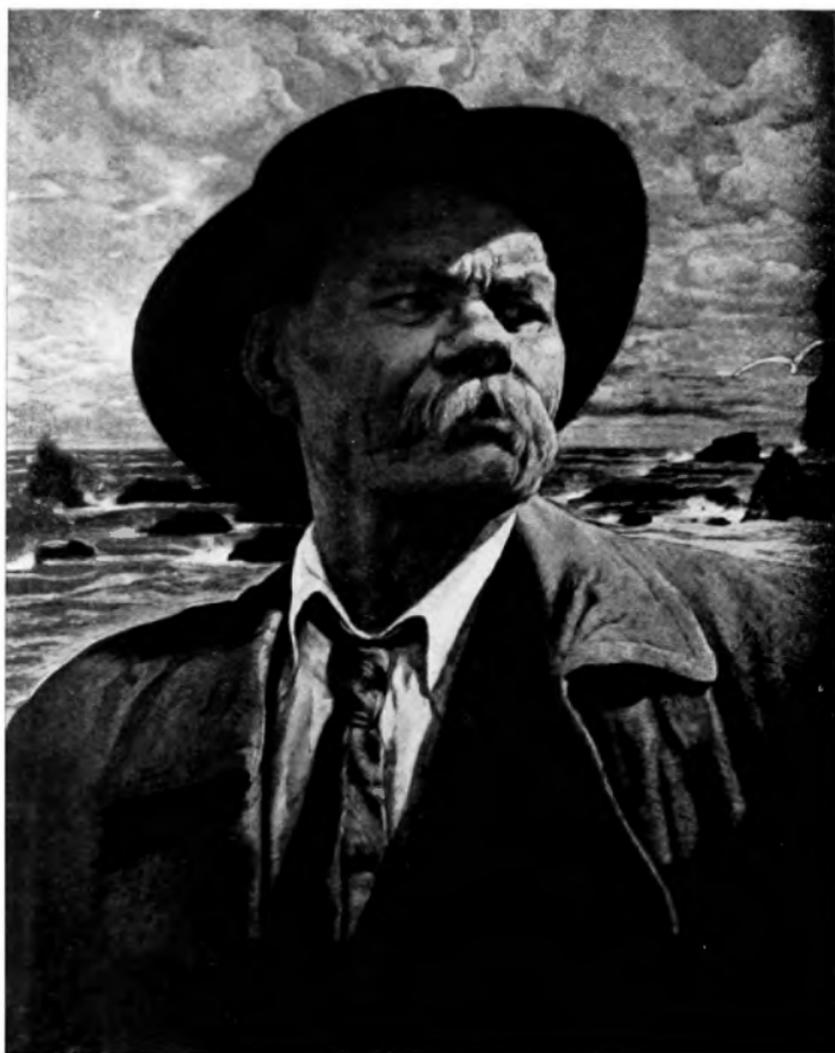
Mientras tanto la joven generación de artistas *incomprendidos*, las avanzadas del arte, militan en las filas de los surrealistas de Breton, y los dadaístas de Tristán Tzara creen que ha llegado la hora de expresar sus *verdades*. El gobierno distribuye millones de rublos entre estos extremistas de confitería que no tardarán en atacarse mutuamente en nombre de las teorías estéticas... y privilegios económicos.

El purismo es acusado por el surraelismo de ser "*tendencioso y burgués*". Los cubistas, para demostrar su marcha ascendente, lanzan el supracubismo que rechaza toda estilización o imitación de la naturaleza. Para que una obra de arte sea una creación libre, dicen, el artista no debe sujetarse a ninguna regla ni a ningún modelo. Sólo debe obedecer a su *voz interior*.

A la rudeza de la clase proletaria quieren llevar esta flor incontaminada de materia. La idea plástica pura, ele-



ALEXANDER GERASIMOV; Stalin y Voroshilov en el Kremlin. (1938).



ISAAC BRODSKY: Máximo Gorky.

vada a la cuarta potencia. Y el proletariado protesta ante esta deplorable muestra de ociosidad, como otrora protesta de los cuadros con picardías de *boudoir*.

HASTA que Lunartcharski da su fallo condenatorio: "*El purismo —dice— es la continuación del arte burgués disfrazado con actitudes revolucionarias*". En 1919, Kamenev hace una declaración más brutal ante los soviets de Moscú: "*Basta de payasadas, exclama. El gobierno de Soldados, Obreros y Campesinos suprime toda ayuda a la escuela cubista y futurista. Todos esos farsantes no tienen nada de artistas o proletarios. Su arte no es nuestro arte; es el producto de la depravación y de la decadencia burguesa. Nosotros necesitamos un arte verdaderamente proletario, que sea comprendido tanto por los obreros como por los campesinos. Debemos crearlo y lo crearemos*".

Los intelectuales y estetas bolcheviques se aplican en llevar a cabo esta tarea. El proletariado, el campesinado ruso y todos los sectores sociales de la nación, necesitan una expresión artística propia. Ningún pueblo puede vivir sin una conciencia de la belleza y un arte que la exprese. Pero el arte, en un período como el que atraviesa Rusia, resulta inútil. Ya he mencionado las razones que hacen necesario el momento histórico preciso. Cuando éste llega, no es necesario buscar. Este encuentra sólo su genuina expresión.

En los casos de las grandes conmociones sociales, el arte, en general, también entra en receso, ya que su misión no consiste en echar un velo de decencia sobre la miseria provocada por la bestia desencadenada.

En plena fiebre de demolición y reconstrucción, en plena crisis económica, no puede florecer otra clase de expresión artística que aquella que encaja en las necesidades del momento. La revolución rusa, con su secuencia de hechos brutales, de hambre y agresiones extranjeras, carece de tablado para los declamadores de mal gusto que vemos al iniciarse en Francia el 9 Termidor. No hay lugar para labores artísticas. El terreno no deja espacio para volar en la fantasía. Todo debe relacionarse con las necesidades apremiantes de la lucha. Paralizado, o en oculta

fecundación, el arte espera el momento de lanzar su mensaje. En diez o veinte años no es lícito esperar un fallo sobre la calidad del arte en un país que ha sufrido una radical transformación en sus ideas y en sus instituciones. Es extemporáneo archivar los valores del espíritu declarándolos en quiebra. El arte se manifiesta desde el momento en que puede expresar realidades formales, aquellas que brotan de lo profundo del espíritu de un pueblo. No hay que esperar un renacimiento, ni una continuación del arte ruso partiendo del lugar en que lo dejaron los talentosos componentes del MIR; tampoco puede nacer de un momento a otro un arte proletario. Lo más probable es que el arte retroceda en busca de un punto de partida, de acuerdo con las condiciones substanciales en que la nación se encuentra.

Algunos miembros de los soviets declaran orgullosamente: *"El arte del pasado no es necesario para el proletariado. El arte burgués debe perecer, y los pintores al servicio del gobierno soviético deben hacer lo que el proletariado ordene: hoy cuadros, mañana carteles, luego estandartes, de acuerdo con las necesidades. Todos estos pintores son útiles a la comunidad puesto que sólo ellos hacen un verdadero trabajo social"*.

EL GOBIERNO bolchevique poco a poco se desinteresa por las actividades artísticas. Ocupado en resolver problemas apremiantes, se mantiene al margen y adopta la sabia actitud de no intervenir como dirigente. Se limita a ejercer una función administrativa. Hasta la Revolución, la vida espiritual está monopolizada por las dos capitales rusas, y al servicio exclusivo de la aristocracia. La Unión Soviética se preocupa, sobre todo, por dejar su propia expresión a cada una de las repúblicas de la Unión. El arte ucraniano, el siberiano, el georgiano, pueden manifestar su fisonomía original: ruda, incipiente si se quiere, pero de indiscutible carácter original.

Gracias a este arte, las masas embrutecidas van despertando a la conciencia nacional. La misma religión aprovecha de este renacimiento. Se despoja de su exuberante liturgia ortodoxa, de su fanatismo, para recobrar su esen-

cia moral. El pope sensual y borracho no se limitará a cumplir su ministerio en las ceremonias públicas, revestido de bordados y pedrerías ante el lujo bárbaro de los iconos. Se enterrará la forma: resplandor, vicio y explotación. Se modificará de acuerdo con un nuevo sentimiento religioso.

LA EXPOSICIÓN de París en 1925, y la exposición de Nueva York, en 1940, representan la naciente expresión artística y el nuevo modo de vivir del pueblo ruso.

Nadie puede negar que asomaba ya una nueva era artística sobre las ruinas revolucionarias. Una conciencia bien diferente a los *Bateleros del Volga*. Hasta que el invasor con tanques y divisiones mecanizadas viene a sacudir con la tragedia más grande de su vida al pueblo ruso. Después de pagar bien cara su libertad, amputada, famélica, con nuevas fronteras y nuevos hombres en el gobierno, Rusia se detiene en medio del camino, donde se vislumbraba ya un bienestar desconocido.

Ha pasado la época de los AMBULANTES, el período del MIR, la etapa del rebaño cargado de cruces redentoras, tras de los palios y los hombres dorados, escoltados por cosacos. La propaganda y los carteles están en suspenso por la invasión. En nubes de explosión desaparece el arte y la rubaska (camisa de los eslavófilos). Todos llevan fusiles y uniformes color de musgo. Una interrogación gigante se levanta. Y nadie se atreverá a responder. Nadie sabe lo que va a suceder mañana, lo que va a quedar en pie o enterrado, lo que avanza o retrocede. ¿Qué tendrá que expresar el arte ruso cuando enmudezca la voz de los cañones? ¿Volverá mañana la Bizancio de los Paleólogos, el Moscú de Ivan el Terrible, el comunismo de Lenin o un Orden aún más justiciero y humano? . . .

LINEA POETICA DE SAN JUAN DE LA CRUZ Y CARACTER DE SUS PALABRAS

(NOTA CON MOTIVO DEL CENTENARIO
DE SU NACIMIENTO)

SENCILLA pero que nos empuje hacia un conocimiento más completo de la obra magnífica de este santo: EL CÁNTICO ESPIRITUAL. Nota breve que soslayando en lo posible, los aspectos místico y retórico, nos enfrente con lo realmente poético.

Lo primero que yo escribí para ser leído ante el público del Ateneo de Madrid, allá por el año 11 o 12, fué un comentario a las poesías de Santa Teresa de Jesús. Era yo muy joven y me encontraba influido por el libro de Worringer *Problemas del gótico*. Mi trabajo amalgamó el misticismo con el goticismo de una manera cordial y efusiva que llegó al ánimo del público. Como dato elocuente y pintoresco diré que Don Jacinto Benavente, al terminar la sesión que presidía, me regaló uno de sus famosos habanos.

Pero hoy son ya imposibles e insoportables estas comparaciones e intentos de reducir a unidad los productos líricos, arquitectónicos, musicales y pictóricos por el hecho de nacer bajo el mismo ambiente estilístico. No están mal de pasada, como nota complementaria; pero no como centro de la especulación.

Tenemos delante a un poeta y que como tal se expresa verbalmente, no con figuras geométricas, pictóricas o musicales. Y hay que ir por derecho hacia su modo de actuar y el material de su obra, la palabra.

Se repite mucho y es cierto que San Juan de la Cruz parece presidir la línea lírica de los poetas hispánicos modernos. Pero nadie dice por qué. Sin duda se cree que tal pregunta es obvia.

Creyendo lo contrario respondo que hay dos motivos fundamentales para considerarle a la cabeza de nuestra línea: 1º porque supo volver los ojos hacia adentro, o como se dice, ser introspectivo. 2º, por la manera ejemplar o modo poético de hacer de las palabras una fulguración trascendente. San Juan fué tan lírico como razonable. Sabía lo que hacía. Su CÁNTICO ESPIRITUAL merece de su parte una explicación minuciosa de cada estrofa, de cada verso y hasta de ciertas palabras de ellos. Por este rasgo puede considerársele como un legítimo intelectual; pues si trabajó con su alma, trabajó con su inteligencia en plena lucidez. Examinó el arrobo, la inflamación del corazón.

Claro que a este examen le llevaron de la mano los evangelistas y Padres de la Iglesia: San Lucas con su frase *Que el reino de Dios está*

dentro de nosotros, San Pablo con la suya *Vosotros sois templo de Dios*, San Agustín con aquella de *No te hallaba, Señor, de fuera, porque mal te buscaba fuera, que estabas dentro*.

San Juan de la Cruz dice en sus Declaraciones al Cántico: "*Qué más quieres, oh alma, y qué buscas fuera de ti, pues dentro de ti tienes tus riquezas, tus deleites, tu satisfacción, tu hartura y tu reino . . .*"

Los poetas modernos españoles reanudaron las incursiones en este mundo de lo más íntimo, pero como ya no se consideraba reino del Señor sino ámbito de la conciencia, los resultados no podían ser como los prometidos por San Juan, es decir, riqueza, deleite, satisfacción. De nuestras inmersiones sacábamos melancolía, desengaño, angustias.

Si nos paramos un poco a considerar esta diferencia, nos parecerá como producida entre seres de diferente naturaleza y de diferente sistema planetario. Tan distintos son el hombre de hace cuatro siglos y el de hoy. La labor moderna de escudriñamiento interno ha sido feroz. Nosotros no nos hemos deslizado ni fundido por el camino o en la luz místicos, hemos quedado presos en la maraña de la selva que encontramos en nuestro interior a medida que fuimos agudizando el examen. Si la desgracia humana era enorme en tiempos de nuestro poeta, hoy es architremenda. Si muchos de nosotros buscamos a Dios, que según San Juan es la sustancia de los secretos y misterios, no sólo topamos con las dificultades antiguas, sino con una infinidad de ellas desconocidas por los místicos. Los secretos y los misterios se multiplican, se ramifican y entrelazan. Dios es cada vez más grande y por consiguiente más misterioso, más escondido.

*"¿Adónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?"*

San Juan sabe que El Amado, Cristo, está en el alma, pero aclara que, aun estando en ella, está escondido, y por eso arranca su canción con los versos citados. Mas, por otra parte, sabe que está fuera, escondido en el seno del Padre. La iglesia dice que está en todas partes; Santa Teresa, amante de la expresión gráfica que penetra en las almas sencillas, dijo que andaba entre los trastes de la cocina y nosotros podemos añadir que en el ser del infusorio, del gusano, del molusco, del crustáceo, del arácnido, del pez, del reptil, como en el ser de los mamíferos, de las aves y de las estrellas.

Nuestra posición es introspectiva, como fué la de San Juan, pero el ámbito de la conciencia actual es infinitamente más rico; tiene hasta un piso más: el de la subconsciencia, laboratorio lleno de olvidados obstáculos.

Apuntando con esto el primer motivo fundamental que nos une al santo poeta, lleguemos al segundo con toda calma. Decíamos que San Juan prestaba a las palabras una fulguración trascendente y añadimos ahora: arrastrándonos como si entendiéramos, por medios o caminos mágicos a un estado apetecido siempre por el hombre, el del amor y la pena.

El santo dice en sus declaraciones: *"porque la sabiduría mística, la cual es por amor. . . , no a menester distintamente entenderse para hazer efecto de amor y aflicción en el alma"*.

Sustituyamos en esta frase *sabiduría mística* por *poesía* y preguntemos a los poetas si están o no conformes con ella. Quedaría de este modo en forma moderna: *"porque la poesía, obra del amor, no tiene que entenderse puntualmente para que produzca efectos de amor y aflicción en el alma"*.

Y es que ni la mística ni la poesía tienen como fin el conocimiento, sino la conquista y utilización de ciertas realidades. Todos sabemos, hoy más dolorosamente que nunca, que la conquista no precisa del razonamiento, ni de la explicación. Le basta con la fuerza o con el amor.

Un caso típico de esa verdad poética no necesitada de ser entendida literalmente lo tenemos en esta poesía de Juan Ramón, el otro Juan, de nuestros días que tantas felices inmersiones hizo en el campo espiritual:

LOS ARBOLES

*Volví yo con las nubes
que entraban bajo rosales;
grande ternura redonda,
entre los troncos constantes.*

*La soledad era eterna
y el silencio inacabable.
Me detuve como un árbol
y oí hablar a los árboles.*

*El pájaro solo huía
de tan secreto paraje;
sólo yo podía estar
entre las rosas finales.*

*Yo no quería volver
en mí, por miedo de darles
disgusto de árbol distinto
a los árboles iguales.*

*Los árboles se olvidaron
de mi forma de hombre errante;
y, con mi forma olvidada,
oía hablar a los árboles.*

*Me retardé hasta la estrella.
En vuelo de luz suave,
fui saliéndome a la orilla
con la luna ya en el aire.*

*Cuando yo ya me salía,
vi a los árboles mirarme.
Se daban cuenta de todo
y me apenaba dejarles.*

*Y yo los oía hablar,
entre el nublado de nácares,
con blando rumor, de mí.
—¿Cómo decirles que no,
que yo era sólo el pasante,
que no me hablaran de mí?
No quería traicionarles.
Y ya muy tarde, ayer tarde,
oí hablar a los árboles.*

Todo lo que aquí se dice parece cosa de loco si se atiende uno al sentido literal y directo de las palabras. Todo lo que aquí se dice es, sin embargo, de una coherencia poética admirable. Dos versos principalmente han provocado el efecto mágico de trasladarnos al plano poético; el primero *Volví yo con las nubes*. El poeta dice esto como la cosa más natural del mundo y, quien sabe leer poesías, se traga la píldora gustosamente porque sabe que de ese modo se sumerge con él en el mundo de lo maravilloso. En efecto, seis versos después el poeta declara: *Me detuve como un árbol y oí hablar a los árboles*. A partir de aquí, siente una comunión tan íntima con estos seres de la selva que le aterra la idea de lastimarlos con su realidad humana, es decir con su figura de hombre y con su inevitable despedida.

Esta identificación con el árbol, esta sugestión amorosa que le hace sentirse uno de los muchos árboles, y afirmar que la naturaleza inmóvil era en el fondo tan delicada como él, es un fenómeno hermanable con el que se da en San Juan de la Cruz.

*¿Adónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?*

En el primer verso está ya el toque mágico. Nos convence de que se ha escondido alguien. En el segundo nos dice que es el Amado, y en el tercero le da figura de ciervo, como Juan Ramón se da a sí mismo figura de árbol, o más exactamente, se siente como un árbol al detenerse delante de los muchos que veía.

Con este ejemplo creo haber puesto de manifiesto y recalcado que existe una línea lírica entre San Juan y uno de los poetas modernos españoles más representativo; pero también nos ha servido para acercarnos a eso que llamé fulguración trascendente de las palabras.

Vamos, pues, con ellas. Tendremos que desmontar la máquina pieza por pieza quizás, lo cual es un atentado poético en toda regla. Pero no tengáis miedo, la poesía seguirá viviendo intacta.

Comenzaremos por considerar los gerundios y los adjetivos. La parte más anhelante del CÁNTICO ESPIRITUAL es la primera, hasta que habla El Esposo. Pues bien, en ella, frente al anhelo, que lógicamente exige premura, prisa, opone San Juan la lentitud del gerundio. Varios ejemplos:

"Y yéndolos mirando"
 "Mil gracias derramado"
 "De ti me van mil gracias refiriendo"
 "Y déjanme muriendo"
 "Sali tras ti clamando y eras ido"
 "Buscando mis amores"
 "Y haciendo porque mueras"
 "Que andando enamorada"
 "Un no sé qué que quedan balbuciendo" . . .

Creo que son todos los gerundios incluidos en el poema. No son muchos y, sin embargo, como están situados en la vanguardia, imprimen su tiempo retardatario, su inefable lentitud a todo el resto.

En apoyo de estas piezas gramaticales, tan útiles para el efecto buscado, vienen adjetivos como éstos: *noche sosegada, soledad sonora, ínsulas extrañas* (lo extraño atenúa el paso) *noche serena, valles solitarios*.

Todos ellos son palabras de aislamiento, de apartamiento, comunes al estado místico y al amoroso. Véase la estrofa 35:

*En soledad vivía
 También en soledad de amor herido
 Y en soledad la guía
 A solas su querido;
 También en soledad de amor herido.*

Nadie, que yo sepa, ha puesto su atención sobre el carácter de las palabras significativas de San Juan de la Cruz. A las anteriores, que significan AISLAMIENTO, pueden seguir las de CONCENTRACIÓN: *Entremos más adentro en la espesura, Entrádose ha la esposa, En la interior bodega*. Siguen las palabras de EVASIÓN: *Y pasaré los fuertes y fronteras, Buscando mis amores,—iré . . . , Sali tras ti clamando y eras ido, Huíste como el ciervo*. Luego, las palabras GEMBUNDAS, que implican ardorosa sed o anhelo: *Decidle que adolezco, peno y muero, Ay quién podrá sanarme—Acaba de entregarte ya de vero—; no quieras enviarme—de hoy más ya mensajero—que no sabe decirme lo que quiero*. Este tipo de palabras son las más abundantes y van en oraciones interrogativas o admirativas: *¿Por qué así le dejaste—Y no tomas el robo que robaste?* Después podrán venir las palabras de ANIQUILAMIENTO, consunción o muerte: *Habiéndome herido, Y déjanme muriendo—Un no sé qué que quedan balbuciendo, Descubre tu presencia—Y máteme tu vista y hermosura*.

Todas estas palabras se pueden reducir a dos clases, de orden sensual y de orden de inferioridad. El amante se considera en un estado de inferioridad respecto del amado. La tesis de Freud de que los móviles del hombre son el complejo sexual y el complejo de inferioridad se confirman en el magnífico poema del Santo.

*No quieras despreciarme,
Que si color moreno en mí hallaste,
Ya bien puedes mirarme
Después que me miraste;
Que gracia y hermosura en mí dejaste.*

Con este ejemplo, que podemos llamar de palabras de APOCAMIENTO, o de inferioridad, puede cerrarse esta primera clasificación hecha por vía de ensayo.

Pero hay otro aspecto poético que no quiero eludir en esta nota: el que llamaríamos *lo consciente, lo inconsciente y lo subconsciente en el verbo de San Juan*.

He dicho al principio que este poeta sabía perfectamente lo que escribía; que sus consideraciones en prosa sobre EL CÁNTICO ESPIRITUAL confirman hasta qué punto midió y pesó cada palabra del poema. Pero esto no quita para que las fuerzas de lo inconsciente y de lo subconsciente operasen. En efecto, dudo mucho de que al escribir aquel verso que dice: *Un no sé qué que quedan balbuciendo* el Santo se diese cuenta de que remedaba el balbuceo con la repetición de tres *ques*. El instinto poético me dice que en este verso ha operado esa fuerza oscura que nos posee en los momentos más concentrados de la creación literaria. La repetición por tres veces de un *que*, tal como vemos aquí, seguidamente, pudiera incluso tacharse de defectuosa desde un ángulo académico; pudiera decirse que suena mal; pero, desde otro, es un acierto evidente; para mí, uno de los mayores del poema.

Si comparamos ese verso con este otro: *Y no tomas el robo que robaste*, veremos fácilmente que en éste hay mucho de gracia retórica aprendida, mientras en aquél todo es espontáneo y tan lógico como la gravedad. Se desprende por su propio peso, como la piedra. No es una gracia, sino una fulguración.

Y con esto volvemos a lo del comienzo: las palabras típicas de San Juan son como fognazos que nos iluminan dos campos a la vez, el de la realidad inmediata y el de otra realidad que no puede ser aludida sino con las imágenes de la primera. Palabras que a veces parecen mágicas, llenas de misterio, y que otras resultan excesivamente realistas:

*"Y miedos de las noches veladores"
"Los ojos deseados
Que tengo en mis entrañas dibujados".
"El silbo de los aires amorosos".*

José MORENO VILLA.

JOHN DOS PASSOS, ENSAYISTA

CUANDO, hace unas pocas semanas, le pregunté al primer crítico actual norteamericano, Van Wyck Brooks, quiénes eran, a su juicio, los primeros seis ensayistas contemporáneos de su patria, y me nombró entre ellos a John Dos Passos, me sentí un poco sorprendido. Más todavía, al pedirle su criterio acerca de los novelistas fundamentales, y no vi el nombre del autor de *MANHATTAN TRANSFER*. Recordé, entonces, que Waldo Frank me había dicho, en Nueva York, revisando mi biblioteca de viaje, y al hallar en ella *THE GROUND WE STAND ON*:¹ *Este es el mejor libro de Dos Passos*. Y a Frank se le podrá discutir lo que se quiera, menos la sinceridad del concepto y el acierto de criterio.

Lo que mayor sorpresa me causó es que la afirmación de Van Wyck Brooks y de Frank, venía a corroborar la impresión que me había producido, primero, la obra misma del autor de *PARALELO 42*, y, segundo, su trato personal. Habíamos tenido oportunidad de estar muchas horas juntos, durante una semana en Nueva York, y, en general, su interés más visible estaba atraído por los temas sociológicos e históricos, a punto que él fué quien, por designación de latinoamericanos y norteamericanos, presidió las sesiones del Seminario de Estudios Sociales Interamericanos, a que nos convocó la Universidad de Denver, en la primera semana del último diciembre.

Con estos antecedentes, entré a leer *THE GROUND WE STAND ON*, libro que el mismo autor puso en mis manos, con algunos comentarios dignos de ser consignados. *"Estoy escribiendo ahora dos libros, uno de ellos, novela, y el otro, la vida de Jefferson. Quiero hacer un Jefferson vital. No un Jefferson novelado, no, sino, al revés, muy bien documentado, pero sin someterme a la tiranía de la erudición; trabajo mucho en eso, y espero cumplir mi propósito este año"*. No sé lo que habrá ocurrido con la labor de Dos Passos, desde que nos separamos, la noche del 6 de diciembre de 1941, víspera de Pearl Harbor. Las cartas que cambiamos luego, entre Provincetown, su retiro, y Nueva York, no aclaran mucho lo que él hace, pero me temo que haya podido sufrir alguna interferencia como todos, cogidos por un alud bélico y las tareas inmediatas.

¹ JOHN DOS PASSOS: *The ground we stand on*. Harcourt and Brace. New York, 1942.

THE GROUND WE STAND ON (*La tierra que pisamos*) era el libro que lógicamente tenía que venir después de esta magnífica trilogía titulada USA, de la que forma parte la desglosada novela PARALELO 42, publicada en castellano, por el Club del libro de Buenos Aires. Dos Passos volvía a su tierra, después del viaje internacional. Al cabo de largos años de escribir sobre el hombre como hombre, desasido de toda humana sujeción; del hombre libre, pero libre, por decirlo así, hasta de la libertad; de haber cantado, sin quererlo acaso, a la anarquía, a ratos como Panait Istrati, pero siempre dominado por el tumulto de una vida tentacular, John Dos Passos experimentaba el reclamo de la patria, en una hora en que lo nacional readquiere una vigencia patética.

El libro encierra una confesión inicial conmovedora: "*Cada generación reescribe el pasado —dice—. En tiempos fáciles, la historia es más o menos un arte ornamental, pero, en tiempos de peligro, la tarea de escribirla está dirigida por la necesidad de encontrar respuesta a las preocupaciones del día. Necesitamos saber qué clase de firmeza tiene la tierra en que, otros hombres, pertenecientes a generaciones anteriores a la nuestra quisieron establecerse. A pesar de las condiciones cambiantes de la vida, no fueron muy diferentes de las nuestras, sus pensamientos fueron los abuelos de los nuestros, se ingeniaban para afrontar situaciones tan difíciles como las que afrontamos, para encararlas a veces con ligero corazón, y, en cierta medida, consiguiendo que sus esperanzas prevalecieran. Necesitamos saber lo que ellos hicieron*".

No se podrá decir, después de leer este párrafo inicial del libro, que Dos Passos entra *con corazón ligero* a su nueva tarea. Pesan sobre él acontecimientos contemporáneos de vasta extensión, entre ellos su propia experiencia en la guerra de España, a donde fué, como observador, al mismo tiempo que Ernest Hemingway, y el presentimiento de esta otra experiencia, la de Inglaterra, a donde estuvo, hace pocos meses, en compañía de John Gunther.

Después de este primer capítulo sobre *El uso del pasado*, que considero una pequeña obra maestra y renovadora, Dos Passos entra a bocetar a uno de los personajes y una de las obras más importantes del pasado norteamericano: Roger Williams y el establecimiento de la convivencia. Y ya se va viendo, entonces, cómo el autor, que a primera vista, había virado en redondo hacia las playas del pasatismo, de la tradición, se aproxima a éstas en busca de apoyo para sus propias ideas, tratando de infundir también al pasado, como si fuera un fragmento del presente, las inquietudes que a él lo animan. Porque Roger Wil-

liams representó en la colonial Nueva Inglaterra lo más íntimo y auténtico del espíritu de los Padres Peregrinos, es decir, el ansia de libertad. Roger Williams se desgajó del tronco puritano, porque éste amenazaba tutelar por la fuerza a todo el que vivía a su vera, y porque, fugitivo de Inglaterra por defender la integridad de su libertad de conciencia, no estaba dispuesto a perder ésta, tras el sacrificio del trasplante, del desarraigamiento. Y con Roger Williams empieza la tolerancia religiosa, se acentúa la libertad de hablar y de imprimir y se estructura una comunidad basada en el respeto a la individualidad de cada cual.

La exégesis de Dos Passos a la memoria de Roger Williams justifica ampliamente el epitafio bajo el cual reposan los huesos del *buscador* incansable del Reino de Dios sobre la tierra *The Venerable Remains of Mr. Roger Williams, the Father of Providence, the Founder of the Colony and of Liberty of Conscience*.

En la segunda parte, *Bajo los blancos pórticos de la República*, Dos Passos se revela, como siempre, el narrador extraordinario que es, pero, al mismo tiempo, demuestra una gran sagacidad para encarar los temas históricos, desmenuza con acierto los hechos de fines del siglo XVIII; presenta, proyectando sobre ellas extraordinaria luz, figuras como las de los Barlow, que ocupan gran parte de este capítulo, Hamilton, Jefferson y John Adams, es decir, los protagonistas de la organización jurídica y política de los Estados Unidos al declararse su separación de Inglaterra, la vieja metrópoli.

Se me ocurre que valdría la pena añadir un comentario más acerca de lo que esta nueva faz de la obra de Dos Passos significa, en conexión con la tendencia análoga que ya se dibuja en otros campos de la actividad intelectual de la República del Norte. Unos meses de permanencia en ella, y de recorrer muchas de sus ciudades y conversar con muchos de sus hombres representativos, permite afirmar que la conciencia del pasado está surgiendo y robusteciéndose rápidamente en la tierra de Washington. El criterio con que abordan la cuestión difiere del nuestro. En general, mucho de semejante tendencia se sintetiza, por manera admirable, en el preámbulo de *THE GROUND WE STAND ON*, es decir, en el capítulo titulado *El uso del pasado*. A través de años de experiencia activísima, de hacer y más hacer, jadeando y a menudo atropellándose, el intelectual norteamericano desea una tregua para valorizar sus propios actos, para orientar los venideros, para ponerse en relación fecunda con sus antecesores y tratar de poner en marcha ideales que, aunque aparentemente envejecidos, son todavía, y acaso, por mu-

cho tiempo, los más poderosos y eficaces de cuantos atesora país alguno. En este sentido el libro y la actitud de Dos Passos, lejos de significar una trasgresión de sus antiguos conceptos, no es sino una reafirmación más vigorosa y realista de ellos. A través de la historia, hoy, como a través de la crónica y la novela ayer, su objetivo fué siempre el hombre, y el hombre libre, con plena responsabilidad de su mensaje y de su hora.

Luis-Alberto SANCHEZ.

1942.

EN TORNO A LA “SEPTIMA SINFONIA” DE SHOSTAKOVICH

I

EN LA UNIÓN SOVIÉTICA, el arte es un arma de lucha del régimen contra sus enemigos, y por el afianzamiento y desarrollo del Socialismo. En la medida en que puede serlo, el arte, como la economía, ha sido allí planificado. En el orden económico, la planificación fué dirigida contra la producción liberal, individual y desordenada, típica del régimen capitalista; en el orden artístico, tiende a rectificar la producción anárquica y subjetiva del romanticismo, substituyéndola por la creación artística, objetiva en lo posible, al servicio de la realidad creadora de la edificación socialista. En lo que a la música se refiere, la planificación ofrece dos aspectos: la organización de la vida musical y la creación de obras musicales. El primero ha sido plenamente resuelto en la U.R.S.S.: el intérprete no depende de las exigencias de un empresario, interesado en servir los gustos del público restringido que paga, sino que tiene asegurada su actuación ante grandes masas de oyentes, poseídos de un hondo anhelo de cultura; por otra parte, todos los aficionados a la música tienen acceso a los espectáculos artísticos, cuyo precio les es siempre asequible, merced a las organizaciones culturales y sindicales que agrupan al pueblo entero. En cuanto a la creación musical, por el contrario, quedan muchos problemas por resolver.

En la U.R.S.S., como en ningún otro país, el músico es constante e intensamente requerido por la sociedad. Lo reclaman la escuela (*Pedro y el Lobo*, de Prokofiev), el cine (se ha comprendido allí mejor que en Hollywood la importancia artística de la “música de fondo”), el radio, los coros de trabajadores, las grandes fiestas nacionales, la ópera, el *ballet*, las salas populares de conciertos, etc. Y fué precisamente el advenimiento a la vida musical de estas amplias masas—muchos sectores de las cuales no han adquirido todavía una cultura artística comparable a la de los públicos minoritarios de antes de la Revolución—lo que vino a crear a la música soviética uno de sus más importantes problemas: el problema del estilo.

II

Dimitri Shostakovich encarna el conflicto entre el propósito utilitario de la música soviética y los medios estilísticos y técnicos adecuados para realizarlo. Shostakovich ha buscado la solución recurriendo a medios elementales ya conocidos (y superados ampliamente en el siglo actual), y a esto se debe que sus obras hayan sido generalmente comprendidas fuera de la U.R.S.S. lo mismo que en el interior del país. Los vastos públicos extranjeros, al escuchar a Shostakovich, se encuentran con reminiscencias que son habituales incluso para los más superficiales aficionados: ritmos beethovenianos; pasajes líricos a la Puccini y Chaikovski; sonoridades ampulosas a la Berlioz y Strauss; divagaciones mahlerianas; y cierta dosis de gracejo al modo de Prokofiev. La comprensión de Shostakovich no les exige, por lo tanto, ningún esfuerzo, porque son públicos a los cuales ha llegado, más o menos directamente, la densidad armónica y rítmica de la gran música contemporánea: Shostakovich es para ellos como un "retorno" a un simplismo musical agradable. Este simplismo de los medios empleados, no redundan en desdoro de Shostakovich: es la expresión del destino que asigna a su música.

"Cada nueva obra —ha dicho él mismo— debe ser una descarga disparada contra el enemigo . . . y debe despertar en nuestro pueblo sentimientos elevados y heroicos". Para lograrlo ha de hablar el lenguaje que entienden los más, y no emplear la clave secreta que sólo poseen los iniciados.

Es lenguaje que todos entienden el que habla en la parte marcial del 1.º movimiento de su SÉPTIMA SINFONÍA: un tema de marcha militar, sobre ritmo de tambor, que se repite sin modificación, y que alcanza, al fin, una grandiosidad heroica producida por la creciente plenitud sonora que culmina en un fortísimo largamente preparado. Se basa, pues, en asociaciones de ideas musicales, que han sido generosamente explotadas en la música sinfónica desde antes de la Revolución francesa. Procedimientos semejantes son empleados por él, con frecuencia, para vincular su obra con la realidad circundante, o hasta, en sus obras sin programa concreto, para evocar en el oyente ideas extra-musicales. La adopción de este lenguaje fácilmente comprensible, es resultado de la solución dada a otro de los problemas de la creación artística en la U.R.S.S.: el de la experimentación.

III

Puede parecer paradójico que, en la U.R.S.S., sea intensa la experimentación científica —impulsada por el Estado y por diversas instituciones con toda suerte de medios— en tanto la experimentación artística sea, no sólo casi inexistente, sino —de momento— innecesaria para servir la finalidad del arte. Esta diferencia se debe a que, en las ciencias, los resultados de la experimentación son de utilidad inmediata, y su efecto es inmediatamente comprobable; en el arte, por el contrario, la bondad de los resultados se comprueba a largo plazo y su valorización depende por igual de la crítica —que es una actitud minoritaria y subjetiva— y de la educación del gusto artístico de las masas. Cuando se vive épocas constructivas, de intenso consumo directo de todos los productos de la actividad humana, prevalece un criterio económico: ahorrar cualquier gasto inútil de energías, no invertir tiempo en elucubraciones que pudieran resultar fútiles. Esta es la razón por la cual en la Unión Soviética no se da el caso del compositor experimental —como Béla Bartók, Arnold Schönberg o Manuel de Falla— obsesionado por la resolución de problemas técnicos, con independencia de su utilidad social presente, del mismo modo que no puede existir allí ningún trabajador que no rinda un esfuerzo actualmente útil.

Concurren, pues, en la música soviética dos circunstancias: de una parte, los compositores no aprovechan todas las innovaciones resultantes de los experimentos realizados fuera de la U.R.S.S. por los músicos de hoy, porque esto los conduciría a la adopción de un lenguaje que las masas no están todavía preparadas para asimilar; de otra, lo apremiante del consumo del arte musical en la U.R.S.S., no les permite realizar sus propios experimentos.

Resulta de ello que, en el orden técnico, la música soviética ha quedado rezagada respecto de ciertas producciones contemporáneas de otros países. Quien no vea en la música más que una manifestación de "arte puro", construida sobre una técnica que dispone de un número elevado de recursos, estimará mal el valor de lo que se produce en la U.R.S.S. Quien admita que el arte, como todas las realizaciones humanas, se hace por algo y para algo, estará en condiciones de valorar justamente la música soviética.

El utilitarismo en el arte no es una invención de los materialistas, sino un hecho real que los materialistas han hallado en la Historia y han incorporado a su sistema. Ni qué decir tiene que toda la música religiosa, representativa de la cultura musical de Occidente hasta agotado el siglo XVI, es utilitaria; lo son también la ópera de Haendel

—elemento de diversión de la vieja aristocracia y de la burguesía mercantil de su época—; la obra didáctica de Bach; las óperas de Mozart (escritas siempre por encargo e íntimamente vinculadas con la realidad de su tiempo); y la producción de Beethoven, en la cual coinciden manifestaciones típicas de la nueva ideología burguesa —la III y la V Sinfonías, el *Canto a la Libertad* de la IX, etc.—, con la preocupación puramente artística por resolver problemas técnicos que permitieran el enriquecimiento del lenguaje musical.

IV

Una sola época desconcierta: el Romanticismo. Con su pomposa y densa envoltura *idealista*, da la sensación de ser un arte que rehuye el contacto con la realidad ambiente. Hay en esta pretendida actitud algo de verdad. El choque entre las teorías burguesas revolucionarias y la situación social creada por la burguesía triunfante —el maquinismo convirtiendo al artesano en obrero asalariado, los campesinos en éxodo hacia los grandes centros fabriles, la aparición del "ejército de reserva" con su corolario de millones de hombres sin empleo u obligados a vender su fuerza de trabajo por salarios irrisorios, etc.— origina en la sensibilidad artística el afán de evadirse de aquella realidad intolerable, llevado hasta la renunciación, el duelo y el suicidio. El hombre del Romanticismo no ve salida práctica a un estado de cosas que lo subyuga y lo "deshumaniza". El obrero, en muchos lugares, reacciona destruyendo los medios técnicos de producción; el artista trata de destruir lo que le rodea, esgrimiendo dos armas: el pesimismo, para su consuelo y redención; la ironía, para agredir a cuanto hay fuera de él.

En su famosa *Comunicación a mis Amigos*, Wagner explica cómo le asqueaban, hasta inducirle al alejamiento, la frivolidad y el espíritu mercantilizado de la organización musical y de los públicos de su tiempo: "Yo no quería escapar al calor de la Vida, sino a la sensualidad trivial y pantanosa de una vida determinada: la vida actual". En esta disconformidad reside, principalmente, lo utilitario —en su actitud negativa— del arte romántico, que tiende a la desintegración (*Tristán* es el punto culminante) del lenguaje musical. Los destructores de formas musicales, como los destructores de máquinas, llegan así a verse al borde de la anarquía y de la desorientación. Para salvarse, vuelven la vista atrás en busca de puntos de apoyo que les permitan recomenzar: el músico "retorna" a los principios formales del pasado (técnica contrapuntística en *Los Maestros Cantores*, neo-clasicismo de

Brahms) del mismo modo que el trabajador asalariado deja su inútil empeño de destruir máquinas e integra grandes organizaciones para la defensa de su clase, cuyo principio estructural le fué sugerido, en cierto modo, por los gremios de la Edad Media. Pero ni el neo-clasicismo—hasta en sus prolongaciones actuales—es clasicismo, ni las grandes organizaciones de trabajadores de nuestros días—sindicales y políticas—son gremialismo. Las odres viejas contienen ya vino nuevo. Mientras se operaba esta transformación, el régimen capitalista no había permanecido estático, sino que había andado un largo camino: desde las formas liberales de producción hasta las superestructuras económicas de nuestros días (monopolios, *trusts*, capitalismo de Estado). Pero, muy a su pesar, no había podido crear estas enormes construcciones sin ampliar, más de lo que convenía a sus intereses, la base técnica y cultural de las clases burguesas medias y de ciertos sectores del proletariado, haciendo así más vasto el público "entendido" en cuestiones de ciencia y de arte.

V

Sometido hoy el músico, como nunca lo estuvo en ninguna otra época de la Historia, a la ley de la oferta y de la demanda, se ve obligado a producir en el estilo que gusta a quien le paga. Pero la organización musical está en manos de empresas capitalistas; son, por lo tanto, las capas "superiores" de la sociedad actual quienes imponen su gusto. ¿Cómo puede, en estas condiciones, experimentar el músico y librarse, en cierto modo, de aquellas exigencias estéticas? Sólo de dos modos: o explotando, en la medida de lo posible, el *snobismo* de un público reducido, pero acaudalado; o, simultaneando—con detrimento de sus intereses personales—la obra accesible de fácil y abundante demanda, con el trabajo riguroso, y poco productivo económicamente, del investigador. Igor Stravinski, (también pudiera citarse a Arnold Schönberg, Paul Hindemith y Béla Bartók), es un ejemplo vivo: aquellas de sus obras en que plantea y resuelve los problemas técnicos más profundos, como *Les Noces*, están prácticamente fuera de la circulación; siguen cotizándose a buen precio aquellas otras más convencionales, como *Petrushka*, o las divertidas bromas y las fáciles evocaciones neo-clásicas que inició con su *Octeto* del año 1923. Semejante es el caso de Manuel de Falla: sus derechos de autor proceden muy significativamente de los fragmentos popularizados de *El Amor Brujo*, *¿e La Vida breve* y de *El Sombrero de Tres Picos*, y apenas del *Concierto para Clavicémbalo*, su obra más sólida y avanzada.

Así es como, en el mundo capitalista, la música contemporánea sigue dos corrientes estilísticas paralelas, mientras que en la música soviética no existe más que una.

La razón es obvia: todo el público consumidor en la U. R. S. S. pertenece a una sola clase social.

VI

Después de superado el sectarismo musical en la U. R. S. S. con la disolución, en 23 de abril de 1932, de la RAPM ("Asociación Rusa de Músicos Proletarios"), se comprende hoy allí la existencia de los dos estilos en la música contemporánea: ningún intelectual soviético cree ya que *toda* la música burguesa es decadente. De esto a que se practique en la Unión Soviética la lenta experimentación que ha permitido el progreso de la música contemporánea en Europa y en algunos países de América, hay todavía una buena distancia. De ahí que Shostakovich y sus colegas, incluyendo a Prokofiev, no experimenten, y tengan razón.

Desde la Revolución de Octubre, han escrito para millones de hombres en lucha, sometidos un tiempo a las más tremendas privaciones, obligados a realizar enormes sacrificios, a desarrollar una increíble tarea constructiva. Nadie tenía derecho a encerrarse egoístamente, y a dedicar su tiempo a la busca de problemáticos medios estéticos. El puesto del músico—del artista en general—estaba en la calle, y su misión claramente definida.

Entre los días de la Revolución de Octubre y la agresión totalitaria contra la U. R. S. S., el artista soviético no tuvo tampoco ni calma ni derecho para experimentar: no hubo guerra exterior, pero la lucha por elevar a un pueblo de 160 millones de hombres a un nivel de vida digno y humano, les impuso tareas apremiantes que no podían desatender. Y después, la guerra actual.

La SÉPTIMA SINFONÍA de Shostakovich, que acabamos de conocer en México, fué escrita bajo las bombas alemanas y para la defensa de Leningrado. No aporta nada nuevo a la técnica musical contemporánea; técnicamente es, incluso, inferior a otras producciones musicales de nuestros días.

Pero ha cumplido su misión, como la cumplieron los defensores de la segunda capital soviética.

Otto MAYER-SIERRA.*

* Me complazco en hacer constar que mi amigo Arturo Perucho ha trabajado conmigo en la fijación y redacción de los conceptos aquí emitidos debiendo ser considerado, por tanto, como un verdadero colaborador.

I N D I C E S

DE

CUADERNOS
AMERICANOS

LA REVISTA
DEL NUEVO MUNDO

1942

Año I. - Vols. I a VI. - Nos. 1 a 6

INDICE POR SECCIONES

NUESTRO TIEMPO

Ensayos

	Vol.	Pag.
JESÚS SILVA HERZOG. Lo humano, problema esencial	I	9
MANUEL J. SIERRA. De Monroe a Roosevelt. La política del <i>Buen Vecino</i>	I	17
ALFONSO REYES. América y los "Cuadernos Americanos"	II	7
MARIANO RUIZ-FUNES. Dos guerras y un armisticio	II	11
PIERRE MABILLE. Afloramiento del alba	II	33
LUIS RECASÉNS SICHES. El derrumbamiento de la cultura alemana	III	7
WALDO FRANK. Los dos medios mundos americanos	III	29
F. CARMONA NENCLARES. Hispanismo e hispanidad	III	56
MANUEL AVILA CAMACHO. México en guerra	IV	7
JESÚS SILVA HERZOG. Temas 1942	IV	16
JAVIER MÁRQUEZ. La liberación económica de América Latina	IV	27
ALFONSO REYES. Exhortación a los escritores	V	7
ALFRED STERN. La filosofía en el Tercer Reich, instrumento de guerra	V	14
JOSÉ E. ITURRIAGA y JUAN LARREA. Hacia una definición de América. Dos cartas	VI	7
MIGUEL O. DE MENDIZÁBAL. El problema de las nacionalidades oprimidas y su resolución en la U. R. S. S.	VI	34

Notas

<i>Tiempo de hablar</i> , I, por J. A. FERNÁNDEZ DE CASTRO	I	33
" " " II, por EUGENIO IMAZ	I	36
<i>Cuerpo de destino</i> , por JOSÉ MEDINA ECHAVARRÍA	I	38
<i>La conferencia de La Habana</i>	I	43
<i>La Conferencia de Río de Janeiro</i> , por MANUEL J. SIERRA	II	46
<i>El destino del "Homo sapiens"</i> , por EUGENIO IMAZ	II	50
<i>La "cultura" como desafuero</i> , por JOSÉ IGNACIO MANTECÓN	II	54
<i>El proceso de Riom</i> , por VICENTE HERRERO	III	56
<i>Sobre una deserción</i> , por GUILLERMO DE TORRE	IV	47
<i>Tiempo de Berlín</i> , por FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS	IV	51
<i>Misión en Moscú</i> , por EMIGDIO MARTÍNEZ ADAME	IV	55
<i>El arte en servidumbre</i> , por FLORENTINO TORNER	V	44
<i>La "arianización de los iberos" o la prehistoria del franquismo</i> , por F. CARMONA NENCLARES	V	55
<i>Waldo Frank en la Argentina</i>	V	61
<i>Doce de Octubre y nublado. Franco contesta a Roosevelt</i> , por JOSÉ IGNACIO MANTECÓN	VI	46
<i>La unión de las Américas</i> , por SALOMÓN DE LA SELVA	VI	50
<i>Rectificación</i> , por PEDRO BOSCH GUIMPERA	VI	53

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

Ensayos

JUAN LARREA. Nuestra alba de oro	I	51
MARIETTA BLAU. El descubrimiento del electrón positivo	I	73
MANUEL MARTÍNEZ BÁEZ. El mal del pinto	II	63
EUGENIO IMAZ. Itinerario de la psicología	II	81
LEOPOLDO ZEA. En torno a una filosofía americana	III	63
EDUARDO GARCÍA MAYNEZ. Reflexiones sobre el utilitarismo	III	79
ALFREDO BAÑOS, JR. La radiación cósmica	III	88
JOSÉ GAOS. Localización histórica del pensamiento hispanoamericano	IV	63
LUDWIG VON MISES. Ideas sobre la política económica de la postguerra	IV	87
LUIS RECASÉNS SICHES. Libertad y planificación	IV	100

	Vol.	Pág.
JOAQUÍN XIRAU. El arte y la vida	V	65
NATALICIO GONZÁLEZ. Bases y tendencias de la cultura paraguaya	V	87
JOSÉ GAOS. Caracterización formal y material del pensamiento hispanoamericano	VI	59
JUAN ROURA-PARELLA. La construcción de las ciencias del espíritu	VI	89

Notas

<i>¿A dónde va la ciencia?</i> , por JOAQUÍN XIRAU	I	83
<i>Conquista de la Libertad</i> , por EUGENIO IMAZ	I	87
<i>Wolfgang Köhler en México</i> , por JUAN ROURA-PARELLA	I	90
<i>La sabiduría del cuerpo</i> , por JOSÉ PUCHE	II	96
<i>En busca de la ciencia del hombre</i> , por JOSÉ GAOS y JOSÉ MEDINA ECHAVARRÍA	II	103
<i>Aventura de la "Metahistoria"</i> , por LEOPOLDO ZEA	II	114
<i>Nueva salida de Ariel</i> , por FRANCISCO MONTERDE	III	101
<i>América y el testamento de Stefan Zweig</i> , por JOSÉ LUIS MARTÍNEZ	III	107
<i>El mar de Cortés</i> , por B. F. OSORIO TAFALL	III	111
<i>Filosofía contemporánea</i> , por EUGENIO IMAZ	IV	121
<i>La filosofía como historicismo</i> , por LEOPOLDO ZEA	V	107
<i>El espejo de Husserl</i> , por ALFONSO REYES	VI	110
<i>Estudio del hombre</i> , por EUGENIO IMAZ	VI	114
<i>La materialidad de los ojos</i> , por M. PUIG SOLANES	VI	120

PRESENCIA DEL PASADO

Ensayos

PEDRO BOSCH GIMPERA. Democracia y totalitarismo en la Historia	I	97
MIGUEL O. DE MENDIZÁBAL. La evolución de las culturas indígenas en México y la división del trabajo	I	120
JOAQUÍN XIRAU. Humanismo Español. (Ensayo de interpretación histórica)	I	132
JORGE R. ACOSTA. La ciudad de Quetzalcóatl	II	121

	Vol.	Pág.
SAMUEL RAMOS. ¿Hubo filosofía entre los antiguos mexicanos?	II	132
SILVIO ZAVALA. Letras de Utopía	II	146
<i>Conocimiento de América</i>	III	117
ALFONSO CASO. ¿Por qué deben conservarse los restos de una vieja civilización?	III	122
MANUEL SÁNCHEZ SARTO. Humboldt, monstruo heráldico del Orinoco	III	133
RAFAEL HELIODORO VALLE. Cartas de Bentham a José del Valle	IV	127
MANUEL MÁRQUEZ. Algo sobre el uso de los anteojos	IV	144
WIGBERTO JIMÉNEZ MORENO. El enigma de los Olmecas	V	113
ALICIA RUHLE GERSTEL. El destino trágico de Praga	V	146
ALFONSO CASO. El paraíso terrenal en Teotihuacán	VI	127
JAVIER MÁRQUEZ. Saavedra Fajardo: un político economista.	VI	137
WALTER PACH. Descubrimiento de un pintor americano	VI	152

Notas

<i>Los Aztecas de México</i> , por ALFONSO CASO	I	155
<i>En torno de la vida de Hernán Cortés</i> , por JOAQUÍN RAMÍREZ CABAÑAS	I	161
<i>Muerte en Sonora</i> , por ARTURO ARNAIZ Y FREG	I	170
<i>Utopías del Renacimiento y renacimiento de las Utopías</i> , por PEDRO GRINGOIRE	II	153
<i>Historia vieja y actual</i> , por AGUSTÍN YAÑEZ	II	159
<i>La ética del industrialismo naciente</i> , por GUSTAVO MARTÍNEZ CABAÑAS	II	163
<i>Hurgando en Archivos</i> , por JOSÉ MIGUEL QUINTANA	II	169
<i>Mirador indio</i> , por ERMILO ABREU GÓMEZ	III	154
<i>Comedia de equivocaciones</i> , por RAMÓN IGLESIA	III	157
<i>El Bolívar de Ludwig</i> , por RAFAEL HELIODORO VALLE	III	161
<i>Congresos de Historia</i> , por JOSÉ MIGUEL QUINTANA	III	166
<i>Una carta de WERNER JAEGER</i>	IV	157
<i>Paideia</i> , por JOAQUÍN XIRAU	IV	160
<i>El ciclo de Cortés</i> , por EDMUNDO O'GORMAN	IV	165

	Vol.	Pág.
<i>Prosa menuda</i> , por F. COSÍO DEL POMAR	IV	170
<i>A propósito de un llamamiento</i>	V	169
<i>El historiador Don Carlos Percyra</i> , por JOAQUÍN RAMÍREZ CABAÑAS	V	170
<i>Literatura indígena moderna</i> , por JOSÉ LUIS MARTÍNEZ	V	178
<i>Martí, utopía y realidad de América</i> , por AUGUSTO MI- JARES	VI	164
<i>Una lección de literatura</i> , por ERMILO ABREU GÓMEZ	VI	169

DIMENSION IMAGINARIA

Ensayos

JACQUES LIPCHITZ y J. L. Liberación de Pro- meteo	I	175
LEÓN-FELIPE. El rescate	I	186
ALFONSO REYES. Significación y actualidad de <i>Sirgin Spain</i>	I	193
LUIS CARDOZA Y ARAGÓN. Flor y misterio de la danza	I	208
PABLO NERUDA. El corazón magallánico	II	171
RODOLFO USIGLI. El gran teatro del mundo	II	175
ANDRÉS IDUARTE. Entre palenquinos	II	184
JOSÉ MORENO VILLA. Los Gigantes	II	194
OCTAVIO PAZ. Al tacto y Al Polvo (Poemas)	III	171
LUIS ALBERTO SÁNCHEZ. Las reliquias y los ríos	III	179
LEÓN-FELIPE. Tal vez me llame Jonás	III	199
EMILIO PRADOS. Tres tiempos de soledad	IV	175
ANTONIO CASTRO LEAL. El México de David Herbert Lawrence	IV	181
DAVID H. LAWRENCE. Dos cartas	IV	197
ADOLFO SALAZAR. Los caminos para el impre- sionismo musical	IV	199
JUAN LARREA. Vaticinio de Rubén Darío	IV	213
LUIS CARDOZA Y ARAGÓN. Entonces, sólo en- tonces	V	189
MAX HENRÍQUEZ UREÑA. La América de Con- rad	V	197

	Vol.	Pág.
JUSTINO FERNÁNDEZ. Presentes del arte en México	V	213
JORGE CARRERA ANDRADE. Octubre y otros poemas	VI	175
FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS. Miguel Hernández	VI	178
JUAN MARINELLO. Picasso sin tiempo	VI	182
J. L. Y en el tiempo. Metamorfosis	VI	190
F. COSSÍO DEL POMAR. Proceso social del arte pictórico ruso	VI	193

Notas

<i>Una novela de Santayana</i> , por ENRIQUE DÍEZ CANEDO	I	218
<i>Poética de la llama</i> , por LEÓN-FELIPE	II	207
<i>Conmemoración de César Vallejo</i> , por JUAN LARREA	II	209
<i>Poesía Americana</i> , por ANTONIO CASTRO LEAL	II	215
<i>Literatura y Fantasía</i> , por ENRIQUE DÍEZ CANEDO	II	219
<i>Una novela fantástica de Hispanoamérica</i> , por JOSÉ LUIS MARTÍNEZ	II	223
<i>La flor azul</i> , por BENJAMÍN JARNÉS	III	211
<i>La luna decrece</i> , por WALDO FRANK	III	219
<i>Forma e idea</i> , por ANTONIO GÓMEZ ROBLEDO	V	231
<i>La noche del verbo</i> , por OCTAVIO PAZ	V	236
<i>Línea poética de San Juan de la Cruz y carácter de sus palabras</i> , por JOSÉ MORENO VILLA	VI	224
<i>John Dos Passos, ensayista</i> , por LUIS ALBERTO SÁNCHEZ	VI	230
<i>En torno a la "Séptima Sinfonía" de Shostakovitch</i> , por OTTO MAYER-SIERRA	VI	234

INDICE ALFABETICO DE AUTORES

(Abrev.: N. T.: *Nuestro Tiempo*. - A. de P.: *Aventura del Pensamiento*. - P. del P.: *Presencia del Pasado*. - D. I.: *Dimensión Imaginaria*).

	Vol.	Pág.
ABREU GÓMEZ, Ermilo.— <i>Mirador indio</i> (P. del P.)	III	154
— <i>Una lección de literatura</i> . (P. del P.)	VI	169
ACOSTA, Jorge R.— <i>La ciudad de Quetzalcoatl</i> . (P. del P.)	II	121
ARNÁIZ Y FREG, Arturo.— <i>Muerte en Sonora</i> . (P. del P.)	I	170
AVILA CAMACHO, Manuel.— <i>México en guerra</i> . (N. T.)	IV	7
BAÑOS, Jr., Alfredo.— <i>La radiación cósmica</i> . (A. del P.)	III	88
BLAU, Marietta.— <i>El descubrimiento del electrón positivo</i> . (A. de P.)	I	73
BOSCH GIMPERA, Pedro.— <i>Democracia y totalitarismo en la Historia</i> . (P. del P.)	I	97
— <i>Rectificación</i> . (N. T.)	VI	53
CARDOZA Y ARAGÓN, Luis.— <i>Flor y misterio de la danza</i> . (D. I.)	I	208
— <i>Entonces, sólo entonces...</i> (D. I.)	V	189
CARMONA NENCLARES, F.— <i>Hispanismo e hispanidad</i> . (N. T.)	III	56
— <i>La "arianización de los iberos" o la prehistoria del franquismo</i> . (N. T.)	V	55
CARRERA ANDRADE, Jorge.— <i>Octubre y otros poemas</i> . (D. I.)	VI	175
CASO, Alfonso.— <i>Los aztecas de México</i> . (P. del P.)	I	155
— <i>¿Por qué deben conservarse los restos de una vieja civilización?</i> (P. del P.)	III	122
— <i>El paraíso terrenal en Teotihuacán</i> . (P. del P.)	VI	127
CASTRO LEAL, Antonio.— <i>Poesía Americana</i> . (D. I.)	II	215
— <i>El México de David Herbert Lawrence</i> . (D. I.)	IV	181
COSSIO DEL POMAR, Felipe.— <i>Prosa menuda</i> . (P. del P.)	IV	170
— <i>Proceso social del arte pictórico ruso</i> (D. I.)	VI	193
DÍEZ CANEDO, Enrique.— <i>Una novela de Santayana</i> . (D. I.)	I	218
— <i>Literatura y fantasía</i> . (D. I.)	II	219
FERNÁNDEZ, Justino.— <i>Presentes del arte en México</i> . (D. I.)	V	213
FERNÁNDEZ DE CASTRO, J. A.— <i>Tiempo de hablar</i> . I. (N. T.)	I	33

	Vol.	Pág.
FRANK, Waldo. — <i>Los dos mundos americanos.</i> (N. T.)	III	29
— <i>La luna decrece.</i> (D. I.)	III	219
GAOS, José.— <i>En busca de la ciencia del hombre.</i> (A. del P.)	II	103
— <i>Localización histórica del pensamiento hispano-americano.</i> (A. del P.)	IV	63
— <i>Caracterización formal y material del pensamiento hispano-americano.</i> (A. del P.)	VI	59
GARCÍA MAYNEZ, Eduardo.— <i>Reflexiones sobre el utilitarismo.</i> (A. del P.)	III	79
GINER DE LOS RÍOS, Francisco.— <i>Tiempo de Berlín.</i> (N. T.)	IV	51
— <i>Miguel Hernández...</i> (D. I.)	VI	178
GÓMEZ ROBLEDO, Antonio.— <i>Forma e idea.</i> (D. I.)	V	231
GONZÁLEZ, Natalicio.— <i>Bases y tendencias de la cultura paraguaya.</i> (A. del P.)	V	87
GRINGOIRE, Pedro.— <i>Utopías del Renacimiento y renacimiento de las Utopías.</i> (P. del P.)	II	153
HENRÍQUEZ UREÑA, Max.— <i>La América de Conrad.</i> (D. I.)	V	197
HERRERO, Vicente.— <i>El proceso de Riom.</i> (N. T.)	III	56
IDUARTE, Andrés.— <i>Entre palenquinos.</i> (D. I.)	II	184
IGLESIA, Ramón.— <i>Comedia de equivocaciones.</i> (P. del P.)	III	157
IMAZ, Eugenio.— <i>Tiempo de hablar.</i> II. (N. T.)	I	36
— <i>Conquista de la libertad.</i> (A. del P.)	I	87
— <i>El destino del "Homo sapiens".</i> (N. T.)	II	50
— <i>Itinerario de la psicología.</i> (A. del P.)	II	81
— <i>Filosofía contemporánea.</i> (A. del P.)	IV	121
— <i>Estudio del hombre.</i> (A. del P.)	VI	114
ITURRIAGA, José E.— <i>Hacia una definición de América. Dos cartas.</i> (N. T.)	VI	7
JAEGER, Werner.— <i>Una carta de.</i> (P. del P.)	IV	157
JARNÉS, Benjamín.— <i>La flor azul.</i> (D. I.)	III	201
JIMÉNEZ MORENO, Wigberto.— <i>El enigma de los Olmecas.</i> (P. del P.)	V	113
LARREA, Juan.— <i>Nuestra alba de oro.</i> (A. del P.)	I	51
— <i>Liberación de Prometeo.</i> II. (D. I.)	I	171
— <i>Conmemoración de César Vallejo.</i> (D. I.)	II	209
— <i>Vaticinio de Rubén Darío.</i> (D. I.)	IV	213
— <i>Hacia una definición de América. Dos cartas.</i> II. (N. T.)	VI	7
— <i>Y en el tiempo. Metamorfosis.</i> (D. I.)	VI	190
LAWRENCE, David H.— <i>Dos cartas.</i> (D. I.)	IV	197

	Vol.	Pág.
LEÓN-FELIPE.—El rescate. (D. I.)	I	186
— <i>Poética de la llama</i> . (D. I.)	II	207
— <i>Tal vez me llame Jonás</i> . (D. I.)	III	199
LIPCHITZ, Jacques.— <i>Liberación de Prometeo</i> . (D. I.)	I	175
MABILLE, Pierre.— <i>Afloramiento del alba</i> . (N. T.)	II	33
MANTECÓN, José Ignacio.— <i>La "cultura" como desafío</i> . (N. T.)	II	54
— <i>Doce de octubre y nublado. Franco contesta a Roosevelt</i> . (N. T.)	VI	46
MARINELLO, Juan.— <i>Picasso sin tiempo</i> . (D. I.)	VI	182
MARTÍNEZ ADAME, Emigdio.— <i>Misión en Moscú</i> . (N. T.)	IV	55
MARTÍNEZ BÁEZ, Manuel.— <i>El mal del pinto</i> . (A. del P.)	II	63
MARTÍNEZ CABAÑAS, Gustavo.— <i>La ética del industrialismo naciente</i> . (P. del P.)	II	163
MARTÍNEZ, José Luis.— <i>Una novela fantástica de Hispanoamérica</i> . (D. I.)	II	223
— <i>América y el testamento de Stefan Zweig</i> . (A. del P.)	III	107
— <i>Literatura indígena moderna</i> . (P. del P.)	V	178
MÁRQUEZ, Javier.— <i>La liberación económica de América Latina</i> . (N. T.)	IV	27
— <i>Saavedra Fajardo: un político economista</i> . (P. del P.)	VI	137
MÁRQUEZ, Manuel.— <i>Algo sobre el uso de los anteojos</i> . (P. del P.)	IV	144
MAYER-SERRA, Otto.— <i>En torno a la "Séptima Sinfonía" de Shostakovich</i> . (D. I.)	VI	234
MEDINA ECHAVARRÍA, José.— <i>Cuerpo de destino</i> . (N. T.)	I	38
— <i>En busca de la ciencia del hombre</i> . II. (A. del P.)	II	103
MENDIZÁBAL, Miguel O. de.— <i>La evolución de las culturas indígenas en México y la división del trabajo</i> . (P. del P.)	I	120
— <i>El problema de las nacionalidades oprimidas y su resolución en la U. R. S. S.</i> (N. T.)	VI	34
MIJARES, Augusto.— <i>Martí, utopía y realidad de América</i> . (P. del P.)	VI	164
MISES, Ludwig Von.— <i>Ideas sobre la política económica de la post-guerra</i> . (A. del P.)	IV	87
MONTERDE, Francisco.— <i>Nueva salida de Ariel</i> . (A. del P.)	III	101
MORENO VILLA, José.— <i>Los Gigantes</i> . (D. I.)	II	194
— <i>Línea poética de San Juan de la Cruz y carácter de sus palabras</i> . (D. I.)	VI	224
NERUDA, Pablo.— <i>El corazón magallánico</i> . (D. I.)	II	171
O'GORMAN, Edmundo.— <i>El ciclo de Cortés</i> . (P. del P.)	IV	165
OSORIO TAFALL, B. F.— <i>El mar de Cortés</i> . (A. del P.)	III	111

	Vol.	Pág.
PACH, Walter.— <i>Descubrimiento de un pintor americano.</i> (P. del P.)	VI	152
PAZ, Octavio.— <i>Al Tacto y Al Polvo. (Poemas).</i> (D. I.)	III	171
— <i>Absurdo y misterio.</i> (D. I.)	V	236
PRADOS, Emilio.— <i>Tres tiempo de soledad.</i> (D. I.)	IV	175
PUCHE, José.— <i>La sabiduría del cuerpo.</i> (A. del P.)	II	96
PUIG SOLANES, M.— <i>La materialidad de los ojos.</i> (A. del P.)	VI	120
QUINTANA, José Miguel.— <i>Hurgando en archivos.</i> (P. del P.)	II	169
— <i>Congresos de Historia.</i> (P. del P.)	III	166
RAMÍREZ CABAÑAS, Joaquín.— <i>En torno de la vida de Hernán Cortés.</i> (P. del P.)	I	161
— <i>El historiador D. Carlos Pereyra.</i> (P. del P.)	V	170
RAMOS, Samuel.— <i>¿Hubo filosofía entre los antiguos mexicanos?</i> (P. del P.)	II	132
RECASÉNS SICHES, Luis.— <i>El derumbamiento de la cultura alemana.</i> (N. T.)	III	7
— <i>Libertad y planificación.</i> (A. del P.)	IV	100
REYES, Alfonso.— <i>Significación y actualidad de VIRGIN SPAIN.</i> (D. I.)	I	193
— <i>América y los "Cuadernos Americanos".</i> (N. T.)	II	7
— <i>Exhortación a los escritores</i>	V	7
— <i>El espejo de Husserl.</i> (A. del P.)	VI	110
ROURA-PARELLA, Juan.— <i>Wolfgang Köhler en México.</i> (A. del P.)	I	90
— <i>La construcción de las ciencias del espíritu.</i> (A. del P.)	VI	89
RUHLE GERSTEL, Alicia.— <i>El destino trágico de Praga.</i> (P. del P.)	V	146
RUIZ-FUNES, Mariano.— <i>Dos guerras y un armisticio.</i> (N. T.)	II	11
SALAZAR, Adolfo.— <i>Los caminos para el impresionismo musical</i> (D. I.)	IV	199
SÁNCHEZ, Luis Alberto.— <i>Las reliquias y los ríos.</i> (D. I.)	III	179
— <i>John Dos Passos, ensayista.</i> (D. I.)	VI	230
SÁNCHEZ SARTO, Manuel.— <i>Humboldt, monstruo heráldico del Orinoco.</i> (P. del P.)	III	133
SELVA, Salomón de la.— <i>La unión de las Américas.</i> (N. T.)	VI	50
SIERRA, Manuel J.— <i>De Monroe a Roosevelt. La política del BUEN VECINO.</i> (N. T.)	I	17
— <i>La Conferencia de Río de Janeiro.</i> (N. T.)	II	46
SILVA HERZOG, Jesús.— <i>Lo humano, problema esencial.</i> (N. T.)	I	9
— <i>Temas 1942.</i> (N. T.)	IV	16
STERN, Alfredo.— <i>La filosofía en el Tercer Reich, instrumento de guerra.</i> (N. T.)	V	14

	Vol.	Pág.
TORNER, Florentino.— <i>El arte en servidumbre.</i> (N. T.)	V	44
TORRE, Guillermo de.— <i>Sobre una deserción.</i> (N. T.)	IV	47
USIGLI, Rodolfo.— <i>El gran teatro del mundo.</i> (D. I.)	II	175
VALLE, Rafael Heliodoro.— <i>El Bolívar de Ludwig.</i> (P. del P.)	III	161
— <i>Cartas de Bentham a José del Valle.</i> (P. del P.)	IV	127
XIRAU, Joaquín.— <i>¿A dónde va la ciencia?</i> (A. del P.)	I	83
— <i>Humanismo español.</i> (<i>Ensayo de interpretación his-</i> <i>rica</i>). (P. del P.)	I	132
— <i>Paideía.</i> (P. del P.)	IV	160
— <i>El arte y la vida.</i> (A. del P.)	V	65
YÁÑEZ, Agustín.— <i>Historia vieja y actual.</i> (P. del P.)	II	159
ZAVALA, Silvio.— <i>Letras de Utopía.</i> (P. del P.)	II	146
ZEA, Leopoldo.— <i>Aventura de la "Metahistoria".</i> (A. del P.)	II	114
— <i>En torno a una filosofía americana.</i> (A. del P.)	III	63
— <i>La filosofía como historicismo.</i> (A. del P.)	V	107

INDICE DE LIBROS RESEÑADOS

	Vol.	Pág.
ARCINIEGAS, Germán.— <i>Los alemanes en la conquista de América.</i> (Agustín Yáñez)	II	158
BIOY CASARES, Adolfo.— <i>La invención de Morel.</i> (José Luis Martínez)	II	223
BLANCO VILLALTA, J. G.— <i>Literatura turca contemporánea</i> (Ermilo Abreu Gómez)	VI	169
BORGES, Jorge Luis; OCAMPO, Silvina; BIOY CASARES, Adolfo.— <i>Antología de la literatura fantástica.</i> (Enrique Díez Canedo)	II	219
CANNON, Walter B.— <i>La sabiduría del cuerpo.</i> (José Puche)	II	97
CROCE, Benedetto.— <i>History as the story of Liberty.</i> (Eugenio Imaz)	I	87
— <i>Il carattere della Filosofia moderna.</i> (Leopoldo Zea)	V	106
DAVIES, Joseph E.— <i>Misión en Moscú.</i> (Emigdio Martínez Adame)	IV	55
DOS PASSOS, John.— <i>The ground we stand on.</i> (Luis Alberto Sánchez)	VI	230
GONZÁLEZ PRADA, Manuel.— <i>Prosa menuda.</i> (F. Cossío del Pomar)	IV	170
HAYA DE LA TORRE, Victor Raúl.— <i>La defensa continental.</i> (Salomón de la Selva)	VI	50
HISTORIA DE ESPAÑA, dirigida por Ramón Menéndez Pidal. Tomo III. <i>España Visigótica.</i> (José I. Mantecón)	II	54
HUSSERL, Edmundo.— <i>Meditaciones cartesianas.</i> (Alfonso Reyes)	VI	110
IGLESIA, Ramón.— <i>Cronistas e historiadores de la Conquista de México.</i> (Edmundo O'Gorman)	IV	165
JEAGER, Werner.— <i>Paideia.</i> (Joaquín Xirau)	IV	160
LINTON, Ralph.— <i>Estudio del hombre.</i> (Eugenio Imaz)	VI	114
LIZASO, Félix.— <i>Martí y la utopía de América.</i> (Augusto Mijares)	VI	164
LUDWIG, Emil.— <i>Bolívar, Caballero de la Gloria y de la Libertad.</i> (Rafael Heliodoro Valle)	III	161
MAC LEISH, Archibald.— <i>A time to speak.</i> (J. A. Fernández de Castro y Eugenio Imaz)	I	35
MADARIAGA, Salvador.— <i>Hernán Cortés.</i> (Joaquín Ramírez Cabañas)	I	161

	Vol.	Pág.
MANNHEIM, Karl.— <i>Libertad y planificación</i> . (Luis Recaséns Siches)	IV	100
MÁRQUEZ, Manuel.— <i>Cuestiones oftalmológicas</i> . (M. Puig Solanes)	VI	120
MEDINA ECHAVARRÍA, José.— <i>Sociología: Teoría y técnica</i> . (José Gaos)	II	103
MORALES, Ernesto.— <i>Antología de poetas americanos</i> . (Antonio Castro Leal)	II	215
MORENO VILLA, José.— <i>La noche del verbo</i> . (Octavio Paz)	V	236
NOVALIS. (Friedrich von Hardenberg).— <i>Fragmentos</i> . (Benjamín Jarnés)	III	211
OBERMAIER, Hugo; GARCÍA BELLIDO, Antonio.— <i>El hombre prehistórico y los orígenes de la humanidad</i> . (F. Carmona Nenclares)	V	55
PLANK, Max.— <i>¿A dónde va la ciencia?</i> (Joaquín Xirau)	I	83
RAMÍREZ CABAÑAS, Joaquín.— <i>Gaston de Raousset, conquistador de Sonora</i> . (Antonio Arnaiz y Freg)	I	170
REYES, Alfonso.— <i>La crítica en la edad ateniense</i> . (Werner Jaeger)	IV	157
RODÓ, José Enrique.— <i>Ariel</i> . (Francisco Monterde)	III	101
ROMERO, Francisco.— <i>Filosofía contemporánea</i> . (Eugenio Imaz)	IV	121
SANTAYANA, George.— <i>El último puritano</i> . (Enrique Díez Canedo)	I	217
SHIRER, William L.— <i>Mi diario en Berlín</i> . (Francisco Giner de los Ríos)	IV	51
SMITH, Adam.— <i>Teoría de los sentimientos morales</i> . (Gustavo Martínez Cabañas)	II	163
STEINBECK, John; RICKETTS, E. F.— <i>Sea of Cortez</i> . (B. F. Osorio Tafall)	III	111
— <i>The moon in down</i> . (Waldo Frank)	III	219
UTOPIAS DEL RENACIMIENTO: (<i>Utopía</i> , de Tomás Moro; <i>La ciudad del sol</i> , de Tomaso Campanella; <i>La nueva Atlántida</i> , de Francisco Bacon. (Pedro Gringoire)	II	153
VAILLANT, George C.— <i>Aztecs of Mexico</i> . (Alfonso Caso)	I	155
VALCÁRCEL, Luis E.— <i>Mirador Indio</i> . (Ermilo Abreu Gómez)	III	154
VICO, Giambattista.— <i>Ciencia nueva</i> . (Leopoldo Zea)	II	114
WEBER, Alfredo.— <i>Historia de la Cultura como sociología de la Cultura</i> . (José Medina Echavarría)	I	39
WELLS, H. G.— <i>El destino del "homo sapiens"</i> . (Eugenio Imaz)	II	50
ZWEIG, Stefan.— <i>Brasil</i> . (José Luis Martínez)	III	109
— <i>Comedia de equivocaciones</i> . (Ramón Iglesia)	III	157

INDICE

Pág. V



SUSCRIPCION ANUAL

(6 números)

MEXICO.....	12 pesos
EXTRANJERO.....	3 dólares

Precio del ejemplar:

México	2.50 pesos
Extranjero	0.60 dóls.

S U M A R I O

N U E S T R O T I E M P O

José E. Iturriaga y Juan Larrea Hacia una definición de América.
Dos cartas.

Miguel O. de Mendi-zábal El problema de las nacionalidades
oprimidas y la U. R. S. S.

*Notas por José I. Mantecón, Salomón de la Selva y
Pedro Bosch-Gimpera*

A V E N T U R A D E L P E N S A M I E N T O

José Gaos Caracterización del pensamiento
hispanoamericano.

Juan Roura-Parella La construcción de las ciencias del
espíritu.

*Notas por Alfonso Reyes, Eugenio Imaz y
M. Puig Solanes.*

P R E S E N C I A D E L P A S A D O

Alfonso Caso El paraíso terrenal en Teotihuacán.

Javier Márquez Saavedra Fajardo: un político eco-
nomista.

Walter Pach Descubrimiento de un pintor ame-
ricano.

Notas por Augusto Mijares y Ermilo Abreu Gómez.

D I M E N S I O N I M A G I N A R I A

Jorge Carrera Andrade Octubre y otros poemas.

F. Giner de los Ríos Miguel Hernández. . .

Juan Marinello Picasso sin tiempo.

F. Cossío del Pomar Proceso social del arte ruso.

*Notas por J. L., José Moreno Villa, Luis Alberto
Sánchez y Otto Mayer-Sierra.*